

YIYUN

# III

LAS PUERTAS  
DEL PARAÍSO



se

Un anciano barre la acera gris, una mujer pega carteles rojos por la calle, una niña maltrecha corre en busca de carbón y un chiquillo huye de su casa para jugar con un perro y respirar el aire de la primavera que acaba de llegar... Parece una mañana cualquiera en la ciudad china de Río Turbio, pero muy pronto todos sabrán que con la primavera ha llegado también el día de la ejecución pública de la joven Gu Shan, culpable por haber expresado sus dudas acerca la revolución maoísta. Ahora, después de diez años de cárcel, llega el

momento de su ejecución pública,  
se preparan para el acontecimiento.



Yiyun Li

# **Las puertas del paraíso**

ePub r1.1

**amdg** 23.03.15

Título original: *The vagrants*

Yiyun Li, 02/2009

Traducción: Laura Martín de Dios

Retoque de cubierta: amdg

Editor digital: amdg

ePub base r1.2



A mis padres



**L** a masa y esplendor de este mundo,  
todo lo que es de peso y siempre pesa lo mismo  
está en otras manos; no eran poderosos,  
no esperaban ayuda y esta no vino:  
lo que el enemigo deseó, se hizo,  
mayor deshonra el peor no pudo concebir;  
humillados fueron y en tanto hombres murieron antes que lo hicieran sus cuerpos.



*W. H. AUDEN, «El escudo de Aquiles».*



# PRIMERA PARTE



**E**l 21 de marzo de 1979 el día empezó antes del alba, cuando el maestro Gu se despertó y descubrió a su mujer ahogando los sollozos entre las mantas, en silencio. Era un día de igualdad, o al menos así se le había antojado muchas veces al hombre al reflexionar sobre la fecha, el equinoccio de la primavera, una idea que de nuevo acudió a él: la vida de su hija acabaría en un momento en que no imperaba ni el sol ni su sombra. Un día después, el sol

estaría más cerca de ella y de todos los que habitaban esa parte del hemisferio, algo tal vez imperceptible para los torpes ojos humanos, pero los pájaros, los gusanos, los árboles y los ríos apreciarían la transformación en el ambiente y asumirían la responsabilidad de anunciar el cambio de estación. ¿Cuántos kilómetros de río en deshielo y cuántos árboles con flores en cierne se necesitaban para llamar primavera a la estación? Aunque para ríos y flores deben de tener bien poca importancia tales etiquetas en tanto repiten sus ritmos con fidelidad e indiferencia. La fecha escogida para la muerte de su hija era tan arbitraria como el crimen que el

tribunal le había imputado: el de ser una contrarrevolucionaria impenitente; solo los insensatos buscarían el significado de una fecha escogida al azar. El maestro Gu ordenó a su cuerpo que permaneciera inmóvil con la esperanza de que su esposa no tardara en comprender que estaba despierto.

La mujer continuó llorando. Al cabo de un rato el maestro Gu se levantó de la cama y encendió la luz del dormitorio, una vieja bombilla de diez vatios. Una cuerda de plástico rojo para tender la ropa se extendía de un extremo a otro de la habitación. La colada que su mujer había colgado la noche anterior estaba húmeda y fría, y la cuerda se combaba

por el peso. Las brasas del pequeño fogón que había en un rincón de la estancia se habían apagado, por lo que el maestro Gu se dispuso a añadir un poco más de carbón, aunque se lo pensó antes de hacerlo. En circunstancias normales, su esposa sería la encargada de avivar el fuego, así que dejaría que fuera ella quien se ocupara de la cocina.

Descolgó un pañuelo de la cuerda, blanco, con caracteres chinos impresos en rojo —un lema que pedía a todos los ciudadanos lealtad absoluta al Partido Comunista— y lo dejó sobre la almohada de su mujer.

—A todos nos llega la hora —dijo. La señora Gu se pasó el pañuelo por los

ojos y las manchas húmedas no tardaron en extenderse y teñir el lema de carmesí —. Imagina que hoy es el día que liquidamos nuestras deudas. Todas — insistió el maestro Gu.

—¿Qué deudas? ¿Qué debemos? — preguntó su mujer, y el anciano torció el gesto ante la desacostumbrada estridencia en el tono de voz de su esposa—. ¿Qué se nos debe?

No tenía intención de discutir con ella, aunque tampoco habría sabido qué responderle. Se vistió en silencio y se dirigió al salón, dejando entornada la puerta del dormitorio.

El salón, que hacía las veces de cocina, comedor y habitación de su hija

Shan antes de que la arrestaran, era la mitad de grande que el dormitorio y estaba abarrotado de objetos acumulados durante décadas. Había varios tarros vacíos y polvorientos apilados en un rincón, que antes usaban, año tras año, para conservar los encurtidos preferidos de Shan. A su lado había una caja de cartón donde el maestro Gu y su esposa tenían dos gallinas, pues apreciaban su compañía y los pocos huevos que ponían. Al oír los pasos del hombre, las gallinas se movieron, pero él ni las miró. El maestro Gu se puso el viejo abrigo de piel de borrego y arrancó la hoja del calendario del día anterior antes de salir



de casa, un hábito que tenía desde hacía décadas. La fecha, 21 de marzo de 1979, y los pequeños caracteres que había debajo, «*equinoccio de primavera*», destacaban incluso en la oscuridad. Arrancó también la segunda hoja y arrugó los dos finos papelitos hasta formar una bola. Estaba quebrantando un rito, pero ¿qué ganaba fingiendo que ese día era como los demás?

El maestro Gu se acercó hasta el excusado público al final del callejón. Cualquiera otro día su mujer estaría pisándole los talones. Eran una pareja de costumbres arraigadas y su rutina matinal no había variado en los últimos diez años. El despertador sonaba a las

seis en punto y ellos se levantaban sin remolonear. Cuando volvían del excusado, se turnaban para lavarse la cara en el fregadero; ella bombeaba el agua para ambos, los dos en silencio.

A unos pasos de la casa, el maestro Gu se fijó en una hoja blanca atravesada por una enorme marca roja que habían pegado en la pared del resto de casas adosadas y supo que anunciaba la muerte de su hija. Salvo por la farola solitaria al final del callejón y el resplandor tenue de unas cuantas estrellas, reinaba la oscuridad. El maestro Gu se acercó y se fijó en que los caracteres del edicto estaban escritos con la antigua caligrafía al

estilo Li: cada trazo arrastraba un peso adicional, como si el autor estuviera habituado a la tarea de redactar la muerte inminente de alguien con pausada elegancia. El maestro Gu imaginó que el nombre pertenecía a un extraño que no había pecado de pensamiento, sino de obra, y solo entonces, gracias a un entrenamiento intelectual del que había hecho una costumbre, consiguió abstraerse de la obscenidad del crimen —una violación, un asesinato, un robo o cualquier otro delito cometido contra un pobre inocente— y apreciar la caligrafía por su mérito estético, aunque el nombre no fuera sino el que él había elegido para su hija, Gu Shan.

Hacía tiempo que el maestro Gu había dejado de comprender a la persona que llevaba aquel nombre. Su mujer y él habían sido ciudadanos temerosos y respetuosos con la ley toda la vida. Desde que Shan tenía catorce años, la joven se había visto consumida por pasiones que él no conseguía entender, primero como una fanática adepta del presidente Mao y su Revolución Cultural, y luego como una firme escéptica y una dura crítica del celo revolucionario de su generación. Podría haber sido una de aquellas criaturas divinas de los relatos antiguos que toman prestado el vientre de sus madres para venir al mundo de los

mortales y labrarse una fama como heroína o como demonio, dependiendo de la intención de los poderes celestiales. El maestro Gu y su mujer podrían haber sido sus padres mientras ella los hubiera necesitado, a lo largo de su educación. Sin embargo, incluso en las viejas historias, esos padres, privados de sus hijos cuando estos los abandonaban para responder a la llamada del destino, acababan con el corazón roto como humanos de carne y hueso que eran, incapaces de imaginar una vida con horizontes más lejanos que los conocidos.

El maestro Gu oyó el chirrido de una puerta al final del callejón y se apresuró

a desaparecer antes de que alguien lo sorprendiera llorando delante del edicto. Su hija era una contrarrevolucionaria y cualquiera podía buscarse un problema, los padres de la criminal incluidos, si se le veía derramando lágrimas por la inminente muerte de la joven.

Cuando el maestro Gu volvió a casa, encontró a su mujer rebuscando algo en un viejo arcón. Había ropa de niña, que ella se había negado a vender a las tiendas de segunda mano cuando a Shan ya no le valía, esparcida sobre la cama deshecha. Enseguida se añadieron más prendas a la pila: camisas, pantalones, unos cuantos pares de calcetines de

nailon, algunos de Shan antes de que la arrestaran, aunque la mayoría eran de su madre.

—Hace diez años que no le compramos ropa —le dijo la mujer con voz tranquila mientras doblaba una chaqueta *mao* de lana y un par de pantalones a juego que la señora Gu solo se ponía en días festivos y en ocasiones especiales—. Tendremos que pasar con la mía.

En aquella región era costumbre que los padres quemaran la ropa y el calzado del niño que fallecía para que este no pasara frío y se sintiera cómodo durante el viaje hacia el otro mundo. El maestro Gu había compadecido a los

padres que había visto quemando bolsas en los cruces mientras pronunciaban el nombre de sus hijos, pero no conseguía imaginar a su mujer, ni a él, haciendo algo similar. Con veintiocho años — veintiocho años, tres meses y once días, la edad que tendría para siempre a partir de entonces—, Shan ya no era una niña. Ellos no podían ir a un cruce y pronunciar el nombre de su espíritu contrarrevolucionario.

—Tendría que haberme acordado de comprarle un par de zapatos nuevos — dijo su mujer, dejando un viejo par de zapatos de piel de Shan junto a sus sandalias en lo alto de la montaña de ropa—. Le encantan los zapatos de piel.



El maestro Gu observó a su esposa mientras esta metía las prendas y los zapatos en una bolsa de tela. Siempre había creído que el peor luto de todos era considerar la otra vida una continuidad de esta, que la gente arrastrara ya no su propia carga, sino también la de los muertos. «*Cuídate de caer en las tradiciones inútiles y pueriles de los aldeanos incultos*», iba a recordarle a su mujer, pero al abrir la boca no fue capaz de encontrar palabras lo suficientemente amables para transmitirle ese mensaje. Se volvió con brusquedad y se dirigió al salón.

La pequeña cocina seguía apagada. Las dos gallinas cloqueaban hambrientas

en la caja de cartón, a la expectativa. En un día normal, su mujer encendería el fuego y haría unas gachas con el arroz sobrante mientras él daba de comer a los animales un puñadito de mijo. El maestro Gu llenó la lata de la comida. Las gallinas parecían tan concentradas en el mijo como su esposa en el paquete de ropa. El hombre colocó un recogedor bajo la cocina y abrió la rejilla de la ceniza, que hacía bastante ruido. Las cenizas del día anterior cayeron en el recogedor, en silencio.

—¿Vamos a enviarle la ropa? — preguntó su mujer. Estaba junto a la puerta con una voluminosa bolsa en los brazos—. Encenderé el fuego cuando

volvamos —añadió al ver que él no respondía.

—No podemos salir a quemar esa bolsa —contestó el maestro Gu en un susurro. Su mujer lo fulminó con una mirada inquisitiva—. No sería correcto —continuó. Le fastidiaba tener que explicarle esas cosas—. Es supersticioso, reaccionario... No está bien.

—¿Y qué es lo que está bien? ¿Aplaudir a los asesinos de nuestra hija?

Una olvidada estridencia había regresado a su voz y su rostro había adoptado una expresión severa.

—A todos nos llega la hora.

—A Shan van a matarla. Es inocente.

—No nos corresponde a nosotros decidir esas cosas —contestó el hombre.

Por un segundo estuvo a punto de farfullar que su hija no era tan inocente como pensaba su mujer. A nadie le sorprendía que una madre fuera la primera en perdonar y olvidar las malas obras de su hijo.

—No estoy hablando de lo que podemos decidir nosotros o no —replicó su mujer alzando la voz—. Estoy apelando a tu conciencia. ¿De verdad crees que debe morir por lo que ha escrito?

No se necesita conciencia para vivir, pensó el maestro Gu, pero antes de que

le diera tiempo a decirlo en voz alta, alguien dio unos golpecitos en la delgada pared que separaba su casa y la de sus vecinos, tal vez en protesta por el jaleo que estaban armando a aquellas horas de la mañana o, lo que era más probable, para advertirlos. Los vecinos de al lado eran una pareja joven que llevaba un año viviendo allí. La mujer, delegada de la Liga de las Juventudes Comunistas del distrito, había acudido en dos ocasiones a casa de los Gu y les había preguntado por su posición ante el encarcelamiento de su hija.

—El partido y el pueblo han depositado su confianza sobre vuestros hombros y depende de vosotros el

ayudarla a corregir su error —había dicho la mujer en ambas ocasiones, observando su reacción con mirada atenta.

Aquello había sido antes de la revisión de la causa de Shan; por aquel entonces todavía conservaban la esperanza de que soltaran pronto a su hija, después de haber cumplido los diez años de condena estipulados en el primer juicio. Nunca imaginaron que pudieran volver a juzgarla por lo que había escrito en sus diarios en prisión o que las palabras que había trasladado al papel pudieran considerarse prueba suficiente para justificar una pena de muerte.

El maestro Gu apagó la luz, pero los golpes en la pared no cesaron. Veía la luz que desprendía la mirada de su esposa en la oscuridad, provocada más por el miedo que por la ira. Sus ojos eran un par de pajarillos aterrorizados ante la vibración de la cuerda de un arco.

—Dame la bolsa —se apresuró a pedirle el maestro Gu con tono amable.

La mujer vaciló, pero luego le pasó la bolsa, que él escondió detrás de la caja de las gallinas. El ruido que hacían al escarbar y escoger el mijo invadió el espacio vacío. Los Gu oyeron algún que otro chirrido de puertas abriéndose y cerrándose en el callejón oscuro

mientras varios cuervos revoloteaban por el tejado de una casa aledaña. Sus graznidos tenían un extraño tono parlanchín. El maestro Gu y su esposa esperaron y, cuando cesaron los golpes en la pared, el hombre le dijo a su mujer que descansara un poco hasta que amaneciera.

La ciudad de Río Turbio llevaba el nombre del afluente que corría hacia el este, en el límite meridional de la población. Siguiendo su curso, el río Turbio confluía con otras corrientes hasta formar el río Dorado, la mayor vía fluvial de la llanura noroccidental,



aunque no era oro lo que arrastraban sus aguas, sumamente contaminadas y sucias debido a las ciudades industriales que se alzaban a ambas orillas. Igual de inexacto era el nombre del río Turbio, ya que sus aguas se formaban a partir del deshielo de la nieve de la montaña Blanca. En verano, los niños que buceaban en el río podían alzar la vista hacia la titilante luz del sol que atravesaba los cuerpos transparentes de los hacendosos pececillos mientras sus hermanas, golpeando la colada contra las rocas a lo largo de la orilla, cantaban a veces himnos revolucionarios a coro con una voz tan cristalina y alegre como el agua.

La ciudad, construida sobre el tramo de tierra que quedaba entre una montaña, al norte, y el río, al sur, tenía forma de huso. Tanto la montaña como el río limitaban su expansión, pero Río Turbio se extendía desde el centro hacia el este y el oeste, e iba reduciéndose a medida que se acercaba a las zonas rurales, no urbanizadas. Se tardaba media hora en ir desde la montaña Norte hasta las orillas del sur, y dos horas en recorrer la distancia que había entre los dos extremos del huso. Sin embargo, para una ciudad de su tamaño, Río Turbio estaba densamente poblada y era en gran parte autosuficiente. La población, construida hacía veinte años, una

urbanización que se había proyectado para industrializar la zona rural, dependía de sus múltiples y pequeñas fábricas, que proporcionaban trabajo y manufacturas a sus habitantes. Las viviendas también habían sido ideadas sobre plano y, salvo unos cuantos edificios de cuatro o cinco plantas que rodeaban la plaza del centro y una calle principal donde se levantaban unos grandes almacenes, un cine, dos mercados y muchas tiendecitas, el resto de la ciudad estaba dividido en veinte manzanas de gran tamaño que, a su vez, se dividían en nueve manzanas más pequeñas, cada una de las cuales estaba compuesta por cuatro hileras de ocho

casas adosadas, de una sola planta. Cada casa, un cuadrilátero de cuatro metros y medio de lado, constaba de un dormitorio y un salón, y tenía un pequeño patio delantero rodeado por una valla de madera o, en el caso de las familias más acomodadas, por un muro de ladrillo que superaba la altura de un hombre. Los callejones delanteros, que separaban los patios, apenas tenían un metro de ancho, y por los traseros difícilmente podía escurrirse una persona. Para evitar que la gente viera el dormitorio al pasar junto a la casa, la única ventana de dicha estancia era un pequeño cuadrado en lo alto de la pared posterior. Durante los meses más

cálidos, no era extraño que un niño llamara a su madre y que contestara otra madre desde una casa distinta. Incluso en la estación más fría, la gente oía a sus vecinos toser, y a veces roncar, a través de las ventanas cerradas.

Ochenta mil personas vivían en aquellas manzanas numeradas, donde los padres compartían con sus hijos lechos de ladrillo debajo de los cuales había una estufa de leña para caldearlos. A veces incluso lo compartían con algún abuelo. No era habitual ver a ambos ancianos en una casa, ya que la ciudad era muy reciente y sus habitantes, inmigrantes de aldeas cercanas y lejanas, solo los acogían cuando estos

enviudaban y ya no podían vivir solos.

Salvo para estos ancianos viudos, el final de 1978 y el principio de 1979 fueron prometedores tanto para Río Turbio como para la nación. Hacía dos años que Mao había fallecido y que, un mes después, la señora Mao y su cuadrilla del gobierno central habían sido arrestados y acusados de los diez años de Revolución Cultural que habían hecho descarrilar al país. Los altavoces de los tejados anunciaban políticas nacionales para impulsar la tecnología y la economía tanto en ciudades como en pueblos, y si un hombre viajaba de una población a otra, se encontraba, como el vagabundo ciego que recorría con su

vetusto violín y sus ancianas piernas aquella parte de la provincia donde se levantaba Río Turbio, despertado al amanecer y arrullado a la caída del sol por las mismas noticias leídas por distintos locutores. Había llegado la primavera después de diez largos años de invierno, cantaban a coro aquellas bellas voces, avanzándose a una nueva era comunista colmada de amor y progreso.

En una de las manzanas del oeste de la ciudad, donde la zona residencial poco a poco daba paso a la industrial, la gente dormía en casas adosadas parecidas a las de los Gu, indiferentes, en su último sueño antes del alba, a los

padres que ese día iban a perder a su hija. En una de aquellas casas se despertó Tong, riendo. Olvidó el sueño en cuanto abrió los ojos, pero la risa siguió acompañándolo como el regusto de su plato favorito: estofado de carne con patatas. Sus padres dormían junto a él, en el lecho de ladrillo. El cabello de su madre se enroscaba alrededor del dedo de su padre. Tong pasó de puntillas por encima de los pies de ambos y recogió su ropa, que su madre siempre dejaba sobre el horno de leña para procurar que estuviera caliente. Para Tong, un recién llegado a la casa de sus propios padres, el lecho de ladrillo seguía siendo una novedad, con túneles



misteriosos y complejos y una estufa debajo.

Tong se había criado en la aldea de sus abuelos maternos, en la provincia de Hebei, y hacía escasamente seis meses que se había trasladado a casa de sus padres, cuando le llegó el momento de entrar en la escuela primaria. Tong tenía más hermanos, pero en esos momentos era el único hijo que vivía bajo el techo de sus padres. Sus dos hermanos mayores se habían ido a capitales de provincia después de acabar el colegio, igual que habían hecho sus padres veinte años atrás al abandonar sus aldeas respectivas para instalarse en Río Turbio. Ambos hermanos trabajaban de

aprendices en fábricas y los padres de Tong conversaban planificando su futuro: matrimonios con buenas trabajadoras en la capital de provincia, hijos que nacerían con residencia legal en una ciudad llena de enormes edificios de corte soviético... La hermana de Tong, una muchacha del montón incluso para sus padres, había conseguido casarse en una ciudad más grande, a ochenta kilómetros río abajo.

Tong apenas conocía a sus hermanos y tampoco sabía que debía su propia existencia a un preservativo roto. El padre, cuya paciencia habían consumido las largas horas de trabajo en el torno y la manutención de tres adolescentes, no

había festejado precisamente la llegada de la nueva criatura, un hijo que en muchos otros hogares habría sido recibido con regocijo. El hombre había insistido en enviar a Tong con los padres de su mujer y, tras pasar todo un día llorando, la madre de Tong emprendió un viaje heroico de veintiocho horas a bordo de un tren abarrotado, con un bebé de un mes auestas. Tong no recordaba ni el gruñido de los cerdos ni los aldeanos que fumaban a su lado, pero los desgarradores chillidos de la criatura habían endurecido el corazón de su madre, quien, a la llegada a la aldea, sintió un gran alivio al entregárselo a los abuelos. Durante sus primeros seis años

de vida Tong solo vio a sus padres en un par de ocasiones, pero nunca se había sentido abandonado hasta que lo arrancaron de la aldea y lo llevaron a un hogar desconocido.

El niño se dirigió al salón sin hacer ruido. Encontró a oscuras el cepillo de dientes con una pizca de dentífrico y un cuenco lleno de agua junto al lavabo. Su madre siempre dejaba todo listo la noche anterior para la higiene matutina y eran aquellas pequeñas cosas las que hacían comprender a Tong el amor que le profesaba aquella mujer, aunque siguiera siendo una extraña para él. El niño se enjuagó la boca con una rápida gárgara y embadurnó el borde exterior

de la taza con pasta de dientes para que su madre creyera que se los había lavado. Metió un dedo en el agua y se dio unos toquecitos en la frente y en las mejillas, el grado máximo de higiene personal que estaba dispuesto a permitirse.

Tong no estaba acostumbrado a la vida que llevaban sus padres.

En la aldea de sus abuelos, los campesinos no malgastaban el dinero en pasta de dientes de sabor extraño o en jabón aromático.

—¿Para qué sirve lavarse la cara y estar guapo? —solía preguntar su abuelo cuando contaba leyendas antiguas—. Si vives treinta años de cara al viento, el

polvo, la lluvia y la nieve, sin lavarte, te convertirás en un hombre de verdad.

Los padres de Tong se reían de aquellas ocurrencias. Por lo visto, para la madre era de primordial importancia que su hijo adoptara la apariencia y las maneras de un chico de ciudad; sin embargo, a pesar de sus esfuerzos por que el niño se bañara a menudo y se vistiera con las mejores ropas que podían permitirse, incluso los niños más pequeños del barrio adivinaban que Tong no era de allí por su acento de pueblo. Tong no guardaba rencor a sus padres, ni tampoco les hablaba de las veces que en el colegio se burlaban de él. *Caranabo*, lo llamaban los demás

niños, y a veces *Comeajos* o *Mendrugos* de Pueblo.

Tong se puso el abrigo, heredado de su hermana. Su madre se había tomado la molestia de cambiar de lado todas las hebillas, pero el abrigo seguía pareciendo más de chica que de chico. Cuando abrió la puerta para salir al pequeño patio, Oreja, el perro de Tong, saltó de su caja de cartón y salió disparado detrás de él. Oreja tenía dos años y lo había acompañado durante todo el camino desde la aldea hasta Río Turbio; sin embargo, para los padres de Tong, Oreja no era más que un chucho cualquiera, y su lustroso pelo amarillento y sus oscuros ojillos

almendrados no les enternecían el corazón.

El perro colocó las patas delanteras en los hombros del niño y soltó un suave gáñido. Tong se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio, pero se relajó al ver que sus padres no se habían despertado. No le había enseñado a Oreja a mantenerse callado y a no armar jaleo cuando vivían en la aldea. De no haber sido por las amenazas de sus padres y de los vecinos de vender el perro a un restaurante, Tong jamás habría encontrado el valor para pegar al perro al mudarse a Río Turbio. Una ciudad era un lugar inhumano, o al menos eso pensaba Tong, ya que incluso



el más pequeño error podía acabar convirtiéndose en un delito grave.

Echaron a correr hacia la cancela, el perro delante dando brincos. En la calle, la última hora antes del alba se aferraba a la tenue luz amarillenta de las farolas y a las ventanas a oscuras de los dormitorios de la gente. Al doblar la esquina, Tong vio al viejo Hua, un indigente que rebuscaba en la basura, agachándose y escarbando en una pila con unas pinzas enormes para recoger hasta los fragmentos más diminutos de papel usado y meterlos en un saco de arpillera. El hombre inspeccionaba cada mañana lo que los demás tiraban, antes de que la cuadrilla de jóvenes del

servicio de limpieza y recogida de basuras de la ciudad llegara y arramblara con todo.

—Buenos días, abuelo Hua —lo saludó Tong.

—Buenos días —contestó el anciano.

El viejo Hua se enderezó y se secó los ojos. Los tenía enrojecidos y llorosos, y se le habían caído las pestañas. Tong había aprendido a no quedarse mirando los ojos achacosos del viejo Hua. Al principio le daban grima, pero cuando el niño empezó a conocer mejor al anciano, se olvidó de ellos. El hombre lo trataba como si Tong fuera alguien importante: dejaba de

rebuscar con las pinzas cuando hablaba con él, como si temiera perderse las cosas tan sumamente interesantes que le contaba el chico. Por esa razón Tong siempre apartaba la mirada cuando hablaba con el anciano, por respeto. Sin embargo, los chicos de la ciudad perseguían al viejo Hua y lo llamaban «*camello de ojos rojos*», y a Tong le entristecía que al anciano jamás pareciera importarle.

El hombre sacó un pequeño fajo de papel del bolsillo —varias páginas arrancadas de los periódicos y algunos papeles usados por una sola cara, apretados todo lo posible— y se lo tendió. Todas las mañanas, el viejo Hua

guardaba el papel limpio para Tong, que lo leía y luego practicaba su caligrafía en la parte que no estaba impresa o usada. El niño le dio las gracias y se guardó el fajo en el bolsillo del abrigo. Miró a su alrededor, pero no vio a la esposa del viejo Hua, que a esas horas ya debería estar blandiendo la enorme escoba de bambú, tosiendo a causa del polvo. La señora Hua era barrendera, empleada por el municipio.

—¿Dónde está la abuela Hua? ¿Está enferma?

—Tenía que pegar unos carteles a primera hora de la mañana. El anuncio de una ejecución.

—Nuestro colegio irá a verla —dijo

Tong—. Una pistola en la sien del hombre malo y ¡pum!

El viejo Hua negó con la cabeza y no contestó. En el colegio era diferente, allí los niños hablaban de la salida escolar como si se tratara de una visita emocionante y ningún maestro les recriminaba tanta animación.

—¿Conoce al hombre malo del edicto? —preguntó Tong al viejo Hua.

—Ve a verlo —contestó el anciano señalando el otro extremo de la calle—. Luego vuelve y dime qué opinas.

Al final de la calle, Tong descubrió un cartel recién pegado, cuyas esquinas inferiores empezaban a desprenderse por el viento. El niño encontró una silla

destartalada delante de un patio, la arrastró hasta allí y se subió a ella, pero aun así no llegaba hasta el cartel, ni siquiera de puntillas. Se dio por vencido y dejó que las esquinas se agitaran con toda tranquilidad.

Las farolas proyectaban una luz débil, sin embargo, el firmamento había adoptado una tonalidad blanca azulada hacia el este, como la del vientre de un pez boca abajo. Tong leyó el edicto en voz alta, saltándose las palabras que no sabía pronunciar, aunque adivinó el significado sin demasiados problemas:

La contrarrevolucionaria Gu Shan, mujer, de veintiocho años,

ha sido sentenciada a muerte y privada de todos sus derechos políticos. La ejecución tendrá lugar el veintiuno de marzo de mil novecientos setenta y nueve. Por motivos educativos, se requiere la presencia de todos los colegios y las unidades de producción en el acto denunciatorio previo a la ejecución.

Al final del edicto había una firma, dos de cuyos tres caracteres Tong no supo identificar. Una enorme marca en tinta roja atravesaba el cartel.

—¿Entiendes lo que pone? —

preguntó el anciano cuando Tong lo encontró rebuscando en otro cubo.

—Sí.

—¿Dice que se trata de una mujer?

—Sí.

—Es muy joven, ¿verdad?

Tong no creía que tener veintiocho años fuera ser joven. En el colegio le habían enseñado historias sobre héroes jóvenes. Un pastor de siete años y medio, no mucho mayor que Tong, había acompañado a los invasores japoneses hasta un campo de minas cuando estos le habían pedido que los guiara, y el niño había muerto junto a los enemigos. Otro chico, este de trece años, había impedido que robaran bienes de la



comuna popular y el ladrón lo había matado. El Ejército Blanco había ejecutado a Liu Huían, de quince años y medio, por ser la miembro más joven del Partido Comunista de su provincia y, antes de que la decapitaran, se decía que la joven había mirado a sus ejecutores con desdén y había proclamado: «*Quien trabaja para el comunismo no teme a la muerte*». La heroína de mayor edad que Tong conocía era una chica soviética llamada Zoya. Los fascistas alemanes la habían colgado cuando solo tenía diecinueve años, aunque ya eran muchos para una heroína.

—Veintiocho años es una edad demasiado temprana para morir —dijo

el viejo Hua.

—Liu Huían sacrificó su vida por la causa comunista con quince —replicó Tong.

—Los niños pequeños deberían pensar en vivir, no en sacrificarse —repuso el anciano—. Es a los mayores a quienes nos corresponde cavilar sobre la muerte.

Tong no estaba de acuerdo con el anciano, pero no quiso discutir. Sonrió con vacilación y se alegró de ver que Oreja volvía al trote, con ganas de continuar su expedición matutina conjunta.

Incluso el más leve rumor era capaz de despertar a un pobre ser hambriento y helado. El débil ladrido de un perro, la tos apagada de un vecino en su dormitorio o unos pasos en el callejón se transformaban en truenos en los sueños de Nini, mientras que otros ruidos la dejaban indiferente, como los ronquidos de su padre. Nini se arrebujó en la fina manta ayudándose de la mano buena, aunque por mucho que lo intentara siempre había una parte de su cuerpo que quedaba expuesta al frío glacial. El fuego que ardía en la estufa bajo el lecho de ladrillo se apagaba

todas las noches por culpa del limitado suministro de carbón que recibía la familia y, al ser la que dormía más alejada de la fuente de calor, sentía que el frío le calaba los huesos a través del fino colchón de algodón y las capas de ropa vieja que no se quitaba para acostarse. Sus padres dormían en el otro extremo, así que la estufa, que tenían justo debajo, los mantenía calientes más rato. En medio se acurrucaban cuatro de sus hermanas pequeñas —de diez, ocho, cinco y tres años—, de dos en dos para darse calor mutuamente. Solo había otra persona despierta aparte de ella: el bebé, que, como Nini, no tenía a quien arrimarse para pasar la noche y ahora

buscaba a tientas el pecho de su madre.

Nini se levantó de la cama y se puso un abrigo de algodón varias tallas más grande, donde podía esconder con facilidad la mano deforme. El bebé siguió los movimientos de Nini con ojos brillantes e inexpresivos, pero al poco, frustrada por su esfuerzo inútil, apretó los dientes que acababan de salirle. Su madre soltó un chillido y propinó un bofetón a la pequeña sin abrir los ojos.

—Saco de deudas. Comer, comer y comer, es lo único que sabes hacer. ¿Es que te moriste de hambre en tu última vida?

La pequeña se puso a berrear y Nini frunció el entrecejo. Para los

hambrientos, como ellas, siempre amanecía demasiado pronto. A veces Nini se acurrucaba con su hermanita cuando ambas estaban despiertas: la pequeña la confundía con su madre y le golpeaba el pecho con su pesada cabeza. Esos momentos hacían que Nini se sintiera especial, y por eso se sentía unida a su hermana y responsable de todo lo que esta no pudiera obtener de su madre.

Nini se acercó renqueando hasta la pequeña. La cogió y la arrulló, le metió un dedo en la boca y sintió los dientecitos recién estrenados. Salvo las dos hermanas que seguían a Nini, que ahora iban al colegio, el resto de las

chicas, igual que la propia Nini, carecían de nombres oficiales. Sus padres ni siquiera se habían tomado la molestia de ponerles sobrenombres a las más pequeñas, como al menos habían hecho con Nini, y se limitaban a llamarlas Cuartita, Quintita y, al bebé, Sextita.

El bebé chupó el dedo de Nini con fruición, pero al cabo de un rato, insatisfecha, lo soltó y empezó a llorar. La madre abrió los ojos.

—Vosotras dos, ¿es que no podéis estar calladas ni un momento?

Nini devolvió a Sextita a la cama y huyó antes de que su padre se despertara. En el salón, cogió la cesta

de bambú para el carbón y dio con un par de botas. Aunque ya había enfilado el callejón, siguió oyendo los lloros del bebé. Alguien aporreó la ventana y protestó. Nini intentó acelerar el paso. 1.ª pierna izquierda, la lisiada, dibujaba círculos más amplios de lo habitual, y la cesta, que llevaba colgada al hombro de una cuerda, golpeaba contra su cadera a un ritmo discontinuo.

Nini vio un cartel en la pared al final del callejón y se acercó para echar una ojeada a la enorme marca roja que lo atravesaba. No reconoció ni un solo carácter de los que había escritos en el papel —hacía mucho tiempo que sus padres habían dejado claro que darle



educación a una tullida era malgastar el dinero—, pero por el olor sabía que la pasta que habían utilizado para pegarlo a la pared estaba hecha de harina. Le rugió el estómago. Miró a su alrededor buscando un taburete o unos ladrillos y, al no encontrar nada a mano, dejó la cesta en el suelo boca abajo y se subió a ella. El fondo se combó, aunque no cedió bajo el peso de la niña. Nini alcanzó una esquina del cartel con la mano buena y la arrancó de la pared. La pasta de harina todavía no se había secado ni se había congelado, por lo que Nini la rebañó y se metió los cinco dedos en la boca. Estaba fría, pero tenía un sabor dulce, y rascó un poco más.

Estaba chupándose los dedos cuando un gato callejero saltó desde una pared y se detuvo a unos pasos de ella, observándola amenazadoramente. La niña se apresuró a bajar de la cesta y estuvo a punto de caer sobre el pie malo. El gato salió espantado.

Al doblar la esquina Nini se encontró con la señora Hua, que estaba aplicando pasta en las cuatro esquinas de un cartel cuando apareció la niña.

—Buenos días —la saludó la anciana.

Nini miró el pequeño cuenco de pasta sin responder. A veces devolvía el saludo a la señora Hua con educación, sin embargo, cuando estaba de mal

humor, lo que solía ocurrir a menudo, se mordía el interior del moflete con fuerza para que nadie la hiciera hablar, y aquel era uno de esos días: Sextita había vuelto a dar problemas. Nini quería a Sextita más que a nadie en el mundo, pero ese amor, que a veces sentía como un nudo prieto en el estómago, no mitigaba el hambre.

—¿Has dormido bien?

Nini no contestó. ¿Cómo esperaba la señora Hua que durmiera bien si siempre estaba hambrienta? Los lametones de pasta habían desaparecido y el ligero sabor dulzón que le habían dejado en el paladar había azuzado aún más su apetito.

La anciana sacó del bolsillo un bollo que le había sobrado; procuraba llevar alguno todas las mañanas por si veía a Nini, aunque la niña nunca llegaría a saberlo. Le recordaba a las hijas que tuvo, niñas abandonadas por sus padres todas ellas. La señora Hua pensó que en otra vida la habría adoptado y no habría permitido que pasara ni frío ni hambre. Tenía la sensación de que no hacía tanto tiempo que la vida había sido un dique sólido para su marido y ella —con cada niña que habían recogido durante su vagabundeo habían redescubierto una y otra vez que la vida no estaba exenta de momentos jubilosos, ni siquiera para los mendigos—, pero el dique se había roto

y la corriente lo había arrastrado, su felicidad había quedado devastada como las impotentes llanuras bajo una inundación. La señora Hua se quedó mirando mientras Nini daba un gran mordisco al bollo, y luego otro. Poco después la niña empezó a hipar.

—Comes demasiado deprisa —dijo la señora Hua—. No olvides que tienes que masticar.

Cuando ya solo quedaba medio bollo, Nini empezó a comer más despacio. La señora Hua volvió a concentrarse en el edicto. Años de barrer las calles y, antes de eso, de vagar de una ciudad a otra y rebuscar entre la basura, le habían encorvado la

espalda. Aun así, seguía siendo muy alta y solía sacar un palmo a la mayoría de los hombres y de las otras mujeres. Nini pensó que tal vez por eso la anciana había conseguido aquel trabajo, para que pegara los carteles fuera del alcance de la gente, de modo que nadie pudiera robar la pasta.

La señora Hua dio unos golpecitos a las esquinas del papel para que quedara bien adherido a la pared.

—A por la siguiente calle dijo.

Nini no se movió; el cuenco de pasta que la señora Hua tenía en la mano acaparaba toda su atención. La anciana siguió la mirada de la niña y negó con la cabeza. Al ver que no había nadie por la

calle, cogió una de las hojas de papel de la pila de carteles e hizo un cono.

—Toma —dijo, y colocó el cono en la mano buena de Nini.

Ella observó atenta mientras la señora Hua vertía un poco de pasta en el cucurucho; cuando se lo hubo acabado, se lamió la mano para limpiarse los churretones. La señora Hua la miraba con profunda tristeza. Iba a decir algo, pero la niña echó a andar.

—Nini, tira el papel cuando hayas terminado —dijo la anciana en voz baja cuando la niña ya había dado media vuelta—. Que la gente no te vea utilizar el edicto.

Nini asintió con la cabeza sin mirar

atrás. Entre hipo e hipo seguía mordiéndose con fuerza el interior del moflete para asegurarse de que no decía nada más allá de lo imprescindible. No era consciente de la amabilidad que le demostraba la señora Hua. Nini aceptaba tanto la benevolencia como la crueldad del mundo del mismo modo que se había resignado a su cuerpo, deforme desde que nació. Lo que sabía de los seres humanos lo había aprendido a través de las historias que escuchaba a escondidas. Sus padres, cuando estaban de buenas, la esquivaban como si fuera un mueble, y los demás parecían ignorar su existencia, lo que le brindaba la oportunidad de enterarse de cosas



vetadas a los oídos de otros niños. Las amas de casa hablaban en el mercado sobre «*asuntos de alcoba*» mientras intentaban ahogar sus risotadas y hacían bromas hirientes sobre los jovencísimos vendedores ambulantes de las aldeas de las montañas, quienes, nuevos en el negocio, intentaban pasar por alto las palabras de las mujeres, aunque a veces el rubor los traicionaba. Los vecinos, antes de cenar tras un día de trabajo, se reunían en parejas o en tríos en el callejón e intercambiaban chismorreos sin que la cercana presencia de Nini les urgiera a cambiar de tema, como habría ocurrido si cualquier otro niño hubiera pasado por allí. Oía historias de todo

tipo: una nuera que trituraba hierbajos para mezclarlos con el relleno de las bolas de masa de su suegra, una niñera que había abofeteado a un bebé y lo había dejado sordo para el resto de su vida, una pareja que hacía tanto ruido cuando se dedicaba a los «*asuntos de alcoba*» que el vecino, un mecánico que trabajaba en la cantera, había instalado una bomba de relojería diminuta para que, del susto, al marido se le quedara el pene como algodón de azúcar... Aquellas historias reportaban a Nini el placer que otros niños obtenían con sus juguetes o con sus amigos y, aunque sabía muy bien que debía mantener una expresión despreocupada, la libertad y

la felicidad momentánea que le ofrecían aquellos chismes oídos a hurtadillas eran la experiencia más próxima a una infancia que le estaba negada, una privación de la que ella no era consciente.

El tren de las seis y media silbó. Nini iba a la estación a recoger carbón todas las mañanas. El puente del Cruce, el único que unía la ciudad con la otra orilla del río Turbio, tenía cuatro carriles, pero a aquellas horas de la mañana apenas se veían camiones o bicicletas. Los únicos transeúntes eran aldeanas y campesinos adolescentes que bajaban de las montañas con huevos recién puestos, que mantenían calientes

en sus pañuelos, pequeñas latas de leche fresca de cabra o de vaca y fideos y tortitas caseros. Nini se abría paso a contracorriente y los miraba con recelo cuando se volvían para observarla sin molestarse en ocultar la repulsión que les producía la visión de la cara deforme de la niña.

En la estación próxima al puente del Cruce solamente se detenía el tren de mercancías, que cargaba el carbón, la madera y el mineral de aluminio de las montañas que luego transportaba hasta las grandes ciudades. Los trenes de pasajeros paraban en otra estación, al este de la ciudad, y Nini a veces los veía pasar con estruendo desde el puente

mientras los rostros de los viajeros se reflejaban en las numerosas ventanillas cuadradas. Nini siempre se preguntaba qué debía de sentirse al ir de un sitio a otro en un abrir y cerrar de ojos. Le gustaba la velocidad: los largos trenes de ruedas traqueteantes que hacían saltar chispas sobre los raíles; los *jeeps* con matrículas oficiales que, conducidos sin miramientos incluso por las calles más transitadas, levantaban polvo en la estación seca y salpicaban barro cuando llovía; los fragmentos de hielo que flotaban en el río Turbio en primavera; los adolescentes temerarios que pedaleaban con ganas sin agarrarse al manillar de sus bicicletas.

Nini aceleró el paso. Si no llegaba a la estación de tren a tiempo, los operarios habrían terminado de trasladar el carbón de los camiones a los vagones de carga. Todas las mañanas dichos operarios, con una falta de atención intencionada, dejaban caer algo de carbón al suelo y luego se lo dividían entre ellos. La tarea matinal de Nini consistía en quedarse cerca, mirarlos fijamente y esperar a que uno de ellos acabara reparando en ella y le diera una pequeña cantidad de carbón. La madre de Nini solía decir que cada uno tenía que ganarse su pan y lo único que la niña quería era llegar a la estación a tiempo para que no le negaran el

desayuno.

Bashi, que cruzaba el puente entre los grupos de campesinos en dirección contraria a la de Nini, estaba absorto en sus pensamientos y no vio a la chica ni oyó a dos aldeanas haciendo comentarios sobre la cara deforme de Nini. Bashi iba dándole vueltas en la cabeza a una preocupación: cómo eran las chicas *allí abajo*, entre las piernas. Tenía diecinueve años y nunca le había visto sus partes a una chica, por lo que era incapaz de imaginar su aspecto. Para Bashi, hijo de un héroe comunista —la más roja de las semillas rojas—, eso era

una laguna preocupante.

El padre de Bashi, uno de los primeros pilotos de la nación, había luchado en la guerra de Corea y había recibido grandes honores como héroe de guerra. No lo habían matado las bombas estadounidenses, sino un error humano: había muerto de una operación de amígdalas cuando Bashi tenía dos años. El médico que le administró la anestesia incorrecta fue sentenciado a muerte por socavar las bases de la nación comunista y asesinar a uno de sus mejores pilotos, aunque a Bashi le traía sin cuidado el destino del médico, ya fuera una cadena perpetua o la pena de muerte. Su madre lo había dejado con la



abuela paterna y había vuelto a casarse en otra provincia. Desde entonces, el gobierno había sufragado la manutención de Bashi. La compensación, una suma generosa comparada con lo que solía ganar la gente, hacía posible que su abuela y él vivieran con cierta comodidad. La abuela siempre había albergado la esperanza de que Bashi fuera un buen estudiante y se ganara la vida gracias a su inteligencia, pero no había sido así, ya que al chico también le traía sin cuidado su educación. La abuela se preocupaba y siempre andaba detrás de él, pero él la perdonaba porque era la única persona que lo quería y por la que él sentía el mismo

afecto. Algún día la anciana moriría; su salud había sufrido un notable deterioro en los dos últimos años y tenía la cabeza hecha un lío: mezclaba hechos reales con fantasías, confundía unos con otros. Bashi no deseaba que llegara el momento en que ella lo dejaría para emprender el viaje al más allá, si bien el joven era consciente de que podría seguir ocupando la casa toda la vida, aunque fuera propiedad del gobierno, y de que el dinero que había en la cartilla de ahorros bastaría para cubrir los gastos de manutención, ropa y carbón sin tener que mover un solo dedo. ¿Qué más podía pedir? Una esposa, claro, pero ¿qué coste suplementario en comida

supondría eso? Lo único que le importaba a Bashi era llevar una vida sin ahogos con una mujer y que ninguno de los dos tuviera que pensar en trabajar.

Por tanto, el problema era cómo encontrar una mujer. Salvo por mi abuela, Bashi tenía muy poca suerte con las mujeres. Las mayores, las de la edad de su abuela o de su madre, lo ponían como ejemplo ante sus hijos de lo que había que evitar ser. No podrían soportar la vergüenza de reencontrarse con sus ancestros tras su muerte si al final resultaba que tenían que aguantar a un hijo, o un nieto, como Bashi. Ese tipo de comentarios, a menudo expresados en

voz lo bastante alta para que Bashi los oyera, iban dirigidos a aquellos niños que precisaban una reprimenda. Las mujeres jóvenes en edad casadera lo rehuían como una princesa de cuento haría con un sapo. Bashi creía que necesitaba recabar más conocimientos sobre el cuerpo femenino antes de abrirse camino hacia su corazón, pero ¿cuál de aquellas jóvenes que lo miraban con desprecio le confiaría sus secretos?

Había acabado depositando sus esperanzas en las muchachitas. Ya lo había intentado varias veces: había ofrecido dulces a las niñas pequeñas de otros barrios, pero ninguna había

accedido a irse con él a las hierbas altas de la ribera. Es más, una de las niñas se lo había contado a sus padres y estos le habían propinado a Bashi una paliza y habían hecho correr la noticia, de modo que, allí donde iba, el joven tenía la impresión de que la gente con hijas lo vigilaba muy de cerca. Las niñas se habían inventado una canción sobre él en la cual lo llamaban *moscón*, *pajarraco* y *culebrilla persigueniñas*. Bashi no se ofendía, de hecho le gustaba entrar en los corros de las niñas cuando jugaban y sonreía cuando le cantaban la canción a la cara. Se imaginaba llevándoselas una tras otra detrás de un arbusto secreto para explorarlas, y

sonreía aún más ufano, puesto que ninguna de esas niñas que le cantaban con sus adorables y bonitas voces imaginaría jamás qué podría estar sucediéndole en ese mismo instante.

Bashi también tenía otros planes. Por ejemplo: esconderse en los excusados públicos después de medianoche o a primera hora de la mañana, cuando las mujeres llegaban con prisas y medio adormiladas, demasiado somnolientas para reparar en él, que estaría agazapado donde no llegara la luz de la única bombilla. Sin embargo, la idea de permanecer escondido durante mucho tiempo, con frío, cansado y apestando, le había

impedido llevar a cabo su plan hasta la fecha. También podía vestirse con la ropa de su abuela y ponerse un pañuelo en la cabeza para ir a un excusado público. Hablaría con voz aflautada y pediría un tíquet para la sección de mujeres, entraría en los vestuarios y se alegraría la vista mientras ellas se desnudaban. Se quedaría un rato y luego fingiría tener prisa para ir a casa a ocuparse de cosas importantes, como vigilar un pollo que tuviera en el horno o recoger la colada del tendedero.

Sin embargo, existían otras posibilidades que le ofrecían mayores esperanzas, como encontrar una recién nacida junto al río, lo que trataba de

hacer en esos momentos. Había seguido la orilla que corría paralela a la vía del tren y ahora avanzaba lentamente por la que daba a la ciudad, mirando detrás de todas las rocas y los troncos. No era demasiado probable que alguien hubiera abandonado a una recién nacida con aquel frío, pero nada se perdía comprobándolo. Una mañana de febrero de hacía dos años Bashi había encontrado a una criatura bajo el puente del Cruce. La niña estaba rígida, ya fuera por haberse congelado durante la fría noche o por el *rigor mortis*. Bashi se había quedado mirando fijamente su cara grisácea. No sabía por qué, pero la idea de separar la manta y mirar debajo



de los harapos le erizaba el vello, así que la dejó donde la había encontrado. Volvió al lugar una hora después y ya había un grupo de gente reunido alrededor de la criatura. Comentaron que debía de tratarse de una niña, un bebé sano y rollizo, y que era una lástima que no hubiera nacido varón. Dijeron que solo se necesitan unas cuantas capas de papel de paja húmedo y poco más de cinco minutos, como si todos hubieran asfixiado a una recién nacida al menos una vez en su vida, a juzgar por la viveza con que relataban los detalles. Bashi sugirió que la niña podría haber muerto por congelación, pero nadie le hizo caso. Siguieron

hablando entre ellos hasta que llegaron el viejo Hua y su esposa y metieron el pequeño montón de harapos en un saco de arpillera. Bashi fue el único que acompañó a los Hua al lugar en que enterraban a las criaturas abandonadas: río arriba, al oeste de la ciudad, donde brotaban todo el verano unas flores blancas sin nombre que los niños del lugar conocían como las flores de los bebés muertos. Ese día la tierra estaba demasiado helada para cavar incluso un hoyo chiquito, así que la pareja buscó un pequeño hueco detrás de una roca, cubrió al bebé con hojas secas y hierba mustia y luego señaló el lugar. Le dijeron a Bashi que volverían más tarde

para enterrarla y él respondió que no dudaba que la despedirían como era debido, pues como gente de buen corazón que eran nunca defraudaban a nadie.

Bashi creía que, si esperaba lo suficiente, algún día encontraría un bebé vivo en la orilla. No comprendía por qué la gente no quería a las niñas. Desde luego, a él no le importaría llevarse a una a casa, darle de comer, bañarla y criarla, pero debía guardarse mucho de comentar un propósito como ese con sus vecinos, quienes lo trataban de imbécil; por lo visto, la imbecilidad era uno de los pocos delitos para los que no existía castigo suficiente. A un atracador o a un

ladrón le caía una pena de un año o más por el crimen cometido, pero ser tachado de imbécil, igual que de contrarrevolucionario, era una acusación contra la esencia de uno mismo y por esa razón a Bashi no le gustaban sus vecinos. Incluso el contrarrevolucionario a veces obtenía el perdón y volvía a integrarse en la sociedad, como parecía ser habitual en los días que corrían. En la radio no hacían más que contar historias sobre alguien con quien se había cometido una injusticia durante la Revolución Cultural y que había sido readmitido en la gran familia comunista. Sin embargo, Bashi creía que aquella redención estaba fuera

de su alcance. La gente no solía prestarle atención cuando se unía a las conversaciones de los cruces o al pequeño grupo que jugaba al ajedrez a un lado de la carretera en las tardes de verano, y cuando lo hacían, todos esbozaban divertidas sonrisas de incredulidad, como si Bashi les hiciera comprender que eran mucho más inteligentes que él. El joven había decidido dejar de hablarles en muchísimas ocasiones, pero en cuanto se topaba con alguna de aquellas reuniones, sentía renacer la esperanza. A pesar de lo mal que lo trataban, adoraba a la gente y le encantaba hablar con ella. Soñaba con el día en que sus vecinos

aprenderían a valorar su importancia, ese día en que tal vez incluso le estrecharían la mano, le darían palmaditas en el hombro y se disculparían por el error que habían cometido.

Un perro se acercó correteando por la orilla. El pelaje dorado relucía bajo el sol de la mañana. Llevaba un cucurucho de papel en la boca y Bashi le lanzó un silbido.

—Oreja, ven aquí, ¿has encontrado un tesoro?

El perro miró a Bashi y retrocedió un paso. Era de un recién llegado a la ciudad y el joven se había fijado en ambos. Pensaba que Oreja era un

nombre extraño para un perro y estaba convencido de que algo no andaba bien en la cabeza del chico que lo había bautizado así. El niño y el perro eran tal para cual: se habían criado en el campo y no eran demasiado espabilados.

—Mira, Oreja, un hueso —dijo Bashi con voz suave llevándose una mano al bolsillo.

El perro vaciló, pero no se acercó. Bashi no apartó los ojos del peno y avanzó unos centímetros; volvió a llamarlo con voz suave, y de repente cogió una piedra y se la lanzó al chucho, que soltó un breve gañido y salió corriendo, dejando caer el cono al suelo. El joven siguió arrojando piedras

hacia donde había desaparecido el perro. En una ocasión había conseguido convencerlo para que se acercara lo suficiente y le había propinado una patada en la barriga.

Bashi recogió el cucurucho de papel y lo extendió en el suelo. La tinta se había corrido, pero aún podía leerse el mensaje.

—Un contrarrevolucionario no es un juego —comentó en voz alta.

El nombre que aparecía en el edicto no le sonaba y se preguntó si aquella mujer sería de la ciudad. ¿De quién era hija? Pensó que era muy triste que ejecutaran a la hija de alguien, ningún crimen cometido por una joven debería



acabar con un final tan trágico, aunque... ¿seguiría siendo virgen? Bashi relejó el edicto. Apenas se daba información sobre aquella tal Gu Shan. Tal vez estuviera casada, nadie esperaba que una mujer de veintiocho años siguiera siendo virgen, salvo que fuera...

—¿Una solterona? —dijo en voz alta para apuntillar su pensamiento.

Se preguntó qué habría hecho para ganarse el tratamiento de contrarrevolucionaria. La única persona conocida que había cometido un crimen similar era el médico que había matado a su padre. Bashi leyó el edicto una vez más. Tenía un nombre bonito, así que tal vez se tratara de alguien como él: una

persona incomprensida a la que nadie se molestaba en intentar comprender. Qué lástima que tuviera que morir el día que la había descubierto.

Tong llamó a Oreja varias veces antes de que el perro apareciera de nuevo.

—¿Has vuelto a molestar al perro negro? —le preguntó mientras Oreja se acercaba corriendo hacia él, presa del pánico.

El perro negro era del viejo Kwen, un conserje de la planta eléctrica que, a diferencia de la mayoría de la gente que vivía en las manzanas, ocupaba una

casucha pequeña y destartalada en el límite entre la zona residencial y la industrial. Una de las pocas cosas que el padre de Tong le había contado acerca de la ciudad cuando el niño llegó era sobre el viejo Kwen y su perro. Atado toda su vida delante de la casucha —lo que únicamente le permitía moverse en un radio de menos de metro y medio—, se decía que era la peor mala bestia y el mejor perro guardián de la ciudad, dispuesto a derribar y arrancarle la yugular a quien se atreviera a poner un pie en la choza de su amo. «*Mantente alejado de un hombre que cuida a su perro de esa manera*», le había advertido su padre, pero cuando Tong le

preguntó el porqué, no le dio una explicación.

Oreja, demasiado curioso y juguetón, se había acercado al perro negro varias veces y este siempre le había gruñido o había intentado saltarle encima mientras tiraba del extremo de la cadena con una inercia descomunal. Después de aquellos encuentros, a Tong siempre le costaba mucho calmar a Oreja.

—Tienes que aprender a dejar en paz a los demás perros —dijo Tong, pero Oreja se limitó a gemir. Pensó que quizá estaba reprendiéndolo por una razón equivocada y en ese momento cayó en la cuenta de que no había oído

ladrar al perro negro—. Bueno, tal vez no sea el perro negro, sino otra persona. Tienes que aprender a dejar en paz a los demás. No todo el mundo te quiere como crees —insistió el niño.

Pasearon por la orilla. El cielo estaba encapotado y el viento tenía el olor añejo de la nieve vieja que todavía no se había fundido. Tong arrancó una tira de corteza clara y acartonada de un abedul, y se sentó con un cabo de lápiz con el que escribió en la superficie las palabras que recordaba del cartel: mujer, contrarrevolucionaria, colegio.

Era uno de los estudiantes más aplicados de la clase. A veces el profesor les decía a los demás alumnos

que Tong era un buen ejemplo de alguien sin demasiadas aptitudes que había compensado sus carencias mediante el trabajo diligente. Al principio el comentario lo había dejado más triste que orgulloso, pero con el tiempo aprendió a darse ánimos. Después de todo, los elogios de un profesor no dejaban de ser elogios, y los comentarios favorables podían acabar convirtiéndolo en un alumno importante para el maestro. Tong deseaba ser de los primeros en entrar a formar parte de los Jóvenes Pioneros Comunistas después del primer curso para ganarse el respeto de sus conciudadanos; sin embargo, para alcanzar ese sueño necesitaba hacer algo

que impresionara a sus profesores y compañeros. Había pensado en memorizar todos los caracteres del diccionario elemental y presentar el resultado al profesor al final del semestre, pero sus padres, ambos obreros, no podían permitirse la compra de numerosos libros de ejercicios. La idea de utilizar la corteza de abedul se le había ocurrido después de leer en un libro de texto que el camarada Lenin había utilizado pan negro como tintero y leche como tinta durante su encarcelamiento y que había escrito mensajes secretos a sus camaradas en los márgenes de los periódicos, que solo podían leerse cuando se acercaba la

hoja de papel al fuego. Cuando un guardia se acercaba, Lenin se comía el tintero con la tinta dentro. «*Si se tiene una verdadera disposición, siempre se encuentra el modo*», había comentado el profesor sobre la moraleja de la historia. Desde entonces Tong había intentado mantener una verdadera disposición y había recogido un puñado de cabos de lápiz que otros niños habían desechado. También había descubierto la corteza de abedul, perfecta para escribir sobre ella, y una provisión más segura que el papel que el viejo Hua le guardaba.

Oreja se sentó sobre las patas traseras y observó cómo trabajaba Tong,



pero al cabo de un rato se levantó de un salto en dirección al río helado, dejando pequeñas huellas en forma de flor sobre la nieve vieja. Tong escribió hasta que los dedos se le entumecieron por el frío. Se los sopló con bocanadas de vaho blanco y leyó las palabras para sí mismo antes de guardar el cabo de lápiz.

Volvió la vista hacia la ciudad. Unas banderas rojas ondeaban en lo alto del ayuntamiento y de los juzgados. En el centro de la plaza de la ciudad, una estatua de piedra de Mao empequeñecía el hospital cercano, de cinco plantas. Según los profesores, era la estatua de Mao más alta de toda la provincia y el orgullo de Río Turbio, un monumento

que había atraído hasta allí a peregrinos de otras ciudades y pueblos y la razón principal por la que la villa regional de Río Turbio había sido ascendida al rango de ciudad, con jurisdicción sobre varias poblaciones y aldeas de los alrededores. Unos meses atrás, poco después de la llegada de Tong, un trabajador asignado a la limpieza semestral de la estatua había sufrido un accidente y había caído en picado desde el hombro de Mao. Muchos ciudadanos acudieron al lugar del suceso. Tong había sido uno de los niños que se había escurrido entre las piernas de los adultos para echar un vistazo de cerca al cuerpo. El hombre, vestido con el

uniforme azul de los empleados de la limpieza, estaba tendido boca arriba con un pequeño charco de sangre junto a la boca. Tenía los ojos completamente abiertos, la mirada vidriosa y las extremidades separadas formando ángulos inusuales. Cuando los camilleros del hospital municipal llegaron para recoger el cuerpo, se les escurrió y se agitó como si no tuviera huesos. A Tong le recordó unas babosas que había en el pueblo de sus abuelos. Aquellos bichos tenían el cuerpo carnoso y húmedo, y si se les espolvoreaba un poco de sal encima, se convertían poco a poco en un pequeño charco de líquido blanco y pegajoso. El

niño que había junto a él se mareó y sus padres se lo llevaron de allí apresuradamente, pero Tong se obligó a no mostrar debilidad. Incluso algunos adultos apartaron la mirada cuando los camilleros tuvieron que levantar la cabeza del hombre del suelo, pero Tong reunió todas sus fuerzas para no perderse ni un detalle. Creía que si era lo bastante valiente, los chicos de la ciudad, y tal vez también los adultos, lo mirarían con buenos ojos y lo aceptarían como a uno de los más ejemplares. No era la primera vez que veía un cadáver, pero sí la primera que veía morir a un hombre de una manera tan extraña. En el pueblo de sus abuelos la gente moría de

la manera habitual: por una enfermedad o de viejos. Solo una vez una mujer que trabajaba en el campo con un tanque de pesticida a la espalda murió al instante cuando el tanque explotó. Tong y otros niños se reunieron en el linde del campo y miraron cómo el marido y los dos hijos adolescentes de la mujer la rociaban desde lejos con mangueras hasta que extinguieron el fuego y el gas mortal se dispersó. No parecían ni impresionados ni afectados, pero su silencio dejaba entrever algo que Tong no alcanzó a comprender.

*«Hay muertes que implican una carga más pesada que el monte Tai y otras, tan ligeras como una pluma».*

Tong recordó la lección que su profesor les había enseñado hacía unas semanas. La mujer que había muerto en la explosión había pasado a formar parte de las historias que los aldeanos contaban con regocijo a los transeúntes, quienes a menudo se sentían sobrecogidos al oírla; sin embargo, ¿acaso eso confería mayor valor a su muerte que a la de la anciana que vivía en la calle de al lado de los abuelos de Tong y que falleció mientras dormía? La muerte de la contrarrevolucionaria tendría que ser más ligera que una pluma, pero las pancartas y el acto del día parecían decir lo contrario.

La ciudad cobró vida ante la

desconcertada mirada del chico, aunque no todos sus habitantes estaban igual de preparados para el gran día. Una estudiante de cuarto curso descubrió horrorizada que su hermano pequeño le había hecho un desgarrón a su pañuelo de seda de joven pionera; lo había enrollado alrededor de la pata del gato y estuvo jugando con él al tira y afloja. La madre intentó consolarla —le preguntó si no tenía uno de algodón; además, aunque llevara el de seda, nadie se fijaría en el pequeño desgarrón—, pero nada consiguió acallar los lamentos de la joven. ¿Cómo esperaban que ella, capitana de los Jóvenes Pioneros Comunistas de su clase, llevara un

simple pañuelo de algodón o uno roto? La joven lloró hasta que acabó comprendiendo que las lágrimas solo conseguirían empeorar su aspecto y por primera vez fue consciente de la trivialidad de su vida si una pequeña zarpa de gato era capaz de destruir el mayor de sus sueños.

A unas cuantas manzanas de allí, un camionero detuvo a su joven esposa cuando esta se levantaba de la cama. Solo una vez más, le suplicó. Ella se resistió, pero no consiguió zafarse del abrazo de su marido y se entregó completamente a él. Después de todo, podían echarse una cabezadita extra durante el acto denunciatorio, y no hacía



falta que ella se preocupara porque ese día él no tenía que conducir. En el hospital municipal, una enfermera llegó tarde al turno de mañana porque su hijo se había dormido y, con las prisas por terminar el trabajo antes de ir al acto denunciatorio, le administró una dosis equivocada de antibióticos a un bebé que estaba recuperándose de una neumonía. Pasaron varios años hasta que los médicos descubrieron que la sordera del niño se debía a aquel error, pero el caso quedó sin investigar y los padres solo pudieron culpar de su desgracia al destino. Al otro lado de la calle, en el centro de comunicaciones, la chica que trabajaba en la centralita le gritó a un

campesino que intentaba llamar a su tío, que vivía en una provincia vecina. ¿Acaso no sabía que era un día importante y que ella tenía que estar preparada para el evento político en vez de estar perdiendo el tiempo con él?, le dijo al hombre, aunque sus duras palabras apenas llegaron a su interlocutor por culpa de una mala conexión. Mientras la joven lo reprendía, llamaron del hospital militar de la capital provincial y esta vez fue ella quien tuvo que aguantar los gritos por no haber estado lo suficientemente alerta para atender la llamada.





**L**a joven llevaba un traje de hombre, de color oscuro y de una talla más grande que la suya, y se había recogido el cabello para ocultarlo bajo un flexible sombrero de fieltro de ala curva. Las manos, enfundadas en guantes negros, asían con fuerza la empuñadura de una espada corta y desenvainada. La hoja, el único objeto de color claro de la fotografía en blanco y negro, apuntaba hacia arriba. El rostro serio de la joven, que miraba directamente a la cámara,

quedaba medio oculto en la sombra que proyectaba el sombrero. «*Piensa que Jade de Otoño estaba dispuesta a entregar su vida*», recordó Kai que le explicaba su profesora cuando la escogieron para interpretar el papel de la famosa heroína en una nueva ópera. Por entonces Kai tenía doce años, una estrella emergente de la escuela de teatro de la capital provincial, y no era de extrañar que le ofrecieran los papeles principales, desde el de Jade de Otoño, que había sido decapitada al no conseguir asesinar a un representante provincial de la corte del último emperador, hasta Chen Tiejun, la joven comunista que había sido abatida de un

tiro junto a su amante instantes después de que ambos se hubieran proclamado marido y mujer delante del pelotón de fusilamiento. Kai siempre había recibido elogios por la madurez de sus representaciones, pero en ese momento, al mirar la fotografía, descubrió en la mirada de la joven lo poco que había comprendido a las mártires que había interpretado. Hubo un tiempo en que Kai se enorgullecía de haber entrado en el mundo de los adultos antes que sus compañeros, aunque ahora sabía que este mundo era tan falso y traicionero como su temprana interpretación de la muerte y el sacrificio.

Devolvió la fotografía enmarcada a

la pared, donde llevaba colgada los últimos cinco años junto a otras fotos, reliquias de su vida sobre el escenario, entre los doce y los veintidós años. El estudio, una habitación pequeña y sin ventanas en el último piso de un edificio gubernamental, con paredes acolchadas y fluorescentes parpadeantes, le había parecido tras la primera impresión la celda de una cárcel. Han se había encargado de decorarla: había colgado fotografías suyas en las paredes y un espejo en forma de corazón detrás de la puerta, y había colocado en las estanterías jarrones con flores de plástico para que florecieran todo el año sin necesidad de sol ni otros cuidados

—para que hiciera suyo el estudio, según Han—, cuando la ayudó a obtener el puesto de informadora. «*Una razón más para tener en cuenta su propuesta de matrimonio*», la había apremiado su madre, pensando en otros trabajos menos privilegiados que podrían haberle asignado a su hija después de dejar la compañía de teatro provincial: impartir clases en la enseñanza primaria, esforzándose para que los niños no cantaran tan mal, o entrar a formar parte de ese cuerpo de administrativas del Ministerio de Cultura y Entretenimiento cuya función se limitaba a llenar las oficinas de agradable presencia femenina. Han, hijo



único de una de las parejas más poderosas del consistorio municipal, llevaba seis meses cortejando a Kai, cuyos padres, ambos administrativos de rango intermedio con escasos posibles para ayudarla cuando rostros más jóvenes la sustituyeron en el escenario, lo consideraban el candidato perfecto para ella. «*El mayor éxito de una mujer no está en su profesión, sino en su matrimonio*», le dijo su padre cuando Kai le comunicó que estaba pensando en irse de Río Turbio y seguir la carrera de actriz en Pekín o Shanghai. Retener la perpetua atención de un solo admirador constituía un reto mayor que ganarse el corazón de muchos que la olvidarían de

la noche a la mañana. El padre de Kai le contaba esas cosas en ausencia de la madre, y no fue únicamente el profundo conocimiento que tenía el hombre sobre la naturaleza efímera de la fama lo que hizo que Kai reconsiderara su decisión, sino también las inequívocas señales que le enviaba acerca de que su madre —la más dominante y manipuladora de los dos— no lo había logrado. La hija que por primera vez entrevé un atisbo de la cara menos amable del matrimonio de sus padres se ve obligada a entrar en el mundo de los adultos, a menudo en contra de su naturaleza y voluntad, igual que una vez fue empujada a través del canal del parto para proclamar su

existencia. Para Kai, que había abandonado el hogar paterno con ocho años para ir a la escuela de teatro, aquel segundo nacimiento llegó en un momento en que casi todas sus compañeras de colegio se habían aventurado en matrimonios y maternidades tempranas, por lo que acabó decidiéndose a entrar a formar parte de la familia de Han. El hecho de que poco después el padre de Kai falleciera de un cáncer de hígado detectado en una fase demasiado avanzada no hizo más que conceder a Kai el aparente reconocimiento de haber tomado la decisión correcta, al menos durante el primer año de matrimonio.

Kai colocó un disco en el

tocadiscos. La aguja se abrió paso entre los surcos del disco rojo y el tema musical de las noticias de la mañana, «*Amor por la patria*», fluyó diligentemente a través de los altavoces por todas las esquinas. Kai imaginó el mundo más allá del estudio: el humo negro del carbón alzándose sobre los tejados hacia un cielo de color plomizo; los gorriones saltando de un tejado a otro con alas polvorientas mientras la música patriótica ahogaba sus gorjeos; la gente bajo aquellos tejados, acostumbrada al ritual matutino de la música que daba paso a la emisión de las noticias... Seguramente no prestaban atención ni a una sola palabra del programa.

Kai levantó la aguja y encendió el micrófono cuando terminó el coro.

—Buenos días, obreros, campesinos y camaradas revolucionarios de Río Turbio —dijo abriendo su espacio con el saludo habitual. Su educada voz adoptó de inmediato un tono cálido e impersonal.

Leyó las noticias nacionales e internacionales que un administrativo del turno de noche del Departamento de Propaganda había extraído del *Diario del Pueblo* y el *Diario de Referencia*, seguidas de las noticias provinciales y los asuntos locales. A continuación, escogió un editorial en el que se denunciaba al gobierno vietnamita por

traicionar la verdadera fe comunista y se ensalzaba la importancia ideológica de Pol Pot y sus *jemeres* rojos a pesar del contratiempo temporal que había supuesto la intrusión vietnamita. Mientras leía, Kai era consciente de la nota pegada en el micrófono, en que se le ordenaba informar a la gente de la ciudad sobre el acto denunciatorio de Gu Shan y su posterior ejecución.

Gu Shan tenía veintiocho años, los mismos que Kai y cuatro menos que Jade de Otoño cuando fue decapitada después de un juicio precipitado. Jade de Otoño había dejado dos niños demasiado pequeños para llorar su muerte y un marido que la había

repudiado en defensa de la última dinastía contra la que ella había luchado. Kai tenía marido y un hijo; Gu Shan, no. Kai pensó que la libertad de sacrificarse por las propias creencias era un lujo que muy pocos podían permitirse. Se imaginó colando las palabras «*pionera*» y «*mártir*» en el anuncio de la ejecución. ¿Acaso Shan, a quien probablemente estuvieran ofreciéndole el último desayuno y tal vez ropa limpia, oiría la voz amiga que, durante los largos años de encarcelamiento, hacía tiempo había perdido la esperanza de oír? A Kai le temblaron las manos cuando leyó el edicto. Shan y ella eran ahora aliadas,

aunque Shan no llegaría a saberlo jamás.

Kai apagó el micrófono y alguien llamó a la puerta casi de inmediato: dos golpecitos y una rascada. Kai se miró en el espejo antes de abrirla.

—El mejor tónico para la mejor voz —dijo Han levantando el termo y ofreciéndoselo con un gesto teatral.

Todas las mañanas, antes de dirigirse a la oficina que ocupaba en el mismo edificio, Han pasaba por el estudio con un termo de té preparado con una hierba llamada *Amplio y Ancho Mar*, supuestamente buena para la voz. Había empezado como un detalle de amor después de la luna de miel, y Kai siempre había creído que con el tiempo



se enfriaría y acabaría muriendo como todas las pasiones irracionales entre un hombre y una mujer; pero cinco años y un hijo después, Han no había abandonado esa costumbre. A veces decía, entre admirado y maravillado, como si hasta a él le sorprendiera gratamente lo que hacía, que debía de ser el único marido de toda la ciudad que llevaba té a su esposa. Burlándose de sí mismo, añadía que la gente debía de considerarlo un idiota; sin embargo, era el orgullo que Han no se molestaba en ocultar lo que angustiaba a su esposa. Aunque en cierto momento Kai había pensado que casarse y ser madre era el curso natural que debía tomar su vida, a

veces no podía evitar el deseo de borrar de un plumazo todas sus decisiones erróneas.

—Ya te he dicho muchas veces que no lo necesito —dijo Kai refiriéndose a la infusión, aunque este comentario, que a menudo parecía una reprimenda cariñosa, sonó más impaciente ese día.

Han no pareció percatarse de ello. Pellizcó la mejilla de su esposa, entró en el estudio y le sirvió una taza de té.

—Hoy es un día importante y no quiero que nadie diga que la voz de mi mujer no es perfecta.

Kai esbozó una sonrisa y cuando él la animó a beber el té, ella tomó un sorbo. Han no apartó los ojos de Kai,

que le preguntó qué tal iban los preparativos de ese día, antes de que él tuviera oportunidad de alabar su belleza, como solía hacer.

—Todo está listo, menos el helicóptero —respondió Han.

Kai preguntó qué helicóptero. Algo que no era responsabilidad suya, contestó Han, y lo dejó ahí. Kai quiso saber, como si la empujara una curiosidad inocente, para qué necesitaba él un helicóptero, y Han dijo estar seguro de que alguien se encargaría de todo, que ella no debería preocuparse de sus aburridos asuntos.

—Las preocupaciones envejecen —añadió Han bromeando.

Kai respondió que tal vez no estaba tan lejos el momento en que él tendría que buscar una mujer más joven. Han se echó a reír, tomándose la respuesta de Kai como un flirteo.

Le fascinaba que su marido jamás dudara de ella. La fe y la confianza que Han había depositado en ella —y sobre todo en él mismo— lo convertían en un ciego idólatra de su matrimonio. Qué fácil era engañar a un pobre confiado... Aquel pensamiento la inquietó. Miró el reloj y dijo que tenía que irse. Se suponía que debía estar a las ocho en su puesto para el acto denunciatorio, en el estadio del Viento del Este, uno de los mayores recintos de la ciudad. Han dijo

que la acompañaría hasta allí y Kai deseó tener una excusa para rechazar el ofrecimiento, pero no dijo nada.

Recogió varias páginas de noticias y se retocó el cabello antes de salir del estudio con Han. Su marido la cogió por el codo, como si necesitara que la guiaran y ayudaran a bajar los cinco tramos de escaleras; sin embargo, cuando salieron del edificio la soltó para que nadie pudiera verlos tocándose de forma inadecuada en público.

—Entonces, ¿nos vemos hoy en el Triple Gozo? —preguntó Han cuando doblaron la esquina.

Kai preguntó para qué y Han contestó que se trataba del banquete de

celebración. Kai replicó que nadie la había informado de ello y Han respondió que pensaba que a esas alturas ella ya debía saber que era lo que solía hacerse después de esta clase de actos.

—En las dos últimas comidas el alcalde me preguntó por qué no estabas allí —dijo Han, y añadió que la había excusado en ambas ocasiones.

Kai lo estaba viendo: sentada a la mesa con el alcalde, su mujer, Han, sus padres y varias familias más, un círculo social muy cerrado. Eso había formado parte del atractivo del matrimonio: una vez que fuera miembro de aquella familia, entraría en un grupo social con

el que los administrativos como sus padres siempre habían soñado. Kai todavía se negaba a admitirlo, pero sabía que la vanidad era uno de sus errores más caros. Era una esposa y una nuera presentable: guapa, no había tenido novio antes de conocer a Han y había sido capaz de dar a luz a un varón a la primera. La familia de su marido la trataba bien, aunque no tenían reparos en dejarle claro que si formaba parte del clan era gracias al matrimonio.

Kai informó a su marido de que le había dicho a la niñera que estaría en casa a la hora de comer. La nueva niñera, que había empezado hacía una semana, tenía quince años y medio y,

según Kai, era demasiado joven para cuidar de un bebé, pero cuando la anterior se fue para volver a trabajar la tierra con su marido y sus hijos — después de muchos años de comunas populares, el gobierno central por fin había permitido que los campesinos poseyeran los derechos de labranza de su propia tierra—, la única sustituta que habían encontrado había sido aquella chica de una aldea montañesa.

Han dijo que enviaría al ordenanza de sus padres para controlar a la niñera. Kai respondió que qué iba a saber un chico de dieciocho años de un bebé de once meses y Han, detectando cierta impaciencia en la voz de su mujer, se



quedó mirándola y le preguntó si estaba bien. Le apretó la mano brevemente antes de soltársela.

Kai negó con la cabeza y dijo que sí, que solo le preocupaba Ming-Ming. Han le aseguró que lo entendía, pero que sus padres se sentirían decepcionados si ella se perdía los acontecimientos sociales importantes. Kai asintió y contestó que iría si era eso lo que él quería.

El bebé había sido la excusa fácil para su ensimismamiento durante el desayuno, las comidas en el piso de los padres de Han a las que no había asistido, las cada vez más escasas visitas a su propia madre y las disculpas

por el cansancio cuando Han le pedía tener relaciones por la noche.

—Mis padres quieren que vayas — insistió Han—, y yo también.

Kai asintió y reemprendieron el paso en silencio. A unas manzanas de allí divisaron una columna de humo que se elevaba desde un cruce. Se habían reunido varias personas y un fuerte olor a cuero quemado impregnaba el aire. El viento lanzó al otro lado de la calle un trozo de seda de color apagado, del tamaño de la palma de una mano. Un gato anaranjado, que se estiraba sobre un muro bajo, no le quitaba el ojo de encima al trozo de tela que flotaba en el aire.

Han pidió a la gente que abriera paso. Varios le hicieron caso y Kai siguió a su marido al interior del corro. Un hombre, que lucía el brazalete rojo de las patrullas de seguridad del Sindicato de Trabajadores, tenía los ojos clavados en una anciana que estaba sentada delante de una pila de ropa ardiendo. La mujer no levantó la vista cuantío Han le preguntó por qué estaba interrumpiendo el tráfico en el día de un acto político tan señalado.

—La vieja bruja se hace la sordomuda —dijo el hombre de las patrullas de seguridad, y añadió que su compañero había ido en busca de la policía.

Kai miró la coronilla de la anciana, apenas cubierta por el ralo cabello cano. Se inclinó hacia ella y le dijo que estaba cometiendo una infracción de tráfico, que por su bien se fuera cuanto antes. Al oírla hablar, se produjo una ligera conmoción entre los curiosos. En aquella ciudad la gente reconocía su voz. Cuando Kai se levantó, notó que la mujer que tenía al lado se apartaba unos centímetros para observar mejor su rostro.

—Todavía está a tiempo de librarse si se marcha ahora mismo —intervino Han, y se dirigió en voz baja a Kai para decirle que se fuera a la celebración, que él esperaba a la policía.

La anciana levantó la vista.

—Todos ustedes se despedirán de ella a su modo. ¿Por qué no puedo hacerlo yo al mío?

El hombre de la patrulla de seguridad explicó a Han y a Kai que aquella mujer era la madre de la contrarrevolucionaria que estaban a punto de ejecutar. En ese momento Kai reconoció la mirada desafiante en los ojos de la señora Gu. Había visto la misma expresión en los de Shan hacía doce años, cuando pertenecían a facciones rivales de los Guardias Rojos.

—Nuestro modo de despedir a su hija no solo es el más adecuado, sino también el único que permite la ley —

respondió Han, y ordenó al hombre de la patrulla de seguridad que fuera a buscar agua.

La señora Gu removió el fuego con una rama de árbol, como si no lo hubiera oído. Cuando el patrullero regresó con un pesado balde, Han retrocedió y le indicó al hombre que apagara la pequeña hoguera. La señora Gu no se protegió la cara de las salpicaduras. La pila de ropa siseó y humeó, pero ella siguió removiéndola como si animara a las llamas a reavivarse.

Dos policías, avisados por el otro patrullero, se abrían paso a gritos entre la multitud para que la gente se dispersara. Algunas personas se fueron,

pero muchas otras se limitaron a retroceder unos pasos y a ensanchar el corro.

—No hace falta montar un escándalo —le dijo Kai a Han cuando este se dirigía a saludar a los policías.

—Quienes busquen ser castigados, obtendrán lo que piden —respondió Han.

El patrullero saludó a los policías y les indicó que se dirigieran a Han y a Kai, pero la señora Gu seguía completamente ajena a los hombres que la rodeaban mientras musitaba algo antes de secarse las lágrimas de las comisuras de los ojos.

—¿Por qué no la dejáis ir sin más?

—le preguntó Kai a Han, y le citó un viejo dicho: *«Los favores que uno haga le serán devueltos, y el dolor que uno cause le será infligido»*.

Han la miró y comentó que no sabía que fuera supersticiosa.

—Si no deseas creerlo por ti, al menos créelo por tu hijo —insistió Kai con un tono apremiante que lo obligó a detenerse. Él la observó, divertido, y dijo que jamás hubiera imaginado que acabaría adoptando las creencias de la generación anterior—. Una madre se vale de cualquier ayuda para asegurarle una buena vida a su hijo —respondió Kai—. ¿Y si la gente maldice a Ming-Ming por nuestras acciones?



Han negó con la cabeza como si la lógica de su esposa le hiciera gracia. Saludó a los policías y les pidió que acompañaran a la anciana a su casa y que buscaran a alguien que limpiara la calle.

—Por esta vez la dejaremos ir sin más —dijo, repitiendo las palabras de Kai, y añadió que no hacía falta aumentar la tensión en un día como aquel.

Los policías y los patrulleros elogiaron a Han por su generosidad.

—Bien por aquel que sabe perdonar a quien erra sin perseguirlo por su error —dijo el mayor de los policías, a lo que Han asintió con la cabeza.



## TRES



**L**a señora Hua no vio cómo los policías se llevaban a la señora Gu del lugar donde había cometido un delito, y de haber presenciado la escena tampoco habría sabido que la mujer que casi habían tenido que llevar a rastras hasta el *jeep* era la señora Gu.

Igual que la señora Gu, la señora Hua jamás sería abuela. Tenía sesenta y seis años, y a esa edad un nieto o dos serían una razón más poderosa para seguir adelante que las calles en las que

su marido rebuscaba y ella barría; sin embargo, las calles le proporcionaban un medio de subsistencia, mientras que las fantasías sobre tener nietos, no, y era consciente de la suerte que tenía de estar viva, algo que ni su marido ni ella olvidaban agradecer. Sin embargo, la necesidad de acunar a un bebé era a veces tan fuerte que tenía que dejar de hacer lo que estuviera haciendo y sentir, con el corazón en un puño, el peso imaginario de un cuerpo pequeño, cálido y suave en sus brazos. Aquello era lo que hacía que pareciera una anciana enajenada. De vez en cuando su jefe, Shaokang, un hombre soltero de cincuenta y tantos años, amenazaba con

despedirla, como si le molestara la lentitud con que obedecía sus órdenes, pero ella sabía que él solo lo decía por los demás empleados del servicio de limpieza y recogida de basuras, ya que era uno de esos hombres que ocultaba su bondad tras palabras rudas. Shaokang le había ofrecido el puesto en su departamento trece años atrás, después de ver a la señora Hua y a su marido en la calle, ella con fiebre y él pidiendo un poco de agua en una tienda. Hacía poco que no habían tenido más remedio que dejar que se llevaran a las cuatro niñas más pequeñas a los orfanatos de cuatro condados diferentes, una práctica que se consideraba beneficiosa para ellas, a fin

de que pudieran empezar de nuevo. La señora Hua y su marido habían recorrido cuatro provincias en tres meses con la esperanza de que la carretera cerrara la herida, aún fresca. No tenían pensado establecerse en Río Turbio, pero Shaokang había insistido en que el invierno que se avecinaba acabaría con ambos si no aceptaban su oferta y, al final, las ganas de seguir vivos pusieron fin a su viaje.

—Cruce de Liberación con Río Amarillo —dijo Shaokang cuando la señora Hua entró en el departamento, una habitación del tamaño de un almacén, con un escritorio en una esquina, que servía de zona de oficina.

La mujer se dirigió al lavabo y enjuagó el cuenco. Quedaba muy poca pasta. Shaokang le había dado mucha más harina de la necesaria; sin embargo, ella sabía que su jefe no indagaría el paradero de la sobrante.

La señora Hua se encaminó hacia el armario, pero la cuadrilla de limpieza todavía no había devuelto la mayoría de las escobas. Cuando estaban todas, las grandes, hechas con cañas de bambú, y las pequeñas, con paja, se alineaban en una fila como una compañía de soldados, cada una con su número escrito con la cuidada caligrafía de Shaokang y asignada a su respectivo barrendero. De vez en cuando, la señora

Hua se preguntaba si, en una de sus voluminosas libretas, Shaokang llevaba un registro de todas las escobas que habían pasado por el servicio de limpieza y recogida de basuras, cuánto tiempo habían estado en la calle y cuántas horas muertas habían consumido en el armario; en definitiva, cuánto había durado cada escoba antes de que el cepillo quedara completamente pelado. Los barrenderos más jóvenes del departamento se burlaban de Shaokang a sus espaldas porque decían que quería a las escobas como si fueran sus hijos, aunque la señora Hua no veía qué tenía aquello de malo y era consciente de que tal clase de bromas solo podían



proceder de gente joven que no sabía nada sobre la paternidad.

La mujer cogió las escobas que tenía asignadas y le contó a Shaokang que la noche anterior había soñado que pintaba huevos de rojo para el cumpleaños de un nieto. Hablaba con él únicamente cuando no había nadie más alrededor. A veces pasaban días o semanas antes de que tuvieran la oportunidad de charlar, pero a ninguno de los dos les parecía extraño, y sus conversaciones se limitaban a unas breves palabras.

—Los sueños son tan reales como una flor en el espejo o una luna llena en el río —contestó Shaokang sin levantar la vista del cuaderno que estaba

inspeccionando.

La señora Hua le dio la razón con un suspiro y fue hacia la puerta. Esa mañana también se lo había contado a su marido, y este había contestado que, al menos, era un buen sueño.

—¿Le gustaría salir antes hoy? — preguntó Shaokang.

La señora Hua respondió que para qué. Por lo visto a Shaokang le preocupaba que el acto denunciatorio aburriera a la señora Hua y añadió que habría suficientes trabajadores en representación del servicio de limpieza y recogida de basuras. Como si el aburrimiento fuera algo que le preocupara a la gente como ella, pensó

la señora Hua, aunque podría aprovechar las horas libres para ayudar a su marido a ordenar las botellas que había acumulado en el cobertizo. La señora Hua contestó que, de hecho, estaba intentando curarse de un resfriado, aunque sabía que a los únicos que engañaba eran al escritorio, las escobas y las cuatro paredes. Shaokang asintió y dijo que no hacía falta que se presentara en el acto denunciatorio después de limpiar el cruce.

En el cruce, la pila de ropa había quedado esparcida por las pisadas indiferentes de los adultos y las patadas de los niños, para quienes la ropa medio quemada y los zapatos chamuscados

suponían una fuente de diversión inagotable. La señora Hua ahuyentó a varios que se empeñaban en seguir jugando con las cenizas y limpió la calle mientras pensaba en el sueño de esa noche.

—Buenos días, señora Hua —le susurró una voz casi al oído.

La mujer, sobresaltada, vio que Bashi, aquel holgazán inútil, le sonreía, y musitó que preferiría que el muchacho tuviera mejores cosas que hacer que andar asustando a los viejecitos por la calle.

—¿Asustando? No era mi intención. Solo iba a recordarle que tal vez el viejo Hua esté esperándola en casa.

—¿En casa? La gente que recoge basura no presume de casa —contestó la mujer—. Es un hogar temporal.

—Mi casa es su casa, señora Hua. No sabe cuántas veces le he dicho a mi abuela que el viejo Hua y usted deberían venir a vivir con nosotros. Ya sabe que la mujer se siente un poco sola y que no le vendría mal tener amigos cerca —dijo Bashi mirándola sinceramente a los ojos.

—La única que se traga tus zalamerías es tu abuela —replicó la señora Hua negando con la cabeza.

—Lo digo en serio, señora Hua. Pregúntele a quien quiera. Todo el mundo sabe que soy generoso con mi

fortuna y que siempre estoy dispuesto a ayudar a los necesitados.

—¿Tu fortuna? Querrás decir el dinero que tu padre se ganó en vida. — Bashi se encogió de hombros y no se molestó en rebatir las palabras de la anciana—. Hijo, ¿no te preocupa tu futuro?

—¿Qué debería preocuparme? — preguntó Bashi.

—¿Qué sabes hacer, hijo? —dijo ella—. A mí sí me preocupa.

—Podría recoger basura con el viejo Hua —contestó Bashi—. También podría barrer las calles con usted. Soy una persona trabajadora: mire qué músculos. Mire aquí, y aquí. Hágame

caso, señora Hua, no es cosa de niños levantar pesas cada mañana.

Ni había pesas ni músculos de los que jactarse, pero Bashi siempre tenía a mano aquel tipo de historias, y hasta llegaba a creérselas.

—Hoy en día no es fácil obtener un puesto de barrendero —dijo la señora Hua.

En los últimos dos años, el final de la Revolución Cultural había traído a muchos jóvenes de vuelta del campo, adonde habían sido enviados en la década anterior. En esos momentos, la gente se peleaba incluso por un puesto de barrendero, por lo que a la señora Hua no le hubiera extrañado que

cualquier día la sustituyeran.

—No se necesita ningún permiso para recoger basura —repuso Bashi—. Es fácil.

—Es duro.

—No me importa. Sinceramente, señora Hua, me encantaría recoger basura con ustedes, y también bebés.

La mujer recogió las cenizas húmedas del suelo sin responder. Habían pasado unos cuantos años desde que su marido y ella habían entregado a las siete niñas que habían encontrado a lo largo de su vagabundeo como recogedores de basura, y no sabía qué seguía acaparando el interés de aquel joven cuando hacía ya tanto tiempo que



aquella historia había dejado de suscitar la curiosidad y los chismorreos de la gente. Bashi les preguntaba a menudo al respecto, pero ella casi nunca le ofrecía una respuesta que lo satisficiera.

—¿El viejo Hua y usted volverían a criar a una niña si se encontraran alguna?

La señora Hua alzó la vista al cielo y meditó la repuesta. Por mucho que lo intentaba —sobre todo por la noche, cuando no podía dormir—, era incapaz de recordar con claridad las siete caras. ¿Cómo podía haber olvidado qué aspecto tenían, si las había criado desde que no eran más que unas pobrecitas criaturas envueltas en harapos,

abandonadas en una cuneta? Sin embargo, la edad le jugaba malas pasadas y empañaba tanto sus recuerdos como sus ojos.

—Es un decir, pero ¿cuidarían de una niña? —insistió Bashi.

La señora Hua negó con la cabeza.

—Es muy duro. Es una vida muy dura para cualquiera.

—Pero yo podría ayudarles a cuidar de la niña, señora Hua. Tengo suficiente dinero. Y también puedo trabajar. Soy joven.

La señora Hua escudriñó a Bashi con sus ojos nublados por las cataratas. Este enderezó la espalda y se colocó bien el gorro. La señora Hua pensó que

el joven que tenía delante no sabía lo que era sufrir privaciones, y así se lo dijo.

—Perdí a mis padres cuando era niño —se defendió Bashi—. Soy tan huérfano como sus hijas antes de que ustedes las recogieran.

La respuesta la cogió por sorpresa y la señora Hua no supo qué contestar. No sabía que Bashi recordara a sus padres.

—Habría sido mejor dejarlas morir —dijo al fin.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Bashi—. ¿Qué edades tienen?

—Donde las hayan llevado sus destinos. ¿Dónde si no?

—¿Y dónde es eso? —insistió

Bashi.

—Dejamos a tres de ellas con gente que estaba dispuesta a acogerlas como niñas esposas. El gobierno nos quitó a las cuatro más pequeñas y las envió al orfanato porque no éramos los tutores legales. ¿Qué te parece, hijo? —dijo la señora Hua sin darse cuenta de que había alzado la voz—. Las alimentamos, cucharada a cucharada, las criamos, y luego van y nos dicen que no podemos quedárnoslas. Habría sido mejor dejarlas morir.

Bashi suspiró.

—Esta vida no tiene ni pies ni cabeza, ¿verdad?

La señora Hua no contestó. Bashi lo

repitió para sí y dejó la frase suspendida en el aire.

Nini aminoró el paso al acercarse al callejón donde vivían el maestro y la señora Gu. Había conseguido llegar a tiempo a la estación, los operarios le habían dado el carbón y luego la habían espantado de allí. Ninguno parecía apreciarla demasiado, y Nini solía preguntarse si algún día les resultaría tan insoportablemente fea que acabarían cambiando de opinión. Nunca había sucedido, pero era algo que la preocupaba a menudo.

También le preocupaba la

hospitalidad de la señora Gu. En los dos últimos años, la mujer jamás había faltado ni un solo día a su cita al final del callejón, donde hacía esquina con la calle. Se apoyaba con una mano en el tronco de un ciruelo medio muerto y balanceaba las piernas, primero una y luego otra, como si estuviera haciendo ejercicios sin mucho entusiasmo, y cuando la gente pasaba por su lado, ella no los saludaba. Cuando veía a Nini, la señora Gu asentía casi imperceptiblemente y se volvía hacia el callejón, señal inequívoca de que la niña era bienvenida un día más en su casa.

Aquel ritual matutino había

empezado poco después de que los padres de Nini la hubieran hecho responsable del abastecimiento de carbón. Como la casa de los Gu quedaba alejada del camino de la joven, la señora Gu había sido la que había ido en busca de Nini una mañana y le había preguntado con mucha educación si le apetecía tomar un pequeño desayuno antes de volver a casa. La extraña oferta despertó las sospechas de Nini, pero como siempre estaba hambrienta le resultó muy difícil rechazarla.

Nini no sabía por qué la señora y el maestro Gu la invitaban a desayunar. Apenas hablaban de ellos, al menos en su presencia. De vez en cuando le

preguntaban sobre su familia, pero si Nini se limitaba a responder lo más escuetamente posible, no la presionaban para obtener más información, por lo que la niña concluyó que no tenían mayor interés en el tema que ella. El maestro Gu comía rápido y, mientras esperaba a que Nini acabara su plato, le hacía una rana de papel con la hoja de calendario que había arrancado y que guardaba bien lisita sobre la mesa. «*Para tus hermanas*», decía al dejar la rana de papel en su mano, aunque Nini jamás las compartía con ellas. Habría querido guardar todas las ranas de papel, pero no había un rincón en la casa donde poder esconder nada, así que al



final las dejaba en el cubo de la basura, de donde las recogía el viejo Hua para después desdoblarlas y vendérselas a la planta de reciclado.

A Nini siempre le preocupaba que algún día el maestro y la señora Gu perdieran el interés por ella y que dejaran de ponerle un cuenco en la mesa. Por eso, cuando vio que no había nadie junto al ciruelo medio muerto se preguntó si la señora y el maestro Gu no se habrían dormido. También se le ocurrió que podrían estar enfermos, como todos los ancianos, en cuyos cuerpos ya no podía confiarse. Sin embargo, el instinto le dijo que seguramente no querían verla más por

allí y decidió acercarse a su casa, aunque solo fuera para cerciorarse.

Se había adentrado varios pasos en el callejón cuando vio que un *jeep* de la policía iba en su dirección haciendo sonar la bocina con impaciencia. Nini se echó a un lado y estuvo a punto de torcerse el pie malo. Cuando el *jeep* salió del callejón, Nini soltó un taco que había oído en el mercado. Aunque a duras penas comprendía su significado, creía que se ajustaba a su estado de ánimo y solía decirlo. Se entretuvo unos minutos delante de la casa de los Gu y fingió una tosecilla, pero ni la señora Gu ni su marido aparecieron en la puerta para disculparse por su tardanza. Nini

empujó la cancela y entró en el patio. El salón estaba a oscuras y habían tapado la ventana que daba al patio con gruesas capas de periódicos viejos para aislar la habitación. Nini escudriñó el interior, aunque no consiguió ver nada a través del papel opaco.

—Señora Gu —llamó en voz baja—. Maestro Gu —insistió, esta vez un poco más alto.

Al ver que nadie respondía, intentó abrir la puerta y esta cedió sin hacer ruido. El salón, en penumbra y frío, estaba alumbrado por una franja de luz anaranjada que se proyectaba desde el suelo, procedente de la puerta medio entornada del dormitorio.

—Señora Gu —llamó Nini—, ¿se encuentra bien?

La puerta del dormitorio se abrió y la señora Gu apareció en el marco, una silueta oscura.

—Vete a casa, Nini —dijo con voz impersonal—. Ya no te debemos nada. No vuelvas por aquí nunca más.

Nini llevaba toda la vida esperando momentos como esos. No le sorprendió, sino que la alivió. No se había equivocado: la gente cambiaba de opinión cada dos por tres y a menudo sin motivo. Se mordió el interior del moflete con fuerza y no se movió. Estaba tan oscuro que no veía la cara de la señora Gu, pero la anciana no tardaría

en acercarse a ella, cogerla por los brazos y echarla por la puerta, así que su pequeño cuerpo se tensó a la espera de lo inevitable. Se preguntó si el contacto de las manos de la señora Gu en su cara tendría un tacto distinto de los bofetones de su madre.

—Nini —dijo con voz más amable el maestro Gu, que apareció detrás de su esposa.

Pasó junto a la mujer y se hizo con la cuerda que la niña llevaba al hombro. Nini dejó que cogiera la cesta y lo siguió hasta un viejo escritorio que hacía las veces de encimera de cocina y de mesa de comedor. No había ni gachas ni col en vinagre. El maestro Gu miró a

su alrededor y, antes de que pudiera abrir la boca, se oyó el gemido apagado de la señora Gu en el dormitorio. El hombre se frotó las manos.

—La señora Gu no se encuentra bien hoy —dijo—. Ahora vengo, espera aquí.

Nini asintió. Cuando el maestro Gu cerró la puerta detrás de él, la niña miró dentro de los dos cajones que el escritorio tenía en uno de los lados. Gracias a la débil luz que se colaba a través de los periódicos que tapaban la ventana, Nini vio que el primer cajón estaba lleno de palillos, cuchillos, cajas de cerillas, velas, pilas usadas y otras fruslerías. Lo cerró sin hacer ruido y abrió el otro: varios lápices, una caja de

terciopelo negro, papel para borrador, una libreta gruesa en la que había pegados muchos recibos y un pasador de plástico. Nini abrió la caja; dentro encontró una pluma y acarició su suave superficie azul oscuro antes de volver a dejarla en su sitio. Luego cogió el pasador y se lo metió en el bolsillo. La señora Gu se lo merecía. Las dos gallinas, en silencio y ajenas al interés de Nini, escarbaron el suelo y cacarearon. Sobresaltada, la niña estuvo a punto de soltar un grito. Al ver que no acudía nadie, echó un vistazo a la libreta. Había un recibo suelto, que también fue a parar a su bolsillo, justo antes de que el maestro Gu saliera del

dormitorio. El hombre encendió la lámpara y Nini parpadeó ante la súbita crudeza de la luz. El maestro Gu se acercó al armario para sacar una lata de galletas.

—Nini, llévate las galletas —dijo el anciano—. Para ti y tus hermanas.

Nini miró al maestro Gu, pero en los ojos del hombre, cansados y tristes, no parecía reflejarse la presencia de la niña. Pensó en el recibo que llevaba en el bolsillo y que el anciano acabaría echando en falta, y se dijo que si el maestro Gu decía unas cuantas palabras amables para disculparse por la señora Gu, ella encontraría el modo de devolverlo al cajón o de dejarlo caer



junto a la puerta.

El hombre no se percató de la vacilación de la niña y recogió la cesta.

—La señora Gu no se encuentra bien últimamente y no le apetece verte por aquí en unos cuantos días —dijo empujando a Nini con delicadeza hacia la puerta—. No vuelvas a visitarnos hasta que la señora Gu esté mejor.

Una vez en la calle, Nini abrió la lata y se llevó una galleta a la boca. Tenía un sabor dulzón y estaba pasada. El maestro Gu también había cambiado de opinión y la había echado con una caja de galletas que debía de llevar siglos en el estante. Nini sacó el recibo del bolsillo y miró el sello rojo oficial.

No sabía leer, pero un sello rojo debía de significar algo importante, y eso la alegró. Lo arrugó, hizo una pelota de papel y lo arrojó al cubo de basura que encontró más cerca. Sacó otra galleta. Había empezado a mordisquearla y a caminar despacio de vuelta a casa cuando alguien le dio unos suaves golpecitos en el hombro.

Nini se volvió y vio un rostro conocido, el del joven que se pasaba casi todos los días dando vueltas por el mercado. Nini retrocedió un paso y lo miró.

—Te llamas Nini, ¿verdad? —dijo el joven exhibiendo unos dientes amarillos y torcidos. La niña asintió con

la cabeza—. Debes de preguntarte por qué sé cómo te llamas —continuó el joven—. ¿Quieres saber por qué sé cómo te llamas? —Nini negó con la cabeza—. Y tienes cinco hermanas. ¿Quieres saber qué más sé de ti?

La niña se quedó mirando al joven, sin responder. Cualquiera otro día, de otro humor, puede que le hubiera preguntado quién se creía que era para meterse en los asuntos de los demás. Había oído hablar de aquella manera a los adultos y creía haber dado con el tono correcto: impaciente y autoritario. Al menos sus hermanas parecían intimidadas cuando se dirigía a ellas de aquel modo. Podía dejar al joven sin

palabras y avergonzado, pero ese día no estaba de humor. Lo único que quería era morderse el interior del moflete hasta sentir el sabor de su sangre.

—Si tu madre da a luz a otra niña, tus padres se convertirán en el emperador y la emperatriz del cielo, ¿sabes por qué? —Nini negó con la cabeza—. Solo el emperador y la emperatriz del cielo han dado a luz a siete hijas, las siete hermanas hadas —continuó Bashi—. ¡Ja! —El hombre esperaba que a Nini también le hiciera gracia y se sintió decepcionado al ver que no era así—. Me llamo Bashi, Ochenta.

Mira que es raro tener un número

por nombre, pensó Nini, y se preguntó si tendría hermanos y hermanas y si estos se llamarían Setenta, Sesenta o Cincuenta.

—¿Sabes por qué me llamo así? — preguntó Bashi, como si hubiera adivinado qué estaba pensando Nini—. Porque me comí ochenta bolas de masa el día que nací. —Ella sabía que era broma, pero no le hizo gracia y decidió no sonreír—. ¿Eres muda? —continuó él.

—Claro que no. Qué pregunta más tonta.

—Bueno, sabes hablar. ¿Cuántos años tienes?

—No es asunto tuyo —contestó

Nini.

—Yo tengo diecinueve, bueno, diecinueve y un cuarto. Nací en julio, el siete de julio, un día importante porque nació yo. ¿Has visto alguna vez un libro de historia? Salen los nacimientos de las personas importantes y algún día también aparecerá el mío.

Nini se cambió la cesta de carbón al otro hombro. Sabía muy bien que no debía hacerle caso, pero hasta entonces nadie se había molestado en hablar con ella tanto rato.

—¿Cuántos años tienes? Si no me lo dices, tendré que adivinarlo.

—Doce —dijo Nini, sin saber por qué a aquel hombre le interesaba tanto

su edad.

—¿Doce? Maravilloso.

—¿Qué tiene de maravilloso?

Bashi se quedó confundido ante la pregunta de la niña.

—¿Quieres venir conmigo a charlar un rato? —preguntó.

—¿Por qué?

Bashi se rascó la cabeza con fuerza y Nini vio una lluvia de enormes escamas de caspa.

—Si vienes a charlar conmigo no tendrás que darte esa caminata hasta la estación para recoger carbón. Lo que haces se llama robar, seguro que ya lo sabes. Que nadie haya dicho una palabra hasta ahora no significa que no acaben

deteniéndote algún día. Espera y verás. Cualquier día puede que vengan y te acusen de robar al Estado. «*Qué lástima*», dirá la gente. «*Una niña tan guapa y mira en qué lío se ha metido*». ¿Quieres que te detengan por ladrona? ¿Y que te paseen por la ciudad en una jaula para que la gente te tire piedras? —preguntó Bashi—, tenemos mucho carbón en casa. Vivo con mi abuela y a ella le gusta hablar con niñas como tú. Podríamos comprar carbón de más para que te lo llevaras a casa y ni siquiera tendrías que decírselo a tus padres. Piénsatelo, ¿de acuerdo?

Nadie había utilizado la palabra «*guapa*» para referirse a ella y, por un



instante, Nini se preguntó si aquel hombre no sería ciego. Sin embargo, aquel tipo tenía razón, lo que ella hacía era ilegal. No se le había ocurrido antes, pero en ese momento se preguntó si no la mandarían a buscar carbón precisamente por eso. Se imaginó a la policía llegando a casa para arrestarla. Para sus padres sería un alivio y sus hermanas lo celebrarían porque tendrían que competir con una boca menos en la mesa. Quizá el maestro Gu y su esposa ni siquiera se preguntarían qué había sido de ella. Los vecinos y los extraños se congratularían por la suerte de poder sacarse de encima a la niña fea de una vez por todas. Nadie la echaría de

menos.

Bashi volvió a insistir en que sopesase su oferta. Nini no comprendía por qué la gente decidía tratarla bien o, lo que era más habitual, mal. Imaginó una casa con unos trozos enormes y enteros de carbón. Varios hombres y mujeres pasaron por su lado, todos vestidos con sus mejores chaquetas mao y llevando pancartas de colores llamativos en sus manos enguantadas. Algunos miraron al acompañante de Nini con desdén, aunque la mayoría de ellos prefirió ignorarlo. A Bashi no solo no pareció afectarle, sino que además les sonrió y los saludó.

—Buenos días, tíos y tías. ¿Hay

desfile hoy? ¿Por la ejecución? — preguntó—. A todo esto, ¿quién es la mujer? ¿Alguien sabe qué ha hecho? — Al ver que ningún adulto respondía, Bashi se volvió hacia Nini—. Van a ejecutar a alguien. A una mujer. Piénsatelo: no puedes cometer un crimen y creer que escaparás sin castigo. — Bajó la voz para añadir—: ¿Qué? ¿Quieres venir a charlar conmigo?

—¿Adónde?

—Ven conmigo. Puedo enseñarte mi casa ahora.

Nini negó con la cabeza. Era tarde y su madre estaría maldiciéndola, a ella y a su pierna mala, por tardar tanto.

—Tengo que irme a casa —contestó.

—¿Estarás libre después de desayunar? Te esperaré corriente arriba, junto al viejo sauce. ¿Sabes dónde digo?

El sauce era un árbol viejo y retorcido, con una copa llena de ramas como el cabello de una loca. Quedaba bastante lejos de la casa de Nini; había que atravesar media ciudad y pasar el bosque de abedules que crecía junto a la orilla hasta que dejaban de verse las bajas hileras de casas y empezaban a asomar las altas chimeneas de la planta eléctrica. Nini había estado allí antes de que naciera Sextita. Entonces todavía no se encargaba de la mayoría de las tareas que hacía ahora y a veces la enviaban allí, en primavera, para arrancar brotes

de dientes de león y bolsas de pastor. En primavera y a principios de verano su familia se alimentaba de hierbas comestibles, que hervían en agua y salaban a conciencia. Las comían incluso cuando acababa la temporada, hasta que los filamentos amargos y duros se les metían entre los dientes. El recuerdo hizo que a Nini se le llenara la boca de sabor a hierbajo.

—¿Qué me dices? —insistió Bashi. La miraba como si el rostro de la niña fuera como el de cualquier otra y no tuviera la boca torcida hacia la izquierda ni los ojos curvados en la misma dirección. Y aunque la mano y el pie izquierdos también estaban

afectados, parecía que el joven tampoco había reparado en ello—. ¿Vendrás? — Nini asintió con la cabeza—. Genial — se alegró Bashi.

Metió la mano en la lata de galletas que Nini sujetaba y se llevó el dulce a la boca antes de alejarse.

El maestro Gu encendió el fuego y vertió agua sobre el arroz sobrante. Se quedó mirando la llama amarillenta que acariciaba el fondo de la cazuela. El murmullo del agua era un bálsamo hipnotizador.

—Un grano de arena es tan perfecto como un mundo —le dijo al fuego,

aunque en voz tan baja que solo lo captaron sus oídos.

Le reconfortaba la idea de que alguien sentado más allá de las nubes pudiera estar observando aquel pequeño capullo de dolor en que su mujer y él estaban atrapados. Su sufrimiento sería tan minúsculo e irrelevante ante aquellos ojos de las alturas como el trozo de carbón ante los suyos, un ascua encendida que pronto se enfriaría y se convertiría en una bola gris de ceniza.

El agua arrancó a hervir y la tapa de la cazuela dejó escapar suspiros de vapor blanquecino. El maestro Gu removió el arroz y luego se sentó a la mesa. No se oía nada en la habitación,

por lo que se preguntó si su mujer se habría dormido. Hacía un rato que había llegado acompañada de dos policías, que habían proferido serias amenazas antes de quitarle las esposas. El hombre temió que se pusiera histérica, pero la mujer había mantenido la compostura hasta que llegó Nini, la última persona en el mundo que debería ser objeto de la ira de su mujer.

Las manos del profesor Gu tantearon la mesa, como si fueran las de un hombre ciego. Con los años, había adquirido la costumbre de ocuparlas con cualquier cosa que cayera en ellas; tal vez fuera el síntoma de algún problema psicológico alarmante, pero él intentaba



no darle demasiadas vueltas. Aparte de un cuenco con la sopa que había sobrado, no había nada encima de la mesa. Otro ritual infringido que se iba con Nini y la rana de papel hecha con la hoja del calendario, pensó el maestro Gu. Había empezado cuando Shan tenía catorce años, una joven de la Guardia Roja dispuesta a comerse el mundo. El hombre doblaba papel de manera compulsiva; los dedos ocupados le ahorraban el dolor de ver cómo su hija se transformaba ante sus ojos en una extraña con un corazón de piedra. Un día, a principios de verano, a la hora del desayuno, mientras Shan le sermoneaba advirtiéndole que debía rendirse a las

juventudes revolucionarias en vez de seguir resistiéndose en silencio, el hombre hizo saltar la rana de papel y esta aterrizó en las gachas a medio terminar de su mujer. Ni el maestro Gu ni su esposa retiraron la rana, y el hombre supo que jamás volverían a reír juntos, en familia. Esa misma mañana, cuando llegaron los jóvenes amigos revolucionarios de Shan, ella les propuso salir a *«patear unos cuantos culos contrarrevolucionarios»*. Con qué facilidad había dejado escapar unas palabras tan vulgares aquella hija a la que había enseñado a recitar poesía de la dinastía Tang desde que era niña. Poco después alguien apareció en el

colegio donde trabajaba el maestro Gu para informarle de que, además de patear culos, Shan también había golpeado la barriga de una mujer embarazada de ocho meses. El maestro Gu se escondió en su despacho y escribió un largo ensayo, una meditación sobre el fracaso de la poesía como arma educativa en una era apoética. Cuando hubo acabado y releído el ensayo, lo arrojó al fuego e hizo de tripas corazón para enfrentarse a su esposa, con quien compartía la responsabilidad de haber traído al mundo a una asesina en ciernes.

El maestro Gu no alcanzaba a comprender cómo Shan había conseguido escapar a las consecuencias

de su acción. Su esposa empezó a sufrir crisis nerviosas y lloraba a menudo, sobre todo a primera hora de la mañana, o a veces en medio de una comida insípida. ¿Qué había hecho mal para merecer a Shan?, le preguntaba su mujer.

Acaso el cielo los castigaba por haber estado casados anteriormente y, por tanto, haber mancillado su matrimonio? El maestro Gu habría querido recordarle que aquellas ideas eran mera superstición, pero también la había perdido a ella, convencida erróneamente de ser la responsable de los crímenes que cometía su hija. Ante la muda desaprobación del maestro Gu, su esposa se convirtió en una mujer

estúpida y mediocre que trataba de encontrar una explicación a todas las calamidades y fracasos, como si el mundo pudiera explicarse y la vida debiera tener sentido para continuar viviendo.

El maestro Gu negó con la cabeza y se dijo que no era mejor que ella. Era un hombre que se había dejado engañar como un tonto por sus propios deseos. Cuando conoció a su mujer, esta acababa de dejar de ser una de las cinco esposas de su anterior marido. Fue la única que abandonó la familia por voluntad propia cuando el recientemente establecido gobierno comunista prohibió la poligamia. Los funcionarios estatales

tuvieron que desalojar a las demás esposas a la fuerza. También fue la primera que se apuntó a las clases del maestro Gu para mujeres analfabetas. Ese año la joven cumplía los dieciocho, tenía una cabellera negra y suave como la seda, mejillas de melocotón y unos ojos tan profundos como dos pozos insondables. Cuando el maestro Gu decidió casarse con ella, la gente del lugar le advirtió de que la joven había nacido con un rostro malhadado. «*Mira sus pómulos, demasiado altos, o los labios, demasiado finos*», dijeron. Él ignoró aquellos comentarios. Había tenido la desgracia de perder a sus padres a los doce años, y de que un tío

la vendiera con catorce como medio esposa y medio criada a aquel otro marido, para que sirviera a un hombre que le sacaba cuarenta años, pero el maestro Gu no quería ni oír hablar de todo aquello. El marido y la mujer eran aves que compartían el mismo destino..., o al menos eso decían los viejos poemas. ¿Sería por eso por lo que se habían convertido en marido y mujer? El día de la boda, la primera esposa del maestro Gu le envió un telegrama. «*Manteneos vivos mutuamente con vuestra propia agua*», decía el mensaje. El maestro Gu lo escondió a pesar de que su nueva esposa todavía no sabía leer los caracteres.

Jamás le habló de esa bendición ni de la fábula que se escondía detrás de aquellas pocas palabras: dos peces, marido y mujer, estaban varados en un charco y competían por tragar toda el agua posible antes de que este se secara bajo el sol abrasador, y se daban agua el uno al otro durante su larga agonía para alargar sus vidas.

No era de sorprender que el maestro Gu y su primera mujer, enamorados como estaban, hubieran deseado ser los dos peces de la historia, ni tampoco extrañaba que aquel deseo, junto a otros sueños y planes, quedara sin formular al final del matrimonio. Nada había ido mal salvo que, tal como ella había



expresado en la petición de divorcio, su matrimonio no estaba a la altura de las exigencias de la nueva sociedad; ella, miembro modélico del Partido Comunista, y él, intelectual contrarrevolucionario que había trabajado para el gobierno nacionalista en calidad de experto en educación. Ella permaneció en la universidad después del divorcio, la primera mujer profesora de matemáticas de la zona triprovincial, que después sería ascendida a rectora de una prestigiosa universidad de Pekín. Él, fundador del primer instituto al estilo occidental de la provincia, fue relegado a la enseñanza primaria local. Si marido y mujer debían ser aves con un mismo

destino, entonces él no era un buen partido para su primera mujer. Le deseó la mejor de las suertes para que encontrara un marido apropiado a su posición, alguien a quien el partido viera con buenos ojos o, incluso mejor, designado por el partido. Sin embargo, ella permaneció soltera y no tuvo hijos; él nunca reunió el valor suficiente para preguntarle por qué. Se escribían una o dos veces al año, aunque se decían poco en las cartas porque él creía no tener nada, o no demasiado, que contarle. Las de ella eran simples saludos para él y su familia, y el maestro Gu ni se atrevía a imaginar la angustia que debía de ocultarse bajo aquella amable cortesía.

El primer matrimonio del maestro Gu había durado tres años y lo que él recordaba eran muchas de sus charlas intelectuales. Incluso durante la luna de miel habían pasado más tiempo leyendo y discutiendo sobre Kant que divirtiéndose juntos en la playa. Al inicio del segundo matrimonio, algunas noches observaba a su joven esposa mientras dormía y albergaba la esperanza de que algún día le ofrecería algo más que su belleza física y podría compartir con ella su vida intelectual. El tenía treinta y dos años y todavía era demasiado joven para comprender cuán ilimitados eran los deseos de los hombres o el desatino de tamaña

codicia.

Cuando por fin consiguió conciliarse con lo que podía esperar de su joven esposa, no la amó menos. Se sintió más responsable de ella, ya no solo como marido y hombre, sino también como padre y educador. Siempre había pensado en ella como en su primera hija, incluso antes de Shan y de las otras criaturas que no sobrevivieron. El primogénito, un niño, vivió tres días, y cuando Shan tenía dos años, volvieron a embarcarse en un nuevo intento que acabó en aborto. Después de aquello se rindieron y dieron gracias por tener a Shan, una niña preciosa, sana y fuerte.

El maestro Gu pensaba que quizá

con un hijo habría sido diferente, un hijo que se habría convertido en un joven inteligente, alguien con quien mantener verdaderas conversaciones. Un hijo se haría cargo de sus padres en un día tan aciago y todos los que vinieran después. Sin embargo, era una tontería desear algo en vano. Lo mejor que podía hacer era poner freno a aquellos desvaríos irracionales, así que abrió el cajón. No había repasado las cuentas desde el día anterior.

Pasó las hojas de la libreta con cuidado, pero no encontró el recibo por ninguna parte. Repasó mentalmente aquel día: los dos funcionarios, no del todo descorteses, y la copia rosa,

amarilla y blanca del recibo que habían sacado. El maestro Gu jamás habría imaginado que su mujer y él tendrían que pagar la bala que acabaría con la vida de su hija, pero para qué cuestionarse aquel disparate cuando no le correspondía a él cuestionar nada. Suspiró y contó el dinero de la bala, veinticuatro céntimos, para dárselo a los dos hombres. Lo que valían dos lápices, o unas cuantas espigas de trigo, que era lo que solía comprar para sus alumnos más pobres. Recordaba haber doblado el recibo por la mitad y haberlo metido en la libreta cuando su esposa volvió del mercado con una col y un rábano en la bolsa de red. En el callejón, la señora

Gu no les había preguntado nada a los dos hombres que salían de casa; tal vez no los había visto o quizá había adivinado de quiénes se trataba. El maestro Gu y su esposa no habían hablado de Shan desde el rechazo de la apelación.

Volvió a repasar la libreta. Su mujer nunca la tocaba, pues le confiaba los asuntos económicos, y él no la había abierto desde la noche anterior. «*Debe de haberse ido a pasear con un espíritu*», le dijo una voz familiar, y el maestro Gu quedó paralizado por unos instantes, hasta que comprendió que era la de su antigua niñera. La mujer había servido en casa de sus abuelos y lo

llamaba «*joven amo*», aunque en realidad era como su madre. Su verdadera madre había ejercido de directora de un internado para chicas y pasaba la mayor parte del tiempo recaudando fondos para que las alumnas procedentes de familias pobres pudieran alcanzar la educación secundaria. «*Tu madre es más competente que un hombre*», recordaba que le decía admirada la niñera, que, como las mujeres de su generación y sus mismos orígenes, no había recibido ninguna educación, aunque tenía teorías y explicaciones para el acontecimiento más trivial de la vida. Una horquilla que no estuviera en su sitio debía de estar



dándose un paseo con un espíritu, igual que una moneda perdida o un soldado de plomo desaparecido. Los espíritus devolvían a veces los objetos huidos, pero en lugares distintos porque eran entes olvidadizos, lo que también explicaba la desaparición permanente de otros objetos. Tenía una voz ronca y aseguraba que era porque se había hartado a llorar a su marido y a sus hijos, fallecidos durante una epidemia de cólera. Cuando hablaba de su familia decía que se habían ido para saldar sus cuentas, como si sus muertes hubieran sido otro suceso normal y corriente que necesitaba una explicación sencilla.

El maestro Gu cerró los ojos y en su

sopor tuvo la sensación de haber sido devuelto a la infancia, mientras asentía con la cabeza ante las historias que la niñera le contaba de manera pausada.

Se abrió la puerta del dormitorio y su esposa se acercó corriendo a los fogones y retiró la cazuela del fuego antes de que el maestro Gu pudiera guardar la libreta. Hacía rato que las gachas habían dejado de borbotar y el salón se había impregnado de un olor denso y ahumado. El anciano miró a su esposa para disculparse, pero ella retiró la mirada y sirvió la comida para ambos, la parte menos quemada para él y el fondo chamuscado para ella.

Comieron en silencio, sin saborear

la comida. Cuando ambos hubieron acabado, la señora Gu se levantó y lavó los cuencos. Él esperó a que terminara.

—Nini no tiene la culpa de nada. No deberías tratarla así. —Las palabras, una vez en sus labios, sonaron más acusadoras de lo que deseaba. Su esposa lo fulminó con la mirada—. Lo que quiero decir es que, después de todo, nosotros le hemos hecho más daño a ella y a su familia que ellos a nosotros —insistió intentando suavizar el tono de VOZ.

—Forman parte de aquellos que celebrarán el asesinato de tu hija —contestó su mujer—. ¿Por qué tenemos que sentirnos en deuda con los demás

cuando a nosotros se nos debe más que a nadie?

—Lo que poseo es mi fortuna, lo que se me debe es mi destino —contestó el maestro Gu.

Las palabras le parecieron balsámicas y las repitió una vez más para sí, en voz baja y cantarina. Su esposa no respondió y se encerró de nuevo en el dormitorio.

Nini dio cuenta de todas las galletas y se deshizo de la lata antes de abrir la cancela. A diferencia de la mayoría de las familias de Río Turbio, la suya no disponía de un cobertizo rudimentario en

el patio. Volcó el carbón en un cajón de madera cubierto con una lona vieja. La gallina blanca, una de las dos que tenía la familia, agitó las alas y se subió al cajón de un salto. Nini le dio un manotazo y el ave revoloteó hasta el suelo. Criatura metomentodo donde las hubiera, la gallina blanca iba todas las mañanas a comprobar el suministro de carbón, como si la madre de Nini le hubiera encargado el trabajo de supervisarla. La niña la reprendió en voz baja y le dijo que se metiera en sus asuntos. La gallina blanca, inmutable, se alejó con aire despreocupado.

En el salón, que hacía las veces de cocina, la madre de Nini estaba

cocinando algo con aceite caliente y la niña arrugó la nariz ante aquel olor tan poco habitual. La otra gallina de la familia, un ave marrón no tan diligente como la blanca en la puesta de huevos, agitó las alas al ver entrar a Nini, aunque las patas, unidas y atadas a un taburete, le impedían alejarse demasiado. Sin volverse a mirar a Nini, su madre alzó la voz para que se la oyera por encima de la sartén chisporroteante y le preguntó por qué había tardado tanto. Temiendo la ira de su madre y que la castigaran sin desayuno, Nini le explicó entre titubeos que había tenido que esperar mucho en la estación, pero la mujer ni siquiera

pareció prestarle atención.

En el dormitorio, el padre y las hermanas de Nini estaban sentados a la mesa, alrededor del lecho de ladrillo. La pequeña mesa de madera para la cama era el único mueble decente que poseían. El resto de la casa estaba lleno de cajas de cartón que les servían de armarios, arcones y demás mobiliario. El lecho de ladrillo era donde tenían lugar las reuniones familiares y la mesa para la cama servía para comer, de escritorio para que sus hermanas hicieran los deberes y para trabajar. El padre de Nini trabajaba en la fábrica de metales pesados y su madre empaquetaba ginseng y setas en la

sección de comercio al por mayor del Departamento de Agricultura. A duras penas ganaban lo suficiente para dar de comer a Nini y a sus cinco hermanas, por lo que heredaban la ropa en orden descendente: de los padres pasaba a Nini y luego al resto de las niñas. Todas las noches, la familia se reunía alrededor de la mesa para la cama y doblaba cajas de cerillas para ganar un dinerillo extra. Incluso la pequeña de tres años tenía asignada una tarea. Aparte del bebé, Nini era la única que no participaba en aquella actividad. La mano mala la incapacitaba para tal trabajo y muchas veces se le recordaba que no solo estaba viviendo del sudor y



el esfuerzo de sus padres, sino también del de sus hermanas pequeñas.

Habían avivado el fuego en el vientre del lecho de ladrillo. El padre de Nini tomaba pequeños sorbos de licor de ñame barato en una taza, aunque no parecía tan taciturno como cuando bebía por las noches. La madre apareció con un plato de pan frito. Nini se quedó sorprendida al encontrarse con un desayuno tan poco habitual.

—Vamos —Su padre le hizo un gesto para que se acercara—. Si no espabilas, nos comeremos tu ración —le dijo.

Sus hermanas se rieron tontamente, al principio con cierto nerviosismo,

pero luego se envalentonaron al ver que su madre ni les gritaba ni les mandaba callar. Incluso Sextita gorjeaba feliz y contenta. El padre de Nini mojó el extremo de sus palillos en la taza y luego vertió unas gotas de licor en la boca del bebé. La madre de Nini se escandalizó y le dijo que se detuviera, si bien con voz alegre y aprobatoria. Las pequeñas de tres y cinco años protestaron porque también querían probarlo, y su padre les dio unas gotitas. Las dos mayores, que ya iban al colegio, no pidieron nada, pero se sentaron cerca de su padre. Hacía poco que habían empezado a competir por su atención; la segunda incluso corría para ir a buscarle

las zapatillas y el té cuando llegaba a casa. Sin embargo, por mucho que intentara sustituir a su madre en los cuidados de su padre, Nini sabía que la pobre no podía hacerle sombra a la tercera. La niña de ocho años era el barómetro del humor de su padre: cuando estaba de buen humor, ella se comportaba como si fuera el único amor del hombre y exigía más atención con lloriqueos suaves y gestos íntimos; cuando su padre estaba de mal humor, se volvía reservada y andaba de puntillas por la casa.

Nini subió a la cama y se acurrucó en un rincón de la mesa, lo más alejada posible de su madre.

—¿Qué le ha pasado a la gallina marrón? —le preguntó a la mayor de sus hermanas.

—Esta noche guisaremos la gallina para celebrarlo —contestó su madre—. Nos chuparemos los dedos. *«A todo aquel con quien se ha cometido una injusticia le llega el día del desagravio»*. Me alegro de que por fin haya llegado ese día.

Cada primavera, los campesinos de las montañas bajaban a Río Turbio con cestas de bambú llenas de pollitos amarillos y esponjosos que no dejaban de piar y picotear por todas partes. Los niños pequeños pedían sin demasiadas esperanzas que les compraran uno o dos

para tenerlos de mascotas y se sorprendían cuando sus padres acababan comprando diez o quince. Los pollitos morían con facilidad y partían el corazón de muchos niños, pero, con suerte, al llegar el verano unos cuantos seguían con vida, entre ellos una gallina o dos que pronto empezarían a poner huevos. Los padres de Nini no tenían dinero para comprar muchos pollitos, así que les encargaban a sus hijas que los vigilaran en primavera para que no se los comieran los voraces gatos callejeros. Por las noches, mientras Nini preparaba la cena para todos, sus hermanas ayudaban a los vecinos a reunir a las gallinas. A veces había

familias a las que a finales de verano les sobraba un pollo y se lo daban a la de Nini. La transacción se fundamentaba en la confianza y la comprensión, pero a los vecinos no solían quedarles pollos al acabar la temporada y no se podía culpar a nadie de ello.

Nini pensó en la gallina marrón, a la que le gustaba picotear a su alrededor mientras lavaba la ropa de la familia en el patio, cuando el tiempo lo permitía. No le sorprendió que su madre prefiriera sacrificarla en vez de la blanca. Nini nunca había probado el pollo y desearía que no fuera la gallina marrón la primera que iba a comer.

El padre se sirvió otra taza de licor.

A pesar de lo mucho que bebía, trataba bien a la madre y nunca le pegaba, como hacían con sus esposas otros bebedores del barrio. Salvo a la de ocho años, el hombre casi siempre ignoraba a sus hijas. Suspiraba a menudo y a veces lloriqueaba mientras bebía a solas, de noche, cuando creía que las niñas se habían dormido. Esas noches Nini lo miraba de soslayo desde su rincón de la cama. Su madre lo dejaba en paz, como si aquellas lágrimas no existieran, y seguía doblando cajas de cerillas en silencio.

—Oídme bien —dijo la madre de Nini—: sed siempre amables con los demás. El cielo vigila a los mezquinos,

que nunca escapan a su castigo. —Las hermanas de Nini asintieron con energía. La madre dejó el trozo de pan frito más grande en el plato del padre, con afecto —. Esa mala pécora de Gu es un ejemplo —prosiguió—. Que os sirva de lección.

—¿Quién es esa mala pécora? —preguntó la niña de ocho años.

La madre de Nini sirvió más licor a su marido y se puso una taza para ella. Nini nunca la había visto probar el alcohol, pero la mujer tomó un sorbo y lo saboreó.

—Nini, no pienses que tus padres son injustos contigo y te hacen trabajar como una esclava. Todo el mundo tiene



que ser útil de un modo u otro. Tus hermanas se casarán cuando sean mayores y sus maridos cuidarán de ellas el resto de sus vidas. —La niña de ocho años sonrió abiertamente a Nini de un modo tan altivo que esta deseó abofetearla—. Sin embargo, tú no encontrarás a nadie que quiera casarse contigo —continuó la madre—, así que debes sernos útil a tu padre y a mí, ¿lo entiendes? —Nini asintió con la cabeza y aplastó la mano mala bajo la pierna. Le gustaba sentarse encima de ella hasta que se le dormía. En esos momentos la mano era como la de cualquier otra persona y tenía que tocarse los dedos para cerciorarse de que seguían allí—.

Alguien nos maldijo contigo, Nini, y por eso no hemos tenido ningún niño en la familia, pero hoy quien nos hizo eso recibirá su merecido. El maleficio se ha roto y vuestro padre y yo pronto tendremos un varón —anunció la madre, y el padre alargó una mano para acariciarle la barriga. La mujer le sonrió antes de volverse hacia las niñas—. Todas habéis oído hablar del acto denunciatorio de hoy, ¿verdad? —preguntó. Las niñas de ocho y diez años contestaron que ellas iban a ir con su colegio y a la madre de Nini pareció satisfacerle la respuesta—. Tú también irás, Nini. Llévate a Cuartita, Quintita y Sextita al estadio del Viento del Este.

Nini pensó en el joven de la calle, aquel tal Bashi, y en el sauce que había después del bosque de abedules, junto a la orilla del río.

—¿Por qué, mamá? —preguntó la niña de ocho años.

—¿Por qué? Porque quiero que todas mis hijas vean lo que le ocurre a esa mala pécora —contestó la madre, y dividió su trozo de pan en cuatro partes, que repartió entre las niñas. Nini y el bebé quedaron excluidas.

El padre dejó la taza en la mesa. Tenía el rostro sonrosado y parecía incapaz de fijar la vista.

—Oíd la historia que voy a contaros y que espero que no olvidéis. Vuestra

madre y yo crecimos juntos en un pueblo de la provincia de Hebei, donde todavía viven vuestros tíos y tías. Vuestra madre y yo... nos enamoramos cuando íbamos al colegio.

La niña de diez años miró a la de ocho y ambas soltaron unas risitas, la menor con más descaro que la mayor. La madre de Nini se ruborizó.

—¿Para qué les cuentas esas cosas? —dijo la mujer, y por un instante a Nini se le antojó que su madre parecía otra persona, tímida como una jovencita.

—Porque quiero que mis hijas sepan lo que hemos pasado juntos —contestó el padre de Nini. Levantó la taza y olió el licor antes de volverse hacia las niñas

— Si ahora volvierais a nuestro pueblo, oiríais que la gente sigue hablando de nuestra historia de amor. Cuando teníamos catorce años, vuestra madre fue a Mongolia Interior a visitar a su tía. Estuvimos carteándonos todo el verano y entre los dos gastamos más sellos que los que había utilizado todo el pueblo en un año. El cartero dijo que nunca había visto nada igual en los años que llevaba trabajando.

— Sé sincero, ¿de dónde sacabas el dinero para los sellos? — preguntó la madre de Nini—. Yo cogía dinero del cajón de mi tía y jamás me atreví a preguntarle si llegó a echar en falta aquellos billetes.

—Robaba cable de cobre en la planta eléctrica, ¿recuerdas?, la que había junto a ese pueblo, el Nogal. Y lo vendía.

Sin duda era la primera vez que la madre de Nini oía aquello, porque su mirada se dulcificó y se volvió tan ensoñada como la de su padre.

—Me sorprende que no te pillaran —dijo la mujer—, o que no te electrocutaras.

—Si me hubiera electrocutado, ¿quién haría que saltaran chispas ahora? —contestó el padre de Nini, ahogando una risotada.

—No hagas esas bromas delante de las niñas —replicó ella ruborizándose

de nuevo.

El hombre se echó a reír y se llevó un trozo de tofu en vinagre a la boca. El licor los hacía osados en su feliz inconsciencia. Nini los miró y luego apartó la mirada, fascinada e incómoda a la vez.

—El padre de vuestra madre, vuestro abuelo, hacía tofu, y mi padre era el mejor granjero de la zona y ganaba lo suficiente con su trabajo para poder comprar tierras.

—No lo olvidéis: mi padre era un honrado productor de tofu —lo interrumpió la mujer— y nunca engañó a nadie en toda su vida.

—Pero entonces esa joven, Gu Shan,

dijo que vuestros abuelos eran capitalistas y terratenientes. La chica era una cabecilla de los Guardias Rojos y fue con un grupo de jovencitas a pegar a vuestra madre. Vuestra madre estaba embarazada de Nini, y esa joven le dio patadas en la barriga. Por eso vuestra hermana nació así.

Las niñas de ocho y diez años miraron a Nini furtivamente; Sextita balbuceó algo y le cogió la mano para morderla. Nini levantó al bebé y le dio un trocito de pan frito.

—¿Por eso se celebra hoy el acto denunciatorio? —preguntó la niña de ocho años, tras un largo silencio.

—No —contestó la madre de Nini



—. ¿A quién iba a importarle lo que nos hizo a nosotros? Nadie se acuerda de nuestra desgracia porque somos gente insignificante. Pero no pasa nada, porque de un modo u otro acabará haciéndose justicia. Tan pronto eres una cabecilla de los Guardias Rojos como una contrarrevolucionaria en espera de una bala. Me da igual por qué la condenen, lo que me alegra es saber que hoy saldrá sus deudas.

Nini estrechó al bebé contra sí y Sextita le pasó la mano por la mejilla hasta que sus deditos se detuvieron en la oreja de Nini para darle un tirón, un gesto que las reconfortaba.

—He estado pensando... —dijo la

madre de Nini al cabo de un rato, con voz más tranquila—. Mañana iré a hacerme la permanente. Muchas de mis compañeras se la han hecho.

—¿Será seguro para el bebé? —preguntó el padre de Nini.

—Lo he preguntado y dicen que no pasa nada —respondió la madre—. Es hora de parecer una mujer, y no un espíritu.

—Para mí siempre has sido la mujer más bella.

—¿Quién va a tragarse tus tonterías de borracho?

La madre de Nini sonrió y levantó la taza para brindar con su marido.

Bashi se encaminó hacia casa silbando y con largas y alegres zancadas. Cada diez o quince pasos veía un grupo de personas reunidas delante de un cartel y muchas más que avanzaban por la carretera para incorporarse a sus unidades de producción, enarbolando pancartas y banderas. Bashi solo era capaz de pensar en Nini y no tenía tiempo para detenerse y distraerse charlando con aquella gente. Se preguntó por qué no se le habría ocurrido antes. Llevaba años viendo cómo Nini arrastraba por la calle cestas de carbón desde la estación, a primera hora de la mañana. Durante el

día la niña iba al mercado y recogía hojas de hortalizas medio marchitas que las amas de casa arrancaban antes de pagar. Pensaba que era una criatura despreciable. Seguía siendo fea, pero ahora la veía más como a una chica. Doce años, se dijo Bashi, saboreando el placer de pronunciar ese dulce número en alto. Con todas las chicas sanas y guapas que había en el mundo, ¿a quién, además de a él, se le hubiera ocurrido pensar que Nini podía ser una jovencita deseable? Siguió silbando, en alto y desafinando, una canción de amor de una película romántica de los años cincuenta. Dos niñas que había delante de las puertas del colegio lo señalaron y

se rieron, como si se burlaran de él, y él les contestó con una sonrisa educada y les envió un beso como había visto hacer a un actor en una película importada de algún país de la Europa del Este, la primera cinta extranjera proyectada en Río Turbio. A Bashi le había impresionado la soltura del hombre y había practicado aquel gesto incontables veces ante el tocador de su abuela. Las niñas apretaron el paso, abochornadas ante aquella humillación, por lo que él soltó una carcajada y les envió un nuevo beso, uno de los cientos que había enviado, y que enviaría, que jamás encontraban dónde aterrizar.

Bashi pensó en la señora Hua y dejó

que su mente se distrajera con las siete niñas que la anciana había perdido como hijas. A pesar de haber sido abandonadas por sus verdaderos padres, debían de tener una cara y un cuerpo más agradables que los de Nini. Se preguntó por qué a los padres de Nini no se les había ocurrido abandonarla a su suerte en la orilla del río cuando nació con aquella cara tan horripilante, o por qué se habían quedado con las demás niñas cuando era obvio que, bebé tras bebé, lo que buscaban era un varón. Pensó en las hijas que la señora Hua había entregado a otra gente como niñas esposa. Tal vez eso era lo que necesitaba: comprar una jovencita como

futura esposa a alguien como los Hua. Sin embargo, algo así exigiría tiempo. Mientras tanto tenía a Nini, alguien con quien entretener la mente; la fea, aunque real, Nini, que dentro de poco estaría esperándolo.

Cuando llegó a casa, Bashi encontró una vaporera de bambú en la mesa con un pequeño paño de algodón encima para mantener el calor. Debajo había seis panecillos blancos muy juntitos, recién hechos y tentadores. Apretó uno y le divirtió ver que sus dedos dejaban abolladuras en la suave corteza. Llamó a su abuela para decirle que el desayuno estaba listo, pero al no obtener respuesta entró en el dormitorio que compartía con

ella. Las camas estaban hechas y la cortina que las separaba, retirada hacia atrás y recogida con un lazo. Bashi la había instalado hacía dos años, tras descubrir las cosas excitantes que podía hacer consigo mismo en la cama. Tampoco existía el peligro de que su abuela se despertara y lo pillara, ya que la anciana tenía los sentidos tan embotados como la hoja de un cuchillo oxidado desenterrado de una tumba antigua, pero aun así Bashi había insistido en la necesidad de instalar una cortina, que añadía placer a sus jueguitos secretos.

Bashi dio un mordisco al panecillo y se acercó a su abuela, que estaba



dormitando en un sillón acolchado junto a la cama. El joven le puso un dedo debajo de la nariz para comprobar si respiraba. Estaba viva.

—Arriba, arriba, lechón perezoso. El sol brilla y la casa se quema —le cantó Bashi, afectando voz de mujer, la de su abuela cuando él era pequeño, pero la anciana no abrió los ojos—. El desayuno está listo y las hormigas esperan las migajas —siguió canturreando Bashi.

La mujer abrió los ojos, asintió con la cabeza y volvió a dormirse. Bashi se dio por vencido. La anciana tenía ochenta y un años y tenía derecho a permitirse lo que le apeteciera, ya fuera

dar una cabezadita por la mañana, picar algo de vez en cuando o pasar largos ratos sentada en un orinal, dormitando. Ya no podía ir a los excusados públicos, donde la gente tenía que saltar de piedra en piedra para salvar el maloliente lodazal que se formaba a la entrada y la salida de los servicios. Bashi sabía que algún día tendría que empezar a cuidar de ella, cocinarle, hacerle la cama, limpiar el orinal y asearla, pero eso no le quitaba el sueño. Su abuela había cuidado de él toda la vida y él se encargaría de ella cuando fuera necesario. Si algún día tenía una niña, haría exactamente lo mismo por ella. Bashi pensó que si ahora encontrara un

bebé, la llamaría Bashiya, «*Ochenta y uno*», por su abuela, el bebé de ochenta y un años. Por eso Bashi se llamaba así, porque había nacido el año que su bisabuelo había cumplido ochenta años.

—Bashiya —repitió el joven en voz alta, y pensó que solo a un genio podría habersele ocurrido aquel nombre.

Hasta un tonto se daría cuenta de que eso convertiría a la niña en su hermana, pero al mismo tiempo la criatura le pertenecería. El ochenta y uno debía su existencia al ochenta, ¿y dónde había un Bashiya sin un Bashi? Sintió la necesidad de compartir la idea con alguien, pero su abuela se volvía cada vez más olvidadiza. Sus conversaciones

se veían a menudo interrumpidas por comentarios irrelevantes sobre sucesos que habían ocurrido hacía años o incluso décadas. Tal vez podría contárselo a Nini. ¿Lo entendería? Parecía un poco torpe, pero la gente de la ciudad también decía que él era medio bobo.

—Nunca se sabe —concluyó Bashi, y asintió con la cabeza con aire de entendido, como si hubiera alguien a su lado—. Puede que sea mucho más lista de lo que piensan.

El joven se llevó el resto del panecillo a la boca y salió de casa cuando el reloj marcaba las ocho. En la calle principal se respiraba un ambiente

festivo. Dos hombres con brazaletes rojos estaban cerrando el mercado. Los alumnos de una escuela de primaria de las cercanías desfilaban y cantaban una canción soviética, una melodía que a Bashi le resultaba familiar, aunque nunca había aprendido la letra. No consiguió entender lo que decían por mucha atención que prestara, ya que los niños gritaban más que cantaban mientras formaban una ristra de oes con sus labios. En una calle lateral dos maestras de guardería alentaban a doce niños pequeños a unirse al desfile. Iban cogidos a una cuerda cuyos extremos terminaban en las manos de las maestras. Los obreros de una fábrica de

dulces, hombres y mujeres vestidos con monos azules, estaban esperando a que pasaran los alumnos mientras charlaban y reían. Dos hombres les silbaron a varias niñas de los últimos cursos, a las que probablemente habían tenido que contener muchas veces y que eran lo bastante mayores para contestarles con un guiño.

—¿Dónde es el acto denunciatorio? —le preguntó Bashi a un policía en un cruce.

—No entorpezca el tráfico —contestó el hombre tirando del brazo del joven.

—¿Qué daño hago donde estoy, camarada? —dijo Bashi—. ¿Ve lo que

dice en esa pared? Dice: «*Al servicio del pueblo*». ¿Sabe quién lo escribió? El presidente Mao. ¿Es esto lo que hace para servir al pueblo, eh, gritarle y casi romperle la muñeca?

El policía se volvió para mirar a Bashi.

—¿Quién es usted?

—Soy un miembro del pueblo al que usted sirve.

El policía sacó una pequeña libreta del bolsillo.

—¿Cómo se llama? ¿Cuál es su unidad de producción?

Bashi iba a inventarse algo, pero antes de poder decir nada el policía le dio la espalda para gritarle a alguien

que estaba intentando abrirse camino a través del desfile de los niños. Bashi se encogió de hombros.

—Me llamo Tu Padre y mi unidad de producción está en la cama de tu madre —contestó el joven entre dientes mientras se escabullía entre la gente.

Un poco más adelante, Bashi le preguntó a otra persona y le informaron de que los vecinos de aquel distrito desfilaban hacia un instituto, uno de los seis recintos que se utilizaban para el acto denunciatorio previo a la ejecución.

—¿Sabe quién es la mujer? —preguntó Bashi.

—Una contrarrevolucionaria —contestó el hombre.



—Eso ya lo sé, pero ¿quién es?

—¿Y eso qué importa? —dijo el hombre encogiéndose de hombros.

—¿Dónde se sacan las entradas?

—¿Entradas? Ve con tu instituto.

—Ya no voy al instituto.

—Pues ve con tu unidad de producción.

Bashi iba a decirle que era un hombre libre, pero se detuvo a media frase al ver que el otro no parecía prestarle atención. Se quedó allí un poco más, contemplando el desfile de hombres, mujeres, estudiantes y obreros retirados. Todos parecían felices: cantaban, gritaban consignas y ondeaban banderas de vivos colores. Bashi nunca

se había detenido a pensar en la importancia de formar parte de una unidad. Iba a sumarse a los alumnos de instituto, pero despertaría sospechas sin una pancarta en la mano.

—¿Qué tiene de especial el acto denunciatorio? Me voy a la isla a ver la ejecución —se dijo al cabo de un rato.

Una vez pronunciadas aquellas palabras, la decisión estuvo tomada. ¿Por qué iba a ser uno más de los que desfilaban cuando tenía toda la libertad del mundo para hacer lo que le viniera en gana?

—Adiós —añadió con una sonrisa despidiéndose con la mano de la gente que circulaba por la calle como un

rebaño de ovejas.



## CUATRO



**E**l estadio del Viento del Este, construido en el apogeo de la Revolución Cultural de 1968 tomando como modelo el estadio de los Trabajadores de Pekín, aunque con un aforo bastante más reducido, no era un escenario desconocido para Kai. Solía officiar allí de maestra de ceremonias varias veces al año: en la conmemoración del día del Trabajo, el aniversario del Partido Comunista chino, el Día Nacional y otros logros

que el consistorio municipal decidía celebrar con encuentros populares. Desde donde actuaba le era imposible ver a la mayor parte del público, de modo que había aprendido a evaluar la atención de quince mil personas a través de su propia voz amplificada, la cual, al parecer, podía verse afectada hasta por el más mínimo cambio en el ambiente. A veces recibía el eco de su voz como si tuviera vida propia, un eco enérgico y sonoro, y Kai sabía que la observaban con admiración, tal vez, con un deseo inocuo, y que en el corazón de algún extraño sustituía a una amante, una esposa o una hija, aunque fuera por un instante fugaz. Sin embargo, eso había

ocurrido con menos frecuencia en el pasado año y últimamente solía sentirse como una pedigüeña cuya voz se perdía en un laberinto intrincado y rebotaba en unas paredes frías e indiferentes.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Han cuando se detuvieron junto a la puerta lateral, y miró a su alrededor antes de acariciarle la mejilla con el dorso de la mano.

Le dijo que todo iba a salir bien. Ella negó con la cabeza, pero no contestó. El otoño anterior, tras reincorporarse después de su baja por maternidad, había perdido el control sobre el escenario durante la celebración del Día Nacional. Había

dominado su voz entrecortada y reprimido las lágrimas en menos de un minuto, y la reacción del público, aunque desconcertado ante el comportamiento de la locutora, no había deslucido de ningún modo el acontecimiento que se celebraba. Sin embargo, los funcionarios que se sentaban más cerca del escenario en calidad de invitados distinguidos seguramente habían reparado en sus lágrimas y comentado la escena. La esposa del alcalde le dijo a Kai en el ágape posterior que debían de ser las hormonas, y la madre de Han, en una actitud menos magnánima y comprensiva, le advirtió delante de los

demás invitados que no dejara que los banales sentimientos de una mujer interfirieran en sus deberes políticos.

—La gente prestará atención ante una mujer a punto de ser ejecutada — dijo Han.

Kai lo miró, sorprendida por la cruda y simple realidad, de la cual no sabía que él fuera capaz de hablar. Días después de la crisis del Día Nacional, Han le preguntó qué le había ocurrido. Kai le mintió y le dijo que le preocupaba la atención que pudiera prestarle el público, consciente de que jamás podría explicarle, ni a Han ni a nadie, la inmensa soledad que la había embargado sobre el escenario.



Han volvió a asegurarle que ese día no perdería el interés del público. Ella asintió con la cabeza y dijo que tenía que entrar en el estadio. Han le recordó que se verían en la comida posterior y Kai miró la curvatura ensayada de los labios de su marido —como un adolescente muy consciente de su atractivo, Han practicaba sus expresiones faciales delante del espejo: la sonrisa, la mueca burlona, el entrecejo fruncido y la mirada fulminante— y por un momento se enterneció.

Si Han hubiera nacido en el seno de una familia con un estatus social inferior, tal vez aquella inocencia

juvenil lo habría convertido en una buena persona, además de un buen marido y un buen padre, aunque quizá la dureza de la vida habría destruido aquella inocencia. Kai lo miró a los ojos y le deseó buena suerte por primera vez en toda la mañana.

—La suerte siempre me acompaña —contestó Han.

Kai dejó a Han y se dirigió hacia la puerta lateral del estadio. Él se quedaría mirándola hasta perderla de vista y Kai tuvo que contenerse para no volver y pedirle perdón. Esa misma mañana, a primera hora, Kai había besado a Ming-Ming en un arrebato pasional que había sorprendido a la niñera. La chica se

había retirado a un discreto rincón de la habitación, con la mirada clavada en el suelo y expresión estoica, a esperar que le llegara el turno de mimar al niño. Ming-Ming tanteó el rostro de Kai con sus dedos regordetes y suaves, inconsciente del amor que le profesaba su madre o de su resolución de despedirse del mundo escudada en dicho afecto.

Había mucho trajín entre bastidores debido a los preparativos de última hora. Una compañera repasó el guión con Kai y luego la invitó a descansar en una pequeña habitación, donde le esperaba una humeante taza de té aromático. Poco después entró una

secretaria del Departamento de Propaganda y dijo que alguien preguntaba por ella en la puerta lateral. Kai quiso saber si se trataba de Han y la otra mujer contestó que no era su marido, sino un extraño.

—Un admirador secreto —añadió la secretaria sonriendo abiertamente. Kai pasó por alto la broma diciendo que en esos momentos no necesitaba un admirador en su vida. La secretaria replicó que iría a decirle al hombre que Kai estaba encantada en su papel de esposa y madre, si eso era lo que quería. Kai se lo agradeció y le dijo que no, que iría ella misma a decírselo en persona. Entonces llamaron a la secretaria para

resolver un pequeño asunto. Su risa se perdió tras ella en el pasillo. La gente podía llegar a ser tan crédula e inocente como un marido confiado.

Al otro lado de la calle, frente al estadio, Jialin esperaba debajo de un árbol. Su chaqueta gris se confundía con la pared del fondo. Llevaba una vieja gorra de algodón de estilo soviético encajada hasta las cejas, con las orejeras bajadas y anudadas bajo la barbilla. Una mascarilla blanca de algodón, como las que llevaban tanto hombres como mujeres en Río Turbio durante el largo invierno, le tapaba casi toda la cara. De no ser por las gafas, con la montura rota y pegada con varias

vueltas de esparadrapo, Jialin pasaría por un obrero más de regreso a casa después del turno de noche o un tendero camino de su negocio. Sin embargo, no era propio de él que justo ese día pidiera verla en público.

—¿Puedo hacer algo por ti? — preguntó Kai.

En el mundo al otro lado de las puertas de la biblioteca donde se encontraban de vez en cuando solo podían comportarse como extraños.

Jialin contestó que había ido para comprobar de que todo iba bien y luego tuvo que apartar la cara porque le sobrevino un ataque de tos. Cuando se le pasó, Kai dijo que no sabía a qué se

refería y se preguntó si el joven sabría detectar la falsedad en su voz.

—Entonces, ¿no tengo que preocuparme por nada? —preguntó Jialin—. Quería asegurarme de que no ibas a poner en marcha algún plan secreto por tu cuenta.

—¿Por qué?

—Porque cualquier acción prematura equivale al suicidio.

—Me refería a que por qué creías que podría hacer algo sin habértelo comentado antes.

Jialin la miró fijamente, pero ella no se dejó intimidar. Kai oyó un silbido a su espalda, y a los guardias de seguridad gritándole a algún transeúnte. Pronto

tendría que poner fin a aquella conversación, pronto reclamarían su presencia en el escenario y él, a quien el mundo había desahuciado, no estaría entre el público.

—La última vez que te vi dijiste algo —insistió Jialin, pero luego negó con la cabeza—. Espero estar equivocado.

Lo que Kai había dicho hacía dos semanas, después de ser informada sobre la fecha escogida para la ejecución de Gu Shan, era que una revolución necesitaba un poco de impulso. Había acudido a la casucha de Jialin sin avisar, una visita inesperada. *«Ha llegado el momento de actuar»*,



dijo Kai. La esperanza de salvar la vida de Gu Shan le hizo pronunciar el discurso más apasionado desde que había dejado la compañía de teatro. Tenían que alentar a las masas, había que hacer que la gente se interesara por aquel caso. Tal vez pudieran impedir la ejecución con la acción adecuada, o incluso revocar la sentencia. Jialin la escuchó con el entrecejo fruncido, sin perder palabra. Cuando terminó, el hombre le dijo que era una propuesta impulsiva y poco sensata, y discutieron por primera vez.

—Deseo actuar tanto como tú —le aseguró Jialin junto al estadio.

Kai lo miró a los ojos, que se

ocultaban tras los cristales de las gafas. Parecía desconcertado, como si no consiguiera encontrar las palabras adecuadas. Aquella tarde de hacía dos semanas, indignada ante su razonamiento sin tacha, lo había llamado cobarde. Jialin le contestó que él estaba más cerca de la tumba que la mayoría de la gente que conocía y que no era ni su vida ni su muerte lo que le preocupaba, sino saber escoger el momento oportuno. El joven habló con una ira contenida que Kai no sabía que existiera tras su habitual y tranquila amabilidad, y la mujer tuvo que abandonar la casucha sin una disculpa. Jialin había informado a Kai de su estado de salud la primera vez

que se habían visto, hacía seis meses, y desde entonces no había vuelto a salir a relucir el tema de la tuberculosis. Tenía cuatro años más que Kai, pero la enfermedad le confería una edad indeterminada, algo de lo que ella era consciente cuando decidió entablar amistad con él. Kai suponía que a Jialin también debía de habersele pasado por la cabeza que, como hombre desahuciado, estaba eximido de muchas normas sociales cuando le escribió la primera carta a Kai, cuyo contenido acerca de la democracia y la dictadura podría haberlo enviado a la cárcel. A Kai le sorprendió mucho la confianza que Jialin había depositado en una

extraña, una mujer cuya voz representaba al gobierno en Río Turbio; sin embargo, nunca le había preguntado por qué había decidido confiarle no solo su idealismo, sino también su vida, precisamente a ella. A pesar de la rápida amistad que surgió entre ambos, apenas tenían oportunidad de hablar cara a cara. En las cartas que intercambiaban se concentraban en temas políticos y cambios sociales, y casi nunca compartían nada sobre sus vidas.

—¿Por qué creías que actuaría por mi cuenta? —volvió a preguntar Kai.

Jialin contestó que esperaba estar equivocado, pero que había tenido el

presentimiento de que si esa mañana no iba a hablar con ella, luego podría arrepentirse de no haberlo hecho. Kai estuvo tentada de decirle que su intuición era correcta: había decidido llevar a cabo su propio plan después de la última vez que se habían visto. A pesar de lo reservado que era, Kai albergaba la esperanza de que cuando ella hubiera iniciado un llamamiento público en el acto denunciatorio, sus amigos y él se verían forzados a escoger la acción. Como una criatura obligada a desterrar a su madre de su mundo antes de que ella le volviera la espalda, Kai creía haberse preparado para superar un día, una batalla o una vida sin Jialin. El

hecho de que él hubiera adivinado aquella decisión y hubiese ido a detenerla la conmovía y la aterrizzaba al mismo tiempo.

Jialin la observó con detenimiento.

—¿Has puesto en marcha algo que deba saber?

—No.

—¿Tienes intención de iniciar una protesta sin decírmelo? —insistió—. ¿Debo preocuparme por algo?

Varias personas pasaron por su lado y tanto Jialin como Kai permanecieron unos instantes en silencio. Oyeron el timbre impaciente de una bicicleta seguido de un porrazo. Ninguno de los dos se volvió para ver dónde había

ocurrido el accidente.

Kai solo le había visto la cara una vez, una tarde que buscó la dirección de Jialin en la carta que este le había enviado. La misiva, dejada en el buzón que llevaba el nombre de Kai, en el exterior del Departamento de Propaganda, había llamado su atención entre las cartas de admiradores que le expresaban su entusiasmo por su intervención en algún acto o le hacían comentarios con la esperanza de que ella los eligiera para leerlos en el programa. La letra del sobre le recordó a la de un hombre mayor, de la generación de su padre, que hubiera dedicado su vida a la práctica de la

caligrafía y, por pura curiosidad, Kai la separó del resto de cartas antes de pasarle las demás a una secretaria del Departamento de Propaganda.

Aquella tarde de hacía seis meses, Jialin había respondido con un saludo informal cuando llamaron a la cancela y Kai supuso acertadamente que no era su única visita. Ella empujó la puerta y entró en un pequeño patio. Al cabo de un rato, Jialin salió de una casucha de techo bajo y se sorprendió al descubrir que no era quien esperaba. Jialin era un hombre alto, mucho más joven de lo que Kai había imaginado, y tenía un rostro cadavérico y demacrado. Los accesos de tos lo interrumpían de vez en cuando



y su semblante congestionado adquiriría un preocupante color rojizo. En esa ocasión no la invitó a entrar en su casucha y le pidió que, por favor, la próxima vez fuera con mascarilla y guantes. Le sugirió que se encontraran en la sala de lectura de la única biblioteca pública de la ciudad cuando se conocieran algo mejor.

—Sé que no debo entretenerme demasiado —dijo Jialin junto al estadio, una vez que se cercioró de que nadie podía oírlos—, pero ¿podrías prometerme al menos que no harás nada hasta que volvamos a hablar?

Aquel tono suplicante era nuevo para Kai; él siempre había sido el más

seguro de sí mismo. Incluso algunas veces Kai había tenido que reescribir una carta por temor a defraudarlo.

—Tarde o temprano será preciso renunciar a lo que tenemos por lo que creemos, ¿no? —dijo Kai.

—No nos sacrificamos por un sueño irracional.

—¿Y por eso dejaremos que Gu Shan se sacrifique por nosotros? —replicó la joven.

Kai se preguntó si aquella pasión le parecería imprudente o infantil a Jialin, como él ya le había señalado hacía dos semanas. Sin embargo, no fueron las posibles discrepancias con los principios de Jialin, sino cierta

sensación de impotencia lo que la empujó a preguntárselo. Le dijo que no habían hecho nada para salvar a Gu Shan ¿y también iban a permitir que muriera sin intentar que la gente tomara conciencia de la injusticia que estaba cometiéndose? Añadió que no se equivocaba al sospechar que planeaba actuar por su cuenta; tenía un micrófono y tenía su voz.

Alguien la llamó y, al volverse, Kai vio que la secretaria estaba haciéndole señas para que mirara en dirección a los guardias de seguridad. Kai dijo que tenía que irse. Jialin le preguntó si al menos podía reconsiderar sus palabras antes de hacer nada, pero Kai, con

demasiada prisa para contestar, se alejó sin hacerle la promesa que él deseaba. Los guardias la miraron inquietos mientras cruzaba la calle. Cuando la secretaria le preguntó quién era aquel hombre, Kai le contestó que uno de esos tipos que se empeñaban en discutir temas políticos con ella y, dirigiéndose a los guardias, les dijo que no hacía falta que se preocuparan por él.

Algún día perdería a su hijo mayor. Eso fue lo que pensó la madre de Jialin mientras le dejaba el desayuno en el tocón que servía de mesa. El tocón, una silla y un estrecho camastro eran el

único mobiliario de la casucha. Una estufa hecha con una lata de gasolina, que la madre de Jialin llenaba tres veces al día con agua caliente, mantenía el cubículo ligeramente más caldeado que el exterior, pero la humedad se aferraba a las sábanas y la colcha durante todo el año. A un lado de la casucha había montañas de libros apilados sobre cajas de cartón desmontadas, con un trozo de plástico debajo. Una caja de zapatos llena de cables, tubos y nudos —su radio, como Jialin llamaba a aquel artefacto ensamblado de modo rudimentario— descansaba sobre el camastro, junto a un par de auriculares y una estructura de cables y aros

metálicos.

Jialin no estaba y su madre se preguntó dónde se habría metido a esas horas de la mañana. El joven no solía salir de casa, por lo que su madre casi se alegró de poder pasar unos segundos a solas en aquella casucha. Cuando él estaba por allí se mostraba muy atento, le agradecía la comida, el agua caliente y la ropa limpia que le llevaba, pero no la invitaba a sentarse. Hacía mucho tiempo que la mujer había aceptado que jamás llegaría a comprender a Jialin, pero, como todas las madres cuyos hijos crecen y empiezan a alejarse de ellas, sentía la necesidad de quedarse en la casucha todo el tiempo posible,

aferrarse a cualquier cosa que más adelante, cuando él desapareciera de su vida, pudiera servirle para reconstruir a su hijo a partir de sus recuerdos. Escogió un libro y pasó las páginas hasta detenerse en una al azar. Alguien había subrayado el párrafo con gruesas marcas rojas y azules, tal vez Jialin o el dueño anterior, aunque ella prefería pensar que el libro no tenía historia y que pertenecía a su hijo por entero. Miró las palabras que no sabía leer, pues era analfabeta, razón por la que Jialin creía que le habían concedido el puesto de responsable de libros prohibidos en la fábrica de papel. Jialin le había pedido que le reservara algunos. Por entonces,

llevaba un año enfermo de tuberculosis, y un hijo aislado del mundo era más que suficiente para convertir a una madre en una ladronzuela. Cada día rescataba uno o dos libros de las pilas destinadas a convertirse en pulpa de papel y los escondía bajo las capas de ropa que llevaba. Los libros llegaban a casa con el calor de su cuerpo. El rostro de Jialin se iluminaba al verlos y solo por esa desacostumbrada felicidad, ella, una mujer honrada que no había engañado a nadie en toda su vida, jamás se arrepintió de su delito.

Alguien la llamó desde la casa, quejándose por la tardanza del desayuno, y la mujer se apresuró a



volver a la cocina para acabar de atender al resto de la familia: sus tres hijos pequeños, de diecinueve, dieciséis y catorce años, quienes se limitaban a coger los palillos dispuestos junto a sus manos, y su marido, que felicitaba a los chicos por comportarse como hombres.

Jialin era hijo de un matrimonio anterior al que había puesto fin una trágica muerte. Su primer marido, un hombre fuerte que se había criado junto al mar, se zambulló en el río Turbio y se partió el cuello tres meses antes de que naciera Jialin. Un hijo que había llegado para reclamar la vida de su propio padre, eso era lo que decía la gente cuando la visitaba con ofertas

matrimoniales y consejos para que diera al niño en adopción. Ella se negó a prestar atención a tales tonterías y esperó diez años antes de volver a casarse, aunque a veces se preguntaba si no se habría equivocado. Si otra pareja se hubiera hecho cargo de Jialin, tal vez el niño habría tenido una vida diferente, lejos de las enfermedades y la infelicidad, algo que ella también desconocía. Jialin tenía treinta y dos años, mayor para casarse, demasiado joven para morir. Jamás lo vería emparejado con una mujer, pero sí viviría para verlo morir. Respiró hondo, aunque las lágrimas habían dejado de acudir a sus ojos. No sabía dónde se

había contagiado de tuberculosis, ni de dónde procedía aquella pasión por los libros. El padre del joven, igual que su marido actual, era un hombre sin demasiados estudios. Sus otros tres hijos eran fuertes, rudimentarios, bulliciosos, jóvenes calcos de su padre, que trabajaba en la estación de carga. Jialin era distinto, como si perteneciera a otra estirpe; no parecía hijo del primer marido, sino de un amable y delicado sabio. Era una idea que se le pasaba por la cabeza de vez en cuando, demasiado extraña incluso para ella misma.

Hubo un tiempo, al inicio de su segundo matrimonio, en que la madre de Jialin había soñado con otro hombre,

cuando acudía a un curso para mujeres analfabetas que había creado un tal maestro Gu. Apenas llevaba un año casada, pero su marido ya le había hecho padecer todo lo que un hombre puede hacer sufrir a una mujer. El maestro Gu era la persona más amable que había conocido, con aquellos ojos tristonos detrás de las gafas de montura negra y su camisa y sus pantalones impecables. Se fijaba en sus uñas, cuidadas y cortas, cuando él le enseñaba a coger el lápiz de la manera correcta; después, acostada junto a su marido, que no dejaba de roncar, el recuerdo la ruborizaba. Sufrió una gran decepción al oír que el maestro Gu iba a casarse con

una de sus compañeras de clase, la concubina de un terrateniente, una mujer de segunda mano, con un rostro en forma de pequeño corazón; la humillación, además de su embarazo, la llevó a dejar las clases. A lo largo de los años siguió viendo al maestro Gu por la ciudad, silencioso y taciturno, tal como lo recordaba. Él no sabía quién era ella, pero el solo hecho de verlo de lejos la reconfortaba de una manera extraña. Imaginó cómo debía de sentirse el pobre hombre ante la perspectiva de perder a su hija a punta de pistola. Incluso había perdonado a la esposa del maestro Gu, antaño objeto de su secreta envidia; después de todo, lo que necesitaba el

maestro Gu era un hijo, pero ella solo le había dado una hija contrarrevolucionaria. Qué lástima que el hombre no hubiera tenido un hijo como Jialin, que, con su palidez y el rubor insano de sus mejillas, era tan melancólico como el maestro Gu de sus recuerdos. Se regodeó pensando en lo bien que se entenderían y luego negó con la cabeza. Llevó el almuerzo a la mesa del comedor y se sentó junto a su marido. Jialin moriría joven, ¿qué tipo de consuelo habría sido para el maestro Gu si fuera su hijo? Había estado ingresado en la clínica durante un tiempo, pero apenas había mostrado signos de recuperación. No valía la pena

seguir malgastando el dinero en él cuando a sus tres hermanos parecía que la ropa se les quedaba pequeña de un día para otro. Ella accedió a llevarse a Jialin a casa sin necesidad de que su marido dijera nada. El hombre había construido una casucha en el patio para Jialin y, aunque nadie lo mencionó, todo el mundo esperaba que el joven pasara allí el resto de sus días.

El maestro Gu salió de casa después de desayunar, evitando las miradas de los vecinos que pasaban por su lado o se dirigían a sus unidades de producción a pie o en bicicleta. Varios alumnos de su

colegio lo saludaron desde lejos. Él asintió con la cabeza, incapaz de adivinar si había algún cambio en la actitud de los niños. ¿Les habrían contado los padres algo acerca de su hija? Se preguntó qué pensarían los niños de él al día siguiente, cuando volviera a su tarima para enseñarles las mismas lecciones que su propia hija había despreciado.

A pie se tardaba media hora desde su casa hasta el extremo occidental de la ciudad. Al entrar en la calle principal, se dio cuenta de que sus manos, embutidas en los bolsillos del abrigo, no llevaban ninguna pancarta y que sus cansadas piernas no podían seguir el



ritmo de los demás. Decidió tomar calles laterales y callejones, ocupados, tras la partida de la gente hacia el acto denunciatorio, por pollos, gatos y perros, así como por viudas y viudos ancianos que reclamaban su espacio entre las hileras de casas. Un hombre mayor, sentado en un taburete bajo, levantó la vista hacia el maestro Gu y murmuró algo a través de sus encías desdentadas. El maestro Gu asintió con la cabeza sin saber qué le había dicho; una mujer, más joven aunque también de edad avanzada, se acercó y limpió la baba de la barbilla al anciano con un pañuelo que este llevaba prendido al abrigo, antes de volver a sentarse, justo

enfrente, en una silla con una pata rota, donde se mecía y tejía algo con un hilo de lana usado y de color oxidado.

Cuando el maestro Gu pasó junto a la estación de pasajeros, el tren que se dirigía a la capital provincial estaba realizando su breve parada. El guarda, a quien el maestro Gu recordaba desde siempre tras el mostrador de la taquilla y durmiendo en una garita contigua, bostezaba junto a las vías. Una niña de siete u ocho años, con los dedos helados e hinchados como zanahorias enanas, vendía huevos duros a los pasajeros a través de las ventanillas. El maestro Gu aminoró el paso y la miró. Llevado por la costumbre, pensó en preguntarle

dónde vivía y si iba al colegio, pero descartó la idea. Había ayudado a los hijos de familias pobres durante treinta años, casi todos niñas, para que fueran al colegio, corriendo con los gastos de las clases y la matrícula cuando los padres no podían permitírselo. Veía en los ojos de su esposa, y también en los de cada nueva generación de niñas, el placer que proporcionaba ser capaz de leer. Esperaba haber aportado su granito de arena, en la medida de sus posibilidades, para hacer de aquel lugar un mundo mejor. Sin embargo, ahora comprendía que los mensajes de los libros, escritos por hombres y mujeres ávidos por engañar y seducir, solo las

conducirían por el mal camino. Incluso sus dos mejores alumnas —su esposa y su hija— le habían decepcionado. Shan jamás se habría convertido en una fanática miembro de la Guardia Roja si no hubiera sabido leer los reclamos de la Revolución Cultural en los periódicos, ni habría acabado encarcelada al expresar sus dudas, si él no le hubiera enseñado a pensar por sí misma en vez de seguir el razonamiento de la masa anónima. Su esposa habría soportado la pérdida de Shan en un silencio doloroso, como todas las mujeres analfabetas soportaban la pérdida de sus hijos, rendidas a un destino ineludible y con sus esperanzas

depositadas en la otra vida.

El viejo guarda hizo sonar una campana. El maestro Gu se detuvo y se quedó mirando el humo blanco que se mezclaba con el frío aire de la mañana y a los pasajeros que se alejaban: un hombre que se metía un huevo en la boca, una mujer que le daba mordisquitos a un embutido casero... El tren enseguida cogió velocidad y el maestro Gu no pudo distinguir más rostros. Aquel era el punto de su vida en el que se encontraban su esposa y él, un punto en que todos los días eran iguales y en que ya no había necesidad de preocuparse porque un momento o un día fueran demasiado largos o amargos.

Al menos eso era lo que le había dicho a su esposa cuando había vuelto de quemar la ropa. Tenían que mirar hacia delante y no olvidar que el dolor no sería tan agudo al cabo de uno o dos años.

—A todos nos llega la hora —le había dicho—. No somos los primeros padres que perdemos a una hija, ni seremos los últimos.

Y tampoco era la primera vez que perdían un hijo. No se lo dijo, pero esperaba que su mujer no lo hubiera olvidado.

El tren pasó y el revisor del último vagón saludó al maestro Gu. Al cabo de unos segundos el anciano reunió fuerzas

para devolver el saludo, aunque entonces el hombre apenas era un puntito en la distancia, demasiado lejano para distinguir su gesto.

El maestro Gu cruzó la vía. El hombre encontró la cabaña de los Hua, donde la calle se convertía en un camino de tierra sin asfaltar que se dirigía hacia las zonas rurales de las montañas. El viejo Hua estaba agachado delante de la cabaña, ordenando botellas de cristal. La señora Hua removía las gachas que había en una olla sobre el fuego de un pequeño hornillo de gas. El maestro Gu se los quedó mirando y no los saludó hasta que la señora Hua alzó la vista.

Los Hua se levantaron y le

devolvieron el saludo.

—¿Ya ha desayunado? Por favor, acompañenos si todavía no lo ha hecho —dijo la señora Hua.

—Ya he comido —contestó el maestro Gu—. Siento interrumpir su desayuno.

—No se disculpe —dijo la señora Hua, y dejó otro cuenco de gachas en la mesa de madera del interior de la cabaña—. Acompañenos. No tenemos mucho que ofrecer.

—Es usted muy amable, señora Hua —dijo el maestro Gu, frotándose las manos.

La señora Hua negó con la cabeza. Puso un cacharro abollado en el fuego y



vertió un poco de aceite de un pequeño tarro de cristal que antes contenía miel.

—¿Un huevo frito, maestro Gu?

El hombre intentó detenerla, pero pocos minutos después la señora Hua le sirvió un huevo frito en un platito. El viejo Hua dejó su tarea y volvió a invitar al maestro Gu a sentarse para que comiera algo. Al no encontrar la manera de iniciar la conversación sin aceptar su hospitalidad, el maestro Gu cogió la silla que le ofrecía el viejo Hua mientras este disponía dos cestas para él, una sobre la otra, a modo de asiento improvisado.

—Parece que este año la primavera se retrasa —comentó el viejo Hua—.

No es muy habitual, ¿verdad?

—Desde luego —contestó el maestro Gu.

—¿Va todo bien? —preguntó el viejo Hua.

—Sí, sí.

—Y la señora Gu, ¿está bien? —preguntó la señora Hua.

—Anda un poco fastidiada con este tiempo, pero no es nada grave.

—Espero que se recupere pronto —dijo la señora Hua, y empujó el plato hacia el maestro Gu—. Adelante, sírvase.

—Es demasiado —dijo el maestro Gu, y le pasó el plato al viejo Hua—. Estoy bastante lleno.

Tras un minuto de tira y afloja, el viejo Hua, convencido de que el maestro Gu no tocaría el huevo, lo partió con los palillos y le pasó la mitad a su mujer. El maestro Gu esperó en silencio hasta que la pareja terminó de desayunar.

—He venido a pedirles un favor — dijo al fin el maestro Gu, peleándose con las palabras. La pareja no contestó ni levantó la vista de sus cuencos vacíos. El maestro Gu sacó un paquete y lo empujó sobre la mesa hasta el viejo Hua—. En realidad, es un gran favor y espero que con esto haya suficiente para compensar las molestias.

El viejo Hua intercambió una mirada con su esposa.

—¿Está intentando encontrar a alguien que se haga cargo de su hija?

—Sí —respondió el maestro Gu—. Debemos arrastrar la carga de no haber sabido educarla como debíamos para hacer de ella un ser humano de provecho...

La señora Hua lo interrumpió, casi con vehemencia, y le dijo que en su casa no era necesario que utilizara aquellas monsergas oficiales. El maestro Gu se disculpó y, por un instante, fue incapaz de seguir hablando.

—Lo sentimos —añadió la señora Hua con un tono de voz más suave—. Por usted y por la señora Gu.

El viejo Hua asintió con la cabeza,

conforme.

—Son ustedes muy amables —dijo el maestro Gu.

—Pero tendrá que disculparnos —añadió la señora Hua, y le devolvió el paquete de dinero, empujándolo hacia él —. No podemos ayudarles.

El maestro Gu sintió una aguda punzada de dolor en el pecho y no supo qué contestar. El viejo Hua tosió incómodo y apartó la mirada.

—Lo sentimos —repitió el anciano, imitando a su mujer.

El maestro Gu asintió y se levantó.

—No, soy yo quien debe disculparse por haber venido a molestarles con una petición tan poco apropiada. Ahora, si

me disculpan, tengo que irme.

La señora Hua recogió el paquete y se lo pasó a su marido.

—Sabíamos que vendría a vernos, así que he estado preguntado para ver si alguien estaría dispuesto a echarles una mano —dijo el viejo Hua, dejando el paquete en las manos del maestro Gu—. ¿Conoce al viejo Kwen?

El maestro Gu contestó que no conocía a Kwen y que no deseaba seguir importunando al viejo Hua. Iba a añadir que era irresponsable por su parte creer que los Hua se ofrecerían a hacerse cargo de las exequias de todos los hijos rechazados, pero se detuvo.

—No es ningún problema —aseguró

el viejo Hua—. Es un poco antipático, como muchos viejos solterones. Es un manitas. Si no le importa, le acompañaré a su casa.

—Es demasiada molestia —insistió el maestro Gu.

Sintió que le Raqueaban las piernas y tuvo que apoyarse con ambas manos en la mesa.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la señora Hua.

El maestro Gu asintió, deseando por un instante que la pareja cambiara de opinión. Se imaginó yendo a otra casa para que un extraño lo despreciara o, incluso peor, lo compadeciera. El cansancio estaba haciendo mella en él.

—El viejo Kwen vive cerca de aquí —dijo el viejo Hua poniéndose su abrigo de piel de borrego—. Está a cinco minutos caminando.

La señora Hua le puso un viejo gorro de lana a su marido y le sacudió un poco el polvo.

—Ojalá pudiéramos ayudarle, pero también estamos en apuros —se disculpó.

—Sí, lo entiendo.

—Deseamos ayudarles —insistió la señora Hua, como si temiera que el maestro Gu no la creyera—. No piense que le guardamos rencor a Shan.

El maestro Gu asintió. No podía decir nada para defender a su hija. El



viejo Hua y su esposa se encontraban entre aquellos a quienes Shan había azotado y pateado en público en 1966. Todos los condenados de ese día habían sido ancianos, viudas de antiguos terratenientes y débiles abuelos cuyos nietos chillaban muertos de miedo entre el público mientras sus padres intentaban hacerlos callar. Aquel día el maestro y la señora Gu también estaban en la plataforma, entre los acusados, pero al menos su hija tuvo piedad de ellos y dejó que fueran sus compañeros quienes los castigaran. El maestro Gu no sabía por qué estaban allí los Hua, pues al fin y al cabo ambos eran de origen humilde; pero enajenados como estaban

los jóvenes revolucionarios, por lo visto ser humanos era razón suficiente para merecer aquella humillación. Aquel día el maestro Gu perdió las esperanzas que le quedaban respecto a su hija. Sin embargo, ella no fue la única irracional; una de sus camaradas, una jovencita un año menor que Shan que todavía no había perdido la redondez típica de la infancia, golpeó a una anciana en la cabeza con un palo lleno de clavos. La mujer se tambaleó y cayó al suelo del escenario con un golpe sordo. El maestro Gu recordaba haberse quedado mirando el fino cabello plateado, que iba volviéndose rojo poco a poco por la oscura y pegajosa sangre. Después Shan

obligó al público a aclamar la gesta de su compañera.

—Sabemos cómo se ha sentido todos estos años —dijo la señora Hua.

El maestro Gu asintió con la cabeza. Los Hua eran de los pocos que habían abierto la puerta al maestro Gu y a su mujer cuando, al final de la Revolución Cultural, visitaron en nombre de su hija, con presentes y disculpas, a la gente que Shan había golpeado. Muchos, los padres de Nini entre ellos, se la habían cerrado en las narices.

—No fue culpa suya. Tan solo era una niña.

—La incompetencia del maestro se refleja en las malas acciones del alumno

—citó el maestro Gu, recordando un dicho antiguo—. La falta de un hijo es la falta del padre.

—No se eche esa carga sobre los hombros —dijo el viejo Hua.

La señora Hua dijo que estaban haciéndose viejos y que esperaban quedarse en Río Turbio lo que les quedaba de vida. Le explicó que no tenían residencia legal, por lo que no podían arriesgarse a que los tildaran de simpatizantes.

—Si fuéramos más jóvenes, no dudaríamos en ayudarles. Entonces siempre andábamos de aquí para allá.

—Sí.

—Y éramos más despreocupados.

—Sí.

—Le ayudaremos en todo lo que podamos.

—Sí, lo comprendo.

—Vuelva cuando le apetezca y tomaremos una taza de té —dijo la señora Hua.

El viejo Hua esperó a que su mujer terminara de hablar y luego tiró con suavidad del brazo del maestro Gu.

—Maestro Gu, por aquí, por favor.

El maestro Gu asintió, intentando disimular su decepción.

—Gracias, señora Hua.

—Traiga a la señora Gu con usted la próxima vez, si a ella le apetece —dijo la señora Hua, y, vacilando, añadió—

Nosotros también sabemos qué es perder a una hija.





**E**l estadio estaba medio lleno cuando llegó el colegio de primaria Estrella Roja. Por los altavoces sonaba «*El comunismo es bueno*», una canción que Tong se sabía de memoria, y él iba tarareándola al compás. Los alumnos tenían asignados los asientos de las primeras filas, y una vez acomodados, varios niños de la clase de Tong empezaron a abrir el almuerzo que sus padres les habían metido en las bolsas del colegio. Otros

bebían de sus cantimploras, menos Tong, que se sentía formal e importante y no incurrió en tales errores infantiles.

El acto denunciatorio empezó a las nueve. Una mujer, vestida con una chaqueta mao de lana azul recién estrenada y un pañuelo rojo al cuello, salió al escenario y le pidió al público que se pusiera en pie y se uniera al coro de los trabajadores para cantar «*No hay vida sin el Partido Comunista*». Tong se levantó de un salto y miró a la mujer con admiración. Cuando llegó a Río Turbio, antes de aprenderse de memoria las calles de la ciudad, solía sentarse en el patio con Oreja por las mañanas y al atardecer para escuchar la voz de la



locutora que transmitía las noticias a través de los altavoces. Apenas entendía nada de lo que contaba, pero aquella voz, cálida y reconfortante, le recordaba las amorosas manos de su abuela al acostarlo.

Los adultos tardaron un poco más en levantarse, y cuando el coro empezó a cantar, la mitad de los asistentes todavía seguían charlando y riendo. La mujer señaló al público para que cantara más alto, y Tong se sonrojó y lo hizo a voz en grito. Las secciones que habían acudido al estadio iban a velocidades distintas, y cuando el coro y el acompañamiento musical terminaron, al público todavía le faltaba un minuto para llegar al final

de la canción. Cada sección acabó en su momento. Se oyeron varias risitas animadas dispersadas por el recinto.

Presentaron al primer orador, un miembro del partido que trabajaba en el consistorio municipal. Los adultos tardaron unos segundos en guardar silencio. A continuación salieron al escenario más oradores, procedentes de distintas unidades de producción y colegios, para denunciar a la contrarrevolucionaria. Todas las intervenciones acababan con consignas gritadas al micrófono, que el público repetía. El discurso que más impresionó a Tong fue el de una compañera de quinto curso de su colegio, capitana de

los Jóvenes Pioneros de la escuela y vocalista del coro de los Jóvenes Pioneros de Río Turbio. La niña pronunció duras palabras de condena con una voz melodiosa, y Tong supo que jamás lo haría tan bien como ella ni conseguiría adoptar el tono adecuado para ganarse el honor de hablar en un acto solemne como aquel.

Ya había transcurrido un buen rato y no parecía que estuviera próximo el momento más emocionante de la reunión: la denuncia de la contrarrevolucionaria en persona antes de ser escoltada al lugar de la ejecución. La locutora dijo que tenían que llevar a la criminal de un sitio a otro, y luego

pidió más música patriótica.

Los adultos empezaron a pasearse por el recinto, charlando y bromeando. Algunas mujeres sacaron las agujas de tejer y los ovillos de lana. Un profesor les dijo a los niños que se comieran el almuerzo. Un niño anunció en voz alta que su madre quería que al menos fuera una vez a hacer pipí cuando estuvieran en el estadio, lo que condujo a que varios niños y niñas levantaran la mano y pidieran lo mismo. La profesora los contó y, cuando reunió un número suficiente, los acompañó a la parte de atrás del estadio, en fila india.

Tong continuó sentado muy derecho en su asiento; las galletas que le había

preparado su madre seguían intactas en la bolsa. Deseaba que la mujer que hacía de maestra de ceremonias saliera al escenario y reprendiera a los niños y a los adultos que habían convertido el acto en una feria, pero desde su llegada a Río Turbio había aprendido que las opiniones de un niño como él no tenían importancia para el mundo. En la aldea de sus abuelos, los campesinos le respetaban porque un famoso adivino lo había escogido como aprendiz cuando casi ni caminaba. Tong tenía dos años y medio, demasiado pequeño para acordarse, y todo lo que sabía era por las historias que sus abuelos y vecinos repetían una y otra vez: el anciano ciego,

debilitado después de tantos años viajando de pueblo en pueblo adivinando el destino de los demás, había predicho su propia muerte y había decidido escoger a un chico que heredaría sus saberes y conocimientos secretos sobre el mundo. Había cruzado tres montañas y buscado en dieciocho pueblos antes de dar con Tong. La leyenda decía que, cuando llegó a la aldea, el anciano estudió la forma del cráneo de todos los niños menores de diez años sin encontrar lo que buscaba, hasta que encontró a Tong, el más pequeño de la cola. El anciano le tocó la cabeza y unas lágrimas de alivio acudieron de inmediato a sus ojos.

Estuvo viviendo los seis meses siguientes en la aldea. Todas las mañanas, antes del amanecer, acudía junto a la cama de Tong para enseñarle a cantar y a memorizar las rimas y las fórmulas que necesitaría para su carrera de adivino.

El niño ya no recordaba a su maestro. El anciano había muerto poco después de que Tong cumpliera tres años, lo que sorprendió a los aldeanos, ya que el maestro adivino no había conseguido predecir su propia muerte con exactitud. Fue una lástima que los saberes del ciego se perdieran para siempre; sin embargo, el corto período de aprendizaje de adivino concedió a

Tong un lugar especial entre los aldeanos, que lo reverenciaban. No obstante, para los padres del chico y la gente de la ciudad aquellas historias significaban bien poco. No lo miraban a los ojos, unos ojos que los ancianos de la aldea siempre habían considerado profundamente humanos. Decían que era un chico extraordinario, y Tong sabía que estaba destinado a una gran causa, pero ¿cómo iba a convencer a Río Turbio de su importancia si su existencia apenas despertaba mayor interés que los perros y los gatos callejeros?

Una patrulla de policía entró en el estadio y se apostó en los extremos de todos los pasillos. La maestra de



ceremonias pidió al público que volviera a su sitio; su voz sonaba apagada, como si estuviera resfriada. Desde su asiento de la primera fila, Tong se fijó en que la mujer tenía el entrecejo fruncido y se preguntó si estaría tan indignada como él por la falta de entusiasmo del público, pero la locutora no vio el rostro levantado y entregado de Tong al anunciar la llegada de la contrarrevolucionaria.

Un rumor apagado recorrió el estadio cuando dos policías con uniformes bien planchados y de un blanco immaculado arrastraron a la criminal al escenario. La mujer llevaba los brazos atados a la espalda y sus pies

apenas rozaban el suelo; las manos de los hombres aguantaban su peso. Por primera vez desde el inicio del acto, el público lanzó un suspiro colectivo. La cabeza de la mujer cayó hacia delante, como si estuviera dormida. Uno de los policías se la levantó, agarrándola del cabello, y Tong vio que la joven tenía el cuello envuelto en un grueso esparadrapo manchado de sangre. Los ojos, medio abiertos, parecían mirar a los niños de las primeras filas, aunque estaban vacíos, y cuando el policía le soltó el cabello, la cabeza volvió a ceder, como si la joven hubiera vuelto a dormirse.

Pidieron al público que se pusiera

en pie y entonces empezaron las consignas pronunciadas a voz en cuello. Tong gritó junto a los demás alumnos de su colegio, pero se sentía traicionado. La mujer no era como él esperaba: no le habían rapado la cabeza, como habían aventurado los padres del niño, ni se parecía al demonio que le había descrito un compañero de clase. Desde su sitio, Tong le veía la coronilla, una calva justo en el medio, y aquel cuerpo, diminuto dentro del uniforme de presa que la envolvía como un saco gris de harina, no era el de una criminal peligrosa.

Al cabo de unos minutos se llevaron a la mujer, que desapareció del escenario con los dos policías que la

encaminaron hacia la parte de atrás del estadio. Las clamorosas consignas fueron acallándose hasta que al público ya no le quedó nada más que hacer que volver a casa. Algunos adultos empezaron a dirigirse hacia las salidas, pero los guardias de seguridad se negaron a dejarlos pasar. Se iniciaron un par de discusiones, que atraieron a más guardias de seguridad, y la maestra de ceremonias no tardó en regresar al escenario para pedir al público que se uniera al coro y entonara más canciones revolucionarias. Sin embargo, la mayoría de los adultos, que consideraban que ya no les quedaba nada más que ver, se dirigieron en masa

hacia las salidas y abandonaron en los asientos las pancartas que habían llevado con ellos.

En el camino de vuelta al colegio, Tong oyó hablar sobre el evento a los chicos que iban detrás de él. Uno de ellos juraba que la mujer lo había amenazado con bajar del escenario y echársele encima si no tuviera a los dos policías que la sujetaban. Otro contó algo que le había oído decir a su abuelo: que a veces una mujer es una serpiente disfrazada y que si esta consigue que la mires fijamente a los ojos, por la noche se cuelga en tus sueños y te come el cerebro.

Tong pensó que aquello no eran más

que tonterías, pero no estaba de humor y no tenía ganas de contradecir las infantiles ideas de sus compañeros.

Ni Cuartita ni Quintita querían ir cogidas de la mano mala de Nini, por lo que esta tuvo que dejar libre a Cuartita. Quintita también intentó zafarse, y Nini le dijo con tono seco y severo que si no obedecía la atropellaría un coche o alguien la raptaría, la vendería a unos extraños y jamás volvería a ver a sus padres. Asustada, la niña se echó a llorar, y Sextita, que hasta hacía unos segundos balbuceaba tranquilamente en un pañuelo de algodón atado a la

espalda de Nini, se quedó mirando cómo lloraba su hermana y acto seguido se unió a sus berridos.

Por un momento Nini pensó en llevarse a las tres de vuelta a casa y encerrarlas dentro, como solía hacer cuando iba al mercado. Iría sola a la orilla del río. El joven Bashi, aunque dijera cosas raras, era una persona interesante y Nini tenía curiosidad por saber si le había mentido sobre lo del carbón que iba a darle gratis. Sin embargo, las niñas la delatarían y su madre la enviaría de rodillas a un rincón y la dejaría sin comer. Nini pensó que debería haber escondido la lata de galletas, y entonces recordó el pasador

que llevaba en el bolsillo. Apaciguó a sus hermanas y les enseñó la mariposa azul de plástico en la palma de la mano buena. Nini necesitó cinco minutos de persuasión y amenazas para convencer a las mayores de que esperasen su turno. Dejó a Sextita en el suelo y la sentó en la acera. Le entretejió el suave cabello castaño en una trenza alta y diminuta, y sujetó el extremo con el pasador. La trenza se medio deshizo, y Cuartita y Quintita aplaudieron divertidas. Nini sonrió. En momentos como aquellos le gustaban sus hermanas.

Cuando llegaron al estadio del Viento del Este todas las entradas estaban cerradas y las únicas personas



que se paseaban por allí eran guardias de seguridad con brazaletes rojos.

—¿Qué hacéis aquí? —le gritó un guardia a Nini cuando esta se acercó a la entrada.

Cuartita había dejado de correr y se agarraba nerviosa a la manga de Nini. La niña apretó a Cuartita contra sí y contestó que iban al acto denunciatorio.

—¿A qué unidad perteneces?

—¿Unidad? —repitió Nini.

—Sí, ¿a qué unidad? —insistió el hombre, esbozando una sonrisa de soslayo.

Se acercó un guardia de mayor edad y le dijo a su colega que no tomara el pelo a las jovencitas. El guardia replicó

que no estaba tomándoles el pelo, sino enseñándoles la lección más importante de sus vidas, que era pertenecer a una unidad. El hombre hizo caso omiso del joven y se dirigió a Nini.

—Volved a casa. Este no es lugar para venir a jugar.

Nini iba a explicarle por qué tenía que ir al acto denunciatorio con sus hermanas, pero el hombre empezó a agitar los brazos para echarlas de allí, así que condujo a sus hermanas al callejón más cercano al estadio y les dijo que se sentaran en el rincón.

—Esperaremos aquí.

—¿Por qué? —preguntó Cuartita.

—Se supone que debemos ver a la

hija de la familia Gu antes de que la ejecuten —contestó Nini—. Si no la vemos, esta noche no habrá cena para ninguna.

Las dos niñas se sentaron de inmediato. Minutos después empezaron a jugar con cantos rodados y ramitas y a canturrear en voz baja. Nini se puso a caminar en círculos y Sextita no tardó en dormirse con su pesada y cálida cabeza contra el cuello de su hermana. A través de los altavoces del estadio se oían consignas, canciones y voces airadas, pero Nini no consiguió descifrar qué decían. Pensó en la señora Gu poniendo ante ella judías verdes en vinagre y huevos revueltos y diciéndole que

comiera cuanto quisiera, y en el maestro Gu, ofreciéndole ranas de papel con sus manos suaves, aunque sin tocar las suyas. Durante todo ese tiempo debían de haber deseado que Nini no hubiera existido nunca, ya que la deformidad de la niña era la prueba del crimen de su hija.

Una ambulancia y un coche de policía enfilaron la calle principal y doblaron hacia el callejón. Los conductores apagaron las sirenas, pero dejaron encendidas las luces azules y rojas.

—¿Qué pasa? —preguntaron Cuartita y Quintita, abandonando su juego.

Un policía salió del coche y gritó a las niñas antes de que a Nini le diera tiempo a responder.

—¿Dónde vivís? Volved a casa. No os quedéis en el callejón.

Sextita se despertó sobresaltada y se echó a llorar. Nini cogió a Quintita de la mano y le dijo a Cuartita que la siguiera. Unos pasos más allá, Nini vio que una de las casas adosadas no tenía valla. Empujó a sus hermanas dentro, se escondieron detrás de la valla de la casa contigua y les dijo que guardaran silencio. Sextita se retorció en la espalda de Nini, que le metió un dedo en la boca hasta que consiguió calmarla. Las dos niñas pequeñas se pasearon por

el patio; inspeccionaron la pila de leña que había en un rincón y machacaron varios trozos de carbón blando hasta convertirlo en polvo.

Nini echó un vistazo desde detrás de la valla. Varias personas bajaron de la ambulancia; todas llevaban batas blancas de laboratorio, gorritos y mascarillas. Una de ellas extrajo de un tirón una camilla del interior del vehículo y las dos personas más bajas —Nini dedujo que eran mujeres porque el cabello les asomaba por debajo de los gorritos y les llegaba hasta el cuello — sacaron de la ambulancia paquetes azules y blancos, tubos y una lámpara de forma extraña que se conectaba al

interior del vehículo a través de unos largos brazos metálicos... Una de las mujeres encendió y apagó la lámpara para probarla mientras los cuatro policías, indiferentes a lo que sucedía, patrullaban junto a ellas con las porras negras en la mano.

De repente, alguien empezó a gritar. Un perro salió disparado callejón arriba, desgañitado y perseguido por un policía que blandía su porra.

—¡Rápido, que vienen! —dijo alguien.

El hombre que había estado persiguiendo al perro regresó junto a sus compañeros y Nini volvió a asomar la cabeza. Estaban arrastrando a alguien

por el callejón. Por un breve instante, a Nini le pareció ver el cabello oscuro de una mujer, pero antes de poder volver a sacar la cabeza, varios hombres subieron a aquella persona a la camilla y la cubrieron de inmediato con una tela blanca. El cuerpo se removió bajo la sábana y varias manos lo sujetaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Cuartita.

Nini no respondió. El corazón se le aceleró al ver una mancha roja en la sábana blanca que cubría el cuerpo. Al principio tenía el tamaño de un plato y luego fue extendiéndose de forma más irregular.

Minutos después levantaron el cuerpo de la camilla. Quienquiera que



fuese, pateaba con todas sus fuerzas, pero por raro que pareciera no decía nada. Nini sintió una extraña opresión en el pecho, como si estuviera atrapada en una de esas pesadillas en las que por mucho que lo intentara no conseguía emitir ningún sonido. Los policías metieron el cuerpo en el coche patrulla. Los hombres y las mujeres de batas blancas volvieron a subir a la ambulancia y, segundos después, ambos vehículos regresaban a la calle principal y desaparecían acompañados de los largos y escandalosos aullidos de las sirenas.

—¿Qué pasa? —insistió Cuartita.

Nini negó con la cabeza y contestó

que no lo sabía.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —la imitó Quintita.

Nini le dijo que dejara de hacer el lorito. Las llevó a la entrada del callejón, donde había estado aparcada la ambulancia. Antes de que las pequeñas se fijaran en las gotas de sangre que había en el suelo, Nini pasó el pie malo por encima y las mezcló con la tierra. Cuartita señaló una zapatilla de algodón negro que había en el suelo y Quintita la recogió. Tenía un agujero en la suela de goma, por donde la pequeña metió un dedo y lo meneó. Nini le dijo a Quintita que la tirara y cuando esta se negó, se la arrebató y la lanzó tan lejos como pudo,

al otro lado del callejón. Quintita empezó a llorar, pero se detuvo de inmediato, enmudecida por un ruido ensordecedor procedente del cielo. Nini y sus hermanas alzaron la vista en el momento en que un helicóptero del ejército pasaba volando por encima de ellas como si fuera una libélula gigante.

—Helicóptero —dijo Cuartita, y Quintita la imitó, ambas apuntando con sus deditos hacia el cielo.

Poco después abrieron las puertas del estadio y la gente salió en tromba; todo el mundo hablaba. Nini cogió a sus hermanas de la mano y se acercó a la multitud.

—La mujer no dijo ni pío en todo el

rato —comentó un hombre—. No sé si la drogarían.

—Pues a mí no me parecía drogada —dijo otro hombre, que juró haber visto que la mujer abría la boca durante el acto.

—¿Cómo iba a hablar? Deben de haberle cortado la tráquea —aventuró otro—. ¿No visteis que llevaba el cuello vendado?

—¿La tráquea? No digas tonterías. ¿Cómo iba a vivir si le cortan la tráquea? Lo que le han cortado han sido las cuerdas vocales.

El primero se encogió de hombros.

—Lo que es seguro es que no podía hablar.

—Disculpen —dijo Nini. Alzó la voz al ver que no la habían oído—: Disculpen, tíos. ¿La contrarrevolucionaria sigue en el estadio?

—¿Y a ti qué te importa? —respondió uno de los hombres.

Nini tartamudeó y dijo que querían ver a la contrarrevolucionaria, pero otro de los hombres la interrumpió antes de que pudiera terminar la frase.

—¿Qué hay que ver? Se la llevaron en cuanto acabó el acto. A estas horas seguramente ya le habrán pegado un tiro.

Decepcionada, Nini les dijo a sus hermanas que se apartaran de la entrada para que la gente no las pisara.

Esperaron hasta que apenas quedaba nadie dentro y había salido el último grupo de alumnos de primaria. Lo único que podían hacer era volver a casa.

El piloto del ejército no bajó la vista hacia la ciudad de Río Turbio y la multitud de cabezas alzadas cuando sobrevoló la gigantesca estatua de Mao con el helicóptero. El vuelo hasta la capital provincial no duraba más de treinta minutos, y allí le esperaba la comida con la que había soñado. El ágape tras una operación especial, con pollo asado, costillas de ternera y pescado al vapor, era algo que se

disputaban hasta los mejores pilotos del Estado. Recordó el año que se alistó en el ejército, con apenas dieciséis años y medio; era una cabeza más bajo que el instructor, al que le gustaba escupirle en la cara y patearle las piernas durante las formaciones. No probaron la carne en los primeros tres meses. El piloto deseó que su instructor pudiera verlo ahora, con una barra y tres estrellas en los hombros. Su padre solía decir que el hombre capaz de soportar lo insoportable, un día estaría por encima de todos los demás. Por encima de todos vosotros, pensó el piloto, imaginando a los chicos corriendo por los callejones abarrotados y señalando el helicóptero.

Uno de los que habían alzado la cabeza era Bashi, que esperaba frente a la orilla de isla Joroba. El islote, situado al este de la ciudad, donde el río Turbio se ensanchaba y torcía hacia el sur, era un tramo de tierra alargado y estrecho en forma de lomo de ballena. En verano estaba plagado de gansos y patos salvajes que migraban hacia el norte. Durante esos meses, a los niños les gustaba nadar hasta la isla y robar los huevos, que, si no se condimentaban con las especias más potentes, tenían un sabor fuerte y desagradable, de modo que lo hacían más por diversión que por razones prácticas. Además de las aves y los niños, de vez en cuando la policía



también visitaba la isla para limpiarla, ya que era el lugar donde se llevaban a cabo las ejecuciones de Río Turbio y de varios de los condados de los alrededores. La última vez que habían fusilado a alguien en la isla fue dos veranos atrás; ejecutaron a un hombre de un condado vecino condenado por violar e intentar estrangular a una joven. Los policías habían registrado la isla, pero varios jóvenes temerarios habían nadado hasta allí y se habían ocultado bajo el agua, junto a la orilla. Luego dijeron que habían visto explotar la cabeza del hombre de un solo disparo, como si fuera un melón. Bashi no estuvo con aquellos jóvenes, pero con el

tiempo acabó creyendo lo contrario y contaba a la gente que el miembro del hombre había quedado apuntando hacia el cielo, debajo de los pantalones, incluso después de caer muerto como un saco de patatas.

—Era un hombre de esos, ya sabéis, con problemas por allí abajo —decía Bashi tanto a hombres como a mujeres, con una sonrisa cómplice.

Bashi se quedó mirando las banderas rojas y la cinta amarilla que rodeaba la isla. Con el río helado no era posible esconderse bajo el agua, pero lo carcomía el deseo de demostrarse más listo que las autoridades para poder alcanzar la otra orilla. ¡Ojalá pudiera

hacerse invisible a voluntad! Así llegaría a la isla con facilidad, se pasearía entre los policías y les soplaría un aliento frío en las mejillas para hacerles cosquillas. Incluso podría hablarles con la voz sugerente y susurrante de una joven y decirles palabras cariñosas, les daría las gracias por acabar con su triste vida por ella y los invitaría a unirse a ella en el otro lado para pasar un buen rato. Bashi se imaginaba a los policías, especialmente al que hacía un rato lo había amenazado en la calle, muertos de miedo y meándose en los pantalones blancos del uniforme. El joven empezó a reírse a carcajadas hasta que tuvo que apoyarse

contra un árbol para recuperar el aliento. Nadie se atrevería a volver a pisar la isla encantada nunca más, y él construiría una cabaña y viviría con la mujer, quien seguro que se consagraría a él en cuerpo y alma por ser su salvador.

Bashi recordó que en el edicto ponía que la mujer tenía veintiocho años. Veintiocho no eran muchos. Bashi vivía con su abuela sin problemas, una mujer mucho mayor, y estaba seguro de que la joven lo querría igual que la anciana. En el caso de que se sintiera demasiado sola en la isla cuando él tuviera que volver a casa para estar con su abuela —una disposición que estaba convencido de que la mujer entendería

—, Bashi le pediría a Nini que le hiciera compañía, o incluso que fuera su sirvienta. Se podía confiar en ella porque a nadie le interesaría lo que Nini supiera. En ese momento cayó en la cuenta de que la joven probablemente estaría esperándolo junto al sauce, con una expresión seria en su rostro deforme. Bueno, siempre podía ir a buscarla más tarde e inventarse algo sobre la ejecución para entretenerla. Era difícil hacer sonreír a aquella carita ceñuda de muñeca de trapo, pero a Bashi no le importaría volver a intentarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí, sonriendo como un bobo? —le preguntó

alguien dándole unos golpecitos en el hombro.

Bashi levantó la vista y vio a Kwen, que lo miraba fijamente. Kwen no se había casado y Bashi siempre había deseado preguntarle cómo era ser un viejo solterón sin una mujer que le calentara la cama o le lavara los pies. También se preguntaba si Kwen soñaba con mujeres, como él, pero aquel tipo de preguntas podrían resultar ofensivas. Solo había unas pocas personas en el mundo a las que Bashi no se atrevía a importunar con su cháchara, y Kwen era una de ellas. La gente como Kwen no era de trato fácil. Los perros de la ciudad se comportaban igual que gatitos

delante de él. Se decía que los lobos de las montañas le tenían miedo, y también las serpientes, e incluso los osos negros. Bashi jamás había puesto en duda tales afirmaciones.

En una ocasión había visto a Kwen azotando a su perro negro mientras un cigarrillo le colgaba de la comisura de los labios. Tenía una expresión sosegada y esbozaba una sonrisa tranquila, y el perro, la bestia a la que no había criatura en el mundo que pudiera acercarse, había mostrado una docilidad de corderito, con la cabeza en el suelo, como si suplicara clemencia.

—¿Me has oído? —insistió Kwen.

De cerca, Kwen parecía un anciano

cualquiera: el rostro surcado de las típicas arrugas, medio bizco, le faltaban dos dientes de delante y los demás tenían un color amarillento oscuro de tanto fumar. Bashi sonrió y alzó las manos como si se rindiera.

—Qué sorpresa. ¿Qué hace aquí?

—Estoy aquí por lo mismo que tú.

—¿Y por qué estoy aquí? —preguntó Bashi, con gran interés.

—Por la ejecución, ¿no?

—Pues no. Estoy aquí porque he quedado con alguien —dijo Bashi—. Con una bella mujer.

Kwen negó con la cabeza.

—Antes me creería que has quedado con la muerte que con una mujer.



Bashi se escupió tres veces en la palma de la mano.

—No sea cenizo, no diga esas cosas.

—¿Dónde has aprendido esa costumbre afeminada?

Bashi fingió no haberlo oído.

—Bueno, ¿qué hace aquí? —insistió el joven.

—Tengo una cita con la muerte.

—Venga ya.

Bashi rebuscó en ambos bolsillos del abrigo el paquete de tabaco que había comprado hacía dos semanas y por fin lo encontró en los pantalones. Había intentado aprender a fumar en cuatro o cinco ocasiones, pero una vez más había tenido que admitir lo poco

que le gustaba el sabor a quemado. Bashi le dio unos golpecitos al paquete hasta que le cayó un cigarrillo en la mano.

—Tenga —dijo, y lo cogió entre los dedos formando un círculo perfecto antes de tendérselo a Kwen.

El viejo miró el cigarrillo con recelo. Bashi suspiró y le dio el paquete. El hombre se encendió el pitillo y se guardó el resto. En ese momento, un coche de policía se acercó a la orilla seguido por un camión cubierto. Un escuadrón de policías saltó fuera del camión y, un segundo después, sacaron del coche a la contrarrevolucionaria por los brazos.

Kwen y Bashi vieron cómo el grupo cruzaba el río helado en silencio. Desde donde estaban apenas alcanzaban a ver el rostro de la mujer.

—¿Está aquí por ella? —preguntó Bashi.

Kwen contestó que sí: iba a hacerse cargo del cuerpo.

—¿Y por qué usted y no yo?

—Porque me pagan para ello.

—¿Quién le paga?

—Sus padres.

—¿Dónde está el dinero?

Kwen dio unas palmaditas al bolsillo del pecho de la chaqueta.

—Aquí.

—¿A ver? —dijo Bashi.

No se fiaba de Kwen. Una mujer era una mujer y Bashi sabía que el viejo estaba allí porque quería echarle un vistazo sin importarle en qué estado la encontrara.

Kwen sacó un paquetito del bolsillo. Parecía voluminoso, pero ¿quién le aseguraba que allí dentro no había más que papel higiénico? Bashi iba a inspeccionarlo de más cerca cuando Kwen lo devolvió al bolsillo.

—Mantén esas zarpas lejos de mi dinero.

—¿Cuánto le han pagado? — preguntó Bashi.

—¿Por qué debería decírtelo?

—Porque puedo pagarle lo mismo

por no recoger el cuerpo.

—Y entonces, ¿quién lo hará? No puedes dejar que un cuerpo se pudra en la isla.

—Yo me encargo —aseguró Bashi.

—Eres más divertido de lo que creía —dijo Kwen, con una amplia sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque nunca he conocido a un idiota tan interesante como tú.

Bashi iba a hacerse el ofendido, pero después de pensárselo se unió a las risas de Kwen. Si era capaz de entretenerlo, tal vez acabarían entablado amistad. La gente lo miraría con otros ojos al ver que había hecho buenas migas con Kwen sin ayuda de

nadie. A Bashi le vino a la memoria la vieja historia del zorro al que temían todos los animales porque tenía a un tigre por amigo, pero ¿qué había de malo en ser un zorro astuto?

—¿Puedo ayudarle a recoger el cadáver? —se ofreció Bashi—. Debe de pesar bastante para una persona sola.

—No tengo dinero para pagarte —contestó Kwen.

—Si me permite ayudarle, le pago yo —dijo Bashi—. Al menos déjeme echar un vistazo al cuerpo.

Kwen se quedó mirando a Bashi un largo rato y prorrumpió en carcajadas. Varios gorriones que picoteaban en un claro entre los árboles alzaron el vuelo.

Bashi sonrió, nervioso. Entonces oyeron un único disparo, nítido, con un eco metálico. Kwen dejó de reír y ambos observaron las bandadas de pájaros que abandonaban la isla. Durante unos minutos no ocurrió nada más, hasta que el escuadrón de policía volvió a cruzar el río pisoteando la nieve vieja con sus pesadas botas.

—Crac —murmuró Bashi para sí mismo, imaginando que se abría un gran agujero en el hielo partido que engullía a todos aquellos a quienes despreciaba.

—Ha llegado mi turno —dijo Kwen cuando se alejaron el coche de policía y el camión.

—Y yo, ¿qué?

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

Bashi levantó dos dedos. Kwen negó con la cabeza y Bashi levantó otro, y luego otro más. Kwen lo miró enarcando las cejas.

—Muy bien, cien, ¿de acuerdo? —dijo Bashi con tono suplicante—. Probablemente es mucho más de lo que le paga la familia, ¿no?

Kwen sonrió.

—Eso es asunto mío —contestó el anciano, y le hizo un gesto a Bashi para que lo siguiera hacia el hielo.





## SEIS



**L**a señora Gu no contestó cuando su marido le anunció que la comida estaba lista. Al regresar de su visita al viejo Kwen, el maestro Gu la encontró sentada en una silla, muy callada, y desde entonces parecía una estatua. El maestro Gu intentó hacer más ruido del habitual mientras realizaba las pequeñas tareas que se le ocurrían, pero cuando se le acabaron las ideas, se sentó y se obligó a echar una cabezadita. Lo despertó la gente que volvía del acto

denunciatorio: los hombres que charlaban y guardaban las bicicletas, y las mujeres que llamaban a sus hijos para comer. Se levantó y empezó a cortar, hervir y freír lo que tenía a mano para preparar la comida lo más ruidosamente posible. Trató de no pensar en lo que había ocurrido fuera de casa; desde que era adulto, sabía que el único modo de sobrevivir era concentrarse en el pequeño trecho de vida que se tiene delante.

El maestro Gu se sentó a la mesa delante de un cuenco de arroz y volvió a recomendarle a su mujer que comiera, aunque fuera poco. Ella contestó que no tenía hambre.

—Cada uno es responsable de su cuerpo —dijo el maestro Gu.

Siempre había insistido en la importancia de comer de manera regular y adecuada para mantener sanos la mente y el cuerpo. Si se enorgullecía de algo era de jamás haber desfallecido ante las dificultades hasta el punto de descuidar las obligaciones con su propio cuerpo. Había enseñado a su esposa y a su hija que la vida era impredecible, y que comer y dormir eran de las pocas cosas que uno tenía para burlarse tanto de la vida como de su volubilidad. El maestro Gu masticó y tragó con cuidado. Tal vez no había añadido suficiente agua y los granos de

arroz estaban secos, porque costaba comérselos. Los hilos de la col castigaban sus dientes, poco firmes, pero él siguió masticando, intentando dar buen ejemplo a su esposa, como siempre había hecho.

Se acercó a ella cuando terminó de comer. La mujer no se movió y, al cabo de unos momentos de vacilación, el anciano reposó una mano sobre su hombro. La retiró cuando la señora Gu dio un respingo, y le dijo que podría haber sido peor, que tenían que verlo por el lado positivo.

—¿Peor que qué? —preguntó ella.

Él no contestó.

—Los Hua no pueden encargarse de

ella —dijo el maestro Gu al cabo de un rato—. Le he pedido ayuda a un conserje de la planta eléctrica.

—¿Dónde la dejará? —preguntó la señora Gu.

—Ya encontrará algún lugar. Le pedí que no lo señalara.

La señora Gu se levantó.

—Tengo que ir a buscarla —dijo.

—Creía que ya lo habíamos hablado —protestó el maestro Gu.

Habían decidido entre los dos —él lo había sugerido y ella lo había aceptado— que no la enterrarían ellos. Eran demasiado viejos para el esfuerzo que exigía y se les habría partido el corazón.

La señora Gu dijo que había cambiado de opinión y fue a buscar el abrigo. No podía permitir que un extraño se encargara de las exequias de su hija.

—Es demasiado tarde —contestó el maestro Gu—. Ya está todo hecho.

—Quiero verla por última vez.

El anciano se calló. Solo había visitado a Shan en dos ocasiones en los últimos diez años, al principio de su encarcelamiento y justo antes del juicio. La primera vez había ido con su esposa, cuando todavía ambos albergaban alguna esperanza a pesar de que habían condenado a Shan a una pena de diez años. La joven tenía dieciocho años y

seguía siendo una niña. Les había dicho a su mujer y a su hija que diez años no eran nada, solo una pequeña fracción de una larga vida. «*Podría ser peor*», les advirtió.

—*Baba*, ¿nunca te cansas de hablar de cosas que ni siquiera tú te crees? — replicó Shan, que no había dejado de mirarlo con sorna mientras él hablaba.

—Creo en la paciencia —aseguró el maestro Gu.

No le sorprendía que su hija lo tratara de aquella manera. El arresto había sido un golpe inesperado para el maestro Gu y su esposa, que seguían pensando en su hija como en una joven revolucionaria. Más tarde averiguaron

que Shan había escrito una carta a su novio donde expresaba sus dudas acerca de Mao y su Revolución Cultural. El maestro Gu y su esposa desconocían que tuviera novio. De haber sabido de la existencia de aquel hombre, el maestro Gu habría puesto a Shan sobre aviso; le habría repetido hasta la saciedad, aunque ella no hubiera querido escucharlo, que las traiciones a menudo las cometía la gente a la que más amábamos y en la que más confiábamos. Le habría pedido que les presentara a su novio. Sin embargo, ¿habría servido de algo? El novio remitió la carta al Comité de la Revolución Cultural. Shan fue sentenciada a una condena de diez



años y el novio fue recompensado con el privilegio de alistarse en el ejército, aunque sus orígenes —procedía de una familia de capitalistas y contrarrevolucionarios— se lo habían impedido hasta el momento.

En aquella visita de hacía diez años, el maestro Gu tenía pensado decirle que el ser humano era el animal más peligroso de la tierra. «*Pasa desapercibida como una mota de polvo*», habría querido recomendarle, pero antes de que tuviera tiempo de decírselo, su hija se había negado a permanecer en la misma habitación que ellos y había hecho un gesto a los guardias para que se la llevaran.

El maestro Gu no había vuelto a visitar a su hija después de aquello. Su esposa sí, aunque solo iba una o dos veces al año. A la mujer le preocupaba que demasiadas visitas pudieran empañar el historial de Shan y aumentar el tiempo de condena. Hablaban de ella en contadas ocasiones, mientras cada uno por su parte albergaba la secreta esperanza de que pasaran diez años sin incidentes. Sin embargo, lo que ocurrió al final de la pena fue que recibieron una notificación en la que se decía que volverían a juzgar a Shan: la joven no se había redimido en prisión y además había escrito, año tras año, cartas donde solicitaba una

apelación y diarios personales que contenían las calumnias más infames sobre el comunismo.

Durante la reunión semanal en el colegio, el secretario del partido pidió al maestro Gu que compartiera con los demás su opinión acerca del próximo juicio de su hija. Este contestó que no tenía nada que decir, y los demás miembros del partido negaron con la cabeza en señal de desaprobación.

—Permítame decirle lo que pienso, ya que usted no tiene nada que decir — dijo el secretario—. La última vez, a su hija se la condenó por calumniar la causa comunista. Entonces era joven y todavía podía aprender, por lo que se le

concedió la oportunidad de corregir sus errores, pero ¿qué sucedió? Que no aprovechó la oportunidad que se le brindó. No solo se negó a proclamar su amor y confianza en el partido y la causa comunista, sino que además discutió con nosotros con los argumentos más contrarrevolucionarios posibles. Eso —añadió el secretario, señalando al maestro Gu con los dedos índice y corazón— no lo toleraremos jamás.

El maestro Gu no comentó la reunión con su mujer, ya que en principio debía haberse celebrado una muy similar en su unidad de producción, durante la que muy probablemente le habrían transmitido el mismo mensaje. La oyó

llorar de noche varias veces. Cuando el maestro Gu intentó consolarla, ella fingió estar animada y contestó que no debían preocuparse demasiado. Le dijo que Shan todavía era joven y que ya había pasado diez años en prisión, que el juez sería indulgente y que el nuevo juicio no correspondía más que a una nueva forma de advertencia.

El maestro Gu no añadió nada que pudiera alentar la confianza ciega de su mujer. Días después fue a visitar a su hija a la cárcel. Los guardias se mostraron groseros con él, pero con los años se había acostumbrado a los insultos de la gente y no dio mayor importancia a aquel comportamiento. Lo

que sí lo sorprendió fue el estado de Shan: había dejado de ser la jovencita rebelde y alegre que había conocido diez años atrás. El uniforme de la cárcel, gris y con desgarrones, olía a sucio. Shan había perdido mucho cabello y el que le quedaba lo llevaba corto y mugriento, con una gran calva en la coronilla. Estaba tan pálida que casi parecía transparente, y lo miraba con los ojos muy abiertos y ensoñados. Lo reconoció de inmediato, aunque daba la sensación de haber olvidado todo lo ocurrido hacía diez años. La joven empezó a hablar en cuanto se sentó. Le dijo que había escrito a Mao y que él le había respondido pidiéndole disculpas

por la decisión errónea que habían tomado y prometiéndole una inminente excarcelación. Hacía dos años que Mao había muerto, pero el maestro Gu, empapado en un sudor frío, no se lo dijo. La joven hablaba deprisa sobre todas las cosas que planeaba hacer cuando saliera. En su imaginación, al otro lado de los muros de la cárcel la esperaba un prometido, y lo primero que harían sería ir al ayuntamiento para solicitar una licencia de matrimonio. El maestro Gu no protestó cuando, al final de la visita, los dos guardias cogieron a Shan por los brazos, sin miramientos, y la sacaron de la habitación a la fuerza. Ella seguía hablando, pero él ya no la

oía. Se quedó mirando los pantalones del uniforme, manchados de sangre menstrual. La muerte estaba lejos de ser lo peor que podía ocurrirle a un ser humano. Lo embargó algo que superaba al miedo y deseó poder poner fin a la vida de su hija por ella.

El maestro Gu no sabía cuánto hacía que su hija había perdido la cordura ni si su esposa era consciente de ello. Quizá llevaba años ocultárselo. A su vez, él le mintió y le dijo que habían recibido una notificación de la cárcel donde se informaba de que a Shan se le habían retirado los derechos de visita por desobediencia. Su esposa suspiró, pero no quiso saber más, de modo que el



maestro Gu se preguntó si ella aceptaba la orden de buen grado por él. El maestro Gu recibió la noticia de la pena de muerte con alivio. Tal vez también fue un alivio para su mujer, aunque no tenía forma de averiguarlo. Tras el rechazo de la apelación, la señora Gu intentó ver a Shan una última vez; sin embargo, la solicitud de visita le fue denegada sin aducir razón alguna.

La señora Gu se puso el abrigo. El maestro Gu pensó que las mujeres eran como niños, por aquella forma que tenían de aferrarse tenazmente a cosas sin importancia. Cuando le suplicó que se quedara, la mujer alzó la voz y le preguntó por qué no le dejaba ver a su

hija.

—Ver no es mejor que seguir ciego —citó el maestro Gu, de un antiguo poema.

—Llevamos ciegos toda la vida —replicó la señora Gu—. ¿Por qué te niegas a abrir los ojos y ver las cosas como son?

El maestro Gu reconoció en aquella mirada la misma rebeldía que antes veía en la de Shan.

—Los muertos ya no están. Pasemos página.

—¿Cómo puedes olvidar con tanta facilidad?

—Porque es necesario —contestó el maestro Gu—. Necesitar algo nunca es

sencillo, pero debemos aceptarlo.

—Siempre has querido que aceptáramos todo sin cuestionar nada — replicó su mujer—. ¿Por qué tenemos que vivir mirando al suelo?

El maestro Gu evitó sus ojos. No tenía respuestas para su mujer y deseó que esta lo dejara correr sin prolongar aquel sufrimiento para ambos. Antes de poder decir nada, sintió un súbito entumecimiento en la parte izquierda del cuerpo y tuvo que arrodillarse. Alzó la mirada hacia su esposa para pedirle ayuda, pero no veía nada. La señora Gu corrió a sujetarlo; sin embargo, el hombre era demasiado pesado para ella y esta tuvo que dejarlo caer, con

cuidado. El maestro Gu sintió cómo el frío que se filtraba a través del suelo de cemento le calaba las ropas y le dormía todo el cuerpo.

—No te vayas —suplicó el anciano, deseando estar junto al fuego, junto a su suave y cálido cuerpo. En un momento de confusión creyó ver el rostro de su primera mujer, tan joven y bella como hacía treinta años—. No me dejes —dijo—. No dejes que te pierda otra vez.

El cuerpo de la mujer estaba tendido boca abajo sobre la nieve cristalizada, con los brazos dislocados y atados a la espalda de manera intrincada. La

cabeza, a diferencia de lo que había imaginado Bashi, estaba de una pieza. El joven se detuvo a pocos pasos de ella y se quedó mirando las manchas de sangre del traje de presa.

—¿Está muerta? —preguntó.

—¿Por qué? ¿Ahora tienes miedo? —dijo Kwen, y se agachó para examinar el cadáver—. No te he dejado venir para que te limites a hacerme compañía.

—¿Miedo? No, no. Solo quería asegurarme de que está completamente muerta.

—Por completo —dijo Kwen, y dio una patada primero a una pierna del cadáver y luego a la otra. Se acuclilló junto al cuerpo y señaló la espalda de la

mujer—. Mira esto: le ataron los brazos de esta manera en concreto para que el dedo medio de la mano izquierda apuntara al corazón.

—¿Por qué al corazón?

—Para que el verdugo supiera dónde dirigir el disparo.

Mientras cruzaba el río helado hasta la isla, Bashi ya se había inventado una extravagante historia sobre una cabeza reventada y un cerebro sanguinolento desparramado sobre la nieve, como si fuera pintura derramada. Se imaginaba contándosela a los vecinos de Río Turbio, que harían corro a su alrededor, acongojados. Se acercó un poco más y se acuclilló junto a Kwen. La mancha de

sangre de la espalda tenía el tamaño de un cuenco y a Bashi le sorprendió que una herida tan pequeña pudiera acabar con una vida. La mujer tenía el rostro medio enterrado en la nieve, por lo que era imposible adivinar sus facciones. Bashi le tocó el cráneo. Estaba frío, pero el cabello, suave y fino, tenía un tacto extrañamente vivo.

—Pongámonos manos a la obra — dijo Kwen.

Cortó los nudos con un cuchillo, pero los brazos de la mujer permanecieron en la misma posición, detrás de la espalda. Kwen se encogió de hombros. Sacó una toalla usada del bolsillo del abrigo, envolvió en ella la

cabeza de la mujer con un par de vueltas y la ató con un nudo en la parte de atrás.

—¿Para qué hace eso? —preguntó Bashi.

—Para no tener que verle los ojos.

—¿Por qué?

—Porque su espíritu mira a través de los ojos buscando al responsable de su muerte. Si te ve, nunca te dejará en paz —le dijo Kwen—. Sobre todo siendo el espíritu de una mujer joven. Te sacaría toda la sustancia.

—Supersticiones —dijo Bashi—. No me importaría que alguien me sacara la sustancia.

Kwen soltó una risotada.

—He comido más granos de sal que



tú de arroz. Allá tú si me crees o no, pero luego no vengas pidiéndome ayuda cuando me necesites.

—¿De qué tiene miedo? Nosotros solo estamos ayudándola —dijo Bashi. Señaló el centro del cadáver—. ¿Qué es eso? ¿También le dispararon ahí?

Ambos se acercaron un poco más para examinar la parte inferior de la espalda. El uniforme estaba empapado de sangre seca de color marrón oscuro. Al no poder ir abriendo las prendas de una en una, Kwen dio un fuerte tirón para desgarrarlas e intentó separarle la ropa del cuerpo.

—Tenga cuidado —dijo Bashi.

—¿Con qué? Ahora ya no siente

nada.

Bashi no respondió. Cuando Kwen arrancó la ropa, ambos se quedaron mirando la zona del cuerpo que había quedado expuesta y aquella hendidura abierta y sanguinolenta parecida a una boca que esbozaba una sonrisa estremecedora. Bashi sintió un líquido cálido que subía por su garganta y vomitó junto a un matorral. Cogió un puñado de nieve y se lavó la cara. El frío le resultó reconfortante y le ayudó a serenarse.

—No es bonito, ¿eh? —musitó Kwen.

Había metido el cuerpo en dos sacos de loneta y estaba intentando unirlos con

cuerdas.

—¿Qué le han hecho? —preguntó Bashi.

—Seguramente le sacaron algo antes de dispararle.

—¿Algo?

—Órganos. Puede que los riñones u otra cosa. Lo de siempre.

—¿Para qué los quieren?

—¿No has oído hablar de los trasplantes?

—No.

—Creía que tenías estudios —dijo Kwen—. A saber quién llevará ahora los órganos de esta chica. A veces ni siquiera los quieren para un trasplante, sino para que los médicos practiquen y

no olviden lo que han aprendido.

—¿Cómo lo sabe?

—Cuando se han vivido tantos años, uno lo sabe todo —contestó Kwen.

—¿Qué edad tiene?

—Cincuenta y seis.

—Pues me juego lo que quiera a que hay una cosa de la que no sabe nada —lo retó Bashi.

Con el cadáver a buen recaudo dentro de los sacos, el joven había recuperado la confianza y el buen humor.

—¿De qué?

—De mujeres —contestó Bashi en un susurro, acercándose a Kwen.

—¿Cómo sabes que no sé nada de mujeres? —preguntó Kwen mirando a

Bashi con una media sonrisa.

—Es un viejo solterón, ¿no?

—Existen muchas maneras de conocer mujeres —respondió Kwen—, y el matrimonio es la peor.

—¿Por qué?

—Porque acabas conociendo a una sola mujer.

—¿Conoce a muchas mujeres?

—En cierto modo, sí.

—¿En qué modo?

Kwen sonrió.

—He oído que la gente de la ciudad te toma por bobo. Eres demasiado curioso para ser bobo.

—¿A qué se refiere?

—A que eres un hombre con cerebro

y a que debes usarlo.

Bashi estaba confuso. Jamás había estado cerca de otra mujer que no fuera su abuela.

—¿Podría enseñarme cómo? — preguntó.

—Puedo enseñarte dónde está la puerta, pero eres tú quien tiene que abrirla y encontrar el modo por ti mismo —dijo Kwen, y encendió un cigarrillo—. Deja que te explique algo que les oía contar a los ancianos cuando tenía tu edad. Había una vez una mujer a cuyo marido le gustaba acostarse con otras mujeres. La esposa, como puedes imaginar, estaba muy disgustada. «*¿Por qué me dejas y vas en busca de otras*

*mujeres?»*, le preguntó un día, y el marido le contestó: «*Mírate a la cara, no eres guapa*». La mujer se miró en un espejo y urdió un plan. Todas las noches le preparaba verdura y adornaba los platos con gran esmero: rábanos con forma de peonías, tallos de bambú cortados para que parecieran una mujer voluptuosa... —Bashi tragó saliva sin darse cuenta—. Al principio, el marido estaba impresionado. «*Te has convertido en una gran cocinera*», le dijo a su esposa, pero después de cenar salía para acostarse con otras mujeres. Tras varios días comiendo verdura, el marido preguntó: «*¿Dónde están las costillas de cerdo y el guiso de ternera*

*que te salían tan buenos? ¿Por qué ya no me los preparas?»*. La esposa sonrió y contestó: *«Pero, mi señor, no son bonitos»*. El marido se echó a reír y dijo: *«Ahora te entiendo»*. Desde entonces jamás volvió a ir con otra mujer.

Bashi se quedó mirando a Kwen cuando este se calló.

—La historia ha terminado —dijo Kwen.

—¿Qué pasó luego?

—Solo es una historia, y ha terminado.

—¿Qué pasó con el hombre? ¿Por qué dejó de andar con otras mujeres?

—Porque su esposa le dio una



lección.

—¿Qué lección?

—Utiliza la cabeza. Piensa.

—No se me dan bien las adivinanzas. Tiene que contarme toda la historia —dijo Bashi.

—¿Por qué? —preguntó Kwen con una sonrisa.

—Por favor —suplicó Bashi—.

¿Quiere otro paquete de tabaco? ¿Una botella de licor de arroz?

—Te la contaré si me prometes algo.

—Se lo prometo.

—¿Quieres saber de qué se trata?

—Siempre que no quiera que mate a alguien...

—¿Por qué iba a querer yo que

mataras a nadie? —dijo Kwen—. Si quisiera, me las apañaría mucho mejor que tú. —Bashi se estremeció. Kwen lo miró y se echó a reír—. No te preocupes, ¿por qué iba a querer matar a nadie? Bueno, este es el trato: sus padres me dieron dinero para comprar un ataúd y enterrarla, pero creo que con o sin ataúd el resultado va a ser el mismo, tanto para ella como para sus padres, para ti o para mí, así que no voy a molestarme en hacerlo.

—Es comprensible.

—Pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie. No quiero que lo sepa la gente.

—Claro que no.

Kwen miró a Bashi.

—Si oigo algo, te retorceré el pescuezo, ¿entendido?

—Eh, no me asuste, no me gustan las bromas pesadas.

Kwen recogió una rama del suelo, gruesa como el brazo de un hombre, y la partió por la mitad con las manos.

—No bromeo —contestó mirando a Bashi muy serio.

—Lo juro: si le cuento a alguien el secreto de Kwen, tendré una muerte horrible —dijo Bashi—. ¿Me va a contar ahora la lección?

Kwen miró a Bashi largo rato antes de continuar.

—La lección es la siguiente: una

cara bonita no vale para nada; lo importante para un hombre de verdad es la carne, y en esa parte todas las mujeres son iguales.

—¿Qué parte es esa?

Kwen negó con la cabeza.

—Creía que eras un chico listo.

—Pues dígamelo —dijo Bashi impacientándose.

—Ya te he contado suficiente, el resto tendrás que averiguarlo por ti mismo —contestó Kwen concentrándose de nuevo en los sacos.

En cuanto se hubo asegurado de que ambos estaban bien unidos y atados, cogió el cuerpo por un extremo y lo sopesó.

—Si no me lo explica, no le ayudaré con el cuerpo —dijo Bashi.

—Me parece bien.

—Me moriré si no me lo dice.

—Nadie se muere de curiosidad —respondió Kwen sonriendo.

—Entonces dejaré de ser su amigo.

—No sabía que lo fuéramos —respondió el viejo—. En fin, ¿por qué no te dedicas a lo tuyo y me dejas a mí seguir con lo mío?

Bashi suspiró, sin intención de dejar a Kwen.

—Solo estaba bromeando —dijo Bashi.

Cuando el joven vio que Kwen cogía uno de los extremos del cuerpo, él se

hizo con el otro y alzaron el cadáver a la vez para ponérselo al hombro.

Pesaba más de lo que Bashi pensaba, por lo que a los pocos pasos empezó a jadear y tuvo que bajarlo. Kwen soltó el extremo que llevaba cogido y el cadáver cayó al suelo de un golpe.

—Menudo alfeñique —exclamó Kwen—. ¿Qué harías con una mujer aunque la tuvieras?

A Bashi le costaba respirar, pero se inclinó para volver a cargarse el cuerpo al hombro. Antes de que Kwen pudiera atraparlo, el joven echó a andar con rapidez, tropezó con el tocón de un árbol y cayó al suelo, con el cadáver encima.

Kwen estalló en carcajadas mientras Bashi empujaba el cuerpo con fuerza para echarlo a un lado.

—Parecía pequeñita —dijo el joven masajeándose el pecho, que el cadáver le había golpeado con fuerza—, pero debe de pesar una tonelada.

—¿No sabías que cuando mueres pesas cien veces más?

—¿Cómo es posible? —preguntó Bashi.

Kwen se encogió de hombros.

—Cosas de la muerte, supongo.

Algunos conocían la sala donde se celebraba el ágape, la segunda planta

del Triple Gozo, como el lugar donde se decidía el destino de muchos habitantes de Río Turbio, pero para la mayoría de la gente de la ciudad no era más que una sala con puertas dobles que jamás se abrían; lo que hubiera detrás de aquellas pesadas hojas quedaba fuera del alcance de sus exiguos salarios e imaginación. La planta baja, con diez mesas de madera pintadas de color rojo oscuro y unos bancos a juego, no era más que un restaurante cochambroso. La comida se pedía y se pagaba en una ventanilla donde una cajera malcarada aceptaba el dinero y arrojaba el cambio junto a un palillo de bambú, en el cual, de tan grasiento que estaba, apenas se



distinguía el número grabado en uno de los lados. Más tarde alguien gritaba el número por una ventanilla igual de estrecha, donde los clientes debían acudir de inmediato a recoger las bandejas, antes de que los reprendieran por su lentitud. La comida nadaba en aceite, estaba muy especiada y tenía un precio abusivo, que era lo que se esperaba de un restaurante. Además de los representantes en viaje de negocios, a quienes acabarían reembolsándoles las dietas, solo aquellos que necesitaban quedar bien derrochando dinero —con la celebración de una boda para impresionar a la gente o una comida para deslumbrar a los parientes del

pueblo— comían en el Triple Gozo.

Kai llegó al restaurante poco después de las doce. La planta baja estaba vacía, salvo por dos comerciales con sendas maletas de viaje a su lado, en el suelo. Cuando Kai entró los hombres levantaron la vista por encima de la nube de humo de los cigarrillos, y uno de ellos asintió con la cabeza, como si la hubiera reconocido. Se los quedó mirando, pero hasta que intercambiaron una mirada entre ellos, Kai no se dio cuenta de que había posado la vista demasiado tiempo en los hombres. Se volvió hacia la escalera y subió a la sala de banquetes. Se preguntó si aquellos comerciales distraerían a sus esposas de

regreso a casa con el relato de la ejecución o si, enterrada por otros recuerdos inservibles acumulados en sus viajes, la sacarían a relucir solo cuando necesitaran una historia con moraleja para reconvenir a un niño desobediente. La muerte de una extraña podía usarse para todo tipo de propósitos, solo hacía falta añadir o sustraer tiempo y espacio para convertirla en algo distinto. En una ocasión, Kai había cantado sobre el escenario que la sangre de un mártir alimentaría las azaleas que florecen en primavera y que sus pétalos serían rojos como el color de la revolución. La letra y la música habían inundado su corazón de una pasión tan arrolladora que el

mundo terrenal le había parecido pequeño y temporal. Sin embargo, ¿qué otra cosa podría haber visto una niña de catorce años en la muerte sino un engañoso envoltorio de elevada belleza? Kai había imaginado una escena distinta durante la ceremonia, su último encuentro con Shan: el discurso de Kai solo sería el prelude de lo que Shan tuviera que decir, y las palabras de ambas abrirían los ojos del público y cambiarían el curso de los acontecimientos. Sin embargo, lo que quedaba de Shan tras la rendición de su espíritu y antes de la ejecución de su cuerpo —un sucio uniforme carcelario y unas cuerdas vocales cercenadas, una

boca medio abierta y unos ojos inexpresivos, un cuerpo ingrávido sujetado por la policía— había asqueado a Kai. El discurso preparado, con sus palabras vacías, había sido aniquilado con facilidad por las consignas que habían llenado el estadio.

Un joven con un brazalete de guardia de seguridad abrió las puertas dobles para dejar entrar a Kai cuando esta se aproximó a la sala de banquetes. El aire, cálido y cargado de olor a fritanga, alcohol fuerte y humo de tabaco, le abofeteó la cara. Las esposas del alcalde y de otro funcionario la saludaron y la felicitaron por su excelente trabajo en el acto

denunciatorio, y Kai se vio obligada a rechazar las alabanzas y a lamentar su incapacidad para cumplir con su tarea tan bien como hubiera deseado, pues la modestia era lo que se exigía en aquellas circunstancias. La conversación no tardó en derivar hacia otros temas. La esposa del alcalde, cuya nuera ya había salido de cuentas, le preguntó sobre la inyección que le habían administrado después del parto para detener la subida de la leche. Los padres de Han, como todos aquellos con quienes compartían estatus social, creían que la lactancia materna era un atraso en la crianza de un bebé. Kai, que ignoraba que así se había decidido, había aceptado la inyección

que después la hizo llorar sobre un Ming-Ming envuelto en mantas. Kai contestó que no: no encontraba nada contraproducente en el tratamiento.

—Las mujeres jóvenes de tu generación sois unas privilegiadas —dijo una mujer de mediana edad, uniéndose a la conversación—. En nuestra época ni siquiera se hablaba de la leche en polvo.

—Ni de la leche fresca de vaca —añadió la suegra de Kai—. De verdad, las pataletas de Han bastaron para decidirme a no tener más hijos.

Las mujeres se echaron a reír y una de ellas felicitó a Kai por la suerte de haberse casado con el único hijo de los

padres de Han antes de que se lo quitara otra mujer. Kai las escuchaba con una sonrisa ensayada, y asentía y contestaba cuando era necesario. Han le sonrió desde el otro extremo de la estancia antes de volverse para estirar el cuello y hacer una pequeña reverencia ante el alcalde, que hablaba y gesticulaba con un pequeño grupo de hombres. La mujer del alcalde insistía en el tema del parto y la madre de Han le propuso a Kai que hiciera una visita a la nuera del alcalde.

—No es que Kai sepa más sobre dar a luz que cualquiera de nosotras, pero como es de la edad de Susu, tendrán más cosas en común —dijo la madre de Han. Miró a Kai un segundo antes de volverse



hacia la mujer del alcalde—. Además, estas jóvenes seguramente tendrán ganas de librarse de los consejos de unas viejas, para variar.

Kai pensó que Gu Shan podría haber sido fácilmente la nuera de cualquiera de aquellas mujeres e hizo lo que pudo para no perder el hilo de la conversación. Tal vez la inocente resolución de unos extraños había contribuido tanto a que Kai se sintiera desubicada en la vida como a su propia decisión de formar parte de la familia de Han. Si los jueces hubieran dado el premio a Gu Shan en vez de a Kai en el concurso de canto y baile de segundo curso, Shan habría sido la niña enviada

a la escuela de teatro de la capital provincial. Todo habría sido diferente: Shan se habría convertido en la actriz principal, mientras Kai habría continuado siendo una chica normal y corriente de Río Turbio. En ese caso, ¿habría conocido antes a Jialin? ¿Incluso antes de que cayera enfermo? Kai sintió que todo le daba vueltas de solo pensarlo e intentó controlar la voz mientras charlaba con la esposa del alcalde sobre el plato —pollo a las tres tazas— que la madre de Han le había enseñado a preparar. La suegra de Kai le comentó a la esposa del alcalde que era el plato preferido de Han, y la joven apostilló que cuando lo preparaba ella

misma no tenía tanto éxito. El comentario se ganó las sonrisas de aprobación de las señoras mayores del corrillo.

Hacía muchos años que Kai no veía a Gu Shan. Habían sido compañeras de clase en primero, pero Kai había olvidado qué aspecto tenía Shan a esa edad; en cambio, recordaba a la perfección a sus padres: al maestro Gu, que había sido el profesor de ambas ese año, y a la señora Gu, a quien Kai solo había visto una vez en un festival del colegio, en el que la señora Gu había destacado por encima del resto de las madres. Kai recordaba que ya en primero envidiaba a Shan, no solo

porque su padre fuera el profesor, sino también por la belleza de su madre, que el día de dicho festival se había puesto una blusa de seda debajo de la sosa chaqueta mao gris. La tela de color rojo granada asomaba por los puños y el cuello. Un pasador de plástico, de un color similar, le adornaba el suave y oscuro cabello, cuya longitud excedía en unos centímetros el largo permitido para una mujer casada. Fue el porte de la señora Gu lo que Kai trató de imitar cuando, con catorce años, interpretó a una joven madre que había renunciado a su recién nacido para salvar al hijo de un alto cargo del Partido Comunista. Con la espalda bien recta, había

apretado el muñeco de plástico contra su pecho mientras arrojaban al río del escenario otro muñeco, envuelto en un trozo de tela de estampado azul. La balada que sonaba tras el ahogamiento fue la canción preferida de Kai durante su etapa de actriz, la canción de cuna que una madre cantaba a un hijo que jamás volvería a ver la luz del día.

La última vez que Kai y Shan se vieron fue en el otoño de 1966. Shan era la cabecilla de una facción local de los Guardias Rojos y, cuando Kai abandonó la capital provincial y regresó a Río Turbio con la compañía teatral de la Guardia Roja, ambos grupos se enfrentaron en un duelo de canto y baile

en la plaza del centro. Ahora, la pugna por convertirse en los adeptos más fieles a Mao y la animadversión que se desprendía de dicha rivalidad le parecían absurdas, pero Kai recordaba aquel otoño como el principio de su vida de adulta y a veces se le ocurría que Shan debía de compartir los mismos recuerdos que ella: el sol de septiembre cegándolas sobre el escenario improvisado, los peones de una cuadrilla de obras que golpeaban el suelo con sus palas al compás de la música, los ancianos y los niños pequeños que se congregaban con gran interés para verlos y aquel chico desgarrado, que no parecía mucho

mayor que Kai o Shan, apartado de la multitud, que esbozaba una sonrisa de soslayo, como si fuera el único al que no impresionaba la actuación de ambos grupos.

El chico, con un abuelo y dos tíos en el ejército nacionalista que habían luchado contra el comunismo en la guerra civil, había quedado marginado de todas las facciones de los Guardias Rojos de la ciudad. Dos años después, a Kai le llegó desde Río Turbio la noticia de que habían encarcelado a Shan, acusada de ser una criminal que trabajaba contra la Revolución Cultural. El joven desgarrado, que por entonces era su novio, había entregado al

gobierno las cartas de la chica a cambio de que le concedieran la oportunidad de entrar en el ejército. Kai se preguntó si, de haberse quedado en Río Turbio, se habría enamorado de aquella sonrisa falsa.

El alcalde pidió a los invitados que tomaran asiento en las dos mesas, donde les esperaban humeantes cuencos de sopa y fuentes llenas de comida. Se inició una pantomima de humildad y reverencias al tiempo que la gente se empujaba con delicadeza alrededor de la mesa, declinando los asientos más privilegiados, los próximos al alcalde y su mujer. Hasta que el acto fue interpretado en su totalidad, el alcalde



no anunció que se tomaría la libertad de asignar los asientos por el bien del estómago rugiente de todos. Los invitados se sentaron y se dispusieron a disfrutar del banquete.

Nini no volvió a casa después de ir al mercado por la tarde, sino que atravesó media ciudad renqueando, con la cesta medio llena de hojas de verduras mustias al hombro, hasta llegar a la orilla. El sol, un disco pálido y frío, había dejado atrás los nubarrones y había recorrido la mitad de su viaje hacia el oeste. No había coincidido con Bashi de vuelta del estadio, ni en el

mercado, donde recordaba haberlo visto a veces. Se preguntó si seguiría esperándola junto al sauce —Bashi parecía de los que la esperarían— y decidió ir a buscarlo. Sus hermanas ya se habrían despertado de la siesta cuando volviera a casa, pero había echado la llave de la puerta desde fuera y la única ventana estaba cerrada herméticamente. Ya podían llorar todo lo que quisieran: no le importaba mientras no tuviera que oírlas.

Nini se puso a pensar en su futuro mientras avanzaba por la orilla del río. Su madre se refería a todas sus hijas como sacos de deudas y a menudo decía que no veía el momento de casarlas.

Más les valía aprender a portarse bien para que sus suegras no tuvieran que darles una paliza hasta dejarlas medio muertas cuando se trasladaran a las casas de sus maridos. Les dejaba bien claro que si ofendían a la familia política, ya podían prepararse para el castigo y olvidarse de que sus padres acudieran en su auxilio. Sin embargo, aquellas advertencias nunca iban dirigidas a Nini. Todos daban por sentado que Nini, el peor saco de deudas de las seis, seguiría siendo una carga para sus padres. Nadie acudiría jamás con una propuesta de matrimonio para ella. La madre de Nini decía que era una lástima no tener un hijo, y una

nuera, para que se encargara de sus exequias cuando partieran al otro mundo; entonces Nini comprendía que a su madre le interesaba más tener una nuera que seis hijas. Sin un varón, Nini, la hija incasable, tendría que ocuparse de sus padres el resto de sus vidas.

Hasta esa misma mañana siempre había deseado ser hija de los Gu. Había llegado a adorar al maestro y a la señora Gu, a sus voces amables cuando la llamaban y a su tranquilo hogar, donde abundaba la comida caliente. El deseo se había convertido en un sueño, que a veces duraba horas o días, en el cual se imaginaba viviendo con los Gu. Habría malentendidos entre sus nuevos padres y

ella —un cuenco de porcelana hecho añicos al resbalársele de la mano mala, una billetera perdida que el maestro Gu no encontraba o una comida quemada que Nini había olvidado atender—, pero ellos jamás le hablarían con dureza ni la mirarían con recelo. Sabían que era inocente, sabían que siempre se esforzaba cuanto podía; sin embargo, a Nini la sola idea de defraudar al maestro o a la señora Gu conseguiría arrancarle algunas lágrimas. Nini se pellizcaría o se mordería las partes inútiles del cuerpo cuando no la mirasen, pero tarde o temprano ellos descubrirían las señales y los moratones y aquello les dolería más de lo que le

había dolido a ella. La señora Gu le suplicaría que no volviera a hacerlo. El maestro Gu suspiraría y se frotaría las manos con impotencia. Entonces Nini se abriría paso entre ellos y se pellizcaría y se mordería con más fuerza porque no merecía su amor. ¿No sabían que era tan fea que estaría mejor muerta?, les gritaría. Luego volvería a autolesionarse porque se merecía el castigo, por haber gritado a las dos personas a las que más quería.

Entonces llegaba el momento en que, con palabras amables pero firmes, la señora y el maestro Gu le prohibían volver a hacerse daño. Le decían que no era fea y la abrazaban cuando ella no se

resistía. Le decían que la querían y que para ellos era tan valiosa como un diamante. Ella no les creía, pero ellos se lo repetían una y otra vez hasta que ella cedía y se echaba a llorar. Nini había aprendido a alargar cada vez más las historias, hasta tal punto que se le hacía insoportable la espera de ese momento definitivo en que las dos personas que la apreciaban tanto como a sus propias vidas calmaban su soledad y su hambre. Cuando llegaba ese instante —podía ocurrir en cualquier parte a cualquier hora, de camino al mercado o a la estación, o cuando estaba dándole unas palmaditas al bebé para que se durmiera, o mientras preparaba la cena

—, Nini aguantaba la respiración hasta que estaba a punto de asfixiarse. Luego su corazón latía con más fuerza y sentía una placentera debilidad en las piernas a causa del aturdimiento.

A continuación, e invariablemente, un guardia con un brazalete rojo que le gritaba en la cara, un manotazo de su madre en el hombro o un insulto de una de sus hermanas la despertaban de su sueño; y entonces se daba a otras ensoñaciones y evocaba otras vidas en las que también era hija de los Gu. A veces sus padres habían muerto y ella estaba a punto de ser enviada a un orfanato junto a sus hermanas cuando el maestro y la señora Gu acudían a



rescatarlas. Otras veces, los padres de Nini la echaban de casa a patadas y los Gu, tras oír que alguien llamaba a la puerta, respondían y la arrancaban de la oscura y fría calle para hacerla entrar en su cálido hogar. Le decían que llevaban esperando aquel momento tanto tiempo como ella y le aseguraban que todo iba a salir bien. En otro de los sueños de Nini, su madre le pegaba hasta dejarla inconsciente y al despertarse se encontraba en los brazos de la señora Gu, cuyos ojos estaban anegados de lágrimas agradecidas porque Nini seguía viva.

¿Qué sentido tenía su vida, ahora que sabía que el maestro y la señora Gu

nunca serían los padres amantísimos con los que soñaba? En sus fantasías, ellos jamás le volvían la espalda.

—Vaya, vaya, ¿por qué estás tan triste? ¿Ya me echabas de menos?

Nini alzó la vista y vio a Bashi dándole vueltas en la mano a un gorro de piel de borrego como si fuera un mago y con la frente brillante por el sudor. Ella respiró hondo y miró a su alrededor. Se encontraba a medio camino del bosque de abedules y la nieve del río helado estaba sucia. Se pasó la lengua por el interior de la mejilla y saboreó la sangre, pues se había mordido con fuerza.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la

niña, sorbiéndose la nariz.

—Estoy esperándote, ¿recuerdas?  
Desde esta mañana. —Bashi hizo un gesto exagerado señalándose dos veces la muñeca, aunque no llevaba reloj—. Pero no has aparecido.

—Mi madre me envió al acto denunciatorio.

—¿Has visto a la mujer?

—No.

—Pues claro que no, porque no perteneces a ninguna unidad de producción —dijo Bashi. Se acercó a ella y le puso el gorro en la cabeza. Le iba demasiado grande. Bashi intentó colocárselo bien, pero seguía encajado hasta las cejas—. Pareces una niña

soldado de una película —comentó Bashi.

—¿Qué película?

—No sé. En todas las películas sale una niña soldado. *Las guerrillas*, *La historia de un corazón rojo*, *Los pioneros*. ¿Las has visto?

Nini negó con la cabeza. Bashi chascó con la lengua, sorprendido.

—Un día de estos te llevaré a ver una película.

Nini nunca había estado en un cine. De vez en cuando, sus padres iban a ver una película con sus unidades de producción, y también sus dos hermanas, con el colegio. En verano colocaban una pantalla blanca en un prado junto al río

Turbio y proyectaban una película cada semana, pero a Nini siempre la dejaban en casa con el bebé. Se quedaban en el patio todo lo que podían, escuchando la música apagada procedente del río hasta que aparecían los enjambres de mosquitos y empezaban a zumbear a su alrededor.

Bashi la miró atentamente.

—Vaya, ¿no quieres ir a ver una película conmigo?

—¿Me darías el carbón igualmente, aunque me llevaras al cine? —preguntó Nini.

—¿Carbón? Sí, cuando quieras —contestó Bashi, rodeándole los hombros con un brazo. Cogida por sorpresa, Nini

intentó zafarse con disimulo y el joven la soltó, riéndose a carcajadas—. Vamos a buscar un tronco donde sentarnos — propuso señalándole el camino. Nini intentó seguir el paso de Bashi y, cuando este se dio cuenta, acortó la zancada—. ¿Sabes a quién he visto hoy? — preguntó.

—No.

—¿Quieres saberlo?

Nini vaciló y respondió que sí.

—He visto a la contrarrevolucionaria.

La niña se detuvo.

—¿Dónde está?

—Ahora está muerta.

—¿La has visto viva?

—Ojalá. No, ya estaba muerta — contestó Bashi, y dobló con suavidad el brazo izquierdo de Nini detrás de su espalda—. Le habían atado los brazos así, para que el dedo medio apuntara al corazón. Y ¡pum! —exclamó Bashi apretando el dedo índice en la espalda de Nini.

La niña se estremeció. Retiró el brazo y escondió la mano mala en la manga.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Nini.

—¿Por qué?

—Quiero verla.

—Todo el mundo quiere verla, pero, créeme, no hay nada que ver. Está más

muerta que un leño. De hecho, pesa más que un leño. ¿Sabes por qué lo sé?

—No.

—Porque he ayudado a un hombre a sacar el cuerpo de la isla. Y pesa lo suyo, créeme.

—¿La tiene el hombre?

—Está cavándole una tumba.

—¿Dónde?

—Al otro lado del bosque. Es un señor trabajo cavar un hoyo ahora. No deberían ejecutar a nadie en esta época: en verano sería mucho más fácil para todos. Le he dicho al hombre que no malgastara el tiempo, que el viejo Hua y su mujer nunca cavarían un hoyo en invierno, pero me ha contestado que él



se encargaría del cuerpo y que me fuera a casa. Evidentemente no he querido quedarme a ver cómo se deslomaba el pobre hombre. Podríamos ir mañana por la mañana, quizá entonces ya habrá abierto un agujero del tamaño de un tazón.

—¿Podemos ir ahora?

—¿Por qué?

—Quiero verla.

—Pero si no hay nada que ver. Está metida en un par de sacos.

Nini miró en dirección al bosque. La estufa se habría apagado cuando llegara a casa y tardaría quince minutos en encender el fuego, con lo que se retrasaría la cena. Su madre le daría un

buen capón. Bashi podía cambiar de opinión y no darle carbón. Sin embargo, apartó la mano del joven y echó a andar hacia el bosque.

—Eh, ¿adónde vas?

—Quiero ver el cuerpo.

—No me dejes aquí. Voy contigo — dijo Bashi volviendo a colocar la mano en el hombro de Nini—. Verás, el tipo que está enterrándola no es un hombre muy agradable, pero es amigo mío. Pídele lo que quieras, que lo hará.

—¿Por qué? —preguntó Nini.

—Tonta, porque eres mi amiga, ¿no?

El viento arreció después de la

puesta de sol y en ese momento Bashi cayó en la cuenta de que Nini se había dejado el gorro puesto en la cabeza. Se rio entre dientes al recordar la carita seria de la niña, que apenas sonreía, pero sus ojos, incluso el malo, el que parecía caído, se abrían atentos cuando le hablaba. Ignoraba qué sabría Nini de las normas de comportamiento entre chicos y chicas, o hasta qué punto estaría enterada de la reputación del joven, pues la niña no había dicho nada cuando él le había puesto una mano en el hombro.

Antes de despedirse, Bashi le había pedido que volvieran a verse al día siguiente y ella ni había accedido ni se

había negado. El joven supuso que el viejo cabrón de Kwen debía de haber aterrorizado a la pobre. Recogió una piedra del suelo. Ya era la hora de cenar y la calle estaba desierta salvo por lo que quedaba de los carteles, barridos y arremolinados por el viento. Bashi miró a su alrededor y, en cuanto estuvo seguro de que no había nadie a la vista, apuntó con la piedra a la farola más próxima. Necesitó tres intentos para romper la bombilla.

Kwen no se había comportado precisamente como un amigo cuando Bashi y Nini lo encontraron. Les había llevado un buen rato dar con él y hasta que Bashi vio el rastro dejado por el

cuerpo sobre la hojarasca no comprendió que Kwen se había llevado el cadáver más lejos, a otra parte del bosque. El viejo estaba cargando y haciendo rodar una gran roca hacia el cuerpo, medio cubierto por piedras de distintos tamaños. Cuando se acercaron a él, Kwen les dijo que era poco realista por parte de los padres esperar que la enterrara bajo tierra con aquel tiempo.

—Mire que se lo había dicho — comentó Bashi.

—¿Por qué no estás calladito para variar? —contestó Kwen.

Aquella no era forma de hablarle a un amigo, sobre todo delante de su nueva compañía, pero Bashi intentó no

replicar.

—Si le preocupan los perros salvajes, podría cubrir el cuerpo con unas ramas pesadas. Es lo que hace el viejo Hua —dijo Bashi—. Así no tendría que mover todas esas piedras.

—Creía que eras un tipo listo que sabía cuándo no debía meterse en los asuntos de los demás.

—Solo era un consejo de amigo —replicó Bashi.

Kwen lo fulminó con la mirada.

—Agradecería que me dejarais solo.

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo —aseguró Bashi pasándose los dedos por los labios e imitando el sonido de una cremallera. Se

acercó a Kwen—. Pero a mi amiga le gustaría echarle un vistazo al cadáver.

—¿Por qué?

—¿Quién no querría verlo?

Kwen negó con la cabeza y dijo que no era posible.

—Vamos —insistió Bashi, dándole unas palmaditas en el hombro, como había visto hacer a otros hombres—. La chica solo quiere echarle una ojeada, no le hace daño a nadie. Yo apartaré las piedras y volveré a colocarlas, y usted puede quedarse aquí para supervisarnos. No tardaremos más de un minuto.

Kwen apartó la mano de Bashi con brusquedad y el joven le hizo un mohín a Nini, como queriendo darle a entender

que la rudeza era normal entre hombres. Bashi le preguntó al viejo en voz baja si no quería ayudar a un amigo a impresionar a su chica. Le susurró que solo era una niña a la que nadie prestaba atención, que por qué no iban a hacerla feliz por un día. Kwen negó con la cabeza y cuando Bashi volvió a la carga e insistió en que él mismo abriría el saco, el viejo le dirigió una mirada cortante.

—Será mejor que os vayáis antes de que se me acabe la paciencia.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Bashi—. Es el cuerpo de una contrarrevolucionaria, no el de su madre.



Kwen le dijo a Bashi que cerrara la boca y soltó un taco. El joven no daba crédito. Creía que Kwen lo apreciaba, no hacía ni una hora que el hombre le había estado contando historias. Nini los miraba con atención y Bashi se sintió dolido al ver los ojos impasibles de la niña clavados en su rostro, encendido y seguramente rojo como un tomate.

—Váyase a la mierda —le dijo Bashi a Kwen—. A la mierda sus hermanas, su madre, sus tías, sus abuelas y todas las antepasadas que estén bajo tierra.

Antes de que Bashi tuviera tiempo de reaccionar, Kwen le puso un largo cuchillo en el cuello y apretó la fría hoja

contra su piel. Con voz gélida, el hombre le dijo que se arrodillara.

Durante los siguientes cinco minutos, Bashi hizo todo lo que Kwen le ordenó. Se insultó de todas las maneras posibles, se abofeteó a sí mismo y le suplicó que lo perdonara. El viejo lo miraba, sonriente.

—Eres un inútil, Bashi, ¿lo sabías?

—Sí, por supuesto —contestó el joven.

Entonces Bashi se fijó en una mancha sospechosa en la entrepierna de Kwen, cerca de la bragueta, de un color gris claro que contrastaba con el tono oscuro de la pana del mono de trabajo. Bashi se acercó como si quisiera tocar

los pies de Kwen con la cabeza y volvió a mirarla de soslayo. Kwen podría darle cien explicaciones para aquella mancha, pero Bashi no se creería ni una.

Ya era de noche cuando Bashi y Nini regresaron a la ciudad. La niña parecía nerviosa y no le contestó cuando el joven le propuso volverse a ver al día siguiente. Nini le dijo que llegaba tarde y apretó el paso con todas sus fuerzas. Bashi supuso que sus padres se enfadarían con ella, pero decidió no preguntarle por el castigo que iban a imponerle. Ya tenía suficiente de lo que preocuparse y prefería no cargar además con los problemas de la niña.

Rompió otra bombilla a una manzana

de allí y envió los trozos a la cuneta de una patada.

—¡Violador de cadáveres!

El joven se preguntó qué más sería capaz de hacer un hombre así. La gente de la ciudad necesitaba alguien que velara por ellos. Decidió volver y descubrir por qué Kwen había protegido el cuerpo tan tercamente para que no se acercaran, pero antes tendría que averiguar el paradero del hombre. Piensa cómo lo haría un buen detective, se animó. Se encaminó en silencio a la casucha de Kwen y se acercó a la valla de cara al viento, para que el perro no lo oliera. Cuando estaba a unos veinte metros, lanzó una piedra hacia la casa.

El perro negro empezó a ladrar y se abalanzó sobre el enemigo invisible. Bashi corrió hacia un callejón lateral y oyó gritar a Kwen en la casucha. Al cabo de unos minutos, el hombre salió de la vivienda y se fue hacia la planta eléctrica para cubrir el turno de noche. El joven pensó que ya tenía el camino despejado. ¿Quién habría imaginado que él, Bashi, el hombre a quien todo el mundo tomaba por imbécil, sería el encargado de velar por la seguridad de la ciudad aquella negra noche? Se frotó las orejas enérgicamente y se arrepintió de no haberse acordado de recuperar el gorro.

A trompicones y en medio de la

oscuridad, a Bashi le costó bastante encontrar el lugar. Hizo una lista mental de los utensilios que tendría que comprar al día siguiente: una buena navaja; una linterna, alargada y fina, como las que llevaban los guardias de seguridad; una libreta y un bolígrafo del mismo color; unos guantes; una lupa y algunas otras cosas que suponía que necesitaba un detective. Era demasiado tarde para ir a buscarlas ahora, pero al menos la luz de la luna sobre la nieve y el reflejo de unas pálidas estrellas facilitaban mínimamente la búsqueda. Bashi rebuscó en el bolsillo y encontró media caja de cerillas. Encendió una para asegurarse de que estaba en el sitio

correcto y luego empezó a trabajar en la penumbra. Las piedras eran pesadas y tenía que descansar de vez en cuando. Debía admitir que el cabrón de Kwen era un hombre fuerte para su edad.

Bashi apartó las más grandes y luego intentó desatar las cuerdas de los sacos, pero sus dedos, demasiado cansados, no pudieron acabar la tarea. Se inclinó y las cortó con los dientes. Cuando consiguió apartar el saco de loneta, la mano tocó algo duro y frío, no el uniforme carcelario rasgado que había visto antes, sino el cuerpo helado de la mujer. Sobresaltado, se le escapó un grito, y luego se rio de sí mismo.

—Será mejor que a partir de ahora

te acostumbres a esto —se dijo en voz baja.

El cuerpo, completamente al descubierto, tenía un aspecto inquietante bajo aquella luz tan tenue. La vieja toalla de Kwen seguía alrededor de la cabeza de la mujer y Bashi pensó que lo mejor sería dejarla donde estaba.

—Lo siento, señorita, no es mi intención volver a molestarla —se disculpó—, solo estoy haciendo mi trabajo. También es por su bien.

Encendió otra cerilla y se agachó para examinar el cadáver, pero tardó un buen rato en comprender lo que estaba viendo. La mano empezó a temblarle con brusquedad y la cerilla cayó a la nieve,



donde siseó un segundo antes de apagarse. Bashi se sentó, jadeante; las piernas le flaqueaban demasiado para soportar la carga de lo que había descubierto. Al cabo de un rato, encendió otra cerilla y volvió a mirar. No se había equivocado: a la mujer le habían mutilado los pechos, y el tronco, con el tajo de la operación de trasplante y los cortes que Kwen le había hecho por todas partes; era un amasijo de carne expuesta de color rojo oscuro, gris y blanco. La misma carnicería se extendía hasta la entrepierna.

Bashi se quemó el dedo con la cerilla; la sacudió y la arrojó. Se medio agachó junto al cuerpo y le vinieron

arcadas. Había sido un día muy largo y ya no tenía nada que vomitar. Aun así, siguió tosiendo y sintiendo náuseas hasta que la cara se le llenó de lágrimas y empezó a resbalarle la bilis por la barbilla. Cuando por fin consiguió serenarse, cogió un poco de nieve para limpiarse la cara. Envolvió el cuerpo en los sacos de loneta e intentó volver a colocar las piedras encima, pero los brazos y las piernas le temblaban demasiado. Esparció ramas de árboles y hierba seca sobre el cadáver y cuando consideró que quedaba suficientemente disimulado, se sentó, jadeante, y se echó a llorar.

El camino de vuelta fue agotador. A

unas manzanas de su casa, Bashi vio al perro, Oreja, que pasaba corriendo por su lado. Lo llamó e intentó reunir sus últimas energías para patearlo. El perro soltó un gañido y se alejó de prisa tras dejar caer algo en la calzada.

Bashi lo recogió. Era una zapatilla de mujer, con la suela agujereada de tanto usarla. Bashi apuntó a un cubo de basura, pero erró el tiro.

—Este mundo está yéndose al carajo —dijo Bashi, sin dirigirse a nadie en concreto.

El viento aulló toda la noche; sacudió ventanas, arrancó tejas sueltas

de los tejados y las lanzó a los patios y los callejones vacíos. El perro negro de Kwen, atado a su poste, lloriqueaba y se estremecía a pesar de lo poco que le importaba su sufrimiento al mundo entero, y mucho menos a su amo, que dormitaba en el pequeño cubículo de portero con una botella vacía en el suelo, junto a sus pies.

En otro lugar, la señora Hua tomaba a sorbos el licor de arroz que su marido le había servido en una taza desconchada para mitigar el dolor palpitante de la palma de la mano y escuchaba el silbido del viento entre los árboles del bosque. El viejo Hua y su esposa habían estado ordenando botellas

y papel toda la tarde y la noche, y justo al final, ensimismada en sus ensoñaciones, la señora Hua se había hecho un tajo en la palma de la mano con una botella rota. No sangró demasiado; su ajado cuerpo poco tenía que ofrecer. Su marido le limpió la herida con agua salada y luego le sirvió una taza de licor de arroz. No solían probar el alcohol, pero siempre tenían una botella guardada, junto al yodo y los jirones de tela que lavaban y hervían. Era todo el botiquín que podían permitirse. En una ocasión que el viejo Hua había tenido que curarse la gangrena de la pierna él solo, se había bebido la mitad de un trago y luego

había derramado la otra mitad en el corte.

El anciano se sentó en una silla y le preguntó cómo tenía la mano. Salvo que fuera necesario, no encendían la lámpara de queroseno, por lo que ella le contestó a oscuras que no había de qué preocuparse. Él asintió con la cabeza y se quedó callado un rato, mientras ella entraba en calor gracias al fuerte licor.

—Esplendor Matinal —dijo la señora Hua, el nombre de su primera hija, y le preguntó si le apetecía hablar de ella.

Habían encontrado al bebé al alba, un verano, cuando el esplendor de la mañana —con sus rosas, azules, blancos

y violetas— reclamaba los bosques a las afueras del pueblo montaños que los Hua habían cruzado como mendigos. El rocío había empapado los harapos que envolvían a la criatura, que tenía fría al tacto la carita gris azulada. Al principio la señora Hua pensó que se trataba de otra de esas niñas que morían sin haber disfrutado ni de un día de vida, pero su marido se fijó en que la pequeña movía los labios, como si succionara.

El viejo Hua encendió la pipa e inhaló el humo. La punta de color ambarino parpadeó, la única luz de la habitación. El hombre, impulsado por la resignación más que por las ganas de llevarle la contraria, le preguntó qué

había que hablar. Esa misma tarde, mientras ordenaban, ella le había dicho al viejo Hua que ya era hora de que empezaran a contarse las historias de sus siete hijas, antes de que la edad borrara sus recuerdos. Los Hua no sabían ni leer ni escribir y la anciana se había sentido muy frustrada al intercambiar en sus sueños el rostro de una de las niñas por el de otra.

La mujer dijo que podían empezar con Esplendor Matinal, pero se quedó momentáneamente desconcertada. ¿Empezar por dónde? ¿Por cuando habían recogido el bulto del suelo o cuando su pobre madre la había sacado a hurtadillas del pueblo antes del alba?



La señora Hua y su marido habían buscado cualquier cosa que hubieran podido dejar los padres —un nombre, una fecha de nacimiento o un mensaje que quizá alguien les leería después—, pero los harapos que envolvían al bebé, hechos con jirones de sábanas viejas y camisetas muy gastadas, habían sido lo bastante elocuentes acerca de la razón de su abandono.

—Era la más guapa —comentó el viejo Hua, y su esposa pensó que el hombre era tan parcial como cualquier padre, pero no le dijo nada. Esplendor Matinal tenía diecisiete años cuando los Hua se vieron obligados a entregar a las niñas. A esa edad era lo bastante mayor

para contraer matrimonio; sin embargo, cuando encontraron a una familia dispuesta a acogerla como niña esposa para uno de los hijos mayores, obligaron a dicha familia a jurar que esperarían a que Esplendor Matinal cumpliera los dieciocho antes de permitir que el marido la tocara. La señora Hua se preguntó en voz alta hasta qué punto aquella familia habría cumplido sus promesas. También tenían hijas y, como padres de chicas, lo habrían comprendido.

El viejo Hua asintió con la cabeza. Podría haber dicho que a aquellas alturas ya no importaba, así que la mujer se alegró de que se limitara a fumar en

silencio y a escucharla.

—Le gustaba el vinagre —continuó la señora Hua.

El viejo Hua negó con la cabeza, como si no confiara en la memoria de su esposa, pero ella sabía que no se equivocaba. Un día, una de las pequeñas volcó la vinagrera y Esplendor Matinal se había echado a llorar. Tenía siete u ocho años, edad suficiente para no llorar por algo así; la señora Hua recordaba que luego la sorprendió masticando tallos de trébol por su jugo ácido y que pensó que eso era una de esas cosas que solo los padres biológicos podían entender. La señora Hua se preguntó si a Esplendor Matinal se le antojarían cosas

extrañas durante sus embarazos. La anciana no había podido engendrar hijos y siempre le interesaban las historias que oía sobre los antojos de las embarazadas.

—¿Cuántos años tiene Esplendor Matinal? —preguntó de pronto la señora Hua.

El viejo Hua meditó unos instantes y contestó que ahora debía de tener cuarenta y uno o cuarenta y dos años.

La señora Hua los contó, pero el alcohol le impedía concentrarse. De mediana edad y con una caterva de niños, pensó. Se preguntó qué tipo de madre sería Esplendor Matinal. Siempre se había mostrado muy cariñosa con los

gatos callejeros y los pájaros heridos, y la anciana recordó que su marido había dicho una vez que, de las siete, era la que tenía el corazón más grande, tanto como el de Buda. La señora Hua recordaba haber contestado entonces que tener un corazón de oro le complicaría la vida, aunque tal vez hacía tiempo que una casa llena de niños a quienes alimentar y de parientes a quienes complacer se lo habría endurecido.

Cayó la noche y la señora Hua sirvió una taza de licor para su marido y otra para ella. El anciano dijo que, si pudieran permitírselo, el alcohol sería el mejor remedio; sin embargo, de poco

había servido para cerrar las heridas abiertas por la pérdida de sus hijas, pensó la señora Hua. Sin darse cuenta, las lágrimas le bañaron el rostro. Al oír que se sorbía la nariz, el viejo Hua le preguntó si estaba bien, y ella contestó que eran los efectos del alcohol y el viento que aullaba fuera.

No eran las únicas almas inquietas. Una celadora de la cárcel, de baja los dos próximos días tras alegar que sufría un pequeño resfriado, se despertó de un sueño irregular y boqueó en busca de aire; su marido, medio dormido, le preguntó si estaba bien.

—Una pesadilla tonta —contestó ella, sabiendo muy bien que no debía

contarle que aquella mañana se había desmayado en el trabajo, cuando el director había ordenado que le cercenaran las cuerdas vocales a Gu Shan para que no pudiera gritar consignas contrarrevolucionarias en el último momento. La mujer fue uno de los cuatro guardias designados para sujetar a la presa durante el procedimiento, pero el asunto no había sido fácil, como habían prometido el director y el médico. La presa luchó con una fuerza que nadie imaginaba posible en un cuerpo tan enjuto, y la celadora, que siempre había desempeñado su trabajo con nervios de acero, cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra el duro

suelo antes de que el médico terminara la operación.

En otra casa, un viejo ordenanza de la comisaría era incapaz de dormir.

—Puedes creerme —le insistió a su mujer; ella le contestó que no quería que le recordaran otra vez lo del cubo de sangre que el hombre había tenido que retirar del *jeep* de la policía que había transportado a la presa—. Pero es que no era normal —volvió a la carga—, puedes creerme, fue espantoso tener que limpiar tanta sangre.

¿Qué le habrían hecho? ¿Por qué no habían podido esperar a llegar a la isla para acabar con ella? Le lanzaba una pregunta tras otra a su mujer, que ya no



lo escuchaba. Tras esperar unas respuestas que su esposa no iba a darle, el hombre pensó con tristeza que estaba haciéndose viejo. Había luchado en la guerra contra los japoneses cuando apenas era un niño y había visto muchos cadáveres, pero ahora no podía dormir por culpa de un cubo de sangre de una mujer que ya no vivía. El anciano pensó que la historia haría reír a sus viejos amigos del ejército en la próxima reunión, y entonces cayó en la cuenta de que era el único que todavía no había dado parte en el otro mundo.

De todos modos, la mujer tenía que morir, no dejaba de repetirse uno de los dos cirujanos que habían operado a Gu

Shan, así que al fin y al cabo no importaba que hubieran cambiado el protocolo porque el paciente no era partidario de recibir algo de un cadáver y había insistido en que le quitaran los riñones a la presa mientras todavía estaba viva. No era la operación más cuestionable que había realizado, pero sí la que lo convertiría en jefe del Departamento de Cirugía y concedería a su mujer el puesto de jefa de enfermeras de medicina interna, aunque ella todavía no sabía nada de su ascenso. La noticia le daría una gran alegría. También ayudaría a sus hijas gemelas, unas señoritas de catorce años y medio que estaban convirtiéndose en unas jóvenes

bellezas, a conseguir la recomendación del consistorio municipal para poder ir a un instituto de élite en la capital provincial. El hombre pensó en su esposa y en sus hijas; todas conciliaban el sueño sin problemas, de inmediato, libres del asedio de la muerte y la sangre. Era él quien llevaba la carga sobre los hombros, el hombre de la casa, y le resultaba difícil no pensar en el día que ya no pudiera protegerlas, sobre todo a sus hijas, de la atrocidad de un mundo del que ahora estaban enamoradas, como retoños que todavía eran. Y entonces, ¿qué?, se preguntó, sabedor de sus limitaciones como hombre atrapado entre el sentido

práctico y la conciencia. Al final tuvo que convencerse de que había escogido lo mejor para su familia. El sueño que tanto necesitaba lo arrolló como la marea y lo arrancó de la orilla.

En un hospital militar, a más de cien kilómetros de allí, el medicamento goteaba en la vena de un anciano. El hombre estaba rodeado de gente que se felicitaba por el éxito de la operación de trasplante. Y en Río Turbio, en un hospital ocupado por muchos más pacientes y menos médicos y enfermeras, esperaba sentada la señora Gu, adormilada con el goteo de la solución salina en el brazo de su marido. De vez en cuando se despertaba y

contemplaba el rostro de su esposo, consumido y repentinamente demasiado envejecido para reconocerlo.



# SEGUNDA PARTE

## SIETE



**L**a niñera esperaba junto a la puerta de la habitación del niño, observando pacientemente a Kai y a Ming-Ming con indiferencia. La despedida de la mañana nunca era fácil, pero, ante la mirada de la chica, Kai se sintió más incapaz que nunca. La niñera era joven, ni siquiera tenía dieciséis años; sin embargo, la expresión resignada de su rostro la hacía parecer mucho mayor, como si una anciana hubiera asumido su personalidad y

hubiese vivido antes de tiempo todo lo que iba a sucederle en la vida.

—Vamos, vamos —dijo al final la niñera, al ver que Kai no conseguía desprenderse de los deditos que le aferraban la mano. El niño chilló cuando lo apartaron de los brazos de Kai. La niñera le cogió la diminuta muñeca y la agitó con suavidad—. Ming-Ming va a ser un niño bueno. Dile adiós a mamá y deja que se vaya a trabajar. Si no trabaja, mamá no puede traer dinerito a casa, y sin dinerito no hay comida, y sin comida a Ming-Ming le sonarán las tripitas, y si a Ming-Ming le suenan las tripitas, mamá se pondrá muy triste y no querrá ir a trabajar.



La chica tenía la costumbre de hablar de aquella manera circular con voz monótona y pausada, como si contara una vieja fábula popular que ya carecía de suspense, pero Ming-Ming siempre se calmaba. Entonces a Kai la chica le parecía a la vez inocente y misteriosa, una niña y una mujer mayor que compartían un mismo espacio, un cuerpo enjuto, ajenas a su mutua existencia.

Han salió del baño abrochándose el último botón de la chaqueta mao.

—Sí, deja que mamá vaya a trabajar —dijo, y le hizo cosquillitas bajo la barbilla—, aunque tu *baba* gana dinero más que de sobras, trabaje o no trabaje

tu mamá. Qué suerte tienes, ¿eh?

Ming-Ming le dio la espalda y se abrazó al cuello de la niñera. Había eliminado a sus padres de su mundo antes de que lo abandonaran durante todo el día. El apego y la indiferencia del niño, ambos absolutos, eran un enigma para Kai, que ni siquiera recordaba haberse sentido unida a su madre, una mujer amargada para quien la vida había sido una decepción tras otra: la carencia de estatus social de su marido; sus tres hijos, apegados al padre pero que sentían por ella un afecto moderado; los ascensos concedidos a sus compañeros de trabajo, y la tediosa vida, año tras año, en una ciudad de

provincias. La madre de Han, una mujer astuta a quien se achacaba el éxito tanto de la carrera política de su marido como de la propia —había sido enfermera durante la guerra civil y había atendido a muchos oficiales de alto rango—, era solícita con las necesidades de Han, y tal vez había sido mejor madre que la de Kai; sin embargo, a la joven jamás se le había pasado por la cabeza emular a su suegra. Hasta el nacimiento de Ming-Ming, Kai siempre había contado con alguien a quien poder acudir en busca de consejo: los profesores de la escuela de teatro en cuanto a su instrucción, una actriz mayor de la compañía teatral, que le había hecho de mentora, y su padre.

Con relación a su reciente maternidad, no se sentía muy distinta a cualquier jovencita de un pueblo de pescadores. En una ocasión, su padre les había contado a sus hermanos y a ella la práctica que se llevaba a cabo en su ciudad natal, cerca del mar de la China Oriental, donde arrojaban a los niños al agua, sin previo aviso, cuando cumplían tres años. Se suponía que el instinto de supervivencia hacía que los niños se mantuvieran a flote, y a quienes había que rescatar se les prohibía acercarse a una barca y eran relegados a vivir el resto de sus días en tierra, humillados, reparando redes, recolectando algas y recogiendo el pescado secado al aire de

las cuerdas de tender, como las mujeres. *«La vida es una lucha continua de la que solo se descansa cuando la muerte viene a buscarte»*, recordaba Kai que decía su padre. Miró las diminutas extremidades de Ming-Ming. En otra vida, pronto se esperaba de él que librara su primera batalla.

Kai repitió a la niñera las instrucciones sobre la alimentación y las horas de sueño del niño. La chica se mostró paciente y Kai se preguntó si la joven tendría ganas de que se fueran a trabajar para poder cuidar de Ming-Ming mejor que ella. Cuando la contrataron, los padres de la chica habían comentado que, al ser la hija

mayor de la familia, había ayudado a criar a sus hermanos y que el más pequeño no era mucho mayor que Ming-Ming. Kai pensó que la joven se había convertido en madre antes de llegar a ser adulta, y los bracitos rechonchos de Ming-Ming, que rodeaban el cuello de la niñera con confianza y familiaridad, le recordaron lo fácil que era sustituir a una madre por otra persona amada en la vida de un niño pequeño.

Han insistió en acompañar a Kai al estudio dando un paseo. El acto denunciatorio del día anterior, organizado a la perfección, y sobre todo el trasplante realizado con éxito —a aquellas alturas no hacía falta que le

ocultara a Kai que un oficial de alto rango había recibido los riñones de Gu Shan y que todo el mérito se debía al propio Han—, hacían que estuviera más parlanchín de lo habitual.

—¿Por eso se aceleró el juicio? — preguntó Kai.

Han sonrió y dijo que no valía la pena preocuparse por detalles irrelevantes, que tenían cosas más importantes en las que pensar, y cuando ella le preguntó a qué se refería, mostrando mayor interés del que había pretendido, él sacó a relucir la posibilidad de tener un segundo hijo.

Kai protestó, alegando que Ming-Ming apenas era un bebé.

Han la miró fijamente y le dijo que no se pusiera nerviosa, que cuando naciera la hermana pequeña de Ming-Ming el niño sería lo bastante grande para hacer de hermano mayor. Incluso antes de que Ming-Ming naciera, Han deseaba tener una hija, aunque sabía que a sus padres les complacería mucho más que el primogénito fuera un niño.

Kai le recordó que podía acabar siendo otro varón.

—Pues tendremos más. No pararé hasta tener una hija tan guapa como su madre.

Kai se quedó en silencio unos instantes y luego dijo que ella no era una coneja. Han se echó a reír. Siempre



encontraba algo divertido en lo que decía Kai, que creía que el pobre sería un pésimo actor, incapaz de reconocer o interpretar las sutilezas del texto.

Había llegado el momento de pensar en un segundo hijo, y pronto en un tercero, insistió Han, esta vez más serio. Le explicó que Ming-Ming era para sus padres, ya que el primer nieto venía al mundo para satisfacer y entretener a los abuelos. También para la madre de ella, se apresuró a añadir cuando vio cómo lo miraba Kai, aunque su mujer no estaba molesta, sino pensando que Han había hecho diana sin quererlo: la madre de Kai adoraba a Ming-Ming con cierto apocamiento, como si tuviera menos

derecho a reclamarlo como nieto que los padres de Han.

Han comentó que el segundo hijo sería para Ming-Ming, ya que el niño necesitaba más un compañero de juegos que ellos otro hijo que les robara horas de sueño. Solo el tercero sería para ellos.

—No soy una persona egoísta, pero quiero algo para nosotros —dijo Han.

Kai siguió caminando, sin contestar. Siempre había estado convencida de que la decisión de casarse no distaba mucho de preparar una comida con platos distintos para cada uno de los comensales: el júbilo de sus padres al verse tomados en mayor consideración

por aquellos que antes los trataban con poco respeto, el futuro de sus otros dos hijos, un hermano a quien Han le había conseguido una matrícula en magisterio en la capital de la provincia y una hermana a quien le encantaba ser agasajada como pariente de alguien importante del consistorio. Todas las heroínas que Kai había interpretado sobre el escenario habían renunciado a sus vidas por la llamada de una causa superior; sin embargo, ella no había decidido casarse con Han persiguiendo un gran sueño, sino una vida cómoda.

Cuando llegaron al estudio, Han le aseguró que no tenía por qué sentirse presionada y le tendió la infusión que le

había llevado.

—A veces los hombres decimos tonterías cuando nos ponemos a soñar.

Kai sonrió y dijo que estaba cansada. No tenía derecho a impedir que un marido soñara con un futuro que compartir con su esposa. Se preguntó si los cimientos de todo matrimonio se fundamentaban en mentiras y si, para evitar la ruptura, la parte engañada debía mantener una confianza ciega o una completa disposición a volver la vista hacia otro lado ante la ingrata verdad. En su último año de vida, y durante una de sus escasas conversaciones íntimas con Kai, su padre había admitido que casarse con la

madre de la joven había sido la decisión más desafortunada que jamás había tomado y que solo había seguido casado por el bien de sus tres hijos. Kai no debía compartir con su madre aquella confesión, tal como padre e hija comprendieron sin necesidad de hacérselo prometer el uno al otro.

—Sé que quizá no soy el marido perfecto para ti —dijo Han—, pero también sé que no te resultaría fácil encontrar a alguien dispuesto a hacer tantas cosas por ti como yo, o con posibilidad de hacerlas.

—¿Por qué hablamos como una pareja de recién casados que necesita demostrarse su amor? —preguntó Kai

intentando adoptar un tono desenfadado —. ¿Acaso Ming-Ming no es prueba suficiente de lo que significamos el uno para el otro?

Han miró a Kai con una extraña sonrisa.

—¿Cuántos niños crees que harían falta para tranquilizarte?

Kai contestó que nunca había estado intranquila.

Han le dijo que no había sido la única chica. Kai nunca le había preguntado por las otras posibles candidatas y él apenas había indagado sobre el pasado de ella, aunque Kai sabía que Han disponía de los medios necesarios para investigarlo si lo

deseaba. El joven dijo que no era ningún misterio lo que querían las demás, y que sin duda él podía ofrecerles sin esfuerzo lo que buscaban.

—Pero tú eras diferente; lo supe en cuanto te vi. Eras más ambiciosa que las otras y pensé que tal vez ni siquiera yo sería capaz de ofrecerte lo que querías.

Kai nunca había oído hablar a Han con tanta franqueza, ni esperaba que le abriera el corazón de aquella manera; eso la preocupó. Estaba convencida de que no era más que un niño mimado y le había resultado agobiante tener que ocuparse de aquella criatura consentida, haciéndole de madre y de pareja. En esos momentos deseó que nada hubiera

cambiado. Miró la hora y dijo que tenía que prepararse. Han asintió con la cabeza y, con un tono más desenfadado, le pidió que olvidara aquella conversación. Debía de ser la fiebre primaveral, dijo, y le prometió que se habría recuperado cuando volvieran a verse para comer.

Bashi tardó unos segundos en comprender que hacía rato que ya no era de noche. El retazo de cielo que vislumbraba por la alta ventana de su dormitorio era azul y estaba despejado, y a través de la puerta medio entornada veía el comedor inundado por la



radiante luz del sol. Había desaprovechado el mejor momento para ver a Nini. Se preguntó si la chica lo habría buscado. La noche había sido muy agitada. Había estado dándole vueltas a las posibles maneras de descubrir el crimen de Kwen ante la ciudad, pero no había dado con ninguna que lo satisficiera. Además, tenía la sensación de que el espíritu de la mujer estaba encaramado a los pies de su cama y, si cerraba los ojos y se negaba a admitir su presencia, ella se le colaba por los párpados. Tras una hora de vueltas y más vueltas, se masturbó. El espíritu de la mujer retrocedió y se llevó con él el placer que el joven solía

encontrar en aquella actividad. Al final quedó agotado y, más dolorido que satisfecho, lo asaltaron varios sueños encadenados. En uno tenía lugar un doble enlace: Nini y él eran la primera pareja, y la contrarrevolucionaria y Kwen, la otra. Bashi pensó que era un sueño horrible, pero tal vez también una señal de que la justicia enviaría a Kwen al lado de su novia cadáver.

La abuela no respondió cuando Bashi le preguntó la hora. El joven apartó la cortina que los separaba y, al encontrarla tumbada en la cama, volvió a preguntarle qué sueños la habían retenido entre las sábanas. Se le ocurrió bromear un poco y preguntarle si el

abuelo había ido a visitarla, pero antes de que le salieran las palabras, se fijó en que a su abuela le pasaba algo raro: tenía las mejillas cenicientas.

Al cabo de cinco minutos, Bashi se convenció de que estaba muerta, aunque todavía parecía tibia. Se sentó en la cama, junto a ella, sin saber qué hacer. En vida la anciana había dado muchos menos problemas que cualquier otra mujer de su edad, pero había elegido el peor momento para morirse. Bashi empezaba una nueva vida, tenía que ganarse a Nini y medirse con Kwen, y necesitaba que su abuela viviera un poco más para cuidarlo. Durante la siguiente media hora, Bashi comprobó

varias veces si realmente no respiraba, pero cada vez estaba más fría.

La mujer llevaba un tiempo preparándose para el final. Unos años atrás había contratado a dos carpinteros y a un pintor para que le hicieran un ataúd, y había supervisado todo el proceso para asegurarse de que no se reparaba en gastos y que la caja era tal cual ella deseaba. También acumulaba montañas de mortajas llenas de bordados para el entierro: prendas de seda negra con exuberantes crisantemos dorados y rosados; calzado y gorritos de satén de la mejor calidad, de color marfil, adornados con decenas de símbolos *shou* —larga vida—

dispuestos en complejos estampados. Una caja con réplicas baratas de sus joyas la acompañaría a la otra vida. Las auténticas —de oro, plata, jade y esmeraldas— las había vendido para disponer de dinero en efectivo al ver que Bashi no conseguía encontrar empleo tras dejar el instituto.

—Lo he dispuesto todo para que no tengas que preocuparte de nada —le decía la mujer cuando repasaba el inventario para la otra vida, cosa que hacía una o dos veces al mes—. No seré una carga para ti.

Bashi solía responderle que cómo iba a resultar una carga para él si era la persona que más quería en el mundo. Sin

embargo, en vez de hacerla feliz, aquellas palabras la llevaban al borde de las lágrimas.

—Qué vida tan desgraciada te ha tocado vivir. ¡Mira que no conocer a tus padres! Gracias al cielo que se me ha concedido una larga vida para verte crecer —contestaba la abuela, y repetía historias sobre otros momentos de su vida.

Cuando la mujer decía aquellas cosas, Bashi siempre se echaba a reír. ¿Para qué necesitaba él a una anciana cuando podía cuidar de sí mismo sin ningún problema? Sin embargo, ahora deseaba que su abuela estuviera allí para socorrerlo. Ella había asegurado

que estaba preparada para partir, pero ¿qué debía hacer él para que partiera de verdad, para sacarla de la casa y enterrarla? Bashi se sentó junto a la cama y decidió buscar ayuda. No podía contar con los vecinos; a pesar de que trataban a su abuela con amabilidad, a él lo despreciaban, así que dejarla en sus manos solo le serviría para convertirse en el tema de conversación a la hora de comer. Nini seguramente desconocía todo lo que no fueran cestas de carbón y hortalizas podridas. Kwen parecía un hombre de mundo, por eso aquella familia había solicitado sus servicios para enterrar a su hija, pero con su sombrío secreto todavía fresco en la

memoria, Bashi no quería que aquel hombre se acercara a su abuela. Los únicos que quedaban eran el viejo Hua y su esposa. Se habían hecho cargo de bebés abandonados por sus padres como si fueran trapos viejos; seguro que le ayudarían a enterrar a una mujer anciana y respetable.

La calle era la misma que el día anterior, y la gente de camino a sus unidades de producción no se volvería hacia Bashi para presentarle sus respetos. El joven fue hacia el sur, en dirección al río, y desde allí siguió la orilla en dirección oeste. Cuando estuvo seguro de que nadie lo veía, se sentó en una roca y se echó a llorar.



—¿Qué haces llorando aquí a estas horas de la mañana? —preguntó alguien dándole una patadita en el pie.

Bashi se secó la cara con el dorso de la mano. Era Kwen, con un pesado abrigo de algodón sobre los hombros y una bolsa con el desayuno en la mano. Debía de regresar del turno de noche.

—Déjeme en paz —contestó el joven.

—Esa no es manera de contestar a un saludo cordial. ¿Te apetece un poco de cabeza de cerdo?

Bashi negó con la cabeza.

—Mi abuela ha muerto —dijo a pesar de haber decidido tener a Kwen como enemigo.

—¿Cuándo?

—Anoche. Esta mañana. No lo sé.  
Se ha muerto.

—Lo siento —respondió Kwen—.  
¿Cuántos años tenía?

—Ochenta y uno.

—Los suficientes para considerarlo  
una partida feliz —dijo Kwen—. ¿A qué  
vienen esas lágrimas? Alégrate por ella.

A Bashi se le enrojecieron los ojos.  
Eran las primeras palabras de  
condolencia que recibía y casi se sintió  
obligado a perdonarlo.

—No sé qué tipo de funeral le haría  
honor. Para mí ha sido mi padre, mi  
madre y mi abuela —dijo el joven.

La idea de quedarse huérfano le hizo

sentirse tan pequeño como el día que su madre lo dejó con su abuela, muchos años atrás. Se tapó la boca para toser, pero se le escapó un sollozo.

—Vamos, vamos, ya sabemos que estás triste, aunque si quieres hacerle un favor, es mejor que ahora no malgastes el tiempo en lágrimas.

—¿Qué puedo hacer? Nunca he tenido que encargarme de un muerto —replicó Bashi.

Kwen levantó la vista. El viento de la noche anterior había parado y la predicción meteorológica había anunciado un frente cálido. El sol, que asomaba por la montaña, prometía un bonito día de comienzos de primavera.

—La nieve tardará un par de semanas en derretirse —dijo Kwen—. Yo buscaría un sitio donde pudieran tenerla hasta que se funda del todo. Ve al hospital municipal y alquila una cámara.

—¿Por qué la familia de ayer no hizo lo mismo? —preguntó Bashi, aunque se arrepintió nada más cerrar la boca.

—En la morgue solo aceptan gente que haya fallecido por causas naturales.

—¿Qué es una muerte por causa natural?

—La de tu abuela.

La imagen del cuerpo de la mujer regresó a la mente de Bashi, que respiró hondo para tratar de controlar las

náuseas.

—Gracias por la información —dijo —, voy ahora mismo.

—Pues vas en dirección contraria —observó Kwen.

Bashi miró la carretera del oeste, la que conducía a la montaña donde el cuerpo de la mujer yacía destrozado debajo de un arbusto. Se preguntó si Kwen lo habría calado. Bashi dijo que primero quería darles la noticia a los Hua, viejos amigos de su abuela.

Kwen miró fijamente a Bashi y el joven sintió que se le ponían los pelos de punta bajo la atenta mirada del hombre.

—Bueno, pues me voy —anunció

Bashi alzando una mano, vacilante.

Kwen encendió un cigarrillo.

—Sabes que no me gusta que la gente no sepa comportarse a mis espaldas, ¿verdad?

—¿Qué iba a hacer yo? Tengo que ocuparme de mi abuela.

Kwen asintió con la cabeza.

—Por si acaso.

Bashi le prometió que se portaría bien y se marchó sin perder más tiempo. Tendría que haber colocado las piedras en su sitio la noche anterior. Un buen detective no habría dejado pistas de su investigación. Se preguntó si sería demasiado tarde para enmendar su error.

La casucha de los Hua estaba

cerrada con llave. Bashi cogió un trocito de carbón y escribió en la puerta con grandes caracteres: «*Mi abuela ha muerto. Bashi*». Miró lo que había escrito y borró la palabra *muerto* para sustituirla por *partido*. Decidió que no hacía falta afligir a dos ancianos con la crudeza de la realidad, aunque luego se le ocurrió que tal vez los Hua no supieran leer.

La visita a la morgue fue decepcionante, una señal más de que este mundo estaba yéndose al carajo. La mujer de recepción le lanzó un formulario sobre la mesa antes de que Bashi tuviera tiempo de explicarle nada. Cuando el joven iba a decir algo, ella le

señaló los papeles.

—Rellénelos antes de abrir la boca.

Bashi tardó un rato en averiguar cómo se cumplimentaba el impreso. Había olvidado en casa la tarjeta del censo; a la mujer no le gustaría, pero seguro que entendería la negligencia de un nieto desvalido. Ahora que su abuela había muerto, tal vez la gente empezaría a mirarlo con otros ojos. Quizá se lo perdonarían todo y lo querrían por ser huérfano. Mojó la pluma en el tintero.

—¿Sabe?, solo nos teníamos el uno al otro —le comentó a la mujer mientras escribía, lista enarcó una ceja y lo miró sin contestar. Tal vez no sabía con quién estaba hablando—. Mi abuelita ha



partido hoy —se explicó—. No tengo padres; nunca llegué a conocerlos.

—¿No le he dicho que no abriera la boca hasta que hubiera rellenado el formulario?

—Sí, solo intentaba ser amable —contestó Bashi—. No suele haber mucha gente por aquí con quien hablar, ¿no?

La mujer suspiró y se parapetó detrás de una revista. Bashi echó un vistazo a la portada: *Películas populares*, se llamaba. En la foto, una pareja joven se apoyaba contra un árbol y lo miraba albergando grandes ilusiones. Bashi les hizo una mueca antes de volver a concentrarse en el formulario, cuya última hoja era el

permiso de cremación. Tuvo que leerlo un par de veces para entenderlo.

—Camarada —dijo en voz baja y ronca, con la intención de ganarse una compasión que se merecía por completo.

—¿Listo?

—Tengo una pregunta. Mi abuela, que tenía ochenta y un años y me crió desde que era muy joven, se hizo construir un ataúd. No le gustaba la idea de que la quemaran —dijo Bashi—. No sé qué pensará usted, pero yo preferiría que no me quemaran, ni vivo ni muerto.

La mujer lo miró largo rato y luego le arrancó el formulario de las manos.

—Entonces, ¿por qué me hace perder el tiempo? —le espetó.

Rompió las hojas, hizo una pelota con ellas y la lanzó a la papelera de la entrada, aunque falló. Bashi se acercó a recogerla.

—No lo entiendo, camarada — contestó el joven intentando aparentar humildad—. Me pidió que rellenara el formulario y que luego abriera la boca. Yo solo he hecho lo que me pedía.

La experiencia le decía que la mayoría de las mujeres tenían muy mal humor en el trabajo: como en casa no les quedaba más remedio que servir a sus maridos gruñones, en el trabajo querían demostrar que eran ellas quienes tenían la sartén por el mango. Bashi decidió seguirle la corriente a pesar de su

aspecto: ya no era joven y las oscuras ojeras le daban aspecto de oso panda.

La recepcionista le señaló un póster que había en la pared.

—Léalo —dijo, y se concentró en la revista.

—Claro, camarada, lo que usted diga —contestó Bashi.

Leyó el póster: el consistorio municipal, conforme a la nueva política provincial de abandonar la vieja y anticuada costumbre del entierro, el cual ocupaba demasiada tierra, que, de otro modo, podía usarse para cultivar alimentos para la población en constante crecimiento, había decidido convertir la cremación en la única forma de sepelio

admitida por ley. Entraría en vigor al cabo de dos meses y medio.

—Parece que todavía tenemos tiempo hasta que la ley se haga efectiva —le dijo Bashi a la mujer—. Hay tiempo suficiente para enterrar a una ancianita, ¿no?

—Usted verá —contestó la mujer desde detrás de la revista—, no es asunto nuestro.

—Pero ¿puedo alquilar una cámara de su congelador hasta que el suelo se deshiele?

—Solo aceptamos cuerpos para la cremación.

—Pero las normas dicen...

—Olvide las normas. No hay sitio

para todos y nuestra política es la de aceptar únicamente cuerpos para la cremación —lo interrumpió la mujer, que salió de detrás del mostrador y entró en una oficina.

Bashi abandonó la morgue algo más animado: su abuela, una mujer sabia, había escogido el momento oportuno para morir; dos meses después la habrían enviado a un horno. Como ella siempre decía, el cielo castigaba la codicia. La muerte de su abuela ya no era una tragedia y se había convertido en algo que valía la pena celebrar. Bashi se recordó que siempre había que mirar el lado positivo de las cosas. Acababa de recuperar su vitalidad habitual y sentía

en la cara los cálidos rayos del sol de una alegre mañana de primavera.

—Bashi —lo llamó alguien en voz baja desde un callejón.

El joven se volvió y vio a Nini, con la cabeza descubierta y el gorro en la mano buena, de pie entre las sombras de la pared del callejón. No parecía tan fea como la recordaba.

—¡Nini! —exclamó Bashi, feliz de ver un rostro amigo—. ¿Qué haces aquí?

—He estado buscándote. No te he visto esta mañana —contestó—, Ayer dijiste que me darías carbón si hablaba contigo.

Bashi se dio un golpe en la cabeza más fuerte de lo que quería e hizo una

mueca de dolor.

—Claro, lo siento —se disculpó, acercándose—. Se me ha olvidado porque esta mañana tenía que encargarme de algo importante. ¿Quieres saber de qué se trata?

Nini lo miró expectante y Bashi se fijó por primera vez en sus bonitas y espesas pestañas y en el iris, de color castaño oscuro. Le sopló en los ojos y ella pestañeó. Bashi se echó a reír y a continuación se frotó los suyos con fuerza para parecer triste.

—Mi abuela murió anoche —dijo. Nini ahogó un grito—. Sí, mi abuela, la que me ha criado sola, la que me quería más que a nadie.



—¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé. Murió mientras dormía.

—Entonces, ¿por qué estás triste? —

preguntó—. Deberías alegrarte. La gente dice que si una mujer muere mientras duerme significa que ha recibido una recompensa por sus buenas acciones.

—¿Pero si estoy contento! —replicó Bashi—. El caso es que nadie quiere ayudarme con el entierro.

—¿Dónde está? —preguntó Nini—. ¿La has lavado y la has cambiado? No querrás que parta sucia y con ropa vieja.

—¿Cómo voy a saber esas cosas? —se lamentó Bashi—. Nadie se había muerto hasta ahora. Tú sabes mucho. ¿Por qué no vienes a ayudarme?

Nini vaciló.

—Tengo que ir al mercado.

—Tenemos verduras suficientes para a ti y tus encantadoras hermanas. Y también carbón. Puedes llevarte todo el que quieras, solo tienes que venir a ayudar a una buena anciana —dijo Bashi—. Vamos, no hagas esperar a un amigo.

Nini iba contando las farolas unos pasos por detrás de Bashi. Había sido idea de él que no caminaran juntos, para que la gente no sospechara nada. Doblaron hacia el norte al llegar al mercado y subieron la carretera de la montaña hasta la mitad. Las manzanas

seguían el mismo modelo que en el valle, pero la casa de Bashi era excepcionalmente grande. El joven echó un vistazo al callejón, que estaba vacío, antes de abrir la cancela y hacerle una señal a Nini para que entrara. La joven miró la mansión que tenía delante, impresionada. El patio era el doble de grande de lo habitual, tenía un cobertizo de madera del tamaño del salón de la casa de sus padres y un alto muro de ladrillo que lo separaba de los patios vecinos. Bashi le contó que su padre había sido un héroe de guerra, por eso les habían concedido más espacio para construir; sin embargo, añadió, la cuadrilla de albañiles no se había

esmerado demasiado y habían levantado una casa de dos habitaciones, como todas las demás, aunque el doble de grande.

—Debes de necesitar muchísimo carbón para calentar la casa —observó Nini cuando entró en el salón.

En la estancia principal, una estantería alta hacía de pared divisoria entre la cocina —con un fregadero y un grifo, fogones para cocinar y varios armarios con flores pintadas— y una salita, que contaba con su propia estufa. La pared de la salita estaba cubierta de pósters que mostraban escenas de héroes y heroínas de películas y óperas revolucionarias. Nini tocó la mesa que

había en medio, de aspecto sólido y con grabados antiguos en los cuatro lados. Unos suaves y llamativos cojines descansaban en dos sillones, de color rojo oscuro y con un intrincado dibujo tallado en el respaldo.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Nini.

—¿Quién sabe? Volvió a casarse y me dejó aquí.

Qué mujer tan tonta, pensó Nini. A ella nadie habría podido obligarla a renunciar a aquel lujo. Antes de poder expresar su opinión en voz alta, oyó un correteo familiar.

—Ratones —dijo, y se agachó para buscar el origen del ruido.

La casa de Nini estaba infestada de ratones y su constante mordisquear la tenía toda la noche en vela. Roían la ropa vieja y, a veces, las hojas de cartón que su familia utilizaba para hacer cajas de cerillas. Salvo al bebé, sus padres habían enseñado a todas las niñas a darles caza y a matarlos retorciéndoles el pescuezo.

—No te preocupes, tengo mi medicina —dijo Bashi. El joven se dirigió a la cocina y un minuto después volvió con una caja envuelta en un trozo de satén rojo. Dentro había unas cuantas raíces secas, arrugadas y de color tierra —. Raíz de ginseng —añadió Bashi, y le tendió la caja a Nini.

La joven tocó el satén rojo con un dedo. No sabía cuánto costaban las raíces de ginseng, pero solo la caja ya parecía más cara y de mejor calidad que todo lo que su familia tenía en casa.

—Mi abuelo recogía ginseng, a mi abuela le encantaba. La mejor medicina del mundo —prosiguió Bashi—. Aunque no es el elixir de la vida eterna, claro.

—¿Dónde está tu abuela?

El joven le hizo un gesto en dirección al dormitorio.

—Enseguida vamos, pero primero ocupémonos de los ratones. —Bashi partió una de las pequeñas protuberancias de la raíz y se la puso a Nini en la boca—. ¿Quieres probarlo?

Es dulce como la miel.

Nini abrió la boca, pero Bashi apartó la raíz de ginseng antes de que ella la mordiera.

—¡Ja, ja!, estaba tomándote el pelo, tontita. Solo la gente mayor de setenta años come ginseng. Es demasiado picante. Te sangraría la nariz, y la piel y los músculos se te quemarían y se pudrirían.

Nini cerró la boca con fuerza, un poco molesta. No sabía por qué había accedido a ayudar a Bashi. Se planteó dejarlo con la abuela y dedicarse a sus cosas, buscar unas cuantas hojas de col que nadie quisiera y luego volver a casa para ver cómo sus hermanas pequeñas



jugaban con el bebé, contarles historias horribles si hacían llorar a Sextita y amenazarlas con darles raíz de ginseng si se atrevían a protestar. Sin embargo, a Nini le costó mover las piernas. Bashi le había prometido muchas cosas: carbón para casa y también verduras. Amistad y algo más que Nini no sabía cómo definir.

Bashi encontró un tarro de miel y mojó el ginseng en él. Cuando lo sacó, tenía un aspecto húmedo y delicioso. Nini solo había comido miel una vez en su vida, en casa del maestro Gu. Le sonaron las tripas.

—Toma. —Bashi le puso una cuchara y el tarro en las manos—.

Cómetela toda si quieres, la miel no me dice nada.

Bashi escurrió la miel que chorreaba del trozo de ginseng. Nini se llevó una cucharada a la boca. Al fin y al cabo el joven era una buena persona, generoso y amable, aunque sus bromas a veces la desconcertaban.

—¿Qué haces? —farfulló Nini intentando despegar los labios, pegajosos y dulzones.

—Un matarratas que he inventado —contestó Bashi—. A los ratones les chifla la miel como a ti, ¿a que sí? Devoran la raíz de ginseng sin pensárselo dos veces y luego el estómago les quema tanto que se

retuercen hasta morir, arrepentidos de haberse llevado ese dulce bocado de comida robada.

Nini se estremeció y miró el tarro que tenía en las manos.

—¿Has puesto veneno en la miel?

—¿Para qué? —dijo Bashi—.

¿Crees que te envenenaría? Qué cosas se te ocurren. No eres un ratón, eres mi amiga.

Nini miró la cara sonriente de Bashi y se sintió un poco incómoda.

—¿Tienes muchos amigos? —preguntó.

—Claro —contestó Bashi—, la mitad de la gente de Río Turbio es amiga mía.

—Y ¿también amigas?

—Sí, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Perros, gatos, pollos, patos...

Nini no sabía si Bashi volvía a tomarle el pelo. Sin embargo, si tenía otras amigas, ¿las llevaba a casa alguna vez? Le hizo sospechar su comportamiento de camino a casa, procurando que la gente no los viera juntos.

—¿Sueles traer chicas a casa? — preguntó Nini. Bashi agitó una mano ante la niña y se puso serio—. ¿Te pasa algo?

Bashi le hizo un gesto con un dedo.

—No hagas ruido —susurró el joven—. Déjame pensar.

Nini se lo quedó mirando. Con los

labios y el entrecejo fruncidos, parecía un niño pequeño jugando a ser adulto. Era una persona extraña. Nini nunca sabía qué haría el joven a continuación. Había oído a los vecinos decirles a sus hijas que no hablaran con extraños; sus propios padres también se lo habían dicho a sus hermanas, pero jamás se lo habían aconsejado a ella, ya que nadie parecía creer que Nini pudiera correr peligro. La niña volvió a mirarlo con detenimiento. Si a él se le ocurría hacer algo malo, ella tenía un buen par de pulmones para alertar a los vecinos. Tal vez se preocupaba sin motivo. Bashi no era un extraño, sino un nuevo amigo, y decidió que le gustaba, aunque de

manera distinta a como le gustaban el maestro y la señora Gu. Ellos hacían que ella quisiera ser mejor, más guapa y más digna de cariño, pero ¿ahora qué más daba todo aquello? La odiaban y no volverían a dejarla entrar en su casa. Bashi le hacía olvidar que era un monstruo. O quizá no lo fuera.

—Sí. —Bashi dio una palmada al cabo de un momento y sonrió—. Ya tengo un plan.

—¿Cuál?

Bashi le hizo un gesto para que lo siguiera hasta el dormitorio. La cortina que separaba las camas estaba echada. El joven la sentó en su cama, que estaba deshecha.

—¿Podrías guardarme un secreto?

—le preguntó Bashi. La niña asintió—.

No puedes decírselo a nadie —insistió

—, ¿podrás hacerlo?

—Eres mi único amigo —contestó

Nini.

Bashi sonrió, retiró la cortina y Nini

vio a la anciana con los ojos cerrados,

como si estuviera dormida, y la manta

estirada hasta el cuello y remetida por

debajo de la barbilla. Llevaba el fino

cabello gris recogido en un moño, al

estilo de las mujeres mayores, aunque

algunas hebras escapaban de la

redecilla. Nini pensó que aquella

anciana le habría gustado, aunque tal vez

la muerte hacía que la gente pareciera

amable, ya que las mujeres mayores que veía en el mercado jamás se portaban bien con ella.

Bashi puso un dedo debajo de la nariz de su abuela un momento.

—Sí, no podría estar más muerta —dictaminó—. Ahora ya puedes prometerlo delante de ella.

—¿Por qué?

—Porque nadie se la juega con los muertos —contestó Bashi—, Di: «*Juro que nunca le contaré a nadie el secreto de Bashi. Si lo hago, el espíritu de su abuela me atormentará hasta la muerte*».

Nini se detuvo a pensarlo unos instantes. No tenía nada que perder, ya



que sus padres solían recordarle que, con todos los dolores de cabeza y los problemas que había llevado a la familia, no tendría una muerte placentera. Por lo que Nini había vivido hasta el momento, tampoco había nada agradable en su vida, así que ¿por qué temer una muerte horrenda? Repitió las palabras y Bashi pareció satisfecho.

—Voy a matar al perro de Kwen — le confesó el joven sentándose junto a ella.

—¿Porque él te pegó ayer? — preguntó la niña.

Menuda decepción. La muerte de un perro no le parecía suficiente motivo para tener que hacer una promesa

solemne delante del cadáver de una abuela.

—Todavía hay más. Ese hombre es el diablo en persona y voy a hacer que la ciudad lo sepa. Luego te contaré muchas más cosas, pero por ahora basta con saber que mataré a ese perro negro suyo antes de seguir con el resto del plan. —Nini asintió con la cabeza. No sabía si quería conocer el resto del plan. La anciana, a menos de metro y medio de ellos, había acaparado su atención—. El asunto es el siguiente: los perros no son como las ancianas; a ellos no suele gustarles el ginseng, ¿verdad? ¿Qué es como el ginseng de las abuelitas para un perro? —Nini miró a Bashi, confusa—.

Piensa, niña. Una salchicha, o el jamón, ¿no? A los perros les gusta la carne, igual que a ti y a mí, pero nosotros somos más listos que ellos —continuó Bashi—. Esto es lo que voy a hacer: le daré una salchicha al perro todos los días, hasta que mueva la cola cuando me vea, y luego, *¡pam!*, una salchicha empapada en pesticida. El pobre perro jamás imaginará que ha acabado con él el único amigo que tenía en el mundo. ¿Qué te parece?

Nini se removió, inquieta. Le daba la impresión de que Bashi podía pasarse toda la mañana allí, charlando con ella, o consigo mismo, pero si ella no regresaba a tiempo para hacer la comida

antes de que sus padres volvieran a casa al mediodía, como le había sucedido la noche anterior con la cena, le lloverían bastonazos en la espalda una vez más.

Bashi la miró.

—¿No te gusta el plan?

—No está bien pensar en otras cosas antes de ocuparte de tu abuela — contestó Nini—. No tengo todo el día para pasármelo aquí sentada, hablando contigo.

—Los asuntos de los vivos tienen prioridad sobre los de los muertos — dijo Bashi—. Pero tienes razón, necesito que me ayudes a meterla en el ataúd antes de irte.

—¿No prefieres contratar a

profesionales?

—Tendría que incinerarla para poder contratarlos —respondió Bashi—. No pasa nada. Podemos encargarnos nosotros. —Apartó un arcón de uno de los rincones del dormitorio—. Creo que lo tenía todo guardado y preparado aquí. Saca lo que necesites y vístela bien. Voy a buscar el ataúd.

Bashi se dirigió al cobertizo del patio antes de que Nini pudiera responder. La niña abrió el arcón. Dentro había prendas de seda y satén dispuestas en montones: abrigos, chaquetas, camisas, pantalones, zapatos y gorros. Tocó el primero con la mano buena y la palma agrietada se engancho

en la tela. Qué desperdicio enterrar ropa tan buena con una mujer muerta, pensó Nini. Se restregó la mano por los pantalones antes de volver a tocar las prendas. Fue sacándolas del arcón una por una y las apiló ordenadamente junto a la anciana, encima de la cama. Cuando llegó al fondo del arcón vio varios sobres, cada uno con un número escrito. Abrió el primero y descubrió un montón de billetes, casi todos de cinco o diez yuanes; Nini nunca había visto tanto dinero junto. Se mordió los labios y miró a su alrededor. En cuanto se aseguró de que Bashi no la veía, devolvió el dinero al sobre, lo dobló por la mitad y se lo metió en el bolsillo.

—El ataúd pesa demasiado —dijo el joven al entrar poco después—. Es como si los carpinteros lo hubieran llenado de plomo. Bueno, dejemos eso de momento.

A Nini le tembló la voz cuando le señaló los sobres. El joven miró el contenido y lanzó un silbido.

—Creía que lo metía todo en la cuenta del banco —comentó.

Sacó dos billetes de diez yuanes y se los ofreció a Nini, que negó con la cabeza y dijo que no quería el dinero.

—¿Por qué no? Los amigos están para ayudarse, ¿por qué no íbamos a compartir la buena suerte?

Nini           acabó           aceptándolos,

preguntándose si el espíritu de la anciana rondaría por allí supervisando los preparativos de su paso a la otra vida, como decía la gente mayor, y si era así, si estaría enfadada por el sobre que Nini llevaba en el bolsillo. Pero ¿por qué inquietarse por un espíritu? Su vida no podía empeorar después de que el maestro y la señora Gu le hubieran vuelto la espalda. Retiró la manta y le quitó el pijama a la anciana. Olía raro; no se trataba de un olor acre, sino empalagosamente dulzón, y sintió náuseas. La piel de la anciana era áspera y fría. De modo que así sería cuando murieran sus padres; la idea le infundió algo de valor. Al fin y al cabo, le tocaría



a Nini encargarse de ellos cuando se hicieran viejos y, después, cuando hubiera que prepararlos para el entierro. Se preguntó quién se encargaría de los Gu. La acongojaba más imaginárselos a ellos muertos y desnudos en la cama que a sus propios padres. Deseó que las cosas fueran de otra manera para el maestro y la señora Gu —tal vez el viento se los llevaría lejos, como si fueran humo, antes de que la mano de alguien tocara su piel—, aunque ¿por qué perdonarlos con tanta facilidad cuando ellos la habían echado sin vacilaciones?

Bashi perdía el tiempo al otro lado de la cortina, sin prestarse a ayudar a

Nini. A la joven le resultó extraño, hasta que se le ocurrió que tal vez no estaba bien que un chico viera el cuerpo desnudo de su abuela. Al fin y al cabo, y a pesar de sus rarezas, Bashi era una persona buena y honrada.

Cuando llegó el momento de limpiar el cuerpo, Bashi sugirió utilizar agua fría del grifo, para ahorrarse molestias innecesarias, pero Nini no estuvo de acuerdo. El sobre doblado amenazaba con saltar del bolsillo y quedar a la vista de Bashi y del mundo. Nini se arrepintió de no haber buscado un escondite mejor, como el zapato, donde podría pisarlo con firmeza, y por puro sentimiento de culpabilidad insistió en

encender el fuego para bañar a la anciana con agua templada. Bashi la siguió hasta la cocina, se apoyó contra un armario y la observó mientras ella avivaba las llamas.

—¡Qué nieta política tan magnífica que serías! —comentó admirado.

Nini se sonrojó y fingió no haberlo oído. Bashi colocó una silla junto a los fogones y se sentó a horcajadas, abrazando el respaldo.

—¿Tus padres ya te han encontrado un buen partido? —preguntó Bashi.

Qué pregunta tan rara, pensó Nini negando con la cabeza.

—¿Has oído alguna vez el dicho de que el pájaro de alas más débiles es el

primero que tiene que echar a volar?

—No.

—Deberías pensar en ello. No te conviene esperar demasiado antes de buscar marido.

Se quedó callada, preguntándose si Bashi tendría razón. Sus padres no tenían intención de casarla; ¿quién iba a encargarse de ellos, si no, cuando les llegara la hora? Si hubiera sido hija del maestro y la señora Gu, ¿se habrían empezado a preocupar ya por casarla para que cuando ellos abandonaran este mundo ella no se quedara sola?

—Si quieres, estaré atento por si surgen posibles candidatos —se ofreció Bashi.

Nini miró el luego sin responder; el agua arrancó a hervir. Cuando Bashi volvió a la carga ella contestó:

—No hagamos esperar demasiado a tu abuela.

El joven se echó a reír.

—Ahora ya le da lo mismo — replicó.

Bashi la ayudó a llevar el hervidor al dormitorio y luego se sentó en su cama, al otro lado de la cortina. Nini limpió a la anciana con suavidad, intentando no fijarse en la piel seca y arrugada, en los pechos angustiosamente caídos y flácidos, en las articulaciones nudosas. De no ser por el sobre robado que llevaba en el bolsillo, habría

acabado la tarea en un par de minutos. Cuando por fin terminó, intentó vestir el cuerpo con las prendas de seda, pero la anciana, rígida por completo, no cooperaba. Al sacar uno de los brazos de la mujer por la manga, Nini sintió que algo se quebraba y pensó que debía de habérselo roto, pero a esas alturas ya le daba igual. Tardó bastante en abrocharle los botones de nudo de la túnica con su única mano buena.

—Ya puedes venir a verla —le dijo a Bashi cuando terminó de ponerle la cofia y los zapatos de seda.

Se quedaron uno junto al otro. La anciana parecía serena y satisfecha, ataviada para el otro mundo con el más

delicado de los atuendos. Al cabo de un rato, Bashi pasó un brazo por encima de los hombros de Nini y la acercó a él.

—Eres una buena chica —dijo.

—Tengo que irme a casa —contestó ella.

—Vamos a ver qué puedes llevarte del cobertizo.

—Es más que suficiente —aseguró Nini cuando Bashi puso varias coles en su cesta—. Si no, mis padres harán preguntas.

—Te acompañaré a casa.

Nini contestó que prefería que no lo hiciera.

—Claro, lo que tú quieras —dijo Bashi—, pero ¿cuándo volveremos a

vernos? ¿Puedes venir esta tarde?

Nini vaciló. Le encantaría volver a aquella casa, con comida, carbón y un amigo, pero era imposible. Al final, Bashi dio con la solución: Nini pasaría una hora en casa del joven todas las mañanas y después se llevaría carbón de la carbonera. Luego, más tarde, volvería a verlo al menos una vez, con la excusa de ir al mercado.

Nini estaba triste cuando se despidieron. De camino a casa se metió en un callejón y sacó el sobre del bolsillo. Sus padres lo descubrirían tarde o temprano, y se preguntó si llamarían a la policía para que la detuvieran por ladrona o si se limitarían



a confiscarle el dinero. No le gustaba ninguna de las dos opciones, así que cambió de rumbo y se dirigió a casa de los Gu. Al llegar a la cancela sintió el deseo irreprimible de que abrieran la puerta de par en par y la recibieran con los brazos abiertos.

Un hombre pasó junto a ella y luego se volvió.

—¿Estás buscando al maestro y a la señora Gu?

La niña asintió con la cabeza y una pequeña esperanza prendió en su interior: tal vez sabían que ella volvería y le habían pedido a un vecino que estuviera al tanto para avisarla.

—El maestro Gu se ha puesto

enfermo y su esposa está cuidándolo en el hospital. Estarán fuera un tiempo.

Nini iba a pedirle más detalles, pero el hombre siguió su camino sin darle tiempo a abrir la boca. La joven esperó a que el hombre desapareciera de su vista para deslizar el sobre por debajo de la cancela. Jamás sabrían de dónde había salido aquel dinero, pero tal vez cambiarían de opinión cuando comprendieran que el mundo los trataba bien mientras que ellos se habían portado mal con Nini. Quizá fueran a buscarla cuando el maestro Gu dejara el hospital.

Tong salió de casa después de comer. Sus padres dormían la siesta y Oreja callejeaba por la ciudad. El padre no apreciaba demasiado al perro y creía que su hijo perdía el tiempo jugando con él. Tong se alegraba de que Oreja encontrara sitios por donde deambular hasta la puesta del sol, cuando la oscuridad lo hacía menos engorroso para su padre, que a aquellas horas ya había empezado a beber, como todas las noches.

Todavía era pronto para ir a la clase de la tarde y Tong fue al colegio por el camino más largo. Durante los últimos

seis meses, había explorado la infinidad de calles y callejones de Río Turbio y nunca se cansaba de contemplar el trajín de la gente yendo arriba y abajo. El mercado, donde parecía que cientos de bocas hablaban al mismo tiempo sin dar tiempo a sus interlocutores a responder, era un lugar emocionante, mientras que los callejones traseros, llenos de hombres y mujeres que cuchicheaban en corrillos, eran un hervidero de chismes sobre la vida de los demás. Solo un anciano reflexivo o un gato merodeando por los alrededores, cautivado por la luz del sol en una esquina, conseguían que Tong se sintiera perdido, como si pertenecieran a un mundo al que él no

tenía acceso.

Nada parecía haber cambiado después del acontecimiento del día anterior. Toda aquella gente había acudido al acto denunciatorio, pero sus expresiones no delataban ningún recuerdo del evento. Los carteles del edicto, algunos arrancados y otros reducidos a jirones pegados en las paredes, ya no despertaban la curiosidad de los transeúntes. En el mercado las amas de casa regateaban en voz alta y acusadora, como si todos los vendedores fueran unos mentirosos sin escrúpulos. En un puesto de verduras, un tendero, aburrido y desocupado, imitó una pistola con los dedos y apuntó al

pecho de una compañera. La mujer, de veintitantos años y cara redonda, agitó las manos como si estuviera espantando una mosca molesta, aunque cada vez que el hombre imitaba el sonido de un disparo ella se reía. Tong sonrió, pero cuando la mujer reparó en él lo llamó golfillo.

—¿Qué estás mirando? Cuidadito o te arrancaré los ojos.

Tong se ruborizó y dio media vuelta. A sus espaldas, oyó que el tendero preguntaba por qué él no tenía derecho a disfrutar de tales privilegios y la mujer contestó que lo complacería de inmediato y le arrancaría los ojos si lo que quería era quedarse ciego. El

hombre la animó a hacerlo, diciendo que no los necesitaba para nada después de haber contemplado su belleza celestial. Tong siguió su camino, y advirtió una vez más que en el mundo de los adultos se utilizaba un código secreto y que, al desconocer sus reglas, él siempre les resultaría irritante por razones que no alcanzaba a comprender.

Al doblar la esquina vio que unas gallinas se paseaban por el callejón. Tong se fijó en una de ellas y le ordenó que dejara de picotear, pero la gallina *bantam* siguió concentrada en su búsqueda de comida, ajena a todo. Un gato callejero se acercó sigiloso a las aves por detrás de una silla de tres

patas, pero antes de que el felino avanzara un paso más, una mujer mayor, sentada en un taburete de madera delante de un patio, golpeó el suelo con su bastón y pegó un grito. Las gallinas se dispersaron, agitando las alas y cacareando despavoridas. Sobresaltado, Tong respiró hondo para recuperar la calma antes de preguntarle a la anciana si todo iba bien.

—Las cosas podrían haberse torcido de no haber estado vigilando —contestó la mujer.

Tong se volvió para mirar al gato callejero, que los estudiaba desde una distancia prudencial.

—Seguramente solo quería jugar —



dijo el niño.

—No hablo del gato —replicó la anciana. Tong miró a la mujer, desconcertado—. Estoy hablando de ti, niño. Creías que podrías llevarte una gallina cuando nadie te viera, ¿eh?

Tong balbuceó y dijo que jamás se le había pasado por la cabeza robarle una gallina a nadie.

—No creas que no oigo ese pequeño ábaco que suena en tu barriga cuando miras mis gallinas —replicó la mujer—. ¡Menudos son los pueblerinos como tú!

Tong volvió sobre sus pasos y salió del callejón. ¿Qué podía decir en su defensa?

Después de comer, Kai fue al consultorio que había en la primera planta del edificio administrativo y le dijo al médico que no se sentía bien. El hombre, de unos sesenta y cinco años, solo estaba facultado para prescribir medicamentos para el resfriado y bajas por enfermedad a petición del interesado, pero cuando se trataba de algo más serio que una tos o un moqueo, los funcionarios y los administrativos se dirigían al hospital municipal, en la calle de enfrente.

El médico le preguntó si con tres días bastaría, mientras escribía con pulcritud el nombre de Kai en la parte

superior del formulario de baja. Ella contestó que con una tarde sería suficiente. El médico anotó como causa del permiso un resfriado que requería medio día de reposo y luego repasó unos segundos su caligrafía tradicional con satisfacción, antes de estampar su nombre. Kai le preguntó si podía hacer llegar la baja al Departamento de Propaganda; no quería que sus colegas armaran demasiado lío por un simple resfriado, se explicó, y el médico asintió, comprensivo, y le aseguró que la entregaría en persona.

Kai subió al estudio por la escalera de incendios y abrió el cajón inferior del escritorio. Dentro había una vieja

chaqueta de algodón de un color gris parduzco, con botones que no hacían juego y remiendos en los codos. En uno de los bolsillos había un pañuelo y en el otro una mascarilla blanca de algodón. La chaqueta y el pañuelo eran de la antigua niñera; Kai se los había cambiado por una chaqueta y un pañuelo suyos. «*Por si alguna vez me envían fuera de la ciudad*», le había dicho Kai a la niñera, y aunque había intentado no dar demasiadas explicaciones, la mujer había contestado que comprendía perfectamente que Kai no quisiera llevar su chaqueta de lana y su pañuelo de seda a esas cloacas donde vivían los desharrapados.

Kai se cambió de ropa. Debajo de donde guardaba aquellas prendas había una pila de cartas de Jialin, metidas en sobres sin señas. Antes de volver a cerrar el cajón con llave, escogió uno al azar. Dentro encontró una larga carta sobre la naturaleza del sistema totalitario, y Kai, que la había releído infinidad de veces y se la sabía de memoria, le dio un sucinto repaso. Parecía más una reflexión que un mensaje, por eso siempre se preguntaba si los amigos de Jialin también la habrían recibido y leído. En una hoja aparte, pero en el mismo sobre, había una nota, un breve párrafo sobre un nuevo programa que se emitía desde

Gran Bretaña en mandarín, que Jialin decía haber sintonizado recientemente con su radio de onda corta. Una vez más Kai se preguntó si no sería su propia imaginación lo que la llevaba a creer que Jialin tenía ganas de compartir las noticias con ella. Eran aquellas breves notas sobre los pequeños detalles de una vida cotidiana que ella desconocía lo que la empujaban a conservar las cartas, en vez de quemarlas tal como él le había dicho que hiciera.

Jialin y Kai no solían verse a menudo, y a veces transcurrían una o dos semanas antes de que ella pudiera encontrar una excusa para acercarse a la biblioteca municipal. No hablaban

mucho, pero intercambiaban cartas con disimulo, encajadas dentro de las revistas. En ocasiones había varias en el sobre que él le pasaba y ella intentaba no preguntarse si Jialin la habría esperado en la sala de lectura un día tras otro, ni si se sentiría decepcionado al ver que ella no aparecía. Jialin le había dicho que la bibliotecaria era amiga suya y que le dejaba quedarse en la sala de lectura siempre que llevara la mascarilla y los guantes puestos. Kai se había convencido de que la amistad con la bibliotecaria, una mujer callada que rondaba la cincuentena, era suficiente para que Jialin no considerara el viaje hasta la biblioteca una pérdida de

tiempo.

Jialin y Kai nunca planeaban sus encuentros, y en las cartas no solían detenerse demasiado en las excusas que habían tenido que buscar para verse solo cinco o diez minutos, sino que escribían sobre temas que no podían discutir en voz alta. Kai conservaba todas las cartas de Jialin. Deseaba encontrar la voluntad necesaria para quemarlas, como sabía que él habría hecho diligentemente con las suyas, pero llegaría el día en que lo único que le quedaría de él serían sus palabras garabateadas en las páginas de una libreta escolar, con aquella caligrafía elegante y algo inclinada hacia la derecha. A veces la pluma se



quedaba sin tinta y las palabras azul marino palidecían en medio de un largo pasaje. Jialin solo se acordaba de recargarla cuando se volvían tan claras como el papel y parecían grabadas en la página en vez de escritas.

Kai devolvió las hojas al sobre y lo guardó con los demás, bajo llave. Minutos después salió del edificio con la cabeza envuelta en el viejo pañuelo y la cara oculta tras la mascarilla. Muy pocos serían capaces de reconocer a la famosa locutora, y por un momento se sintió libre.

La biblioteca, la única de la ciudad abierta al público, se alojaba en un edificio que había servido de cuartel

general de la facción local de los Guardias Rojos. Antes, la casa había pertenecido a un anciano que, poco después del inicio de la Revolución Cultural, se había suicidado con matarratas, una acción que desconcertó a sus conciudadanos. El antiguo propietario, del que se decía que era huérfano y que había sido adoptado por un médico y su mujer, había crecido como medio hijo y medio aprendiz de ese médico, el único facultativo con conocimientos de medicina de la ciudad cuando Río Turbio no era más que un enclave comercial en un lugar poco poblado. Cuando la anciana pareja falleció, el hombre heredó el dinero y la

casa, esta última construida a la antigua alrededor de un pequeño y bien cuidado jardín interior, cerca del centro de la ciudad. Practicaba la acupuntura de vez en cuando, pero solo con los pacientes más mayores aquejados de dolores de espalda y artritis. Tenía aspecto de persona ilustrada, era educado y agradable, y no parecía tener ninguna razón para temer las tormentas revolucionarias que se avecinaban. Sin embargo, como había que dar cuenta de toda muerte —sobre todo de un suicidio, puesto que aquel tipo de defunciones podían considerarse una huida inmoral de la justicia comunista—, empezó a correr el rumor de que el hombre era un

príncipe manchú que había esperado la hora propicia para resucitar a la última dinastía. Una mentira repetida miles de veces acababa convirtiéndose en una verdad, como había dicho un famoso general, y con el tiempo el hombre acabó siendo considerado un enemigo político que había escapado de la justicia a través de una muerte fácil. Los Guardias Rojos de la localidad no tardaron en ocupar la propiedad, donde empezaron a imprimir folletos propagandísticos y a almacenar munición. Las estancias traseras también sirvieron durante meses de improvisadas salas de interrogatorio y celdas.

La biblioteca, que apenas llevaba año y medio en funcionamiento, ocupaba las dos estancias delanteras de la casa. Unos cuantos escritorios y sillas se alineaban a uno de los lados de la sala de lectura y, enfrente, había un mostrador de carnicero donde se exponían poco más de diez revistas. La bibliotecaria se sentaba tras una mesa en la entrada de la sala de lectura, y si alguien pedía un libro del fondo de la biblioteca le abría la puerta de la otra estancia, donde no había más que diez estanterías de libros. No se utilizaban ni tarjetas ni catálogos. En realidad, cuando alguien buscaba un tema en concreto, la bibliotecaria se dirigía a la

otra habitación y volvía con uno o dos libros que ella consideraba relacionados con el tema en cuestión.

Muy poca gente utilizaba la biblioteca, por lo que a Kai no le sorprendió que Jialin eligiera aquel lugar para esperarla. La bibliotecaria saludó a Kai con un frío gesto de la cabeza y regresó a su lectura. Kai se preguntó si la mujer sabría quién era, aunque probablemente solo la recordaba como la joven que solía pasar por allí de vez en cuando para echar un vistazo a las escasas revistas nuevas de la sala de lectura. Kai no hablaba para que la mujer no reconociera su voz. La bibliotecaria era viuda; su difunto

marido, que había trabajado de administrativo en el consistorio municipal, se había zambullido en el río Turbio para socorrer a dos jóvenes que pedían auxilio. El hombre apenas sabía nadar y al final no consiguió salvar ni su vida ni las de los otros dos. El ayuntamiento le concedió el título de héroe y cuando la viuda, que había sido profesora, solicitó un empleo más tranquilo, el consistorio le ofreció el puesto de bibliotecaria municipal, de reciente creación, un cargo con tiempo de sobra para llorar en silencio la muerte de su esposo.

Jialin era el único ocupante de la sala de lectura. Sentado en un rincón y

de cara a la puerta, miró a Kai por encima de la mascarilla de algodón y siguió escribiendo en un grueso cuaderno. Kai siempre buscaba un cambio en la expresión de Jialin, pero jamás lo encontraba; se preguntó si su propia mirada por encima de la mascarilla parecería tan inexpresiva como la de Jialin. Se acercó al expositor de revistas y escogió una en cuya portada aparecía la fotografía ampliada del nuevo dirigente nacional.

Kai leyó unas cuantas palabras de una página y pasó a la siguiente. La bibliotecaria, tras su mesa, no parecía prestar demasiada atención a los ocupantes de la sala de lectura. Kai sacó



un trozo de papel y escribió algo deprisa y corriendo antes de pasar junto a Jialin en busca de otra revista. «*Tenemos que hablar*», decía la nota que dejó caer junto a él. Kai se preguntó si Jialin sabría apreciar la urgencia del mensaje. Ella nunca le había pedido nada; una carta, revisada tras escribirla, era lo que solía pasarle.

Jialin metió el cuaderno en una bolsa y se preparó para irse. Que se encontraran en casa de él era lo que decía la nota de Jialin, dejada con discreción junto a la revista en la que Kai fingía interés.

Ella también se fue al cabo de un rato. Se alejó del centro de la ciudad y

se adentró en mundos más habitados donde gatos, perros y gallinas compartían los callejones y el sol del atardecer con ancianos medio adormilados, un mundo que Kai había conocido en otra época. Antes de trasladarse a la capital de la provincia, vivía en uno de esos callejones con sus padres y hermanos. La casucha había sido uno de los motivos de la infelicidad de su madre, que consideraba que su marido no había ascendido con la suficiente rapidez para mudarse a los edificios modernos. Hasta que Kai se casó con Han, sus padres no disfrutaron del piso con el que su madre había soñado toda la vida. Entonces, Kai y su

familia celebraron la despedida del callejón, pero ahora deseaba no haber abandonado nunca aquel mundo.

Kai encontró la casa de Jialin y entreabrió la puerta de listones del patio. Este, del tamaño habitual —cuatro metros y medio por seis—, estaba abarrotado de trastos: tarros de encurtidos vacíos amontonados sin orden ni concierto; cámaras retorcidas y colgadas del manillar de una bicicleta oxidada a la que le faltaban las ruedas; cajas de cartón desmontadas y apiladas; tres cadenas con candado expuestas en un lugar prominente, formando un triángulo dentro del cual había tres bayonetas. Cuando lo visitó por primera

vez, Jialin le dijo que eran de sus tres hermanos pequeños. Él la acompañaba a la puerta, y el comentario incidental sobre los hermanos, junto con el desorden general, habían sido meros hechos de la vida de unos extraños; pero al verlos de nuevo seis meses después, Kai supo que algún día recordaría aquellos detalles como parte del mundo que Jialin había habitado, que algún día los utilizaría para reconstruirlo con sus recuerdos.

Se abrió la puerta de la casa.

—¿Necesita algo? —preguntó una mujer mayor, envuelta en un largo abrigo de algodón.

Kai señaló la casucha y, con voz

apagada, dijo que estaba buscando a Jialin. La mujer, que sin duda era la madre del joven, cuyos rasgos podían reconocerse en su rostro, asintió y se despidió con un gesto de la mano antes de volver a cerrar la puerta.

La madre había aprendido a no preguntar, le dijo Jialin cuando sorprendió a Kai volviendo la vista hacia la puerta cerrada. La hizo pasar a la casucha y le señaló la única silla.

—Tu madre... ¿no trabaja hoy? — preguntó Kai.

—Está resfriada.

—Y tus hermanos... ¿están en el colegio?

Jialin parecía sorprendido por

aquella charla insustancial, que jamás había surgido entre ellos. Contestó que esperaba que estuvieran en el colegio, aunque por ahí se decía que se habían unido a una pandilla y que faltaban a clase para dedicarse a sus trapicheos.

—¿Lo saben tus padres?

—Los padres son siempre los últimos en enterarse de esas cosas.

—¿Y no sería mejor que hablaras con tus hermanos? ¿O que se lo dijeras a tus padres?

Jialin dijo que ellos esperaban que él no se metiera en sus vidas y, a cambio, le dejaban vivir en paz en su propio mundo. Además, eran sus hermanastros y él no era quién para

plantarse delante del padre de los chicos y exigirle alguna responsabilidad. Pensando en todo lo que no podía consultarle directamente, a Kai le picó la curiosidad por saber si el joven compartía aquellas historias sobre su vida con sus otros amigos.

Jialin esperó un momento y, al ver que Kai no se decidía a hablar, le preguntó si había algo que necesitara comentar con él. Ella respondió que sí, iba a pedirle lo mismo que siempre: una protesta en nombre de Shan, aunque ahora ya no por la vida de la joven, sino por su derecho a reclamar el reconocimiento de que su ejecución había sido injusta. Le habló del juicio

sospechosamente expeditivo y de los riñones de Shan, que habían sido trasplantados a otro hombre; le habló del acto de insubordinación de la señora Gu en el cruce, recordando la espalda erguida de la mujer cuando la apartaron a rastras de la hoguera humeante. Había llegado el momento de que los ciudadanos de Río Turbio supieran la atrocidad y la injusticia que se había cometido con madre e hija.

Ambos guardaron silencio unos instantes cuando Kai terminó de hablar. Jialin le hizo un gesto para que se acercara a uno de los rincones de la casucha y apartó una funda de plástico. Debajo había un ciclostil y una pila de



panfletos recién impresos. Kai cogió uno y reconoció la caligrafía de Jialin: era una carta dirigida a la gente de Río Turbio, con fecha del día de la ejecución. Alzó la vista, sorprendida.

—¿Ya las tenías preparadas ayer?  
—Sí.

—No sabía que te hubieras encargado tú solo de todo. —Jialin negó con la cabeza y dijo que lo había hecho con la ayuda de varios amigos—. Pero entonces, ¿por qué esperamos si ya tenías preparados los panfletos?

—Las circunstancias cambian de un día para otro —contestó Jialin, y le preguntó si había oído las noticias sobre el muro de la democracia de Pekín.

Jialin pareció sorprenderse al ver que Kai negaba con la cabeza. El joven dijo que estaba convencido de que habría oído la noticia, aunque no le permitieran emitirla. Ella contestó que solo era una de las voces al servicio del gobierno y que si confiaba en alguien para informarse de lo que verdaderamente ocurría en el mundo, ese alguien era él.

Jialin le contó que en la capital de la nación se había levantado un muro donde la gente podía expresar su opinión con libertad. En las últimas semanas muchos habían pegado comentarios en los que se pedía un gobierno más abierto y democrático.

Mientras él hablaba, Kai experimentó una extraña sensación de pesar. Desconocía cuánto tiempo llevaba Jialin siguiendo la noticia, puesto que en sus cartas no le decía nada de ello, e imaginó a grupos de gente joven reunidos en la capital para compartir sus sueños. Seguro que incluso había amigos de Jialin que se habían quedado alguna vez en aquella casucha hasta altas horas de la noche a la espera de alguna noticia fiable, junto a la radio de onda corta. ¿Y dónde estaba ella esas noches sino interpretando su papel de esposa y madre abnegada? Kai le preguntó si podía conocer a sus amigos.

Jialin se quitó las gafas, se dio un

masaje en los párpados, limpió los cristales en la manga y volvió a colocárselas.

—Eres consciente de que no gozas de tanta libertad como la mayoría de nosotros, ¿verdad? —preguntó educadamente el joven—. Tenía la esperanza de que te mantuvieras al margen. Al menos por el momento.

—¿Por qué? ¿No confías en mí?

Jialin negó con la cabeza y, señalando la pila de papeles, le explicó que una vez que los panfletos corrieran de mano en mano ya no habría vuelta atrás para nadie, y que ya no solo sería responsable de lo que pudiera sucederle a él, sino también de lo que pudiera

ocurrirles a sus amigos.

—Entonces, ¿yo no soy uno de ellos? —preguntó Kai.

—Te mentiría si te dijera que no — contestó Jialin, y le confesó que habían surgido algunas discrepancias entre sus amigos.

Por vagas que fueran aquellas explicaciones, Kai comprendió de inmediato que no era Jialin, sino aquellos otros, quienesquiera que fueran, los que no confiaban en ella. Se preguntó si habría dado la cara por ella y si sus amigos le habrían preguntado cómo la había conocido, para defenderla. Las cartas de Kai, que Jialin leía y quemaba, no eran ninguna ayuda, y

aunque las hubiera conservado, no se lo imaginaba mostrándoselas.

—Puede que no te conozcan tan bien como yo —dijo Jialin con una mirada de disculpa.

—¿Y no vas a hacer nada para remediarlo?

Jialin contestó que tenía que proteger a todo el mundo, pero fueron los ojos huidizos del joven, más que sus palabras, los que convencieron a Kai de que le ocultaba algo más que la simple hostilidad de los otros.

—De modo que si acudiera a la policía para denunciaros, tus amigos se salvarían porque no sabría quiénes son, ¿es eso? —preguntó Kai.

—También te protejo a ti —se defendió Jialin—. Cualquiera de nosotros podría ser el que vendiera a los demás.

—¿Lo de escribirme fue una decisión consensuada con todos tus amigos o hubo discrepancias desde el principio? —preguntó Kai.

Jialin contestó que eso ya no importaba ahora que ella también estaba en el ajo, pero Kai quería saberlo. El dijo que se les había ocurrido buscar a alguien que estuviera dentro del consistorio, sin embargo, al final habían rechazado el plan por ingenuo.

—De modo que me escribiste por tu cuenta y riesgo. —Jialin apartó la

mirada, sin responder—. ¿Por qué? — insistió Kai.

Finalmente, él confesó que hacía unos años la había visto interpretar el papel de Jade de Otoño y que desde entonces siempre se había preguntado qué tipo de persona sería y si se podía ofrecer una actuación como aquella sin el corazón puro y noble de una mártir.

—Podrías haber resultado una persona muy distinta y ahora mismo estaría aguardándome una condena. Es cierto que me la jugué al escribirte para resolver aquella duda, pero no sé cómo acerté. Tal vez por pura suerte. No me habría sorprendido que hubiera ocurrido lo contrario —dijo Jialin intentando



reprimir el ataque de tos que amenazaba con asaltarlo en cualquier momento.

De modo que aquello era lo que habían estado evitando todo ese tiempo, pensó Kai imaginando a Jialin entre el público, tal vez antes de ponerse enfermo, antes de que ella se casara. Que la propia existencia pudiera prolongarse más allá del conocimiento de uno no era nada nuevo. Mientras estuvo con la compañía teatral, Kai había recibido muchas cartas de admiradores, algunas escritas por personas que utilizaban su verdadero nombre, o uno inventado, y otras anónimas. Sin embargo, lo que ya no tenía explicación era el cruce de

caminos en el momento equivocado, demasiado pronto o demasiado tarde, y Kai ya no sabía cuál era el caso con Jialin. Había que someterse al destino, como ocurre con todo aquello que escapa a nuestra voluntad. Kai pensó que si no hubiera conocido a Jialin poco después de ser madre, sino ya de mayor, imaginando a Ming-Ming de joven, tal vez habría dado gracias por aquel encuentro, quizá incluso habría sido libre para poder elegir de nuevo. Sin embargo, la muerte vendría pronto a ocupar el lugar de la enfermedad en el caso de Jialin, antes de que el tiempo liberara a Kai; sus caminos no tardarían en separarse.

—Quiero que sepas que no estoy rechazándote como amiga —dijo Jialin con dulzura.

Kai contestó que él ya tenía suficiente trabajo y que ella respetaría los deseos de sus amigos y no se inmiscuiría, que no hacía falta que se preocupara por cómo se sentía. Sabía dónde encontrarlo y viceversa. La voz se le quebró por un instante y de repente partió antes de que ambos flaquearan y dejaran salir lo que era mejor callar.

Los otros pacientes de la sala debían de haber oído hablar de su hija y miraban de reojo al maestro Gu cuando

creían que este no prestaba atención. Cuando el hombre les devolvía la mirada, ellos apartaban los ojos y agachaban la cabeza. El maestro Gu era consciente del esfuerzo que hacían para no comentar el caso. Qué lástima de hombre, debían de pensar, incapaz de tenerse en pie, derrotado. El maestro Gu no hablaba con los demás pacientes. Cuando llegaba la hora de las visitas y las esposas y los hijos inundaban la sala, él se escondía bajo la manta de rayas y fingía dormir. Su esposa tampoco hablaba con los enfermos, ni con sus familias. Ese día llegó con un termo de sopa de pollo y se sentó en una silla, junto a la cama. Al cabo de media

hora, y a pesar de que él seguía negándose a admitir su presencia, lo meció con ternura y le dijo que sería mejor que se tomara la sopa antes de que ella tuviera que marcharse. El hombre dejó que lo recostara contra la almohada; ella se trasladó de la silla al colchón, con la cuchara en la mano. El anciano obedeció, se tomó la sopa sin aspavientos y esperó tres días para preguntarle por qué había sacrificado las gallinas por un hombre inútil. Incluso se le pasó por la cabeza decirle que aquellas aves eran los únicos hijos que les quedaban, aunque no dejó que se le escapara un comentario tan cruel. Ella le aseguró que no las había tocado, pero no

le explicó cómo había conseguido el pollo para el caldo. También le llevaba otros alimentos, comprados en la caratienda que había junto al hospital: fruta enlatada de todo tipo, leche en polvo, dátiles con miel y un zumo de naranja concentrado que, según el maestro Gu, no era más que sacarina y tinte de color anaranjado. Al día siguiente el maestro Gu no pudo reprimirse y le preguntó de dónde salía el dinero para pagar aquellos lujos innecesarios. Ella vaciló unos segundos y contestó que alguien piadoso y de buen corazón había deslizado un fajo de billetes por debajo de la valla. El hombre supuso que su esposa había retirado dinero de la

exigua cuenta corriente que tenían y que se atormentaba pensando en cómo iba a reponerlo mientras se inventaba filántropos desconocidos en los que él había dejado de creer. No siguió interrogándola. El mundo ya era lo bastante frío de por sí; si ella quería mantenerlo vivo con un rescoldo de esperanza, que lo hiciera, pero se negaba a dejarse arrastrar por las invenciones de su mujer.

La apoplejía, un ataque no de los más graves, le había paralizado el costado izquierdo; sin embargo, esperaban que recuperara cierto grado de movilidad, pues su caso era leve comparado con el de otros ancianos de

su sala. La doctora Fan, una mujer de cuarenta y tantos años, trataba con disciplina marcial a los pacientes de la planta cuando supervisaba sus ejercicios de fisioterapia, por lo que enfermos y familiares, a pesar de la deferencia que demostraban ante ella, la habían apodado la Tigresa.

Cuando el maestro Gu llevaba cinco días en el hospital, la doctora Fan llegó tarde a su ronda matutina y, además, sin el gorro blanco de médico. El maestro Gu se fijó en que el cabello corto se había transformado en una melena de ensortijados ricitos. Tal vez no quería estropearse la permanente. De hecho, era la primera que se hacía en toda su



vida, ya que su generación había crecido en un tiempo en que las permanentes eran un legado burgués que estaba prohibido. Tras recibir la orden de levantar el brazo y la pierna, algo que el maestro Gu no fue capaz de hacer, el hombre alabó el nuevo peinado de la doctora Fan.

Sorprendida, la mujer se ruborizó, pero no dijo nada. Pasó sin perder tiempo a la cama siguiente y no tardó en recuperar la compostura reprendiendo al hombre que la ocupaba. El aturullamiento de la mujer entristeció al maestro Gu. Sintió lástima por la doctora Fan y por toda una generación de mujeres que, como ella, habían

malgastado sus mejores años enfundadas en ropas anchas de colores apagados, con el cabello corto y liso, condenadas a ocultar su belleza femenina, y que ahora intentaban aprovechar los últimos días de su marchita juventud con la esperanza de parecer atractivas. Aunque, ¿qué derecho tenía a pensar en aquellas mujeres cuando él, viejo e inválido, también era depositario de la lástima de los demás?

La planta de recuperación albergaba dieciocho camas, quince de ellas ocupadas, la mayoría por ancianos que habían sufrido ataques de apoplejía y derrames cerebrales. Sin embargo, el caso extraordinario de uno de aquellos

hombres tenía fascinado a todo el mundo. Aunque fingiera lo contrario, el maestro Gu también prestaba atención a las conversaciones entre pacientes, familiares y enfermeras; según había oído, Dafu, de unos cuarenta años y viudo desde hacía uno, había sido un hombre sano antes de someterse voluntariamente a una operación especial para extirparle la vesícula. Tenía piedras, pero no le molestaban y al parecer dicha operación no era necesaria. Sin embargo, había corrido la noticia de que el hospital militar de la capital de la provincia necesitaba un paciente modelo para hacer una demostración de una nueva anestesia sin

fármacos. Dafu consiguió que lo escogieran para aquel cometido político a través de un conocido, con la condición de que sus dos hijas obtuvieran a cambio un puesto en una fábrica. Las hijas, ambas jóvenes cultas que habían sido enviadas al campo durante años y acababan de regresar a la ciudad, no conseguían encontrar trabajo. El padre se sometió a la operación con cinco agujas de acupuntura clavadas en la mano como única anestesia. Le dijeron que se estuviera quieto mientras lo grababan, pero Dafu sufrió tanto durante el procedimiento quirúrgico que, después, las piernas le quedaron paralizadas por razones que nunca se

aclararon y su aparato urinario se vio afectado de manera permanente. Tras varios días bajo observación, los médicos del ejército, perplejos, concluyeron que los problemas eran psicológicos y enviaron a Dafu de vuelta a Río Turbio.

Al maestro Gu le maravillaba que un hombre pudiera hacer gala de tal estoicismo por sus hijas. Sin embargo, y a pesar de que sus compañeros de planta sí lo hacían, Dafu no se consideraba un héroe. Era un administrativo de rango inferior y se incomodaba enseguida cuando se comentaba su capacidad de entrega y sacrificio. Incluso se disculpaba por no ser capaz de orinar.

—Relájese —lo apremiaba Shi, la enfermera más veterana y de manos más delicadas que las demás.

Los médicos le habían dicho a Dafu que sus músculos sufrían ataques constantes por haber controlado tanto el dolor durante la operación, lo que explicaba los síntomas.

—Relájese —repetía la enfermera Shi—. Utilice la imaginación. Recuerde cuando era niño y no sabía controlar el pipí. ¿Mojaba la cama cuando era pequeño?

—Sí —contestaba Dafu.

—Cierre los ojos y piense en cuando mojaba la cama. Quiere aguantarse, pero no puede porque, ¡oh, ya sale! Ya sale

—insistía la enfermera Shi, con voz entrecortada y apremiante.

En momentos como ese, ni un solo paciente, ni siquiera los cuatro ancianos de la otra punta de la planta que disfrutaban llamando la atención con sus lamentos y quejas sobre problemas que no existían, se atrevían a hacer ruido. Para estimular un poco más la imaginación de Dafu, la enfermera Shi le ordenaba a una joven enfermera que abriera el grifo del lavabo y que dejara correr el agua. Dafu se sentaba con torpeza en el borde de la cama, sujetado por la enfermera Shi y otra compañera, con los pantalones bajados hasta los tobillos y una cuña de loza blanca entre

las piernas. La enfermera Shi lo animaba entre susurros, diciéndole que el agua correría, y en la habitación todo el mundo aguantaba la respiración hasta que, al final, uno de los cuatro ancianos del otro extremo rompía el silencio y gritaba que ya no podía aguantarse el pis y que si alguien podía pasarle una cuña. Una joven enfermera en prácticas intentaba ocultar su satisfacción mientras atendía al pobre hombre. La enfermera Shi consolaba a Dafu, diciéndole que cada vez lo hacía mejor y que estaba segura de que a la próxima lo conseguiría. Rojo como un tomate, Dafu se disculpaba por las molestias que había ocasionado a las enfermeras y



a sus compañeros de habitación. Se disculpaba a todas horas, incluso ante sus hijas, que iban a la planta para enseñarle la bata de laboratorio que llevaban en sus puestos de trabajo en la empresa farmacéutica, blanca en vez de la azul habitual, lo que para quien desconociera los cargos que ocupaban las ascendía al nivel de las enfermeras o tal vez incluso de los médicos. Las hijas no comentaban nada acerca de la posibilidad de atraer a un buen partido con aquellas batas, pero el padre sabía ver aquella esperanza en sus ojos. Tenían veintiséis y veintisiete años, ya no eran unas jovencitas si querían encontrar marido. Por la noche el

hombre practicaba en secreto, a oscuras; ordenaba a sus piernas que se movieran para no convertirse en una carga para sus hijas. Tener un padre postrado en cama podría ahuyentar a los posibles candidatos, y Dafu imaginaba a su difunta esposa mirándolo desde el cielo con desaprobación. La mañana del día en que la arrolló un camión habían discutido por tonterías relacionadas con las tareas del hogar. Ella se lamentaba de haberse casado con el peor hombre del mundo, que no hacía nada por su mujer y sus hijas; esas fueron las últimas palabras que le dijo. Desde entonces, Dafu se preguntaba si su esposa realmente creía lo que le había dicho,

aunque todo el mundo sabía que era incapaz de dar con las palabras adecuadas cuando se ponía hecha una furia, por lo que tal vez no tuvo intención de ofenderlo con aquel comentario. Dafu pensaba que ya no había manera de saberlo y que lo único que podía hacer era demostrarse a sí mismo que estaba equivocada.

En el instante en que Dafu enterraba la cara en la almohada para echarse a llorar, las preocupaciones por los hijos atormentaban a muchos otros corazones fuera de las puertas del hospital. Una madre que acababa de ayudar a su hija, muerta de miedo porque le había venido la primera regla, no conseguía pegar ojo

junto a su marido, que no dejaba de roncar. La mujer recordaba a su madre, que se pasaba el día revisando las braguitas de sus hijas, obsesionada con la idea de que alguien las violara o las sedujera. La hija que había escapado al triste destino temido por su madre también se había convertido en madre y le angustiaba que el fantasma de los temores de aquella mujer hubiera decidido alojarse en su propio corazón.

En otra cama de la misma manzana, un hombre le decía a su mujer que aconsejara a sus dos hijas adolescentes que no se vistieran con colores chillones. Para defender a las chicas, la esposa le recordó que ya no estaba

prohibido arreglarse, pensando en sus años de juventud, marchitos antes de florecer. El padre repuso que la gente se fijaría en ellas y que empezaría a hablar, reacio a abordar personalmente el incómodo tema con las hijas, quienes, con sus pechos incipientes y sus labios cada vez más voluptuosos, le obligaban a apartar la mirada y regalarse la vista con el cuerpo de otras jovencitas que pasaban por la calle.

Los padres de Nini no dormían. Él había colocado la mano sobre la barriga de la madre, que estaba empezando a despuntar, y charlaban esperanzados sobre un hijo varón, negándose a compartir sus miedos ante la posible

llegada de otra hija. En la otra punta de la cama de ladrillo, Nini los escuchaba con disimulo, rezando a dioses y diosas desconocidos para que les concedieran otra niña.

La madre de Jialin también estaba preocupada por el tiempo de vida que le quedaba a su hijo mayor, pero aún más por los tres pequeños, que le habían robado para comprar tres pares de gafas de sol. Ese día habían llegado a casa con aquellas cosas negras y brillantes en la cara y, al mirarlos, se había visto reflejada en los cristales seis veces, con su rostro cansado y su pelo cano. Se preguntó si no irían camino de convertirse en los miembros más

recientes de la pandilla juvenil de la ciudad, pero cuando comentó sus preocupaciones con su marido, este le dijo que aquellas cosas eran normales en los chicos que estaban haciéndose hombres.

En su casucha, la señora Hua soñaba con sus siete hijas. A veces acudían a charlar con ella sobre una niña recién nacida que no complacía los deseos de la familia del marido, o de un hijo largamente deseado cuya llegada había detenido por fin las palizas de otro marido. Las más pequeñas hablaban de sus orfanatos, donde pasaban mucho frío, mucha hambre o trabajaban hasta la extenuación. Aquella noche en concreto,

la más pequeña, que había nacido con el paladar partido y a la que sus hermanas mayores llamaban Conejito, la visitó y le contó que había decidido volver a casa. Venía para despedirse de sus padres, porque los años que había vivido con ellos habían sido los más dichosos de su vida. Por un instante, la señora Hua creyó sentir el aliento de la niña en sus mejillas, pero esta se desvaneció de inmediato y la dejó empapada en un sudor frío. La anciana se mordió un dedo; el dolor era real, así que no estaba soñando. Permaneció tumbada en la oscuridad unos segundos y se echó a llorar. Cuando el viejo Hua se despertó, su esposa le contó que el



espíritu de Conejito había ido a despedirse; había pasado algo y la pobre chiquilla estaba ahora de camino al otro mundo. El viejo Hua cogió la mano de su esposa, que al cabo de un rato se tranquilizó. Nunca sabrían qué o quién había acabado con su pobre niña, dijo, y él contestó que tal vez el cielo sabía que para ella aún habría sido peor seguir viviendo.



## OCHO



**U**n carpintero de mediana edad y su aprendiz, ambos en camiseta y cubiertos de serrín y sudor, movieron el caballete para que Kai pudiera entrar en su piso. El pasillo común de las cuatro familias de la planta baja había sido convertido en un taller temporal y, por pura curiosidad, Kai preguntó para qué familia estaban trabajando. Sin embargo, la inocente pregunta pareció azorar de inmediato a ambos hombres, que intercambiaron una mirada. El mayor

agachó la cabeza y el joven aprendiz contestó que el consistorio municipal les había encargado un cometido político.

Kai se extrañó, pero antes de poder preguntar nada más, se abrió la puerta de su piso y Han le sonrió misteriosamente. Le dijo que tenía una sorpresa para ella y le pidió que cerrara los ojos. El carpintero joven los miró con tímida curiosidad y Han le dijo al chico que siguiera trabajando. Luego tiró de Kai para que entrara de una vez. Ella preguntó de qué se trataba, pero su marido insistió en que mantuviera los ojos cerrados. La joven suspiró y dejó que la cogiera de la mano y la condujera hasta el comedor. Cuando su marido le

dijo que ya podía mirar, vio una enorme caja de cartón en medio de la estancia, con el dibujo de un televisor impreso en color azul.

—¿Cuándo has salido de la ciudad?  
—quiso saber Kai.

El único sitio donde podía comprarse un televisor, y con un permiso especial, era la capital de la provincia y, aunque Han hacía días que hablaba de comprar uno, Kai creía que tardaría semanas en conseguir que le concedieran el permiso.

—Hoy no he salido de la oficina —contestó Han— y no he tenido que gastar ni un céntimo. —Kai asintió, ausente, y Han pareció desilusionado ante una

reacción tan poco entusiasta—. Es un regalo —insistió—. Y solo lo tienen tres familias de Río Turbio. ¿Adivinas cuáles?

—Tus padres, el alcalde y nosotros, ¿no?

—No se te escapa nada —dijo Han—. ¿Quién más se merece un premio así?

—¿Por el trasplante de riñón?

Han sonrió y le contó que el alcalde y su mujer le habían recomendado aquellos carpinteros, pues habían acabado un mueble de gran calidad para su televisor hacía un par de días, y él les había pedido que tuvieran listo el suyo para el día siguiente. Kai preguntó si no

deberían haber avisado primero a los vecinos antes de dejar que los carpinteros utilizasen un espacio común, pero Han no le dio importancia y dijo que estaba convencido de que les daría igual. Los hombres de las otras tres familias ocupaban cargos más o menos similares al suyo en cuanto a categoría, pero ya no podían seguir medrando, según Han. Él era el único con futuro en aquel rellano.

Kai asintió y le preguntó si había alguna otra noticia.

—Tengo que comentarte algo — contestó Han en el momento en que se abrió la puerta de la habitación del niño.

Ming-Ming salió caminando de

puntillas mientras la niñera le sujetaba los bracitos en alto. El niño miró a sus padres y llevó a la niñera hacia el sofá. Han había movido los muebles del salón para dejar sitio al del televisor, y cuando Ming-Ming trepó al sofá, que ahora quedaba cerca del interruptor de la luz, alargó la mano y la encendió; después la apagó, y volvió a encenderla y a apagarla. Kai y Han, ambos absortos en sus pensamientos, observaron a la criatura bajo la luz intermitente.

Por fin Han le hizo una seña a la niñera. Kai levantó a Ming-Ming y lo besó, pero él se retorció entre sus brazos para volver al sofá. Kai preguntó a la niñera cómo había comido el niño y

luego le dijo que le pusiera algo de abrigo y que lo sacara a pasear a la plaza del centro. La joven se extrañó de que quisiera sacarlo antes de la siesta, pero Kai insistió en que hacía muy buen día y que al niño le vendría bien un poco de aire fresco.

Han estaba junto a la ventana, mirando la calle.

—Supongo que ya sabes cómo están las cosas ahí fuera —dijo cuando la niñera cerró la puerta del piso.

Hacía tres noches que se habían distribuido mil quinientas copias del primer panfleto, aunque al mediodía del día siguiente habían sido arrancados por el servicio de limpieza y recogida de



basuras, y nadie había vuelto a mencionar el tema desde entonces. Un par de noches después había aparecido un segundo panfleto, y esa vez no hablaba solamente sobre la ejecución de Gu Shan, sino también de un movimiento relacionado con el muro de la democracia de Pekín. Kai pensó que, a esas alturas, sería sospechoso fingir que no sabía nada.

—Te refieres a los panfletos — comentó, con una acritud que solo ella era capaz de detectar.

Le hubiera gustado formar parte de lo que estaba ocurriendo en Río Turbio.

—Todas esas tonterías del muro de la democracia y las habladurías sobre la

mujer ejecutada... No pasarían de un mero quebradero de cabeza si se trataran por separado.

—¿Por qué?

Han agitó la mano para cambiar de tema. Dijo que la comida estaba lista y que lo mejor era que disfrutaran de un buen plato casero.

Kai casi nunca le preguntaba sobre sus asuntos, aunque él tenía la costumbre de contarle lo que había hecho durante el día cuando se iban a dormir, por lo que decidió esperar antes tic seguir indagando.

Se sentaron y comieron en silencio unos minutos, hasta que Han se animó y retomó la conversación sobre el

televisor nuevo. Tenía una pantalla de catorce pulgadas y era en blanco y negro, importado de Japón, más grande y de mejor calidad que el otro del que se había encaprichado. Los tres televisores habían llegado esa mañana por sorpresa; sin duda un gesto de gratitud del poderoso amigo que tenían en la capital de la provincia.

Kai consideró que era la invitación perfecta para preguntar.

—¿Quién es ese amigo misterioso del que no dejas de hablar?

Han lo meditó unos instantes y luego negó con la cabeza.

—Te lo diré en cuanto averigüemos de dónde salen esos panfletos.

—¿Ocurre algo?

—No, por lo que sé —contestó Han, y extendió la mano sobre la mesa para darle unas palmaditas a Kai en el hombro—. No deberías preocuparte por estas cosas. La política no es para las mujeres. Lo último que desearía es que te convirtieras en mi madre —dijo Han con una sonrisa.

Antes de que Kai pudiera responder, Han se puso muy serio y parodió el discurso que su madre había dado el día de los Trabajadores del año anterior. Los subordinados de su suegra la apodaban la Mujer de Hierro a sus espaldas, aunque Kai no creía que Han lo supiera, ya que por todos era

conocido que tanto el padre como él admiraban a la mujer que compartían.

—Deberías dar gracias por tener la madre que tienes —comentó Kai—, si no fuera por ella, no habrías tenido tanta suerte.

—La quiero de todo corazón, pero no desearás una madre como ella para nuestro hijo, ¿verdad? —contestó Han guiñándole un ojo.

Alguien llamó a la puerta. Kai, suponiendo que se trataba de la niñera con el niño dormido en brazos, fue a abrir, pero se encontró con los padres de Han, que muy serios esperaban a ser invitados a pasar. Les dio la bienvenida y ellos le devolvieron el saludo con un

gesto de la cabeza; entraron en el piso sin decir palabra. En voz baja y tono adusto, apremiaron a Han, que ya les servía una taza de té en la cocina, para que fuera al piso de ellos de inmediato.

Kai seguía junto a la puerta, desde donde se despidió de sus suegros. Nadie se molestó en explicarle nada, y Han se limitó a darle un apretón en el hombro y a decirle que no se preocupara antes de salir corriendo tras ellos. El aprendiz del carpintero se detuvo un instante y miró a Kai. Cuando el mayor tosió y le dijo que se ocupara de lo suyo y dejara en paz lo de los demás, le sonrió con timidez y siguió lijando la madera.

Aquella tarde Han salió hacia la

capital de la provincia sin esperar a que los carpinteros terminaran su trabajo. «*Un encargo especial del alcalde*», fue la explicación que dio al regresar del piso de sus padres. El alcalde y los padres de Han querían que fuera a la capital para recabar información de primera mano sobre qué medidas estaba adoptando Pekín respecto al muro de la democracia antes de tomar una decisión sobre los panfletos. No sabía cuánto tiempo tendría que quedarse allí, dijo Han con un desánimo muy poco habitual en él. Kai supuso que le habían advertido que no le revelara nada, pero cuando lo presionó un poco más, él admitió que la administración se

encontraba en una situación delicada, ya que el gobierno central de Pekín no se había pronunciado de manera clara respecto al muro de la democracia. Kai preguntó si aquello quería decir que iba a producirse un cambio en la política nacional y Han contestó que eso significaría el fin de su carrera. Estaba abatido: era un niño a quien sus padres le habían encomendado una tarea de adultos. Kai lo miró casi con cariño. Le acarició la mejilla con la palma de la mano y, antes de encontrar una palabra de consuelo, Han le cogió la suya y quiso saber si seguiría queriéndolo aunque aquello no saliera bien.

Kai se preguntó qué se estaría



jugando su marido, y trató de averiguarlo; sin embargo, Han se limitó a suspirar y a decirle que ella tenía razón, que era demasiado pronto para tirar la toalla y que conservaría la esperanza.

Kai pidió otra baja laboral al médico y se tomó la tarde libre. No sabía dónde vivía el maestro Gu, pero cuando llegó a la barriada la primera ama de casa a quien preguntó por los Gu le indicó el callejón. La mujer le dijo que era el número once y le comentó de pasada cómo malvivía la señora Gu en esos momentos, sin hijos con quienes compartir la carga de un marido inválido.

Kai llamó a la puerta y la señora Gu tardó un rato en llegar a la cancela, con una gallina cloqueando bajo el brazo. Antes de que Kai pudiera abrir la boca, la mujer le dijo que seguramente se había equivocado de dirección.

—He oído que el maestro Gu no se encuentra bien —respondió Kai—. He venido a verlos.

—No la conocemos —contestó la anciana. Se quedó mirando a Kai unos instantes y su dura expresión se suavizó—. ¿Fue usted quien dejó el sobre con el dinero?

—¿El dinero? —preguntó Kai, cuya confusión pareció decepcionar a la señora Gu.

—¿Quién habrá sido entonces? —  
musitó la mujer para sí.

Kai miró a su alrededor. Aparte de un anciano que dormitaba al sol del atardecer, no había nadie más en el callejón. Le pidió permiso para pasar al patio y charlar unos minutos con ella, y la señora Gu, aunque reticente, le franqueó el paso. La gallina cloqueó y la mujer la dejó en el suelo, diciéndole con un tono natural que se pusiera al sol para no coger frío. La gallina se alejó con aire despreocupado, picoteando su propia sombra.

Kai sacó las copias de los dos panfletos que había recuperado.

—He venido a hablar con el maestro

Gu y con usted de esto —dijo.

La señora Gu miró las páginas desdobladas, sin leerlas.

—Mi marido está en el hospital —contestó—. No puede hablar con usted.

Kai le dijo que eran panfletos en defensa de Gu Shan, y le aseguró que no toda la gente de Río Turbio respaldaba la decisión del tribunal. La señora Gu la miró unos instantes y le preguntó con voz cortante si era la locutora de las noticias.

—Sí —contestó Kai.

—¿Conocía a mi hija?

Kai le contó que se había trasladado a Río Turbio después de terminar los estudios en la escuela de teatro de la

capital de la provincia. Le aseguró que siempre había admirado a Shan, aunque ¿qué más daba ya lo que dijera?

—Mi hija habría hecho su trabajo tan bien como usted; tenía buena voz. Siempre era la mejor —dijo la señora Gu. Echó un vistazo a los panfletos—. ¿Los ha escrito usted? —preguntó.

Kai contestó que ojalá lo hubiera hecho, pero no, apenas había colaborado.

—¿Sabe quién lo ha hecho? ¿Son amigos suyos?

Kai vaciló y contestó que sí, que algunos eran amigos suyos.

—Díales que son muy amables, aunque no hace falta que hagan nada.

La señora Gu añadió que lo único que le importaba en esos momentos era que su marido estaba en el hospital, de lo cual se alegraba, ya que el hombre se habría agitado mucho de haber visto los panfletos.

—Pero nosotros... Ellos... Solo intentan ayudar —replicó Kai—. Hay que enmendar el error. Shan fue una precursora y le reconfortaría saber que hay amigos y camaradas luchando por la misma causa.

La señora Gu se quedó mirando a Kai largamente y suspiró. Dijo que le complacía oír que Kai y sus amigos no habían olvidado a Shan.

Dijo que ella tampoco, pero que

tenía un marido enfermo que atender y que no podía hacer nada por ellos, ni ellos por ella. Kai le aseguró que no les pedía nada, sino que únicamente había ido a visitarlos para hacerles saber que no estaban solos en este mundo, donde el recuerdo de su hija sobrevivía como una inspiración.

—Se le dan muy bien los discursos —señaló la señora Gu. El comentario ruborizó a Kai, pero la mujer no parecía haberlo dicho con mala intención—. Shan también era así. Era la niña más elocuente que pueda imaginar —añadió con dulzura—, ¿cuántos años tiene?

—Veintiocho.

—¿Está casada? ¿Tiene hijos?

Kai contestó que su marido y ella tenían un niño pequeño.

—Y sus padres, ¿están bien?

Kai le dijo que su padre había fallecido. La señora Gu asintió con la cabeza, sin añadir palabras de condolencia.

—Ha sido muy amable al venir a visitarnos y hacernos saber que se preocupa por Shan. Ni conozco a sus amigos ni sé nada de sus vidas, pero usted es hija y madre. ¿Se ha preguntado cómo se sentiría su madre si supiera lo que está haciendo? ¿Se ha detenido alguna vez a pensar en ella?

Kai no supo qué responder. No había visitado a su madre desde hacía



semanas, a pesar de que vivían a cinco minutos a pie la una de la otra.

—No ha pensado en ella, ¿verdad?  
—insistió la señora Gu—. Todas las hijas son iguales. Sus padres apenas cuentan en sus decisiones, y no la culpo. ¿Ha pensado en su hijo?

Kai contestó que sí, que hacía aquello para que su hijo pudiera vivir en un mundo mejor. La señora Gu replicó que todos los padres pensaban lo mismo, que deseaban hacer lo mejor para sus hijos; sin embargo, lo cierto era que al final acababan haciendo justamente lo peor para ellos.

—No la entiendo, señora Gu.

—Piense en Shan —contestó la

mujer, esta vez con mayor vehemencia y el rostro encendido—. Creíamos que le daríamos la mejor educación porque mi marido era una de las personas más cultas de la ciudad, pero ¿qué hicimos sino convertirla en una extraña? Sus padres deben de haber trabajado mucho para conseguirle un buen empleo, no obstante ¿qué hace usted sino ponerse en peligro sin pensar en ellos? Cree que lo hace por su hijo, aunque lo último que él necesita es que usted vaya por ahí hablando con la gente sobre panfletos secretos.

Kai repuso que su familia no era su única responsabilidad. La señora Gu clavó los ojos en Kai. Le dijo que lo

sentía por su madre con una breve mirada de tierna tristeza que al instante se volvió gélida. Le pidió que se fuera; su esposo la esperaba en el hospital.

Ese año la primavera había empezado para Tong el 21 de marzo, el día del equinoccio, al ver la primera golondrina que regresaba del sur, acontecimiento que había anotado en su cuaderno de campo. El viejo Hua decía que las golondrinas eran las mensajeras de la primavera, los pájaros más nostálgicos y leales, que volvían un año tras otro a sus viejos nidos. Tong expresó en voz alta su preocupación,

pues en ese caso las golondrinas jamás se detendrían en el tejado de su casa, ya que no había visto ningún nido. Entonces, dijo el viejo Hua, tendrían que esperar a que una joven pareja que ya no regresaba al nido de sus padres se construyera uno nuevo.

Al día siguiente, Tong vio una bandada de ocas surcando el resplandeciente cielo del atardecer. La oca que iba en cabeza se dirigía hacia el norte. El viejo Hua le dijo que, al igual que las golondrinas, las ocas siempre sabían hacia dónde debían volar; pero cuando Tong le preguntó por qué no se perdían nunca, la única respuesta que el anciano le dio fue que habían nacido así.

Todas las tardes después del colegio, Tong iba a la plaza del centro, donde los periódicos del día estaban dispuestos en sus expositores de cristal. Había más de diez entre los que elegir, algunos impresos en Pekín y otros en la capital de la provincia, pero para Tong el más importante era el *Diario de Río Turbio*, del cual copiaba las temperaturas locales del pronóstico del tiempo y las trasladaba a su propio diario. Tong había leído en un ejemplar atrasado del *Trimestral Infantil* que el viejo Hua había encontrado hacía unas semanas, que un chico se había pasado años anotando la temperatura tres veces al día en un cuaderno de campo. Al

cumplir los trece, el chico había percibido un cambio en el comportamiento de la temperatura, había predicho un terremoto con acierto y se había ganado el título de Héroe de la Ciencia por salvar vidas humanas. La historia no decía qué tipo de cambio había percibido, lo que dejaba a Tong la libertad de inventarse su propia teoría, pero al menos el artículo le había ofrecido un nuevo modo de llegar a convertirse en héroe. Estaba seguro de que sus padres le habrían dicho que no les sobraba el dinero para tonterías como un termómetro, así que a Tong ni se le había ocurrido pedírselo, y por eso había decidido utilizar el periódico

local en su lugar. Cuando el viejo Hua se enteró de lo del cuaderno de campo, se preguntó qué necesidad había de confiar en los números si la piel de uno era capaz de detectar hasta el más mínimo cambio en la temperatura del aire. Tong no le explicó el plan al anciano y guardó el secreto con la esperanza de que un día Río Turbio le agradeciera su celo.

Según la predicción del tiempo, la temperatura había ascendido por encima de los cero grados el 22 de marzo, el día después del acto denunciatorio, y el viento de media tarde ya no era tan cortante como antes. Los niños salieron del colegio sin gorro; de hecho algunos

lo lanzaban al aire y lo recogían al vuelo. Oreja llegó a casa esa noche con un guante rosa de chica que tenía un agujero en la punta del pulgar. Tong se lo probó, le iba perfecto, y sacó el dedo por el agujero, como si fuera una marioneta. Le dijo a Oreja que lo dejarían junto a la estatua de Mao a la mañana siguiente, por si a la chica le gustaba la plaza del centro tanto como a él.

Al día siguiente Tong salió al callejón y vio los panfletos pegados en la pared, a su altura si se subía a una pila de ladrillos. Arrancó uno y lo leyó. El panfleto hablaba de cosas que no entendía y, dos días después, en el



callejón apareció una nueva octavilla. El modo misterioso en que había llegado hasta su puerta intranquilizó al niño. Le recordaba las historias que había aprendido en el colegio sobre miembros clandestinos del Partido Comunista que arriesgaban sus vidas para difundir la verdad entre el pueblo, pero en la nueva China, donde todo el mundo era tan feliz como si viviera en un tarro de miel —tal como rezaba la nueva canción que habían aprendido en el colegio—, ¿a qué venían aquellos panfletos?

Tong se preguntó con quién podría comentarlo. A sus padres no les interesaban sus cosas, y su maestra seguía dando las clases como si no

pasara nada. Le dio unas palmaditas a Oreja y le dijo que formarían un equipo para resolver juntos el misterio.

—Enséñame cualquier cosa que te parezca sospechosa —lo animó—, por pequeña que sea.

Oreja se puso a dar vueltas alrededor del niño, nervioso. Tong desconocía que, las noches anteriores, el perro había oído unos pasos amortiguados en el callejón que se habían detenido y luego habían continuado su camino. Oreja había dado un bote y había apoyado las patas delanteras en la valla para olisquear, pero sus últimas experiencias le habían enseñado a no dar la alarma. En ambas

ocasiones se había tratado de la misma persona, cuyo olor —a tierra, estiércol de caballo, pajar y trigo segado— le recordaba su pueblo natal. Igual que Tong y Oreja, el rondador nocturno provenía del campo, donde un día Oreja fue detrás de un gorrinillo chillón hasta tropezarse con la imponente mole de una cerda indiferente ante el apuro de su cría; y donde había ladrado muchas veces al vagón de la caballería, el mismo en el que iba sentado un buhonero que, con mano experimentada, giraba con brío un tambor chino cuyo pim-pam, pim-pam jamás lograban ahogar los ladridos de Oreja y sus compañeros. En los últimos seis meses,

el perro se había acostumbrado a los campesinos de las montañas, que traían con ellos el olor a nieve vieja y pinos ancestrales, a liebres recién despellejadas y setas acabadas de coger, un olor diferente al de su hogar en la llanura. El extraño noctámbulo inquietaba a Oreja.

Igual de preocupados estaban los miembros del ayuntamiento, la delegación de Río Turbio del Partido Comunista y otros funcionarios. El primer panfleto, una carta en la que se cuestionaba el segundo juicio de Gu Shan, no había causado demasiada agitación; lo habían considerado una simple molestia, gente insatisfecha con

su vida por la razón que fuera que se dedicaba a utilizar el cadáver de una mujer como excusa para armar jaleo. El alcalde decidió que lo mejor era esperar y solicitó un aumento de la vigilancia nocturna. Sin embargo, los nuevos guardias de seguridad, que patrullaban helados y hambrientos a altas horas de la noche, no consiguieron atrapar a las personas que habían repartido el segundo panfleto. El movimiento del muro de la democracia de Pekín había iniciado un nuevo capítulo de la historia nacional, según informaban los panfletos a la población de Río Turbio. ¿Por qué no les llegaban las noticias de lo que ocurría en la capital? ¿Por qué no

podían expresarse libremente sin ser sentenciados a muerte como Gu Shan?

Los únicos que tuvieron acceso a la noticia de las protestas fueron unos pocos funcionarios de alto rango, y la relación que se había establecido entre la ejecución de Gu Shan y la situación en Pekín parecía una conspiración siniestra, sobre todo cuando planeaba la incertidumbre sobre qué debía hacerse con el movimiento del muro de la democracia ya no solo en la capital de la provincia, sino también en Pekín. Estos veteranos de la política local leían y releían a diario las noticias sobre lo que ocurría en Pekín, recién llegadas por el servicio de teletipo clasificado.

Había dos bandos bien diferenciados, y ambos contaban con una representación significativa tanto en el gobierno central como entre los líderes del partido. ¿Eran los panfletos de Río Turbio consecuencia de un muro de la democracia levantado a más de mil kilómetros de allí? Además, ¿qué debían hacer?, ¿de qué lado debían ponerse? Estas cuestiones se las planteaba gente que jamás había tenido que preocuparse por la falta de comida, cama o trabajo. Los despachos se habían convertido en campos de minas donde cada uno tenía que guardarse las espaldas y definir y redefinir amigos, enemigos y camaleones que podían metamorfosearse

de amigos en enemigos y una vez más en amigos. Con su futuro y el de su familia en sus manos, esta gente andaba sonámbula de día y se estremecía de noche. ¿Qué iban a hacer con aquellos panfletos que solo traerían problemas?

Durante el tiempo de indecisión e incertidumbre, la nieve vieja y aburrida del invierno empezó a fundirse. El suelo ya no estaba tan duro y la tierra oscura rezumaba humedad al amanecer. Los sauces que flanqueaban ambas aceras de la calle principal lucieron un tono amarillento durante un par de días antes de que reverdecieran las yemas. Era el verdor más bello del año: limpio, fresco y lozano. Los niños de primaria cortaban



las puntas tiernas de las ramas de sauce, las vaciaban y convertían las vainas en flautas. Los pocos que tenían sentido musical tocaban melodías sencillas con aquellos instrumentos y hacían sonreír a las niñas de su edad.

El hielo del río armaba gran estruendo de noche, resistiéndose a la primavera, pero al amanecer su determinación se fundía con la llegada del día. Los niños de primaria, a pesar de las repetidas advertencias de padres y profesores, se montaban en las placas de hielo arrastradas por la corriente, con los pies plantados con toda la firmeza posible. Cuando las placas pasaban unas junto a otras, los niños intentaban

empujarse para tirar al agua al contrincante. A veces, cuando uno de ellos perdía el equilibrio y se zambullía en el río, los demás pateaban el hielo y aullaban como animales. El niño empapado esquivaba las placas de hielo, gateaba por la orilla y corría a casa, compartiendo las risas porque aquel fracaso no importaba, podía ocurrirle a cualquiera. Al día siguiente estaría entre los ganadores, riéndose del que hubiera caído. Era un juego, y no garantizaba victorias permanentes ni derrotas que duraran más de un día.

Los campesinos llegaban de las montañas y del otro lado del puente del Cruce con cestas de bambú llenas de

pollos y patos recién salidos del cascarón; la primera remesa de helechos comestibles recogidos por las manitas de unos niños, que cargaban a otros aún más pequeños a sus espaldas; y ciervos que no habían escapado a los perdigones de los cazadores y que llegaban despiezados: astas, piel, cecina y aquellas partes llamadas «*fustas de ciervo*» que, según decían, mejoraban el rendimiento de los hombres en sus «*asuntos de alcoba*».

También llegó abril, y con él el cada vez más próximo Ching Ming, la primera y anhelada festividad de la temporada, el día en que la gente llevaba a sus antepasados y a los familiares fallecidos

hacía poco rollitos humeantes pintados con grama de olor, vino de arroz recién hecho y otras ofrendas. Los habitantes de Río Turbio, inmigrantes en una ciudad de nueva construcción, estaban demasiado lejos de los cementerios o mausoleos de sus familias para ir a visitarlos, por lo que el Ching Ming se había convertido en una fiesta para los vivos además de para los muertos. Los comercios y los vendedores ambulantes preparaban paquetitos de velas e incienso, y también tinte verde comestible, ya que en Río Turbio no crecería la hierba de verdad hasta después de la celebración. Las mujeres compraban la mejor carne y preparaban

tajadas frías con las que darse un festín durante la comida campestre, y los hombres engrasaban y limpiaban las bicicletas para la salida primaveral anual. A pesar de que el consistorio municipal había anunciado una nueva medida política para eliminar el Ching Ming como fiesta oficial —cualquier tipo de comunicación con los muertos era superstición, algo impropio de la nueva era de reconstrucción del país tras la Revolución Cultural—, ese año la fiesta caía en domingo, por lo que la nueva disposición tendría un impacto mínimo entre los ciudadanos.

Los padres de Nini decidieron que ese año celebrarían el Ching Ming como una ocasión especial: necesitaban la bendición de sus antepasados más que nunca. No dudaban que sus difuntos, a los que apenas habían recordado los últimos años, habían sido adecuadamente honrados en su provincia natal por parientes más piadosos; sin embargo, nadie rechazaría una dádiva adicional. Los padres de Nini calculaban y discutían de noche el menú de la ofrenda a los antepasados, quienes, de sentirse complacidos, seguramente propiciarían una progenie masculina.

Nini no recordaba una preparación semejante para el nacimiento de ninguna de sus hermanas. Desde la ejecución de la hija de los Gu, sus padres veían la vida con más alegría. Su madre se movía con mayor precaución, protegiéndose la barriga con las manos. El padre solía tocarle el vientre de una manera que hacía estremecer de asco a Nini, aunque la niña no conseguía apartar la mirada de aquella mano de grandes nudillos sobre el cuerpo de su madre. Y seguía mirando hasta que uno de ellos, su madre por lo general, la pillaba y le encargaba alguna tarea. El padre había prohibido a su esposa que hiciera las faenas de la casa, incluso las

cajas de cerillas, que no resultaban trabajosas ni para las niñas. Todos los quehaceres que antes recaían sobre los hombros de la madre habían pasado a los de Nini y ahora, además de buscar el carbón y las verduras que nadie quería y hacer la compra, tenía que preparar tres comidas al día y encargarse de la colada de toda la familia. Nini les hizo ver que si tenían que esperar a que ella hiciera el desayuno cuando regresara de la estación con el carbón, llegarían tarde al trabajo y al colegio. A sus padres les sorprendió que la niña se atreviera a poner su decisión en entredicho, pero lo que dijo era cierto, así que tuvieron que reasignar aquella tarea a su segunda



hija, la cual odió a Nini más que nunca.

Salvo el bebé, el resto de las niñas percibía la importancia de aquel embarazo. La madre de Nini tenía náuseas y, dos veces al día, por la mañana y por la noche, vomitaba en un orinal, que Nini debía limpiar. Las hermanas segunda y tercera se apresuraban a preparar agua templada y una toalla limpia para su madre. Nini lo observaba todo con impotencia, asqueada por la intensidad del olor acre y amargo del embarazo de su madre que impregnaba sus vidas. Aunque ya hacía bastante calor para tener las ventanas abiertas, era como si aquel olor se adhiriera a todo lo que había en la

estancia, a las mantas y las almohadas de la cama de ladrillo, a lo que Nini cocinaba, a la colada tendida de un extremo a otro de la habitación, incluso a la piel de Nini. Sin embargo, sus otras dos hermanas no arrugaban la nariz cuando atendían a su madre y por eso su padre las elogiaba. Después de todo, decía el hombre, la educación las había convertido en seres humanos maduros y útiles. A pesar de que Nini era la mayor, añadía su madre, seguía siendo una atontada que no servía para nada. La niña soportaba todo aquello con una expresión inmutable, se mordía la parte interior de la mejilla y clavaba los ojos en una grieta del suelo, actitud que

exasperaba a su madre aún más; sin embargo, cuando la mujer buscaba algo con que zurrarla, una escoba o una regla, el padre la detenía. Le decía que no valía la pena intentar hacer entrar en razón a Nini, que ahora tenía que dedicarse a cuidar del bebé y que los enfados podían perjudicarlo.

La madre de Nini le hacía caso y le decía a la niña que fuera a enterrar la cabeza a otra parte para no tener que verla. En vez de hacerse la tonta, como solía, Nini fingía con descaro que buscaba un lugar donde esconderse en aquella pequeña y abarrotada estancia antes de coger a Sextita y enterrar el rostro en la suave barriguita del bebé.

Una noche Nini oyó a sus padres discutir en el otro extremo de la cama de ladrillo sobre si debían enviarla fuera unos meses, ya que, según la creencia popular, una mujer embarazada transmitía al bebé, de forma consciente, rasgos físicos de la gente que tenía alrededor. La madre no quería que el bebé heredara nada de Nini y preguntó si no habría algún lugar al que poder enviarla unos meses. El padre dijo que no lo había y, al cabo de un rato, la madre comentó:

—Si nos hubiéramos deshecho de ella cuando nació...

El padre de Nini suspiró.

—Es más fácil decirlo que hacerlo

—contestó el hombre—. Una vida es una vida, y nosotros no somos asesinos.

A Nini se le humedecieron y enrojecieron los ojos. Solo por aquello, cuando llegara el momento de tener que enterrar a sus padres, bañaría al hombre con agua caliente en vez de fría. Su padre nunca le dirigía más de tres frases al día, pero era un hombre callado y lo perdonaba. Sin embargo, aquel momento de ternura duró el tiempo que tardó en pronunciar la siguiente frase.

—Además, Nini nos hace de criada gratis.

Tranquilamente, Nini apagó el fuego y llenó la jofaina de agua helada.

Cuartita y Quintita, que hacía poco

habían formado una alianza y no participaban demasiado en lo que ocurría fuera de su mundo secreto, se daban la mano y observaban cada vez que su madre montaba el espectáculo matutino y vespertino de las náuseas. A Nini le resultaban menos molestas porque nunca se peleaban por la atención de sus padres: todavía no eran lo bastante mayores o tal vez obtenían todo lo que necesitaban la una de la otra. En alguna ocasión, a Nini se le había ocurrido estrechar lazos con ellas, pero sus hermanas no parecían demasiado interesadas en el asunto y sus miradas inquisitivas clavadas en el rostro de Nini le recordaban que jamás sería tan

guapa como ellas. Por entonces ya era evidente que ambas serían las bellezas de la familia.

Sin embargo, todo aquello —la poca paciencia de sus padres con ella, las conspiraciones de sus dos hermanas mayores para que la castigaran y la indiferencia de Cuartita y Quintita— le fastidiaba mucho menos ahora que contaba con Bashi. Sin que nadie lo supiera, Nini exploraba su poder: añadía una pizca más de sal de la necesaria al guisado o media taza más de agua al arroz; empapaba la ropa interior de sus padres en agua jabonosa y luego la escurría y la tendía sin enjuagarla primero; escupía en los

pañuelos rojos de Jóvenes Pioneras de sus hermanas y frotaba los pañales orinados del bebé contra las camisas de su madre. Hasta el momento nadie se había percatado de aquellos sabotajes, aunque cuando cometía los actos más audaces casi deseaba que la descubrieran. Si sus padres la echaban de casa a patadas se mudaría a la de Bashi, que estaba en la otra punta de la ciudad, tal vez a menos de treinta minutos a pie de allí, pero a un mundo de distancia, liberada de su vida de prisionera.

No obstante, las nuevas tareas del hogar le impedían pasar más tiempo con Bashi durante el día. Aparte de



proveerlos de carbón y verduras, el joven no tenía poderes para conseguir que la comida se preparara sola o que la colada, la estufa y sus hermanas se atendieran solas a ellas mismas sin su ayuda. Bashi se ofreció a ir a casa de Nini para hacerle compañía cuando sus padres se fueran a trabajar. Ella sopesó la idea, seductora y emocionante, pero enseguida rechazó la oferta. Sus padres no tardarían en enterarse de las visitas de Bashi; si tío era por los vecinos, sería por sus hermanas, y la echarían sin pensárselo dos veces. Además, a pesar de las ilusiones que se había hecho, ¿podía confiar plenamente en Bashi? Nini decidió darle un poco más de

tiempo.

Aquel ratito, casi de madrugada, acabó convirtiéndose en el momento más feliz del día. Bashi siempre tenía algún manjar preparado cuando ella llegaba, a las seis en punto: salchichas, tofu frito, cacahuets tostados, gelatina de sangre de cerdo, todo comprado en el mercado el día anterior y en mayor cantidad de lo que podían comer. Nini encendía el fuego —Bashi era incapaz de realizar una tarea tan sencilla él solo, pero después de todo era un hombre, por lo que se le perdonaba aquel pequeño defecto— y mientras ella preparaba en la cocina las gachas que acompañaban el festín matutino, Bashi pelaba peras

heladas a su lado. La carne de las peras era de un color marrón oscuro poco apetecible, pero cuando el joven las cortaba en finas rodajas y se las daba de comer a Nini le sorprendía el sabor fresco y dulce. La fría sensación en la boca y el calor que desprendía la cocina la hacían estremecerse de extraña alegría. A veces el dedo de Bashi se demoraba en los labios de Nini después de que la rodaja de pera hubiera desaparecido. Nini abría la boca y fingía que iba a morderlo, ante lo que él se echaba a reír y retiraba la mano rápidamente.

—El viejo Hua dice que ha llegado el momento de enterrar a mi abuela —

comentó Bashi la mañana anterior al Ching Ming, entre rodajas de pera helada.

—¿Cuándo? —preguntó Nini.

—Mañana. Creen que es el momento idóneo por ser el día que es.

Nini pensó que, por lo visto, todo el mundo tenía planeado algo importante para el Ching Ming. Su padre había alquilado un taxi a pedales para ese día, un lujo que a duras penas podían permitirse. Cuartita, Quintita y una cesta de ofrendas enorme irían con su madre, mientras que las dos niñas mayores y el padre lo harían a pie. Nini y el bebé tendrían que quedarse en casa porque ninguna de las dos podría seguirles el

paso a los demás. A Nini le costó ocultar su decepción; era la única comida campestre que su familia había planeado jamás, y soñaba con ir a la montaña, que nunca había pisado, aunque eso significara tener que aguantar a su familia todo el día.

—¿Dónde vas a enterrarla? — preguntó a Bashi.

—Junto a mi abuelo y mi *baba*. El viejo Hua dijo que hoy se pasaría por allí para asegurarse de que todo estuviera listo.

—No sabía que Río Turbio fuera tu ciudad natal.

—Muy cerca de aquí. Mi abuelo era recolector de ginseng: decía que los

mejores eran los que crecían en forma de cuerpo de mujer.

—Qué tontería.

—Chist. No digas eso de un muerto —le advirtió Bashi—. Los espíritus oyen. —Nini se estremeció—. Además, es verdad. Algunas raíces de ginseng se convierten en mujeres —insistió el joven.

Metió la última rodaja de pera en la boca de Nini y le dijo que esperara. No tardó en salir del dormitorio con una caja envuelta en seda roja, que abrió para la niña. Dentro había una raíz de ginseng, dispuesta sobre un trozo de seda de color marfil.

—Mira, la cabeza, los brazos y las

piernas. El pelo largo —dijo Bashi pasando los dedos por la raíz, la cual, para asombro de Nini, se parecía a un cuerpo de mujer desnudo—. Es bonita, ¿verdad? Es la mejor de todas las que recolectó mi abuelo. Si la hubiera vendido, habría podido comprar siete concubinas sin problemas, pero no quiso separarse de ella porque creía que era una diosa de ginseng. Cuando vino el ejército, mi abuela y él le rezaron a la diosa para que no se llevaran a mi padre, pero es evidente que los defraudó.

—¿No habías dicho que fue un héroe de guerra?

—Eso del héroe de guerra es una

tontería. ¿Sabes cómo lo reclutaron? Llegaron al pueblo de mi padre y dijeron que invitarían a todos los jóvenes a comer a una casa. En fin, si alguien te invita a comer apuntándote con una pistola en la cabeza, vas. Así que mi padre se presentó junto a otros jóvenes. Les sirvieron una buena comida y luego los invitaron a sentarse en una gran cama de ladrillo. Un soldado mantenía el fuego vivo bajo el lecho, añadiendo un leño detrás de otro hasta que al cabo de poco la cama casi ardía. Como si fuera una barbacoa. En ese momento el oficial dijo: *«Jóvenes, somos el Ejército de Liberación del Pueblo y luchamos por la gente.»*



*Pensadlo. Si estáis interesados en nuestra causa, bajad de la cama y obtendréis la gloria junto a nosotros».*

Nadie se movió. Por descontado, todos los padres habían advertido a sus hijos que no se alistaran, que el ejército comunista no reclutaría a nadie a punta de pistola, como lo había hecho el nacionalista. Y sí, es cierto, el oficial estaba siendo muy educado. Le pidió al joven soldado que siguiera subiendo la temperatura de la cama de ladrillo para los invitados, y había un ordenanza que no hacía más que llevarles té caliente y hojas de tabaco para las pipas. En fin, ¿tú qué habrías hecho? ¿Te habrías movido o te habrías quedado en la cama

hasta achicharrarte el trasero? Al cabo de un buen rato, mi padre ya no pudo soportar más el calor y bajó de la cama. Fue el primero, por lo que le concedieron un rango mayor que a sus compañeros, y luego lo enviaron a aprender a pilotar aviones de combate. Los demás acabaron de soldados rasos y ordenanzas.

—Entonces, ¿se alistaron todos?

—Todos salvo uno: el mejor amigo de mi padre. Acabó con el culo quemado de tal manera que lo llamaron Culo Caliente el resto de su vida. — Nini sonrió. Bashi solía contarle historias y ella jamás conseguía adivinar qué parte era cierta y qué parte se

inventaba—. ¿Qué pasa? ¿No me crees? ¿Pregúntale a quien quieras del pueblo de mi padre! Decían que mi padre fue más listo que los demás porque se levantó de la cama el primero y obtuvo la mejor promoción, pero ¿de qué le sirvió? Por otro lado, Culo Caliente tampoco acabó mucho mejor. Fue ejecutado por sabotaje en el cincuenta y nueve. Mi padre y él murieron con un mes de diferencia. Decían que el espíritu de su amigo había llamado a mi padre. ¿Qué te dice eso? —Nini negó con la cabeza—. Que todos acabamos en el mismo lugar.

Nini intentó imaginar a la abuela de Bashi, con el cuerpo marchito como una

raíz de ginseng y su espíritu suspendido en el aire, escuchándolos a hurtadillas. Sirvió las gachas en una escudilla.

—Toma, come y calla —le dijo a Bashi.

El espíritu de la anciana no se ofendería si veía que alguien se ocupaba de su nieto.

Se sentaron y comieron.

—Mi familia irá mañana a la montaña —anunció Nini al cabo de unos minutos de silencio.

—¿Por qué? Tu familia no tiene antepasados enterrados aquí —replicó Bashi—. Desde la montaña no podrán enviarles las ofrendas por teletipo.

—Solo es una excusa para gastar

dinero e ir a la montaña a pasarlo bien.

—Como cualquier otra familia. ¿Tú vas a ir?

—¿Yo? El sol tendría que salir por el oeste para que me llevaran.

Bashi asintió con la cabeza y dejó los palillos mirando a Nini con una sonrisa elocuente.

—Así que estarás en casa y... sola.

—Con la pequeña.

—Que se duerme en cualquier parte, ¿no? —dijo Bashi.

A Nini le dio un vuelco el corazón.

—Pero si tienes que enterrar a tu abuela.

—¿Crees que le importará si no voy?

—Sí —contestó Nini—, no la decepciones.

—Puede que caiga enfermo y esté indispuesto para ir al entierro.

Nini sonrió. Le halagó saber que el espíritu de la anciana no podía competir con ella. Por pudor y precaución, le sugirió a Bashi que ofreciera mucho dinero falso, como dictaba la tradición, para que el espíritu de la anciana no se ofendiera, y él convino en que era una buena idea. Cuantos más planes hacían, más convencida estaba de que aquella era la gran oportunidad de atar corto el corazón de Bashi, para evitar que ninguna otra chica lo llevara por el mal camino.

—¿Qué tal te va con el perro del viejo Kwen? —preguntó Nini.

La muchacha no creía ni una sola palabra de lo que le contaba sobre el perro, pero al joven le complacía ver que Nini hablaba de ello como si se tratara de algo importante.

Bashi contestó que iba bien. Había estado alimentándolo con jamón y filetes empapados en un licor fuerte y ahora era amigo suyo. ¿Qué otra cosa podía imaginar un perro con un dueño como Kwen? Sonriente, añadió que estaba listo para probar el veneno cualquier día. Nini lo escuchaba con desgana, concentrada en la comida.

—Claro que el esfuerzo tiene sus

recompensas —siguió diciendo Bashi—. Mientras estaba trabajando con el perro de Kwen, he descubierto algo interesante. ¿Sabes esa mujer cuyo cuerpo no viste? Hay gente en la ciudad que está intentando organizar una protesta en su nombre.

A Nini le cayó un trozo de gelatina de sangre de cerdo en las gachas que le había resbalado de los palillos.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿No está muerta?

—Si quieres saber mi opinión, la gente pierde el norte sin motivo —dijo Bashi—. ¿Has visto los panfletos que corren por la ciudad?

Nini contestó que se había fijado y



luego recordó que había oído conversar a sus padres sobre aquel asunto en la cama, entre susurros. Una vez su padre dijo que utilizar a un muerto como arma era un truco muy usado que no llevaría a los alborotadores a ninguna parte. En otra ocasión, el hombre mencionó que la familia de Nini ya había obtenido la victoria y la justicia que se merecía. La madre siempre maldecía con la inquina habitual.

—¿Quién es esa gente? —preguntó Nini.

—Pertenece a un grupo secreto que sale de noche con collares de calaveras blancas.

Nini se estremeció, aunque sabía que

Bashi seguramente exageraba, como de costumbre.

—¿Por qué se preocupan tanto por esa mujer?

Bashi se encogió de hombros.

—Tal vez el espíritu de la muerta ha regresado y, por medio de brujerías, los tiene dominados y trabajan para ella.

—Eso no son más que tonterías —respondió Nini con voz temblorosa.

—¿Por qué si no iba esa gente a comportarse como idiotas?

Nini pensó en la señora Gu, en su antigua amabilidad y en el repentino cambio de actitud de la anciana. La semana anterior la muchacha se había detenido varias veces delante de la

puerta de su casa, pero ni la señora Gu ni su esposo habían salido a saludarla. Tal vez el espíritu de la hija también hubiera embrujado a la señora Gu para convertirla en una mujer poco razonable.

—Esa vieja —dijo Nini con resentimiento—. Me odia.

—¿Quién?

—La madre de la mujer ejecutada.

—¿Qué tienes tú que ver con ella?

—Y yo qué sé —contestó Nini—.

Todo el mundo me odia.

—Yo no —replicó Bashi—. A mí me gustas.

—Eso es lo que dices ahora —repuso Nini—. ¿Quién sabe cuándo cambiarás de opinión?

Bashi le juró que eso no ocurriría nunca, pero Nini ya no tenía ganas de seguir escuchándolo. De repente la muchacha dijo que tenía que irse y, antes de que Bashi pudiera protestar, fue a la cocina para coger el carbón que le correspondía. El joven se rascó la cabeza y le suplicó que le dijera en qué la había ofendido. Nini pensó que era ridículo que Bashi necesitara tenerla complacida a todas horas. Si quería una sonrisa, ella se la daría, pero le halagaba el modo en que el joven se angustiaba, como «*una hormiga en una sartén al fuego*». Le dijo que volvería al día siguiente, después de que sus padres y sus hermanas se hubieran ido.

—Entonces podrás demostrármelo —añadió, y se fue sin darle la oportunidad de defenderse.

El maestro Gu pasó dos semanas en el hospital municipal y fue dado de alta la víspera del Ching Ming junto a otros pacientes que habían solicitado volver a casa para la festividad. La mano izquierda se había recuperado bien y, a pesar de la escasa movilidad de la pierna de ese lado, podía caminar apoyado en un bastón, aunque poco a poco. La señora Gu había alquilado un taxi a pedales y, en el corto trayecto del hospital a casa, el hombre se fijó en que

varias personas se detenían al verlos pasar. Algunos los saludaban con un gesto de la cabeza e incluso hubo uno que levantó la mano antes de disimular y rascarse la cabeza, como si le avergonzara lo que acababa de hacer. La señora Gu les devolvía el saludo, también de manera furtiva, aunque nada de aquello escapó a la atención del maestro Gu. El hombre tiró de la manta, que se le escurría de las piernas, y su esposa se agachó sobresaltada, como si despertara de sus ensoñaciones, para volver a colocársela.

—Debes de tener frío, así descalzo —comentó la mujer. Se quitó los guantes, metió las manos por debajo de

la manta y le cogió los pies. El hombre sintió las manos cálidas a través de los calcetines—. El médico dijo que no te pusieras botas para no obstaculizar la circulación —dijo como si intentara calmar a un niño—. Pronto llegaremos a casa.

El maestro Gu se miró los pies, envueltos en la vieja manta de lana con un par de aves fénix dibujados cuyos colores, rojos y dorados, empezaban a desvaírse. Se la había regalado su primera mujer el día que él había emprendido el viaje hacia Río Turbio, en aquellos momentos una ciudad pequeña y poco urbanizada, perfecta para su exilio. La manta, de colores

chillones, era un insulto a su gusto y recordaba habérsela arrojado a la mujer que había decidido dejar de ser su esposa. Ella la había recogido, había vuelto a colocársela en la maleta y le había dicho que había llegado el momento de creer en algo menos filosófico, que era un error seguir absortos en su intelectualismo.

*Vete a cortejar a ese proletariado inculto que es tu amo y señor,* le respondió él, azuzado por la rabia y la autocompasión. Sin embargo, más tarde, cuando se tranquilizó, empezó a dar vueltas a las palabras de su ex mujer. Ella siempre había sido la sensata, la que había escogido el bando ganador



incluso antes de que la guerra civil se decantara hacia uno u otro lado. Él, por el contrario, era el perfecto soñador que vivió en una torre de marfil hasta que lo abofetearon con una orden de desahucio.

Había llegado el momento de abandonar su intelectualismo. Cuando el maestro Gu se estableció en Río Turbio, recordó aquellas palabras y decidió impartir clases nocturnas a mujeres analfabetas. En su progreso veía su propio mérito, aunque no como intelectual, sino como la hormiga trabajadora que arranca diminutos granos de arena de la montaña que se alza entre el pueblo y una sociedad culta y civilizada. Sacó la manta la noche de

bodas con su segunda mujer y le dijo a su flamante esposa que era un regalo de una vieja amiga. Un regalo bastante caro, ya que una manta de lana seguía siendo un artículo poco visto en las ciudades de provincias. A su mujer le encantó y los primeros años la atesoró con gran cariño. Solo la utilizaba en ocasiones especiales, en fiestas, aniversarios y el primer mes de cada año. Sin embargo, igual que todo lo que se ama al principio del matrimonio, la manta perdió importancia con los años y ahora la utilizaban por motivos prácticos. Era una manta de gran calidad, ideal para el largo y severo invierno de Río Turbio, que duraba seis

meses.

El taxi a pedales se detuvo al llegar al callejón. Era demasiado ancho para pasar por la puerta del patio de los Gu. El maestro Gu se acercó renqueando hasta la casa mientras su mujer contaba los billetes para pagar al conductor. Varios pollos se hicieron a un lado y se quedaron mirando al anciano, que reconoció a sus dos gallinas entre el grupo. Abrió la cancela y vio una ordenada pila de leña cortada. Una mujer joven oyó sus pasos y salió de la casa para anunciarles que volvían justo a tiempo para comer.

El maestro Gu se la quedó mirando. Todavía no había cumplido los treinta y

el lacio cabello le llegaba hasta los hombros y le ocultaba la nuca, aunque lo llevaba apartado hacia un lado con un pasador. Vestía una chaqueta mao de color gris y unos pantalones de un tono más oscuro. A primera vista, tenía el aspecto típico de una joven esposa: una apariencia neutra, justo lo que se esperaba de una mujer casada, que no revelara ni un ápice de su feminidad y su belleza a los extraños. Sin embargo, la punta de un pañuelo de gasa de color melocotón asomaba por el cuello de la chaqueta mao, tal vez de forma deliberada. El maestro Gu se fijó en aquel detalle. Su primera mujer llevaba una bata de seda del mismo tono la

noche de su boda. El color naranja melocotón era su favorito.

La mujer sonrió. Tenía unos dientes muy blancos y rectos.

—¿Cómo se encuentra, maestro Gu?

El hombre no contestó. La joven era mucho más guapa de lo que ella intentaba aparentar.

—¿Quién es usted? —preguntó él con un tono muy poco amistoso.

—Es Kai —intervino la señora Gu cruzando la cancela—. Es la que lee las noticias.

—Ah, claro, es usted —dijo el maestro Gu.

Era imposible olvidar su voz, que podía compararse sin esfuerzo a un

soleado cielo otoñal, a un arroyo claro en primavera o a cualquier otro símil vacío de los que se usaban para describir a otras locutoras, tanto de las emisoras centrales como de las provinciales, todas bien escogidas por poseer una voz carente de rasgos distintivos. El maestro Gu pensó que debía de ser triste convertirse en alguien fácilmente reemplazable por otra voz perfecta, casi idéntica. Qué trabajo tan tedioso pronunciar las palabras de otros un día sí y otro también. Aunque ¿con qué derecho la compadecía? Por lo que sabía, tal vez a la joven le complaciera la fama que aquel trabajo le reportaba.

—Tiene una voz bonita —dijo el

maestro Gu—. Perfecta para ser la «garganta y lengua» del partido.

Se hizo un breve silencio, tras el que Kai asintió, vacilante. La señora Gu los miró, nerviosa, y cogió a su marido por el brazo.

—Debes de estar cansado. ¿Por qué no comes algo y duermes un poco?

Intentó que entrara en casa, medio sirviéndole de apoyo y tirando de él. El hombre agitó el brazo, con más fuerza de la que habría pretendido, para zafarse.

Kai llevó una cazuela de pollo guisado a la mesa y preguntó al maestro Gu qué tal había ido el viaje hasta casa. El hombre no contestó. No le apetecían las conversaciones intrascendentes, ni

con su esposa ni con una extraña. Durante las dos semanas que pasó postrado en la cama del hospital, había hablado mucho con su primera esposa, incluso discutido, aunque ocasionalmente le daba la razón. No quería que nadie los interrumpiera.

La señora Gu se disculpó ante Kai en voz baja y le dijo que el viaje debía de haberlo agotado. Kai le aseguró que no pasaba nada y que, de todos modos, tenía que irse para encargarse de algunas cosas. El maestro Gu intentó volver a perderse en sus obsesiones, pero la joven lo distraía. Levantó la vista y la miró fijamente.

—La tuve de alumna, ¿verdad? —



dijo de pronto, sorprendiendo a ambas.

—Kai no se crió en Río Turbio — contestó la señora Gu, y le explicó que la joven se había hecho locutora después de dejar la escuela de teatro de la capital de la provincia.

Mientras el maestro Gu seguía con la mirada clavada en Kai, su esposa dijo que iba a hacerle la cama por si quería descansar antes de comer.

El hombre había impartido clases a cientos de estudiantes en los últimos treinta años, y aunque hacía poco que había empezado a mezclar los nombres con los rostros, como cualquier persona mayor, cuanto más olvidadizo se volvía, con mayor precisión recordaba sucesos

de su juventud.

—Usted estudió conmigo —insistió el maestro Gu.

Kai pareció azorarse.

—Fui a su clase de primero durante dos meses antes de mudarme —confesó Kai.

—¿En qué año fue eso?

—En 1960.

El maestro Gu entrecerró los ojos y calculó.

—No, fue en 1959. Estaba en la misma clase que Shan.

La señora Gu se volvió hacia Kai, que parecía afligida, y se hizo un momentáneo silencio. El maestro Gu intentó recordar más cosas sobre Kai,

pero lo único que le venía a la mente era Shan, en su clase de primero de 1959, una niña esquelética, con dos pequeñas coletas cuyos extremos amarilleaban como la hierba chamuscada, otra niña desnutrida entre las criaturas famélicas por una hambruna que todavía había de durar tres años más antes de liberar a la nación de su yugo.

La señora Gu fue la primera en recuperarse. Sirvió un poco de pollo en una escudilla.

—Kai ha traído el pollo y las castañas —dijo.

—¿Por qué cambió de colegio? —preguntó el maestro Gu.

—Salí elegida y me enviaron a la

escuela infantil de teatro —contestó Kai.

El maestro Gu resopló.

—Supongo que entonces estuvo bien alimentada, siendo una de las escogidas —dijo.

Había algo en aquella joven que lo irritaba: la voz; que tuviera la misma edad que Shan, aunque con un trabajo seguro y una vida regalada; aquella intrusión en su hogar; que le hubiera mentado a su mujer asegurándole que no conocía a Shan... Su hija, con siete años, lo miraba con ojos suplicantes cuando él dividía la escasa comida que había apartado de su propia ración para los niños de familias más numerosas, que estaban más hambrientos que ella.

Con el paso de los años, aquellos niños se convertirían en jóvenes muy peligrosos, con una mente tan vacía y ávidamente receptiva como sus estómagos, que acabarían devorando cualquier cosa que les sirviera de alimento, buena, mala y peor.

—¿Ha pasado hambre alguna vez?  
—le preguntó sin disimular su antipatía.

—Aquel que está en tu casa es tu invitado —recitó la señora Gu. El hombre captó el tono reprobatorio—. No estás siendo un buen anfitrión.

—El maestro Gu debe de estar cansado —intervino Kai—. Volveré más tarde para hablar con él.

El hombre no les contestó; se

levantó de la silla como pudo y se dirigió al dormitorio. La estufa ardía con fuerza y de repente se sintió extenuado por el ambiente caldeado. Oyó que su esposa se disculpaba ante Kai y que esta respondía que no se preocupara, que lo entendía y que no, que no importaba. No tardó en abstraerse de la conversación. El maestro Gu miró el reloj de la pared y se preguntó cuánto tardaría su esposa en acordarse de su marido enfermo, demasiado acalorado e incómodo junto a una estufa ardiendo al rojo vivo un día primaveral.

El maestro Gu contó siete minutos antes de que la señora Gu entrara con la

escudilla intacta.

—Deberías comer algo.

—¿Dónde está esa mujer? —  
preguntó él.

—Se llama Kai —replicó la señora Gu. El hombre se incorporó penosamente y le sorprendió que su esposa no corriera a ayudarlo—. Has sido muy antipático con ella, como si te debiera algo.

—Nos ha mentado. ¿Por qué ha venido? —quiso saber el maestro Gu—. Es una de las herramientas políticas del gobierno. ¿Qué quiere de nosotros?

Su mujer se lo quedó mirando con una socarronería que le recordó a su rebelde hija diez años atrás.

—¿No les enseñabas a tus alumnos a usar la cabeza y a no sacar conclusiones precipitadas?

De modo que, ¿para eso volvía a casa, para tener que aguantar a una mujer desagradable que no hacía más que cuestionar todo lo que él decía?

—¿Cuánto tiempo tienes pensado seguir comportándote como alguien a quien no creo que hubiera tenido el placer de conocer antes de ir al hospital? ¿Acaso no merezco una explicación? —preguntó alzando la voz.

—Los médicos dijeron que no te convenía alterarte —respondió ella.

—No hay persona menos alterada que un muerto.



La mujer dejó la escudilla sobre un taburete que había junto a la cama. El hombre pensaba que su esposa iba a sentarse en el taburete y a darle de comer, pero al ver que no lo hacía, intentó alcanzar la cuchara, aunque no tenía hambre.

—Hay algo que deberías saber. No te lo habíamos dicho antes porque creímos que era más importante que primero te recuperaras —dijo la señora Gu.

—¿De quiénes estás hablando?

—De Kai, de mí y de sus amigos. Estamos movilizándolo a la gente para presentar una petición en nombre de Shan.

El cambio que apreció en su mujer —la mirada que ya no dirigía al suelo cuando hablaba, la clara aparición de palabras nuevas en su vocabulario— inquietó al maestro Gu. Durante los casi treinta años que habían sido ciudadanos de segunda, y en especial los diez que Shan había estado encarcelada, ellos, como pareja, se habían recluido en un capullo tejido por los dos, un caparazón muy fino y claustrofóbico que les reportaba su único consuelo. A veces era difícil adivinar dónde acababa uno y empezaba el otro. Eran los dos peces que habían escogido vivir el resto de sus días en el mismo charco somero. ¿Acaso todo eso había sido producto de su

imaginación? ¿Quién era aquella mujer que confiaba en unos jóvenes desconocidos para llevar adelante una idea alocada y sin sentido sobre una protesta que no cambiaría el destino de su hija? La sensación de estar precipitándose a un pozo sin fondo y sin posibilidad de agarrarse a nada, la misma que había experimentado durante el ataque, le dificultó la respiración.

—Pensé que ya era hora de que lo supieras —dijo la señora Gu—. No se habla de otra cosa.

—Te has convertido en la estrella del momento.

La señora Gu pasó por alto el comentario.

—No te imaginas la cantidad de personas que nos apoyan. La gente tiene miedo, pero eso no significa que no les importe. Solo hay que encontrarla.

El maestro Gu miró a su esposa. La mujer tenía las mejillas arreboladas, y los ojos, dos profundos pozos de agua que se habían secado con los años, estaban clavados en un punto lejano tras él con un brillo inusual. A pesar de la estufa encendida, el hombre sintió que el frío le calaba los huesos. Era una enfermedad: aquella pasión por la política, por «*movilizar*» a las masas como si fueran granos de arena que pudieran unirse con facilidad gracias a un hechizo mágico para formar una torre,

era una enfermedad mortal. Se había cobrado la vida de su hija y ahora echaba y ceñía el lazo sobre la persona menos pensada, sobre su mujer, una anciana sencilla y obediente.

—¿Qué es lo que queréis? — preguntó al final—. Shan ya no está.

—Queremos que el gobierno reconozca su error. Shan era inocente. No debería castigarse a nadie por sus creencias. No está bien y ha llegado el momento de enmendar el error.

Aquel discurso no era de su mujer, sino seguramente de Kai, esa joven cuyo trabajo consistía en leer en voz alta palabras vacías y grandilocuentes creadas para deslumbrar a los afligidos.

—Shan está muerta —insistió el maestro Gu—. Hagáis lo que hagáis, no le devolveréis la vida.

—No luchamos por su vida, sino por la justicia que se merece —respondió la señora Gu.

Qué mujer tan, tan tonta, parloteando como un loro y exponiendo el cuerpo de su hija como una ofrenda pública a cambio de una promesa vacía. Mujeres de lógica tambaleante y mente ávida, mujeres que se dejaban cegar por palabras pomposas y que permitían que otros les lavaran y rellenaran el cerebro. ¿Acaso era su destino tener que enfrentarse una y otra vez a aquel enemigo? Primero una esposa tan

entregada al comunismo que hubo que romper el matrimonio, luego una hija y ahora la única mujer que quedaba en su vida, quien además había sido inmune a dicha enfermedad la mayor parte de su vida. Se la quedó mirando.

—¿Cuánto tiempo tardaron en convertirme en una heroína? —le preguntó fríamente—. Cinco segundos, supongo.

La señora Gu respondió con voz calmada que, como él, también había tenido sus dudas, pero que no debían perder la esperanza de que se produjera un cambio. No podían permitir que el sacrificio de su hija no sirviera de nada.

El maestro Gu iba a recordarle que

su hija había muerto por estupidez, por confiar siempre en las personas equivocadas; sin embargo, al final se limitó a decirle que olvidara lo que estaba haciendo.

—No voy a permitirlo —aseguró—. Te prohíbo, a ti y a quien sea, que uséis el nombre de Shan como excusa para ganar algo.

La señora Gu lo miró atónita y, tras una larga pausa, le sonrió.

—Maestro Gu, ¿no fuiste tú quien me enseñó hace muchos años que las mujeres ya no eran ni esclavas ni vasallas de los hombres? ¿Y que lo que no nos daban los hombres debíamos conseguirlo nosotras por nuestros



propios medios?

El maestro Gu miró a su esposa, tembloroso. Las mentiras que se había visto obligado a enseñar hacía muchos años habían regresado para rendir cuentas y dejarlo como un patán. Iba a lanzar la escudilla contra la pared o a tirarla contra el duro suelo de cemento para ver cómo la porcelana se hacía añicos y el guiso, caliente y aceitoso, lo salpicaba todo, pero ¿acaso eso no lo rebajaría al nivel de los hombres sin lógica ni educación? La decepción y el cansancio sustituyeron a la ira, desbordante hacía apenas unos instantes. Miró a su esposa con un esbozo de sonrisa.

—Claro, ahora vivimos en la era comunista —dijo—. Perdona la confusión de este viejo, camarada.

¿Quién podía imaginar que Nini cogería un berrinche y le exigiría una demostración de fidelidad? Una rosa de tallo espinoso valía las molestias y el sufrimiento, pero ¿y una flor silvestre junto al camino que se consideraba una rosa y a la que le crecían molestas espinas? Bashi ahogó una risita. Tal vez tendría que vigilar el temperamento de Nini y asegurarse de que la muchacha no se convertía en una de esas viejas y gruñonas arpías del mercado. Estaba

contemplando a una joven enfermera, recién salida del turno de noche, que intentaba arreglarse el cabello con los dedos delante del escaparate de una tienda. No parecía gustarle cómo le quedaba. Se acercó a ella y sacó una bolsa de golosinas que siempre llevaba encima por si encontraba alguna jovencita con quien iniciar una conversación.

—Te queda muy bien —dijo—. ¿Quieres un caramelo?

La joven estudió a Bashi con una mirada fría.

—Vete a casa y mírate en el espejo —contestó.

—¿Por qué? No necesito ningún

espejo para saber qué pinta tengo — respondió Bashi—. Eres tú quien se ahueca las plumas en la calle.

—Menuda suerte encontrarse con un sapo de buena mañana —le comentó la mujer a un gato que pasaba tranquilamente por allí, antes de alejarse deprisa, sin dejar de retocarse el cabello.

¿Quién se creía que era, un cisne disfrazado? Bashi miró su reflejo en el escaparate: un joven presentable con chaqueta nueva. Tres adolescentes, con la cabeza rapada y gafas de sol, se detuvieron junto a él.

—Eh, Bashi, ¿para qué quieres tú una chaqueta como esa?

Bashi intentó mirarlos a los ojos, pero solo se vio a sí mismo repetido seis veces en las lentes oscuras. No conocía a aquellos chicos y, gracias a unos cuantos encuentros desafortunados con las bandas recién aparecidas en Río Turbio, había aprendido a no llamar su atención.

—Bonitas gafas de sol —dijo dándose unas palmaditas en el bolsillo en busca del paquete de tabaco que llevaba para momentos como ese. Los chicos aceptaron los cigarrillos que Bashi les lanzó.

—¿Nos la prestas por hoy? —preguntó el más joven, con una amplia sonrisa.

—Claro —contestó Bashi—, no hay nada que no comparta con mis hermanos.

Se quitó la chaqueta y se estremeció al sentir la brisa matutina. Los chicos saludaron con la cabeza y siguieron su camino mientras el más joven se probaba la chaqueta para que los demás le dijeran qué tal le quedaba.

Menuda gentuza está generando esta ciudad, pensó Bashi tanteando un fajo de billetes que llevaba en un bolsillo del pantalón; había tenido el acierto de no llevar nada de dinero en la chaqueta. Entró en un comercio no lejos de allí y pidió una bolsita de semillas de girasol. Al salir del establecimiento se llevó varias a la boca y las masticó hasta

convertirlas en una masa incomible, imaginando a toda la gente antipática que estaba machacando entre las muelas. Solo recibía el respeto que se merecía de Nini, pero ¿qué le daba él a cambio, además de unos cuantos cestos de carbón y verduras? Ella tenía razón al ponerlo a prueba. «*Dime quién te hace infeliz*», se imaginó diciéndole a la mañana siguiente, en cuanto llegara. «*Dime quiénes son y también se convertirán en enemigos de Lu Bashi. No permitiré que vivan felices.*» Empezaría por la madre de la mujer ejecutada, que odiaba a Nini.

Bashi vio a Oreja en la entrada del callejón.

—Hola, amigo —lo saludó llevándose una mano al bolsillo. Oreja meneó el rabo—. Ven —lo llamó con dulzura—. ¿Cómo estás? ¿Andabas buscándome? Justo ahora pensaba en ti.

El perro se acercó y restregó el cuello contra la pierna de Bashi. El joven pensó que era un chucho muy estúpido; sacó la mano del bolsillo y dio una palmada.

—Lo siento, hoy no llevo nada para ti. Verás, tengo que hacer unos recados.

El perro dio vueltas a su alrededor unos momentos y luego se alejó corriendo. Bashi estaba satisfecho. La reciente amistad con Orejase derivaba del plan que tenía para el perro de



Kwen. No había necesitado ni mucho jamón ni demasiado tiempo para ganarse el corazón de Oreja, además, ¿qué perro rechazaría un trozo de carne? Después de todo, un perro era un perro, un animal incapaz de competir con el intelecto de un hombre.

Bashi entró en una tienda que tenía una placa de madera negra en la que se leía «*Larga Vida*» en caracteres dorados. Junto al mostrador había una anciana que le tendía varios billetes arrugados a la dueña del establecimiento.

—Abuela, ¿qué está comprando? —preguntó Bashi.

La anciana le preguntó si no había

oído hablar de la curandera de Villa del Este que había descubierto un nuevo modo de comunicarse con los muertos. Acababa de visitarla y la mujer le había dicho de parte de su esposo que en la otra vida no le llegaba el dinero para alcohol.

—Vaya, ¿y creyó a su marido? — preguntó Bashi. Miró el dinero que había encima del mostrador; era evidente que el hombre no iba a emborracharse con aquella triste cantidad—. ¿Y si utiliza el dinero para pagarse una mujer?

La anciana masculló entre dientes que a su marido nunca le habían interesado las mujeres y que había

vivido por y para el alcohol, lo que también lo había llevado a la tumba. Bashi pensó en aquella manera tan absurda de morir antes de conocer la verdadera dicha de vivir, y negó con la cabeza, incrédulo.

—Qué lástima —dijo—. ¿Qué tendrá de bueno la bebida?

—Dices eso porque no la has probado —dijo la tendera, una mujer de mediana edad que acababa de hacerse la permanente—. El alcohol y la belleza de una mujer siempre van de la mano, ¿sabes por qué, hermano? Porque lo que más aprecian los hombres son la bebida y las mujeres.

Bashi resopló con desdén. ¿Qué

sabría una tendera sobre hombres? Pidió un montón de dinero falso, un palacete en miniatura, coches tirados por cuatro caballos, un arcón y unas cuantas fruslerías más, todas hechas con papel blanco de arroz, que quemaría hasta reducirlas a cenizas para que acompañaran a su abuela al otro mundo. También pidió matarratas. La tendera lo miró desconcertada.

—Mi tienda sirve a aquellos que han entrado en el jardín inmortal —contestó la mujer.

Como toda la gente de Río Turbio, la mujer recurría a toda clase de eufemismos para no mencionar la muerte, y Bashi sonrió. Pagó los

artículos de papel y le dijo que había pedido el matarratas porque no quería que los ratones importunaran el cuerpo de su abuela. Asustada y pálida, la mujer hizo una reverencia ante un buda que había en un rincón de la tienda, delante del cual ardía incienso. La mujer le pidió que perdonara la ignorancia del chico; Bashi se echó a reír y decidió dejar de atormentar a la tendera. El joven compró un paquete de matarratas en otro comercio, unas cuantas puertas más abajo.

Cuando llegó a casa, dejó las ofrendas de papel junto al ataúd de su abuela.

—Abuela, mañana el viejo Hua y su

mujer se despedirán de ti para que te reúnas con el abuelo y mi *baba* —dijo, hablándole a la anciana mientras él se dedicaba a sus quehaceres. Había adoptado la costumbre de hablarle cuando estaba solo. Cortó a tajos un trozo grueso de jamón, lo pinchó y lo empapó en licor—. Cuando llegues allí, presenta mis respetos al abuelo y a mi *baba*. Diles que voy espabilándome y que no mancillaré su nombre. Verás, mañana no podré acompañarte porque tengo que ocuparme de algo más importante.

Desempaquetó el matarratas y echó varias pastillas en el mortero que su abuela utilizaba para machacar las

guindillas. Las pastillas tenían un feo color oscuro, entre gris y marrón. Mientras las trituraba hasta convertirlas en polvo, se preguntó en voz alta a qué rata le apetecería tocar algo tan asqueroso. No sabía qué potencia tendría el veneno, pero la cantidad de polvo le pareció insuficiente, de modo que echó más pastillas al mortero.

—Hazme caso, abuela, ya queda muy poca gente que utilice la cabeza hoy en día. Es muy difícil encontrar a alguien tan listo como mi *baba*, ¿no crees? —dijo Bashi, pensando en que los elogios debían de halagar a los espíritus tanto como a los vivos.

Era fácil contentar a las ancianas,

solo había que alabar a sus hijos y nietos. Tal vez así su abuela lo perdonaría por no acompañarla al funeral al día siguiente. Siguió hablando, sin dejar de ensalzar a su padre. Cuando terminó de triturar las pastillas, se acercó el mortero a la nariz y lo olió. Aparte de un olorcillo rancio y pastoso, no percibió nada que traicionara su peligrosidad. Sacó el jamón y lo rebozó con el polvo hasta que estuvo bien cubierto por ambos lados. A continuación, intentó rellenar con una cucharilla los agujeros que había pinchado.

—Debes de preguntarte qué estoy haciendo —dijo—. Tú sigue velando



por mí y reza para que esto funcione. En cuanto termine con eso tan importante, iré y quemaré mucho dinero falso por todos vosotros.

La última vez que la abuela lo había llevado a visitar las tumbas de su abuelo y su padre, el joven tenía doce años. Bashi pensó que la próxima vez llevaría a Nini, para que supieran que no tenían que preocuparse por sus descendientes. Se quedó mirando el jamón unos instantes y luego, con cuidado, lo untó con miel por ambos lados, procurando no quitar ni una sola mota del polvo letal.

—Listo —dijo—. Ha quedado la mar de bien, ¿no crees?

Bashi se paseó por media ciudad antes de dar con Oreja. Solo necesitó un pedacito de carne para convencer al perro de que lo siguiera. Atravesaron el puente del Cruce y subieron la montaña Sur. Hacia un día radiante, el sol le daba en la cara y en el aire se respiraba la primavera de manera inconfundible. Bashi se detuvo junto a un arbusto lleno de ciruelas tempranas.

—Te he traído algo para chuparse los dedos —dijo Bashi, y dejó el jamón junto al arbusto.

Oreja lo olisqueó con gran curiosidad, pero no mostró ningún interés por comérselo. Aunque Bashi lo apremió, el perro se limitó a toquetearlo

con la pata y a olfatearlo. El joven se impacientó, le quitó el jamón de la boca y fingió que iba a comérselo. Aquello pareció funcionar: cuando le tiró el jamón, Oreja lo atrapó al vuelo y se alejó corriendo con su trofeo.

Bashi hizo tiempo, quería darle unos minutos al perro antes de salir a buscarlo para comprobar el efecto del veneno. Si el matarratas no funcionaba con aquel chucho diminuto, era evidente que tampoco lo haría con el perro negro de Kwen. Bashi se preguntó si tendría que volver a la tienda y montar un escándalo por la poca eficacia del veneno. Pediría algo más fuerte con el pretexto de que las ratas de su casa eran

grandes como cerdos. Siguió divagando hasta que oyó los lastimeros gañidos del perro.

—Ya está —dijo; entonces oyó un largo y lúgubre aullido.

Bashi encontró al perro en el suelo, jadeando, con las patas en plena convulsión. Tenía una pequeña hacha clavada en el cráneo, entre los ojos, de donde manaba una sangre roja y pegajosa. Era evidente que el perro agonizaba. A su lado había un jovencito con un abrigo de algodón gris, tan gastado que parecía un montón de harapos. Una de las manos le sangraba, el perro se la había mordido, y en la otra sujetaba con fuerza el trozo de jamón.

Bashi miró al uno y al otro alternativamente.

—¿Lo has matado por eso?

El niño miró al joven. Iba a explicarle que no tenía intención de matarlo, pero ¿quién iba a creerlo al ver el hacha manchada con la sangre del perro? El niño, un adolescente que no aparentaba más de diez años, había ido a la ciudad para poner en alquiler sus pobres y poco desarrollados músculos. De vez en cuando un ama de casa lo contrataba para cortar leña, matar un pollo o descargar carbón, pequeñas tareas que tanto podía hacer ella como sus hijos o su marido si se lo pedía, pero al darle trabajo creía estar

haciendo una buena obra. Al cabo de varias semanas, el niño había concluido que todas las mujeres eran iguales: hablaban de sus buenas acciones, sin quitarle el ojo de encima al monedero. Le pagaban con comida en vez de dinero, y el chico, medio mendigo y medio acallador de conciencias femeninas, sabía de sobra que no debía pedir más de lo que le daban.

—¿Has matado al perro? —insistió Bashi.

—El me mordió primero —contestó el niño retrocediendo.

—Pues claro que te mordió, le robaste la comida. Yo también te habría mordido.

Bashi lo asió por una manga y lo arrastró junto al perro, cuya respiración era leve y rápida y cuyas patas intentaban excavar el suelo recién derretido.

—Mira lo que has hecho. ¿Qué clase de hombre eres, que te peleas con un perro por comida?

El niño sopesó la situación. Si salía corriendo, el hombre lo atraparía sin esfuerzo. En una pelea llevaba todas las de perder. Ya podía prepararse para una buena zurra, pero aparte de los golpes, ¿qué más podía hacerle? El niño se relajó.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Bashi—. ¿Qué triquiñuelas andas

tramando?

El niño se arrodilló y se echó a llorar.

—Tío, es culpa mía —dijo—. Creí que sería una lástima desperdiciar tanta carne en un perro tan pequeño. Había pensado llevársela a mi madre. Mi madre y mi hermana hace tres meses que no la prueban.

—¿Tienes una hermana? —se interesó Bashi—. ¿Qué edad tiene?

—Nueve años —contestó el niño—. Mi padre murió hace seis y mi madre está enferma.

Para demostrar que era cierto lo que decía, el niño desató un pequeño atadillo y le enseñó el contenido: unos



cuantos panecillos, la mitad duros como piedras. Le explicó que su hermana había ideado la manera de volver a hacer una pasta con los panecillos duros.

Bashi asintió con la cabeza. El niño debía de haber contado aquella historia miles de veces para ablandar el corazón de las viejas arpías de la ciudad. Bashi sacó unos billetes.

—Ya veo que eres un chico que sabe cuidar de su familia. Si no fuera por eso —dijo Bashi sonriéndole—, si no fuera por tu madre y tu hermana, llamaría a la policía. Venga, coge el dinero y cómprale ropa buena a tu hermana.

El niño miró el dinero y tragó saliva.

—Maté a su perro sin querer, tío — dijo—, ¿cómo voy a aceptar su dinero?

Bashi se echó a reír. Aunque el niño sabía a la perfección que tenía pocos años más que él, era consciente de cómo debía hablarle, y aquello complació a Bashi.

—No es mío —admitió el joven—, si hubieras matado a mi perro te habría retorcido el pescuezo.

—¿Seguro que no llamará a la policía?

Bashi le dio un capón con los nudillos.

—No seas tonto. A la policía, como si descuartizas diez perros.

El niño aceptó el dinero y se deshizo

en agradecimientos, pero el joven lo detuvo levantando una mano. Ambos se acercaron al perro. El animal había dejado de jadear y de moverse, tendido en el suelo, con las patas medio cubiertas de barro. Era difícil imaginar que un niño tan escuálido hubiera podido matar a un perro de un tajo tan preciso.

El niño se arrodilló, recuperó el hacha y la limpió en el abrigo. Bashi le dijo que tirara el trozo de jamón, pero el niño vaciló.

—Pero ¿no sería un desperdicio?

—¿Por qué haces preguntas tan tontas?

El niño se quedó mirando a Bashi,

que lanzó el trozo de jamón tan lejos como pudo. El pedazo de carne dibujó un arco en el cielo matinal y cayó fuera del alcance de su vista.

—Y ahora corre a casa antes de que se me acabe la paciencia —dijo Bashi.

El niño dijo que sí, pero no se movió. Estaba mirando fijamente al perro muerto.

—Tío, ¿qué cree que le pasará? —le preguntó cuando Bashi volvió a apremiarlo para que se fuera.

—¿Y yo qué sé? —contestó Bashi—. Ya te he dicho que no es mío.

—¿Quiere un gorro o una bufanda de piel de perro? —preguntó el chico.

Bashi sonrió.

—Vaya con el listillo del niño. Si necesitara algo, me lo compraría. Llévatelo y hazle algo a tu hermana, si era eso lo que estabas pensando.

El niño también sonrió.

—Tío, si no fuera por lo poco digna que es nuestra casa, lo invitaría a comer una buena sopa de carne de perro para celebrar el Ching Ming.

—No hace falta que me des coba —dijo Bashi—. Y ahora tengo otras cosas que hacer. Saluda a tu hermana de mi parte.

El niño esperó a que Bashi se fuera para ponerse manos a la obra. Tiró los panecillos rancios a la cuneta e hizo varios jirones con la tela del atadillo. Se

quitó el abrigo, envolvió al perro en él y luego se ató el cuerpo a la espalda. Pesaba más de lo que creía y todavía estaba caliente, lo que le recordó el día que llevó a su hermana a caballito tras el ataúd de su padre hasta el cementerio. Antes de morir, su padre le había cogido las manos y le había dicho que a partir de entonces sería el hombre de la casa y tendría que cuidar de su madre y de su hermana.

El niño pensó en la tumba de su padre, que nadie había atendido en seis años. Alzó la vista al cielo, todavía de un azul luminoso. Si se daba prisa, llegaría a casa antes del anochecer y podría limpiar la tumba para el Ching

Ming. Su madre, postrada en la cama desde hacía cinco años, no podría viajar, pero se llevaría a su hermana. Ahora era un hombre, el responsable tanto de los vivos como de los muertos. El niño apretó el paso y, al cabo de un rato, dio media vuelta. Rebuscó un buen rato hasta dar con el trozo de carne. Aunque estaba un poco sucio de tierra, limpiándolo bien podrían celebrar la festividad con una magnífica comida.

Kai les dijo a sus compañeros del Departamento de Propaganda que iba a limpiar a fondo el estudio ahora que había llegado la primavera. Un editor

enarcó las cejas, pero no dijo nada, y Kai comprendió que limpiar el día anterior al Ching Ming podría interpretarse como un modo de celebrar la supersticiosa festividad, pero la joven decidió no darle más vueltas al asunto. Desde la aparición de los panfletos, sus compañeros del Departamento de Propaganda se mostraban educados los unos con los otros; no obstante, nadie se había atrevido a mencionar una palabra acerca de la situación en que se encontraban. Eran barómetros experimentados, perfectamente afinados para detectar hasta el más mínimo cambio en el ambiente político.

Una secretaria se ofreció a echarle



una mano, pero Kai rechazó el ofrecimiento con educación, aduciendo que el estudio era demasiado pequeño para dos personas. Eran las dos de la tarde, el momento más tranquilo del día, y cuando Kai salió de la oficina camino del estudio, vio que muchos de los despachos del edificio estaban cerrados. La gente había empezado a tomarse la tarde libre para la fiesta del día siguiente aunque, como empleados del Estado, no se les permitía celebrar el Ching Ming en público. Esa misma mañana, un poco antes, al pasar por el piso de su madre, la mujer le había comentado que había contratado a un ayudante digno de confianza para enviar

dinero falso y otras ofrendas al padre de Kai. La joven desconocía si su familia política tenía intención de hacer algo por el estilo, ya que Han no había vuelto todavía de la capital de la provincia. Hacía dos semanas que se había ido y, salvo por unas cuantas llamadas al despacho —a pesar de su situación privilegiada no tenían teléfono en casa, aunque Han le había prometido que eso cambiaría pronto—, apenas habían hablado. La oficina no era un buen lugar para intercambiar información, y Kai imaginó que Han tampoco debía de tener demasiada libertad donde estaba. Solo hablaban de Ming-Ming, que había echado de menos a Han los dos

primeros días, aunque luego se había adaptado de tal manera que parecía que todo siguiera igual.

Kai se encerró en el estudio. Contaba con que el maestro Gu se mostrara hostil hacia ella, ya que la señora Gu también había mostrado cierta resistencia el día que la conoció. El típico recelo ante un extraño, sobre todo en su caso, ya que su voz representaba al gobierno. Kai tuvo que visitar varias veces a la señora Gu antes de que esta aceptara la fruta y la leche en polvo que Kai le llevaba para el maestro Gu. Con el tiempo empezaron a hablar, aunque no sobre Gu Shan o la protesta, sino del modo más inocente,

sobre el cambio de las estaciones. La señora Gu fue abriéndose poco a poco. Un día le preguntó a Kai por sus padres y esta le contestó que su padre había fallecido hacía varios años. La señora Gu reflexionó sobre aquello unos instantes y luego dijo que era una suerte que una hija pudiera despedirse de sus padres. La señora Gu citó un viejo dicho sobre los tres grandes infortunios de la vida: perder a los padres de pequeño, perder al cónyuge de adulto y perder a un hijo de mayor. Añadió que, de las tres desgracias, ella ya había vivido dos, y Kai tuvo que apartar la mirada, pues no fue capaz de encontrar palabras de consuelo. La señora Gu, mirando a

Kai a los ojos sin autocompasión ni tristeza, dijo que había llegado el momento de que una anciana como ella hiciera algo de provecho.

Lo que Kai no esperaba era que el maestro Gu la reconociera de sus tiempos de estudiante. La hostilidad del anciano le recordó hasta qué punto estaba ligada a su propio pasado, a su familia y a su posición, por mucho que le pesase. Si quería, podía regresar a su vida anterior. Aparte de poner en contacto a la señora Gu con Jialin, apenas había colaborado en la preparación de la protesta, ni había tenido trato con los amigos de Jialin, quienes habían repartido los panfletos y

planeado el acto para el Ching Ming con ayuda del joven. El hecho de poder desandar lo andado era desconcertante. No necesitaba otra opción, y deseaba que el maestro Gu, él más que nadie, la entendiera.

Alguien aporreó la puerta y a Kai se le aceleró el pulso. Al abrirla, Han se coló por el resquicio y la cerró detrás de él.

—Me has asustado —dijo Kai. Le ardían las mejillas. La habían pillado en un momento de íntima reflexión, pero Han no pareció percatarse de su inquietud. Él también parecía azorado —. ¿Qué pasa? —preguntó Kai—. ¿Está bien Ming-Ming?

—No he pasado por casa —contestó Han—. Tengo que irme dentro de diez minutos.

—¿Por qué?

Han la miró, pero no respondió. ¿Era posible que su marido se hubiera enterado de la protesta que tendría lugar el día siguiente? Kai se preguntó quién podría haber filtrado la información, aunque no conocía a los amigos de Jialin. El joven le había informado de que todo estaba bajo control y en buenas manos, y que se había creado el marco idóneo para Kai y la señora Gu en el día del Ching Ming. Sin embargo, tal vez Jialin había depositado su confianza en la persona equivocada. Se arrepintió

más que nunca de no conocer a sus amigos.

—Si alguna vez me convirtiera en un don nadie —dijo Han, y se sentó en la única silla del estudio—, o peor que en un don nadie, si me convirtiera en un criminal y nunca pudiera volver a darte nada, ¿seguirías queriéndome?

Kai miró a Han, cuyos ojos traslucían una agonía que ella deseó poder compartir. Las heroínas a las que había interpretado sobre el escenario no se enfrentaban a maridos que proclamaban su amor, eran vírgenes que entregaban sus vidas por una causa superior, madres que dejaban pañuelos bordados en los pañales de sus bebés



antes de partir hacia un destino que no volvería a reunirías con sus hijos, y esposas de compañeros revolucionarios. En el caso de Jade de Otoño, el villano era su marido, que ni la había amado ni tenía derecho a amar a nadie.

Han se acercó a ella y la abrazó. Kai hizo todo lo que pudo por no moverse; sin embargo, al cabo de un momento, le acarició la coronilla. Han se había derrumbado y lloraba con la cara enterrada en el cabello de su esposa. Una vez que el joven recobró la compostura, le contó que en la capital de la provincia había oído rumores sobre la posible victoria de la facción que respaldaba el muro de la democracia de

Pekín. Si la noticia era cierta, el hombre al que habían apoyado con lo del trasplante de riñón perdería la lucha por el poder.

—¿Lo saben tus padres?

—Hace una hora que me reuní con ellos y el alcalde, para eso he venido —contestó Han—. Mis padres temen que el alcalde quiera venderme para protegerse.

Kai miró a Han, cuyo rostro suave y casi infantil lucía barba de un día. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Cómo van a hacerte responsable? —preguntó Kai.

—Por los riñones —dijo Han, y le explicó que el enemigo que tenían en la

capital de la provincia, que de momento parecía estar ganando, investigaba el asunto del trasplante y la ejecución de Gu Shan. Según aquel tipo, se habían violado los procedimientos legales.

—¿Y es cierto?

—Da lo mismo, si no fuera eso, encontraría cualquier otra excusa para atacarnos —contestó Han—. Es lo mismo de siempre: «*Quien roba y se sale con la suya se convierte en rey, y a quien intenta robar y fracasa se le llama criminal*».

Kai se agarró al canto de la mesa contra la que estaba apoyada e intentó tranquilizarse. Cuando Han alzó la vista, las lágrimas habían sido sustituidas por

una extraña determinación.

—¿Harías una cosa por mí? —dijo —. ¿Podrías redactar una solicitud de divorcio y firmarla con fecha de hoy, por si acaso? No quiero que te pase nada.

Con un hilo de voz, Kai contestó que ella no era de las que abandonaban a su familia por un rumor.

—No hay tiempo para dramatismos —repuso Han—. Sé que me quieres, pero no puedo comprometer tu futuro. Redacta la solicitud. Di que ya no me quieres y que deseas educar sola a nuestro hijo. Finge que no sabes nada y recemos para que no te degraden. Redáctalo ahora y no permitas que yo

arruine tu futuro y el de Ming-Ming. — Kai negó con la cabeza, lentamente—. ¿Quieres que te lo escriba? Solo tendrás que firmarlo.

Hacía mucho tiempo que Kai había dejado de querer al hombre que tenía ante ella; tal vez no lo había amado nunca, pero sintió la necesidad de abrazarlo como abrazaría y consolaría una madre a un hijo que lo hubiera intentado todo para portarse como un valiente. Han volvió a derrumbarse en brazos de Kai, y ella dejó que enterrara el rostro en su cabello. Sintió que el cuello de la camisa se le humedecía. Recordó lo que Han le había dicho la noche de bodas, que nadie la amaría

como él. Kai había vuelto la vista hacia el póster de Mao que había en la pared de la habitación del hotel cuando él le susurró aquel secreto a su melena oscura, larga e intacta como la de una virgen.

«*Cuatro de abril de 1979*», escribió Tong en su cuaderno de campo, y luego se dispuso a leer la predicción del tiempo publicada en la esquina derecha del *Diario de Río Turbio*: «*Soleado. Viento suave. Máx. 12 °C, mín. 1 °C*». Anotó las temperaturas y luego salió a buscar a Oreja. Los sábados solo hacían media jornada en el colegio y le

sorprendió que el perro lo hubiera olvidado. Le había dicho que esa mañana volviera a casa hacia el mediodía y Oreja no había fallado ni un solo sábado. Tong se preguntó qué estaría haciendo; ya no era un cachorro y tenía sus propios secretos. Algunas noches Oreja miraba con indiferencia la comida que Tong le echaba en la caja de cartón, y el niño se preguntaba si Oreja no estaría haciendo travesuras, como robar comida a otros perros o en los puestos del mercado.

Fue llamándolo de callejón en callejón. Vio otros perros, entretenidos en sus asuntos en una tarde primaveral como aquella, pero ninguno era el suyo.

Tong se dijo que tal vez el pobre no tenía la culpa. Después de un invierno tan largo, ¿a quién no le apetecía desmandarse un poco? Dio vueltas por toda la ciudad y luego se dirigió al río.

Hacía poco que se habían fundido las placas de hielo que entretenían a los adolescentes, y los chicos habían encontrado en los callejones un juego nuevo y más emocionante: formaban bandas que llevaban nombres de animales salvajes y peleaban para imponer sus nombres a las demás. Las peleas habían empezado de manera inocente, con puñetazos y patadas, pero los grupos pequeños no tardaron en fusionarse para formar otros mayores, y



el robo, el afilado, el amolado y la imaginación dieron lugar a armas de todo tipo. Sin embargo, las autoridades hacían la vista gorda con las bandas; padres, profesores y funcionarios tenían preocupaciones más apremiantes, como ganarse el sustento de sus familias y asegurarse un ascenso. Pero, además, esa primavera también los atormentaba un problema que, sin invitación previa, había irrumpido en sus vidas en forma de panfletos ciclostilados. Se había cruzado una línea. ¿Qué bando debían escoger?, se decían en el trabajo y preguntaban a sus esposas en casa.

Los problemas y las indecisiones del mundo de los adultos no invadían otros

mundos habitados por otras vidas menos angustiadas. Como todos los años, los niños de primaria se habían apuntado a una nueva moda. Esa primavera las niñas habían sustituido las cuentas de plástico del año anterior por colecciones de envoltorios de caramelos de celofán, y los niños jugaban con héroes de artes marciales seriados de forma similar a como antes lo hacían con triángulos de papel doblado. Las chicas mayores se mantenían al margen de las peleas callejeras, a pesar de que algunas riñas se iniciaban para llamar su atención. Inconscientes del anhelo juvenil de los chicos, las jovencitas preferían volcar sus pasiones en sus

mejores amigas. Se sentaban en la orilla del río o en los patios de las casas, con las manos unidas y los dedos entrelazados, y murmuraban sobre su futuro en voz tan baja que apenas era un rumor, por miedo a despertarse y ahuyentar sus sueños sobre un mundo que pronto se abriría como una flor misteriosa.

Tong pasó cerca de un par de chicas que cantaban una canción de amor sentadas junto al río, pero ellas no advirtieron su angustia. El niño no tardó en llegar al bosque de abedules, donde un joven acucillado delante de una madriguera poco profunda se levantó al oír sus pasos. Tong se acercó y vio en el

suelo una bola gris llena de púas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

El hombre se volvió hacia Tong y le chistó.

—No despiertes a mi erizo.

Tong reconoció al joven, aunque no sabía cómo se llamaba.

—No te preocupes —dijo Tong—. Está hibernando, no se despertará por mucho que hables.

—Ya ha llegado la primavera —repuso el hombre.

—Pero todavía no hace suficiente calor para el erizo —contestó el niño.

Había leído en un anuario infantil, rescatado por el viejo Hua de un cubo de basura, que los erizos no despertaban

de la hibernación hasta que la temperatura diurna superaba los 15 °C. Se lo dijo al joven y le enseñó sus anotaciones en el cuaderno de campo. Agregó que asimismo las serpientes solían despertarse por las mismas fechas, aunque las tortugas esperaban más porque el río también tardaba más en calentarse. El hombre se encogió de hombros y replicó que aquella información no le servía de nada.

—Mi casa está mucho más caliente —añadió.

Se puso unos guantes y recogió la bola de pinchos con las manos.

—¿Para qué quieres llevártelo a casa?

El erizo parecía muerto en los brazos del joven, aunque Tong sabía que no tenía por qué preocuparse.

—Porque quiero una mascota. Tú tienes un perro llamado Oreja, ¿no?

—¿Lo has visto? Estoy buscándolo.

Bashi miró a Tong con una extraña sonrisa y se preguntó a qué velocidad caminaría el chico que había matado a Oreja. En esos momentos ya habría dejado atrás los límites de la ciudad.

—Debe de estar por ahí, correteando con su novia —dijo Bashi.

—No tiene novia —repuso Tong.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bashi con una sonrisa que inquietó al niño.

Tong decidió dejar de hablar con aquel hombre; se dio media vuelta para seguir su camino, pero Bashi lo alcanzó con el erizo en las manos.

—Espero que lo que voy a decirte te sirva de algo: quizá creas que tu perro es tu mejor amigo, y tal vez estés equivocado. Por ejemplo, puede que de repente decida irse con otra persona a su casa.

—Eso no lo haría —aseguró Tong un poco molesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé. Es mi perro.

Bashi no contestó y se puso a silbar.

—¿Por qué me sigues? —preguntó Tong al cabo de un rato.

—Tú vuelves a la ciudad y yo también, ¿cómo sabes que no eres tú quien me sigue a mí?

Tong se detuvo y el hombre lo imitó. El niño dio media vuelta y caminó hacia el río, y Bashi dio media vuelta y caminó junto a Tong.

—Ahora eres tú quien me sigue —dijo Tong.

—Lo que pasa es que he cambiado de opinión y he decidido ir también en esta dirección —contestó Bashi, y le guiñó un ojo.

Tong se puso rojo de rabia. Menudo adulto caradura. Incluso un niño de cinco años sabría mejor que él cómo funciona el mundo.



—No quiero pasear contigo — protestó Tong—. Deja de seguirme.

—Pues yo sí quiero pasear contigo —repuso Bashi imitando la voz de un niño—. No hay ninguna ley que me prohíba pasear contigo.

—Pero no se persigue a la gente si te dice que no quiere jugar contigo —dijo Tong, exasperado.

—¿Qué norma es esa? Este camino no es tuyo, ¿no? Así que puedo poner los pies donde me dé la gana, ¿no? Si quiero, puedo seguirle donde sea mientras no me meta en tu casa.

Tong lloraba, sin saber qué decir. Nunca había conocido a nadie como el hombre que tenía delante y no sabía

cómo razonar con él. Bashi se quedó mirando las lágrimas de Tong con gran interés y sonrió.

—Vale, ya no quiero jugar contigo —dijo el joven, con su voz de niño.

Se alejó, lanzando el erizo al aire como si fuera una pelota y recogéndolo con las manos enguantadas. A veces fallaba y el erizo acababa rodando por el camino, lo que parecía divertir a Bashi.

Al ver que Oreja no aparecía a la hora de cenar, Tong se lo comentó a sus padres.

—Ya volverá cuando quiera —dijo el padre sin prestarle demasiada atención, repantigado en el único sillón

de la casa y mirando una pared en la que no había nada que ver.

Era inútil hablar de cualquier cosa con su padre antes de cenar. Para él era la comida más importante del día y nada, ni siquiera que el suelo se abriera a sus pies, era capaz de inquietarlo cuando estaba esperando a que le sirvieran. La madre de Tong lo miró con lástima, pero no dijo nada; puso la comida en la mesa y sacó una botella de licor de arroz. Tong cogió la botella que su madre llevaba en la mano y sirvió una pequeña porción en una taza de porcelana. Cuando su padre estuviera borracho y durmiendo plácidamente, le pediría ayuda a su madre.

Tong sujetó la taza con ambas manos y se la llevó a su padre.

—La comida está lista, *Baba*.

El hombre aceptó la taza y le dio unos golpecitos en la cabeza con los nudillos. A Tong le dolió, pero intentó disimular.

—Es mejor criar a un niño que a un perro —dijo su padre, para demostrarle su aprobación. Se sentó a la mesa y apuró la taza de un trago—. Anda, sírveme otra, hijo.

Tong obedeció y su padre le preguntó si quería probarlo. La madre intervino sin demasiada vehemencia, y el padre ni la escuchó.

—Pruébalo una vez —insistió el

hombre—. Ya eres lo bastante mayor. Cuando tenía tu edad, fumaba y bebía con mi padre todas las noches —dijo estampando un puño en la mesa—. Mi padre, tu abuelo, sí que era un hombre de verdad. Créeme, hijo, es un buen espejo en el que mirarse.

Según las historias de borracho de su padre, el abuelo paterno de Tong era un héroe local, dispuesto a pelearse con quien fuera ante la menor injusticia, llevado por su temperamento explosivo. Había muerto en 1951, con cuarenta y muchos años. La leyenda decía que, para defender a sus paisanos, había mantenido una fuerte discusión con un dirigente del partido, enviado para

supervisar el proceso de transformación de las tierras privadas en comuna popular. Le propinó tal paliza que lo dejó medio muerto, por lo que al día siguiente fue arrestado y ejecutado de inmediato, acusado de enemigo de la nueva nación comunista.

La madre de Tong le puso un puñado de cacahuets fritos en el plato.

—No bebas con el estómago vacío —le recomendó.

El padre de Tong no le hizo caso. Se sirvió otra taza y apuntó a Tong con sus palillos.

—Escucha, tu abuelo era un hombre de verdad y tu padre no lo es menos. Será mejor que no nos defraudes. Venga,

acércate aquí.

Tong vaciló. No le gustaba ni el aliento ni los gestos de su padre cuando estaba borracho, pero su madre lo acercó en la silla antes de que pudiera protestar. El padre colocó una mano en el hombro del niño.

—Escucha lo que voy a decirte y sabrás cómo se hace un hombre. ¿Has oído hablar de Liu Bang, el primer emperador de la dinastía Han? Antes de ser emperador tuvo que luchar muchos años con Xiang Yu, su peor enemigo. En cierta ocasión, este capturó a los abuelos, la madre y la mujer de Liu Bang, los llevó al campo de batalla y le envió un mensajero. *«Si no te rindes*

*ahora mismo, los haré picadillo y mis soldados se darán un festín esta noche.»* ¿Sabes qué contestó Liu Bang? ¡Ah, el héroe de todos los héroes! Le escribió a Xiang Yu: *«Gracias por informarme sobre el banquete. ¿Serías tan amable y generoso de enviar a tu hambriento enemigo un cuenco de picadillo?»*. Piénsalo bien, hijo. Si eres lo bastante duro para comerte a tu madre y a tu mujer, en esta vida no habrá nada que pueda contigo.

Tong miró a su madre, en el otro extremo de la mesa. Ella le respondió con una sonrisa que él intentó devolverle. Por lo visto su madre y él tendrían que pasar otra velada



escuchando las mismas historias de siempre. Acabarían recalentando los platos y el arroz varias veces hasta que el padre estuviera demasiado borracho para seguir hablando y por fin les permitiera comer.

Tong pensó en Oreja. Su padre decía que querer a un perro era un sentimiento muy bajo y que su única preocupación respecto a Tong era convertirlo en un hombre viril. El niño se preguntaba si lo decepcionaría. Si un enemigo amenazaba con acabar con las vidas de sus abuelos y su madre, él lloraría, suplicaría y prometería cualquier cosa a cambio de que les perdonara la vida.

Tras varias rondas más de licor de

arroz, el padre de Tong retiró la silla hacia atrás y le dijo a la madre que trajera un ladrillo. La mujer guardaba una pila de ladrillos en la cocina para que el hombre pudiera demostrar con ellos sus aptitudes para el *kung fu*, e iba reponiendo el suministro a medida que se gastaban. Cuando la madre de Tong regresó con un ladrillo rojo, el hombre negó con la cabeza y dijo que eso sería demasiado fácil, que esa noche necesitaba un ladrillo más grande y duro.

—¿Lo oyes? —preguntó el padre de Tong estirando los dedos hasta que le crujieron los nudillos.

La mujer contestó que solo tenían

ladrillos rojos y que si no le servirían dos a la vez. El hombre perdió los estribos, le dijo que era una cabeza de chorlito y la envió a pedir un ladrillo a los vecinos, que estaban construyendo una caseta en el patio para un tío abuelo que había ido a visitarlos y había decidido quedarse.

Cuando la mujer regresó con un pesado ladrillo de construcción, seis veces más grande que el rojo, el padre de Tong lo cogió con una mano y con la otra agarró a su esposa por la nuca.

—Podría partirte el pescuezo con dos dedos. ¿Me crees? —preguntó.

Ella soltó una risita y contestó que no tenía ni la más mínima duda. El

hombre bufó satisfecho y colocó el ladrillo en medio del patio.

Tong vio que su padre cantaba y bailaba un poco antes de acuclillarse y golpear la pieza con el canto de la mano, soltando un bramido. Si hubiera vuelto a casa a tiempo, Oreja habría disfrutado de aquella velada. El perro siempre era el miembro de la familia que más se alborozaba cuando el padre de Tong montaba uno de sus espectáculos étlicos. El ladrillo quedó intacto, pero la mano del hombre se enrojeció y se hinchó. Tong escondió las suyas en los bolsillos. Solo muy de vez en cuando su padre partía el ladrillo por la mitad, quizá por pura casualidad; sin embargo,

jamás se cansaba del número del mazazo.

Volvió a intentarlo; aunque probó con ambas manos, el ladrillo ni siquiera acusó el golpe. Al mirarse las manos el hombre vio que le sangraban, pero, impertérrito ante la sangre, cuando la madre de Tong le llevó un trapo limpio y suave, le dijo que dejara de montar dramas. Lo intentó un par de veces más y, al ver que el ladrillo se negaba a rendirse, le dio una patada, lo que acabó castigándole más el pie que las manos. El hombre lanzó un juramento, se acercó hasta el cobertizo a la pata coja y, antes de que la mujer pudiera protestar, rompió el ladrillo con un martillo. Por

fin se partió, aunque no por la mitad. Se agachó para mirarlo y empezó a reírse a carcajadas. Tong y su madre también se aproximaron y vieron que estaba atravesado por tres varillas de hierro oxidado que lo mantenían unido.

—¿Dónde roba esta gente los ladrillos para la caseta? —preguntó el hombre.

Se limpió despreocupadamente las manos sanguinolentas en el pantalón y bebió más licor, satisfecho por no haber quedado mal. Cuando su mujer volvió a insistir en que se fuera a la cama, el hombre se retiró al dormitorio con una última taza y sus ronquidos no tardaron en retumbar a través de la puerta

cerrada.

Tong y su madre se sentaron a la mesa y la mujer le sonrió.

—Ay, mira que es payaso —dijo en voz baja, y negó con la cabeza, admirada.

La cena se había enfriado, así que la mujer avivó el fuego para calentársela a Tong, pero el niño había perdido el apetito.

—Mamá, ¿crees que le ha pasado algo a Oreja? —preguntó.

La madre le dijo que no se preocupara. Antes de poder replicar, Tong oyó un ruido. Salió corriendo al patio, pero se llevó una desilusión al ver que no era Oreja rascando la puerta,

sino alguien que llamaba. Tong abrió la cancela y, a la luz amarillenta de la farola, vio el rostro desconocido de una mujer de mediana edad, con la cabeza envuelta en un pañuelo, que le preguntó por sus padres en voz baja. En el suelo, a sus pies, había una enorme bolsa de nailon.

—¿Viene por mi perro? ¿Le ha pasado algo a Oreja? —preguntó Tong.

—¿Por qué? ¿Has perdido a tu perro?

—Nunca ha estado fuera hasta tan tarde —contestó.

—Vaya, lo siento, pero no te preocupes —dijo la mujer.

Los adultos siempre decían lo



mismo, aunque no se ofrecían a ayudarlo. Tong se hizo a un lado, aunque su madre se acercó a la cancela sin darle tiempo a invitar a entrar a la mujer y le preguntó a la desconocida qué la traía por allí.

—Camarada, a estas alturas has debido de oír hablar del caso de Gu Shan —dijo la mujer—. He venido a informarte de la concentración a favor de la joven.

La madre de Tong miró a su alrededor antes de disculparse en voz baja y contestar que a su marido y ella no les interesaba tal información.

—Piensa en las cosas horribles que le han ocurrido a la hija de otra mujer

—insistió la desconocida—. Yo tengo tres hijos y tú también eres madre. ¿Cuántos hermanos tienes, muchacho?

—Tres —contestó Tong.

Su madre tiró de él hacia sí.

—Lo siento. En esta casa no interesa la política.

—No podemos escapar de la política, siempre nos dará alcance.

—No es que me parezca mal —replicó la madre de Tong—, pero ¿de qué serviría? Los muertos, muertos están.

—Si ahora no decimos lo que pensamos, volverá a ocurrir, a otro joven, quizá. «*Un millar de granos de arena pueden ser una torre.*» Todos

debemos hacer lo que esté en nuestras manos, ¿no es así?

Tong miró a su madre, que apartó la vista de la mujer y volvió a disculparse. De vez en cuando, algún vagabundo que llegaba a la ciudad pasaba por su callejón para pedir dinero y comida. El padre de Tong nunca dejaba que esa gente se acercara al patio, pero la madre siempre parecía incómoda cuando el hombre gritaba a los pobres y hambrientos forasteros que él era un trabajador honrado y que no tenía ninguna obligación de compartir el dinero que había ganado con el sudor de su frente. A veces, cuando el padre de Tong dormía la mona, la madre envolvía

en un trapo unos cuantos bollitos que hubieran sobrado y los dejaba delante de la cancela. Cuando Tong se levantaba temprano por la mañana, los bollitos siempre habían desaparecido. Si el padre no estaba cerca, Tong le preguntaba a su madre si los mendigos volvían a buscar los bollitos, pero ella se limitaba a negar con la cabeza y a sonreír, como si no supiera de qué le estaba hablando.

—Camarada, por favor, escúchame aunque solo sea esta vez —insistió la desconocida—. Mañana vamos a celebrar un acto conmemorativo por Gu Shan en la plaza del centro. Ven a conocer a su madre. Tal vez cambiarás

de opinión y firmarás la petición en apoyo de la protesta.

La madre de Tong parecía nerviosa.

—No puedo ir... Yo... A mi marido no le gustaría —dijo mirando a su alrededor, como para cerciorarse de que no se había levantado.

—Apelo a tu corazón y tu conciencia —insistió la mujer—. No puedes dejar que tu marido tome todas las decisiones por ti.

La madre de Tong negó con la cabeza, lentamente, como si se resintiera de la acusación. La desconocida abrió la cremallera de la bolsa de nailon y sacó una flor blanca.

—Aunque no quieras firmar la

petición, ven con esta flor blanca y presenta tus respetos a la heroína y a su madre —dijo.

Tong miró la flor, hecha de papel de seda blanco y sujeta a un largo tallo, también de papel blanco. Su madre suspiró, pero no se movió. Tong aceptó la flor y la mujer sonrió.

—Debes de ser un buen ayudante para tu madre —dijo la desconocida a Tong, y luego se volvió hacia su madre—. Todas las familias recibirán una flor blanca esta noche. ¿Qué peligro hay en dejarla mañana en nuestra cesta? Estaremos allí antes del alba.

La madre de Tong cerró la cancela detrás de la mujer, sin hacer ruido, y en

medio de la oscuridad oyeron que llamaba a la puerta de los vecinos. Al cabo de un rato, Tong le dio un ligero codazo a su madre y le tendió la flor de papel. La mujer la aceptó, pero la arrancó del tallo e hizo una pelotita de papel con ambas partes. Cuando Tong alzó la voz y le preguntó por qué lo había hecho, la mujer le puso una mano cálida y suave sobre los labios.

—No podemos quedárnosla. *Baba* la descubriría y estoy segura de que no le parecería bien.

Tong iba a protestar, pero ella lo hizo callar y le dijo que era mejor no darle más vueltas al asunto. Tiró del brazo del niño con suavidad para

hacerlo entrar en la casa y él la siguió. El padre seguía roncando en el dormitorio. Los platos que la madre de Tong había recalentado volvían a estar fríos, aunque a esas alturas la mujer parecía demasiado cansada para preocuparse por algo así. Sentó a Tong a la mesa y ella tomó asiento frente a él.

—Debes de estar muerto de hambre.

—No.

—¿Por qué no comes algo? Hay tu guiso de patata preferido.

—No.

—No te enfades conmigo —le pidió—. Lo entenderás cuando seas mayor.

—¿Por qué no quieres devolverles la flor? La tía dijo que no te causaría



problemas.

—No podemos fiarnos de ella.

—Pero ¿por qué? —insistió Tong.

—Es mejor no tener nada que ver con esa gente —contestó su madre—. *Baba* dice que están locos.

—Pues *Baba* se equivoca y no están locos —replicó Tong.

Su madre lo miró ligeramente disgustada.

—¿Qué sabrás tú para decir eso? —dijo.

Tong no respondió. Pensó en los panfletos que había recogido, con los que se había hecho un libro de ejercicios. Había leído lo que ponía, y lo que entendía le parecía razonable.

Decían que la gente debería tener derecho a decir lo que piensa; hablaban sobre el respeto por los derechos de los demás, por bajo que fuera el escalafón que ocuparan en la sociedad. Tong sabía qué era sentirse menospreciado a todas horas por ser un chico de pueblo.

—No cuestiones a tus padres —le aconsejó su madre—. Decidimos lo que más le conviene a la familia.

—Mamá, ¿la tía es una mala persona? —preguntó Tong.

—¿Quién? ¿La de las flores? No lo sé. Puede que no sea mala persona, pero se equivoca.

—¿Por qué?

—Para empezar, porque el gobierno

no habría matado a la persona equivocada.

—¿Mi abuelo era una mala persona?

La madre de Tong permaneció un buen rato callada, hasta que se levantó para cerrar la puerta del dormitorio.

—Tal vez no debería decirte esto — contestó—, pero tienes que saber que la historia que te ha contado *Baba* no es del todo cierta. Tu abuelo le propinó una paliza a un funcionario, aunque fue por una viuda con quien quería casarse tras la muerte de tu abuela. El funcionario también quería casarse con la mujer, así que estuvieron discutiendo y acabaron peleándose en una cafetería. Después de recibir la paliza, el funcionario aseguró

que tu abuelo era un contrarrevolucionario y lo ejecutaron. La historia no tiene nada de heroica, y *baba* lo sabe.

—Entonces, ¿se cometió una injusticia con el abuelo?

La madre de Tong negó con la cabeza.

—Lo que quiero que aprendas es que nunca debes meterte con los empleados del gobierno. No creas que *baba* es un borracho y nada más. Conoce muy bien las reglas y sabe qué tiene que hacer. Si no, con un padre contrarrevolucionario, no habría sobrevivido hasta ahora.

—Pero ¿y si el gobierno se

equivocó? Nuestro profesor dice que nadie tiene siempre la razón.

—De los errores de los demás nosotros no queremos saber nada. ¿Recuerdas la historia que te ha contado *baba* sobre el emperador? Tienes que hacerte fuerte para convertirte en un hombre, ¿lo entiendes?

Tong asintió con la cabeza, aunque no sabía qué pensar sobre lo que acababa de oír. Su madre nunca le había hablado de aquellas cosas y le parecía una extraña, casi se sentía intimidado. La mujer se lo quedó mirando unos instantes y luego le sonrió.

—Mira qué serio estás —dijo—, eres muy pequeño y no deberías

preocuparte por los asuntos de los mayores.

Tong no contestó. Su madre volvió a insistir en que comiera algo y él se metió una cucharada en la boca, sin saborear la comida. Oyó otro ruido y corrió a la puerta, pero solo era el viento que soplaba en el callejón. Regresó a la mesa y le preguntó a su madre si podían ir a buscar a Oreja.

La mujer suspiró y se puso el abrigo.

—Otro niño que solo pide atención —dijo, cansada—. Lávate y vete a la cama. Yo iré a buscarlo.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Tong.

—No —contestó su madre con una

voz más dura de lo habitual, que lo detuvo en seco.

La madre de Tong se acercó a casa de una amiga, a dos manzanas de la suya, y llamó a la puerta. Le dijo que había ido a charlar un rato, que no quería pasar frío en una noche ventosa buscando en vano a un perro perdido. La amiga, una compañera de trabajo, la invitó a pasar y estuvieron comentando delante de dos tazas de té caliente lo que harían al día siguiente. La familia de la amiga había organizado una comida campestre, pues era tradición ir a la montaña el día del Ching Ming. La madre de Tong dijo que ellos no habían pensado nada para ese día, aunque al

ver con qué ilusión preparaban las tarteras de comida los hijos de la amiga, se arrepintió de no tener planes, por Tong.

Por toda la ciudad se repartían flores blancas de casa en casa, transportadas en bolsas de nailon. La gente abría la puerta y se encontraba cara a cara con un facultativo de un consultorio médico laboral, un administrativo de la fábrica de material óptico, una profesora de secundaria jubilada, una contable de unos almacenes, un farmacéutico y varios jóvenes con estudios que acababan de regresar del campo. Algunas flores iban a parar al cubo de la basura, a la caja de



los juguetes o a un rincón, donde acabarían olvidadas; otras, guardadas con mayor cuidado, esperaban en vela la llegada del nuevo día.

Esa noche Tong no durmió bien. Se despertó varias veces y salió al patio para mirar en la caseta de cartón de Oreja, aunque sabía que el perro no podría haber cruzado la cancela, cerrada con llave. Oreja debía de haberse metido en algún lío. Tong lloró en silencio, su madre se despertó y le dijo en voz baja que tal vez Oreja estaría de vuelta por la mañana. Tong se sorbió los mocos. Sabía que su madre no creía lo que decía. Al cabo de un rato, al ver que seguía llorando, la madre lo abrazó con

fuerza y lo meció antes de decirle que tal vez Oreja no volvería nunca más a casa. Tong preguntó si le había pasado algo. La mujer contestó que no lo sabía, pero que lo mejor era prepararse para lo peor.

La habían llamado Peonía por el pañuelo que venía en el fardo, un cuadrado de seda con una peonía bordada. El color rosa de los pétalos y el verde de las hojas estaban desvaídos, y la tela blanca tenía una tonalidad amarillenta. La señora Hua, con la recién nacida en brazos, barajó la idea de que el bebé procediera de una antigua

familia de buena posición. Qué más daba, era una princesa confinada al destino de una sirvienta, replicó el viejo Hua. Luego se agachó y le dijo a Esplendor Matinal, por entonces una niña de tres años y medio, que el cielo había respondido a sus plegarias y le había enviado una hermanita.

Y el pañuelo, ¿lo habían puesto junto con las demás cosas de Peonía?, le preguntó la señora Hua a su marido, de vuelta al presente.

El viejo Hua contestó que suponía que sí, ¿para qué se lo habrían quedado ellos? Peonía siempre había sabido que era algo especial para ella.

La señora Hua miraba cómo su

marido trabajaba con el pico, al que le faltaba un extremo. Bashi se había ofrecido a comprarles herramientas nuevas, pero la señora Hua, temiendo que el joven despilfarrara sus ahorros de la noche a la mañana, había contestado que preferían utilizar sus propios picos y palas, a los que sus manos estaban acostumbradas.

La señora Hua se preguntó en voz alta si la madre de Peonía la habría encontrado; pensaba en esto a menudo. El viejo Hua golpeó el suelo con el pico y contestó que ni siquiera sabían si la madre estaba viva o si alguna vez había tenido la intención de encontrar a Peonía. La señora Hua replicó que sería

una lástima que no se hubieran reencontrado. El viejo Hua continuó picando, sin decir nada.

La niña solía darse a las ensoñaciones más que sus padres adoptivos y su hermana mayor, más que las niñas pequeñas que irían añadiéndose poco a poco a la familia. Era la más lenta seleccionando lo que valía la pena recoger, pero la primera en fantasear con la posibilidad de que un monedero tirado, que una vez había encontrado en un nido de basura, pudiera contener suficiente dinero para que la familia viviera feliz y cómodamente el resto de sus vidas. Le desilusionaron mucho las fotografías que

había en su lugar, recortadas con tanta meticulosidad que los fragmentos apenas eran reconocibles. Lloraba cada vez que encontraban un nuevo bebé abandonado en la cuneta y se propuso recordar los nombres de los pueblos donde habían recogido a sus hermanas pequeñas, sin ocultar que detrás de aquello se hallaba la esperanza de dar con los verdaderos padres, incluidos los de Esplendor Matinal y los suyos.

Aquel empeño no sorprendía a los Hua, ya que ambos también soñaban con que Peonía se reencontraba con sus padres. Puede que algún día alguien buscara el pañuelo, un olvido intencionado de una madre en una

situación desesperada. A la señora Hua le intrigaba más la historia de aquella mujer que la de las madres de las otras niñas. Los Hua creían que el cielo había dejado a Peonía a su cuidado y le correspondía volver a llevársela cuando esa fuera su voluntad, pero al final tuvieron que hacer de tripas corazón y permitir que la acogiera otra familia como niña esposa para un hombre diez años mayor que ella. Era hijo único, nacido en el seno de una pareja que rozaba la cincuentena y que casi había agotado la esperanza de tener descendencia. El matrimonio había prometido que trataría a Peonía como a una hija y el afecto aparente por la joven

fue un alivio para los Hua.

La señora Hua se preguntó si, de haber encontrado a la chica, la verdadera madre de Peonía habría reconocido la validez del acuerdo matrimonial y si habría dado su consentimiento. En su imaginación también veía otro tipo de escenas. A veces eran el chico y sus padres quienes se mostraban consternados cuando Peonía decidía dejarlos por una vida a la que siempre había soñado con volver; otras veces la madre se ofendía cuando Peonía le daba la espalda como castigo por haberla abandonado. La señora Hua seguía comentándole todas aquellas preocupaciones a su marido, que dejó de



picar un momento para decir con una voz cargada de reproche que si se ha sido madre una vez, se es madre para siempre, pero su esposa, sabiendo que podría decirse lo mismo de él como padre, se limitó a suspirar y a darle la razón. Una criatura que pierde a sus padres se convierte en huérfana; una mujer que pierde a su marido, en viuda, pero no había ningún término para los padres mermados en que se convertían aquellos que habían perdido a sus hijos. Una vez padres, seguirían siéndolo el resto de sus vidas.

Ambos guardaron silencio unos momentos. El viejo Hua dejó el pico a un lado y empezó a trabajar con una pala

de canto deslucido.

Al final la señora Hua rompió el silencio y dijo que deberían ir a la plaza del centro al día siguiente.

El viejo Hua la miró, pero no respondió.

La anciana confesó que se sentía responsable por el maestro Gu. No podía quitárselo de la cabeza desde que se había enterado de la enfermedad del hombre. Deberían ir a disculparse con la señora Gu.

El viejo Hua repuso que los habían contratado para un entierro, pero su esposa replicó que podían ir temprano, antes del sepelio.

Bashi había ido a verlos esa tarde y

les había pedido que enterraran a su abuela porque él estaba muy resfriado. Ni el viejo Hua ni su esposa le habían echado en cara la mentira; el joven les había pagado con generosidad.

El viejo Hua asintió con la cabeza y dijo que irían, aunque ella ya sabía de antemano que accedería.



## NUEVE



**L**a mañana del Ching Ming el maestro Gu fingió que dormía mientras su mujer entraba y salía del dormitorio sin hacer ruido. El hombre hizo oídos sordos al pequeño ajetreo e intentó concentrarse en el recuerdo de otra mañana, en el lejano día de su primera luna de miel, en que su mujer había abandonado sigilosamente el lecho matrimonial y le había preparado té. El hombre se había propuesto no oír el suave tintineo de tazas y platillos,

pero al abrir los ojos ante el té con fingida sorpresa, ella sonrió y lo reprendió con ternura por su actitud teatral. Su esposa le preguntó si no sabía que sus pestañas temblorosas lo habían delatado y él contestó que no, porque nunca había tenido que fingir delante de nadie que dormía.

—Voy a salir unas horas —le advirtió la señora Gu, junto a la cama—. Te he dejado aquí el desayuno, en el termo. No tardaré.

El maestro Gu no respondió. Deseó que desapareciera para poder volver a aquella otra mañana.

—Si necesitas el orinal, lo he puesto aquí, detrás de la silla.

El maestro Gu pensó en las cosas que desconocía aquella mañana de recién casado, en las intimidades que no deseaban compartirse con nadie, en la vulnerabilidad a la que uno se veía abocado al llegar a la vejez. También pensó en los secretos, en el hecho de dormir en la misma cama con una mujer y soñar con otra, en la esposa que le ocultaba una vida social a su marido enfermo y medio moribundo en el hospital. Aquel tipo de engaños debían de darse en todas las familias, aunque seguramente unos eran más dolorosos que otros. Su primera esposa debía de haber pensado a menudo en otros hombres durante la luna de miel,

pensamientos carentes de trasfondo romántico, pero aun así unos extraños sin nombre tenían que haber ocupado su mente. Ella se había encargado de todo para que pasaran aquellos días en aquel balneario en concreto y así poder trabajar como mensajera secreta para el clandestino Partido Comunista, utilizando de tapadera a un marido que trabajaba para el Congreso Nacional. Estas historias, ignoradas mientras duró el matrimonio, las supo después de firmar los papeles del divorcio. En aquella época no había dudado del amor de su primera mujer, ni siquiera después de que ella presentara la solicitud de divorcio, pero ahora, treinta años

después y tras la muerte de una hija, se preguntaba si habría sido demasiado ingenuo para ver la verdad. Tal vez su primer matrimonio se había basado desde el principio en el único mérito de servir a un gobierno al que ella y sus camaradas luchaban por derrocar. Él le servía de tapadera y llevaba a casa documentos oficiales que ella no debía ver. ¿Su primera esposa lo consideraba una vía de escape por si su bando fracasaba?

El maestro Gu intentó levantarse de la cama. La señora Gu entró en el dormitorio, completamente vestida para salir a unas horas intempestivas de aquella mañana de abril. Llevaba un



brazalete negro en el brazo, en señal de luto.

—¿Necesitas algo? —Se acercó y le ayudó a ponerse los zapatos—. No he oído lo que decías.

—No he dicho nada —contestó él—. Habrán sido imaginaciones tuyas.

—¿Estás bien? ¿Quieres que vaya a buscar a alguien para que te haga compañía mientras estoy fuera?

—¿Quién va a querer hacerle compañía a un hombre moribundo?

—No discutamos.

—Escucha, mujer, no discuto ni contigo ni con nadie. Tú tienes tus cosas que hacer y yo las mías. —Le apartó la mano y fue renqueando hasta el salón,

donde vio una foto de Shan, junto a la puerta, ampliada a tamaño de póster y enmarcada con papel negro y un lazo de seda blanca—. Ya veo que tus camaradas y tú estáis convirtiéndola en un títere —comentó el maestro Gu.

Antes de que su mujer contestara, el anciano arrastró los pies hasta el viejo escritorio que había en la cocina y se sentó. Apartó dos vasos y un plato con sobras.

—Es una mártir —dijo la señora Gu.

—Un mártir sirve a una causa igual que un títere sirve a un espectáculo. Si repasas la historia, algo que ha dejado de hacerse en este país, verás que un mártir siempre ha estado al servicio del

engaño a gran escala, ya fuera por una religión o por una ideología —contestó el maestro Gu, sorprendido ante su elocuencia y la tranquilidad con que hablaba.

Llevaba varios días manteniendo aquellos diálogos imaginarios con su primera mujer. La señora Gu dijo algo, pero su marido no alcanzó a oírlo. Su mente ya navegaba rumbo a la otra mujer, quien durante tres años lo había engañado intencionadamente, o tal vez no, si es que todavía le quedaba algo de suerte en su desafortunada vida. Quería escribirle una carta para pedirle que le dijera la verdad.

La señora Gu se fue con la foto, sin

despedirse. El maestro Gu se detuvo a pensar unos instantes y recordó que había estado buscando la pluma. Miró en los dos cajones de la mesa y se horrorizó al encontrar el revoltijo de bagatelas que había dentro, como si hubiera olvidado que llevaban años allí. Después de andar un rato rebuscando, cayó en la cuenta de que su esposa debió de guardar la vieja estilográfica en un lugar seguro cuando él cayó enfermo. ¿Habría imaginado la mujer que iba a morir y la había apartado para quemarla junto a él? ¿O ya la habría vendido a una casa de segunda mano a cambio de unos pollos? Un sudor frío le cubrió el cuerpo ante aquel nuevo temor. Se la

había regalado su profesor de universidad cuando él inauguró la primera escuela para chicos en la que entonces era una de las provincias con mayor índice de analfabetismo de la nación. Había gastado y sustituido la punta de oro un par de veces, pero el cuerpo —liso, de color azul oscuro y pulido tras años de primoroso cuidado— aún conservaba su toque aristocrático. Incluso Shan, en sus años más fervorosos de joven revolucionaria, durante los que cualquier objeto occidental era susceptible de ser considerado capitalista, había respetado la pluma del maestro Gu, fingiendo que desconocía dónde la escondían. La

madre la había cosido en el forro de una colcha.

El maestro Gu se apoyó en la mesa y se levantó. En la casa no había muchos lugares seguros para esconder nada, y descubrió la pluma en una caja de madera, en el dormitorio, donde su mujer guardaba las pocas joyas que habían sobrevivido a la Revolución Cultural, junto con una instantánea de ellos tres, de cuando Shan apenas caminaba. Entrecerró los ojos y le echó un vistazo. La había tomado un amigo que había ido a visitarlos en la primavera de 1954; Shan miraba fijamente a la cámara mientras sus padres la miraban a ella. En aquella

época, una cámara de fotos era toda una novedad en Río Turbio, y un grupo de niños y unos cuantos adultos se habían reunido para estudiar de cerca la caja negra que colgaba del cuello de su amigo. El hombre había sacado un sinfín de fotos, tanto de la familia del maestro Gu como de los niños curiosos, pero aquella era la única que le había enviado. El anciano se preguntó qué habría pasado con las demás y decidió que tenía que escribir otra carta antes de recordar que el tal amigo, intelectual anticomunista, se había suicidado en 1957.

El maestro Gu volvió al salón arrastrando los pies. Sacó la

estilográfica del estuche de terciopelo, desenroscó el tapón con cuidado y limpió la tinta seca que se había acumulado en la punta de oro con un trocito de seda que guardaba en el estuche para tal propósito.

«*Muy apreciada camarada Cheng*», empezó a escribir, y a pesar de que en las últimas tres décadas había iniciado con aquella fórmula las cartas que le mandaba una o dos veces al año, pensó que era una introducción ridícula, teñida de aquella fealdad revolucionaria. Arrancó la página de la libreta y empezó de nuevo. «*La que un día fuera mi mejor amiga, colega y amada esposa*», escribió con gran esfuerzo. «*La que un*



*día fuera mi mejor amiga, colega y amada esposa»*, leyó en voz alta, y decidió que aquello estaba más en consonancia con su estado de ánimo.

*¿Recuerdas el paraguas que mi padre le prestó a mi madre en una esquina de una calle de París y que inició una historia de amor que duró toda la vida? Por si no lo recuerdas, fue en el otoño de 1916. Cuando te lo conté, dijiste que era una verdadera historia de amor. Te escribo para hacerte saber que el emblema de aquel gran amor ya no existe. El paraguas no sobrevivió a la muerte de mi hija porque su madre, mi actual esposa, creyó que la muchacha necesitaría uno*

*en el cielo. Si tal lugar existiera, me pregunto si mis padres no estarán peleándose con ella por el paraguas. Los abuelos no conocieron a la nieta en vida y, ahora que están muertos, espero que no tengan que pasar demasiado tiempo en su compañía. Mis padres, como puede que recuerdes, poseían la elegancia y la sabiduría de los intelectuales de su generación; sin embargo, mi hija fue más un producto de esta era revolucionaria que de la noble sangre manchú de sus abuelos. Murió intoxicada por un veneno que ella misma ayudó a preparar. A pesar del arte, la filosofía, tus adoradas matemáticas y mi fe en el progresismo,*

*al final, lo que caracteriza nuestra época —¿acaso no podríamos hasta tomarnos la libertad de creer, no sé, que esta era puede perdurar los siguientes cien años?— es el lamento de nuestros huesos aplastados bajo el peso de palabras vacías. No existe belleza en tal molienda, ni tampoco, ¡ay!, escapatoria para nosotros, ni ahora ni nunca.*

El maestro Gu dejó de escribir y leyó la carta. Su letra era la de un anciano de mano temblorosa, pero de qué le servía preocuparse por la pérdida de aptitudes como calígrafo. Dobló la carta de aquella manera especial en que los jóvenes amantes doblaban las cartas

de amor hacía cuarenta años y la metió en un sobre, pero entonces recordó que no le había hecho la pregunta. Había desperdiciado tiempo y espacio en una carta inútil y taciturna. Abrió la libreta.

*Grandemente apreciada camarada Cheng: Te agradecería que fueras sincera y me dijeras si los dirigentes de tu partido te encomendaron que contrajeras matrimonio conmigo por la causa comunista. Cada día estoy más cerca de mi última hora y preferiría no abandonar este mundo engañado.*

El maestro Gu escribió su nombre con cuidado y metió esta carta en el sobre, junto a la otra, sin releer ninguna de las dos. Se guardó el sobre en el

bolsillo, arrastró los pies por la habitación y se dejó caer pesadamente en un viejo sillón. Escribir lo había dejado exhausto. Cerró los ojos y retomó la discusión que había mantenido toda la noche con su primera esposa sobre si el marxismo era una forma de opio espiritual, tal como en su momento Marx había dicho de otras religiones.

—Muy apreciados ciudadanos de Río Turbio.

El bando retransmitido por los altavoces interrumpió la elocuente discusión del maestro Gu. El hombre reconoció la voz de la famosa locutora y pensó que le parecía falsa, demasiado seria para tratarse del anuncio de una

fiesta relacionada con los espíritus.

—Buenos días, camaradas. Estáis oyendo una emisión especial sobre la actualidad de Río Turbio. Como es posible que desconozcáis, está produciéndose un gran cambio histórico en la capital de nuestra nación, donde varias personas han levantado un tramo de pared, el llamado muro de la democracia, para expresar sus ideas sobre la dirección que está tomando nuestro país. Aunque las noticias sobre dicho muro no lleguen hasta nosotros, nuestra nación se halla en un momento crítico. Durante años nos han enseñado que en nuestro estado comunista somos los dueños de nuestro país y de nuestras

vidas. Sin embargo, ¿es eso siempre cierto? No hace mucho, Gu Shan, una hija de Río Turbio, fue injustamente sentenciada a muerte. No era una criminal, era una mujer que sentía una inmensa responsabilidad por el futuro de su país, que denunció con valor y gran visión un sistema corrupto; no obstante, ¿qué le ocurrió a esta heroína que actuó adelantándose a su tiempo?

Al maestro Gu le temblaron las manos cuando intentó levantarse del sillón. La mujer seguía hablando, pero ya no la escuchaba. Abrió la libreta con dificultad, con una mano tan trémula que arrancó varias páginas antes de encontrar una intacta.

*Solo te pido una cosa —escribió el maestro Gu a su primera mujer—: permíteme encomendarme a ti ahora que ya no puedo confiar en la mujer con la que llevo treinta años casado. Solo nuestra cultura tolera la exhumación y la exhibición de un cadáver por las ambiciones políticas de otros. ¿Te importaría encargarte de mi cremación? No dejes que quede ni el más mínimo vestigio de mí que mi actual esposa, o cualquier otra persona, pudiera utilizar.*

—¡Camaradas con conciencia! —insistió la mujer a través de los altavoces—. Os ruego que acudáis a la plaza del centro y denunciéis nuestro



corrupto sistema. Por favor, venid a conocer y a apoyar a una madre heroica que perpetúa la leyenda de su hija.

—Qué estúpidas —dijo el maestro Gu en voz alta. Se puso un abrigo encima del pijama y se preparó para enviar las cartas.

El patio estaba sumido en un inquietante silencio cuando Tong se despertó antes del alba. Abrió la cancela con la esperanza de ver a Oreja esperándolo ansioso al otro lado, pero salvo por unos cuantos hombres madrugadores, que cargaban en sus bicicletas cajas de bambú llenas de

ofrendas para la excursión, el callejón estaba desierto. Les preguntó si habían visto a Oreja, pero ninguno había visto al perro.

Dejó atrás el callejón y, en el cruce de dos calles importantes, empezó a ver a las primeras personas que se dirigían a pie a la plaza del centro. Iban en silencio, hombres con gorros encasquetados hasta las cejas y mujeres con la mitad del rostro oculto por un pañuelo. Tong se quedó en la acera y los vio pasar, a veces de dos en dos, pero casi siempre solos y a cierta distancia de la persona que tenían delante. Reconoció a un tío de la unidad de producción de su padre y lo saludó, pero

el hombre se limitó a devolverle el saludo con un breve gesto de la cabeza y apretó el paso, como si tuviera prisa por librarse de él. Las tiendas de la calle principal estarían cerradas todo el día; por tanto, lo único que podía atraer a tanta gente al centro de la ciudad era aquel acto público. Tal vez encontraría allí a Oreja, un perro sociable que disfrutaba con el bullicio. Tong esperó que se hiciera un hueco en la procesión para unirse a ella.

El cielo empezó a iluminarse por el este: un nuevo día claro de primavera. A pesar del número cada vez mayor de personas que se congregaba en la plaza, procedentes de calles laterales y

callejones, la avenida principal estaba en silencio. Nadie hablaba, pero los cuervos y las urracas graznaban bajo la pálida luz con mayor estridencia de la habitual. La gente saludaba con un gesto de la cabeza a los conocidos, pero casi nunca levantaba la vista del tramo de calzada que tenía delante. Varios hombres, también con el rostro oculto bajo un gorro o tras un cuello levantado, se entretenían delante de las puertas de las tiendas que flanqueaban ambos lados de la calle principal.

—¿Sigues buscando a tu perro? —le preguntó alguien dándole una palmadita en el hombro.

El niño levantó la vista y se encontró

con el joven del día anterior, que le sonreía mostrando sus dientes amarillentos.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Tong.

—Porque si no, ahora estaría a tu lado —contestó Bashi—. Soy detective, no se me escapa nada.

—¿Has visto a mi perro?

—¿Crees que me lo callaría si lo hubiera visto? Aunque, hazme caso: has venido al lugar equivocado. A nadie de los que ves por aquí le importa que hayas perdido a tu perro —dijo Bashi señalando hacia la plaza.

Tong sabía que el joven tenía razón. ¿Cómo iba a preguntar por un insignificante perro cuando la gente

tenía cosas más importantes en las que pensar? Aun así le dio las gracias a Bashi y se dirigió hacia la plaza, con la esperanza de que el hombre dejara de seguirlo.

—Sé que no me escuchas —lo regañó el joven sacándolo de la procesión de un tirón—. No puedes ir solo.

—¿Por qué?

—¿Cómo vas a entrar en la plaza? ¿Tienes entrada? No te dejarán pasar sin entrada.

Tong estaba convencido de que mentía, por lo que dio media vuelta para marcharse, pero el joven lo cogió por el hombro.

—¿No me crees? —dijo Bashi, y se sacó algo de la manga—. Mira, esta es la entrada de la que te hablo. ¿Tienes una? —Tong vio que llevaba una flor blanca de papel medio escondida—. Mira a toda esa gente, todos llevan una flor blanca en la manga o debajo del abrigo. Sin flor no te dejarán entrar; tienen que cerciorarse de que no eres un espía del enemigo. ¿Ves a esos hombres delante de las tiendas? Mira, ahí. ¿Por qué no van a la plaza? —Bashi calló unos segundos, disfrutando con la mirada intrigada de Tong—. Si quieres saber mi opinión, yo diría que son de la secreta. ¿Cómo vas a demostrar que no trabajas para la policía? Claro que

podrías decir que eres demasiado pequeño, aunque también lo eres para asistir a un acto de este tipo. Salvo que vayas con alguien mayor.

Tong meditó las palabras de Bashi. A pesar de que no acababa de encontrarles sentido, no supo cómo rebatirlas.

—¿Tú vas? —preguntó Tong.

—¿Lo ves? Eso es lo que preguntan los chicos listos. Sí y no. Voy, pero por una razón distinta a la de esta gente; de todos modos, si buscas a alguien que te acompañe, has dado con la persona adecuada. Sin embargo, debes prometerme una cosa; escúchame bien: no quiero que te pierdas ni que la gente



te pisotee.

En ese momento se oyó la voz de la locutora por los altavoces. Tong y Bashi se detuvieron a escucharla.

—No sabía que Guisante de Olor estuviera involucrada en esto —comentó Bashi cuando la mujer terminó de hablar—. Eso debe de significar que el gobierno está detrás del acto. Mal asunto, ¿no?

—¿Por qué es un mal asunto?

—Por nada. Bueno, ¿quieres venir conmigo?

Tong lo pensó y accedió.

—Aunque soy lo bastante mayor para ser tu tío —dijo Bashi—, esta vez voy a ser bueno contigo: puedes

llamarme hermano mayor.

Tong no contestó, pero siguió a Bashi. Al llegar a la plaza, comprendió que Bashi lo había engañado: ni pedían la flor blanca a cambio de ser admitido ni la gente se atropellaba para llegar hasta allí. La cola iba desde el centro hasta la esquina inferior izquierda de la plaza, luego doblaba a la derecha y seguía hasta la de enfrente, donde iba engrosándose. Cuando Tong se puso detrás del último hombre, Bashi tiró de él y le susurró que verían más cosas desde otro sitio. El niño vaciló, pero acabó siguiéndolo por curiosidad. Bashi lo felicitó y, mientras se encaminaban hacia la derecha de la estatua de Mao,

donde había menos gente, le dijo que era un chico listo y sensato. Habían colocado varias coronas de flores blancas a lo largo del pedestal. Las presidía una fotografía ampliada, apoyada en un pie casero hecho con cañas de bambú. La joven de la foto, una adolescente, tenía la cabeza ladeada ligeramente hacia atrás y sonreía de oreja a oreja, como si el fotógrafo le acabara de contar un chiste.

Bashi chascó con la lengua.

—¿Es esa la mujer?

—¿Quién?

—La contrarrevolucionaria.

Tong miró la foto. Por mucho que lo intentó, no consiguió relacionar la

imagen de la chica, segura, joven y guapa, con la mujer de rostro ceniciento y el cuello envuelto en un esparadrapo manchado de sangre que había visto el día de la ejecución.

—Eh, eh, ¿te has quedado embobado ante una cara bonita? —dijo Bashi—. Mira eso.

Tong respiró hondo y se puso de puntillas. Habían formado un círculo con varias coronas tan altas como un hombre, y la cola que entraba y salía por el otro lado, a través de un hueco, le impedía ver nada.

Bashi se entretuvo un buen rato observando el desfile de personas.

—Muy interesante. Ajá, mírala, es

ella. Y él también ha venido.

Tong no quería admitir que era demasiado bajito y que no veía nada. Bashi reparó en él y suspiró.

—En fin, yo te he traído, así que supongo que me toca distraerte, ¿no?

Se agachó y le dijo que se subiera a sus hombros. Tong vaciló, pero cuando Bashi le espetó que dejara de comportarse como un mariquita, se decidió.

—Agárrate a mi cabeza —ordenó el joven, y se levantó—. ¡Uf!, pareces una col, pero pesas como un buda de piedra —se quejó, aunque Tong no contestó.

El interior del círculo de coronas había acaparado toda la atención del

niño. En el centro, una mujer dejó con cuidado una flor blanca en un cesto enorme que tendría más de dos brazos de diámetro, junto al que había una mesa cubierta con un trozo de tela blanca. El hombre que se sentaba detrás señaló la tela y le dijo algo a la mujer, que sacudió la cabeza como si se disculpara antes de alejarse de allí, sin mirarlo a la cara. Tong lo reconoció: era uno de los profesores de su colegio.

—¿Ves lo que yo veo? —preguntó Bashi, y se acercó un poco más a la barricada de coronas. Tong se bamboleó y se aferró al cuello del joven—. Eh, que me ahogas.

Tong soltó las manos.

—Aquella tía de allí es la locutora —dijo el niño, tal vez demasiado alto.

Kai levantó la vista al oírlo, pero se volvió rápidamente hacia la mujer que estaba a punto de salir del círculo.

—Gracias, camarada —le dijo—. Esta es la madre de Gu Shan.

—Gracias por su apoyo —añadió la señora Gu.

La mujer fingió no haber visto la mano que Kai y la señora Gu le tendieron para agradecerle su presencia. Salió con prisas del círculo y pensó en su marido y en sus dos hijos, quienes a esas horas ya debían de estar preguntándose por qué tardaba tanto si solo iba a pasarse un momento por la

unidad de producción. Les había mentido; les había dicho que tenía que reajustar uno de los parámetros de la máquina que tenía a su cargo en la fábrica de procesado de alimentos.

La cola avanzaba en silencio. La gente dejaba una flor blanca tras otra en el cesto. Algunos firmaban en la tela blanca, pero otros, cuando se les invitaba a hacerlo, se disculpaban. Kai los saludaba a todos y les hablaba de la importancia de la petición para el bienestar de la nación. Su voz, suave y clara, era tranquilizadora. Después de todo, ¿acaso no era la locutora oficial? Algunos cambiaban de opinión y firmaban la petición después de hablar



con Kai.

—Eh, ¿estás sordo? —preguntó Bashi a Tong—. Te he hecho una pregunta.

—¿Qué has dicho?

—¿Hasta dónde llega la cola? No puedo levantar la cabeza por tu culpa.

—Todavía queda mucha gente.

—¿Cuántas personas ves?

Tong se puso a contarlas.

—Sesenta, puede que ochenta. Es difícil de calcular. Vienen y van.

—¿Conoces a alguien de los que has visto?

—A la tía que está junto al cesto —contestó Tong—. Es la locutora, ¿lo sabías? Me ha sonreído.

—Eso lo sabe todo el mundo. ¿A quién más?

—Un profesor del colegio.

—¿A quién más?

Echó un vistazo a la gente que estaba esperando y reconoció algunas caras: otro profesor del colegio, que daba clases a cursos superiores; un viejo empleado de la farmacia, a quien le gustaba dar ciruelas en vinagre a los niños como si fueran una chuchería; al cartero que repartía el correo en el barrio de Tong dos veces al día y que siempre silbaba cuando pasaba montado en su bicicleta verde; al viejo Hua y a su mujer, quienes esperaban en la cola uno detrás del otro, aunque separados por un

brazo de distancia, sin mirar a la gente que los rodeaba. Tong iba retransmitiéndole lo que veía y Bashi lo animó para que siguiera así: lo estaba haciendo muy bien.

—No me vendrías mal como aprendiz —comentó Bashi.

El joven saludaba a todos los que pasaban por su lado, como si los conociera, aunque muy pocos le devolvían el gesto. Algunos miraban al niño de soslayo, pero la mayoría de ellos no mostraba el más mínimo interés en él ni en su acompañante. Tong pensó que debían de considerarlo un niño pequeño que había ido a divertirse al lugar menos apropiado. Le entristeció no

poder demostrar que se equivocaban. Se preguntó si el joven con quien estaba habría ido únicamente a pasar un buen rato, pero consideró que era demasiado tarde para enfrentarse a él.

Pasó media hora, tal vez más. Retiraron el cesto, a punto de desbordarse, y colocaron uno nuevo en su lugar. El sol había salido por completo y la estatua de Mao proyectaba su sombra sobre Tong y Bashi. El joven se alejó de la penumbra, con el niño todavía en sus hombros. Al cabo de un rato, cuando Tong le comunicó que la cola se había acortado, Bashi le pidió que bajara.

—Si no, acabarás partiéndome la

espalda —dijo masajeándose el cuello con ambas manos.

—¿Vas a dejar la flor blanca en el cesto? —preguntó Tong.

Se le habían dormido las piernas y tuvo que golpear el suelo con los pies para despertarlas.

—No —contestó Bashi—, ¿para qué?

—Creía que habías venido por eso.

—Ya te dije que estoy aquí por otros motivos —contestó el joven. Desilusionado, Tong se alejó renqueando—. ¿No quieres saber dónde está Oreja?

El niño dio media vuelta.

—¿Lo has visto?

—Últimamente, no —dijo Bashi—, pero recuerda: soy detective y puedo averiguar lo que quieras.

—Ya lo encontraré yo —repuso Tong negando con la cabeza.

—¿Quieres que te preste mi flor?

El niño sopesó la oferta y contestó que sí con un gesto. Habría preferido que su madre no hubiera destruido la flor para no tener que pedírsela a aquel hombre que tan poco le gustaba. Bashi se sacó la flor de la manga y se la tendió a Tong.

—Ahora es tuya —dijo—, a condición de que no te vayas todavía.

—¿Por qué?

—Porque hemos venido juntos,

¿recuerdas? —respondió Bashi guiñándole un ojo.

Tong accedió a regañadientes y el joven lo acompañó al final de la cola. Cuando le llegó el turno, el niño saludó a la locutora y dijo que lo había enviado su madre. Bashi se limitó a sonreír y permaneció en silencio.

—Por favor, dale las gracias a tu madre en nombre de todos nosotros —dijo la mujer.

La anciana que había junto a la tía hizo una leve reverencia con la cabeza y le agradeció a Tong su presencia, como si fuera un adulto más. A aquella distancia la reconoció: era la mujer que había quemado la ropa en el cruce el día

de la ejecución.

—¿Señora Gu? —intervino Bashi, estrechando la mano de la anciana—. Lu Bashi. Espero que esté disfrutando del primer Ching Ming de su hija. También es el primero de mi abuela; la enterramos hoy. Ya sabe lo que es tener que esperar hasta la primavera. Si quiere saber mi opinión, no es la mejor época para morir. En fin, ¿ya ha enterrado a su hija?

Kai le dio una palmadita en el brazo.

—Lo siento, no podemos perder el tiempo en chácharas.

—Pero si no he venido a charlar —contestó Bashi, y le dio un apretón de manos a Kai—. Lu Bashi. Hermana, me



encanta tu programa. ¿Sabes qué apodo te ha puesto la gente? Guisante de Olor. Fresco y delicioso. Sí, lo sé, me voy. No pasa nada, sé que estáis muy ocupados, aunque no he venido a causar problemas. Sus padres me pidieron que lo acompañara —dijo Bashi, y señaló a Tong—. Es demasiado pequeño para venir solo, ¿no crees?

Tong se mordió los labios. No quería que lo vieran con aquel hombre; sin embargo, Bashi le había dado la flor blanca y, cuando había mentido al decir que lo había enviado su madre, no lo delató. Tong esperó, angustiado, mientras Bashi seguía hablando y preguntaba a Kai qué pensaba sobre la

cantidad de gente que había acudido al acto y qué tenía planeado hacer a continuación. A pesar de que la joven intentó mostrarse educada, Tong sabía que no tenía ningún interés en hablar con Bashi.

—Sé que estás muy ocupada, pero ¿podría hablar contigo en privado? — insistió Bashi.

Kai dijo que, efectivamente, estaba ocupada. El joven chascó con la lengua y dijo que era una lástima, que en ese caso tendría que hablar con la señora Gu sobre los riñones de su hija.

Aunque lo había dicho en voz baja, Kai se sobresaltó. La mujer miró a la señora Gu y le hizo un gesto a Bashi

para que se apartara un poco. Tong los siguió, y ni el uno ni la otra parecieron reparar en él.

—¿Qué has oído sobre los riñones?  
—preguntó Kai.

—No es ningún secreto —dijo Bashi—. ¿O sí lo es?

Tong vio que la locutora fruncía el entrecejo.

—¿Te importaría no mencionarlo delante de la señora Gu?

—Haré lo que me pidas —contestó Bashi.

Bajando aún más la voz, le explicó que, aparte de los riñones, había más cosas relacionadas con el cuerpo y que él solo quería que Kai supiera que

estaba trabajando en ello. Le aseguró que el asunto estaba en buenas manos y que sería la primera persona a quien informaría en cuanto hubiera resuelto el caso. Tong comprendió que la locutora no sabía de qué le hablaba Bashi y que solo le seguía la corriente. Se les acercó un hombre vestido con un grueso abrigo; una mascarilla de algodón le cubría casi toda la cara.

—¿Ocurre algo? —preguntó con ojos alarmados tras los cristales de las gafas.

Bashi contestó que todo iba bien. El hombre miró a Kai, que negó con la cabeza lentamente, aunque no dijo nada. Sin quitarse el guante, el joven de la

maskarilla estrechó la mano de Bashi y le agradeció que hubiera acudido a apoyar el acto. Bashi contestó que era obligación de todos luchar contra lo que estaba mal y, al comprender que no iba a dejarlo a solas con Kai, le hizo un gesto a Tong para que lo acompañara hasta la mesa.

—¿Os importa si le echo un vistazo? —preguntó Bashi, y se inclinó sobre el trozo de tela.

El hombre que había detrás de la mesa, un profesor nuevo del colegio de Tong —que no reconoció al niño—, contestó que no era para que la gente fuera a curiosear.

—Pero nosotros también hemos

venido a firmar, ¿verdad, hermanito? — dijo Bashi dirigiéndose a Tong—. ¿No dijeron tus padres que tú los representabas? Por cierto, el chaval es alumno suyo.

El hombre se volvió hacia Tong.

—¿Vas al Estrella Roja?

El niño asintió con la cabeza.

—¿Y no acabas de pedirme que te dejara venir para firmar la petición? — intervino Bashi. Se volvió hacia el hombre—. Es un chico tímido, sobre todo cuando tiene a un profesor delante.

El hombre miró a Tong y dijo que tal vez era demasiado joven para firmar.

—¿Demasiado joven? Tonterías. Gan Luo fue dirigente de una nación con

once años —replicó Bashi—. Nunca se es demasiado joven. ¿No ha oído decir que el héroe se forja en un alma joven? Pues aquí tiene a un joven héroe. Además, ¿no necesitan todas las firmas que consigan reunir?

El hombre vaciló y mojó el pincel en el tintero.

—¿Estás seguro de que entiendes lo que dice la petición? —le preguntó a Tong.

—Pues claro. Acabo de decirle que es un joven héroe —contestó Bashi, y a continuación le dijo al niño en un susurro—: Ya ves que tanto tu profesor como la tía locutora están detrás de la petición. Se pondrán muy contentos si

pones aquí tu nombre. ¿Sabes escribir tu nombre?

Tong estaba avergonzado y cansado de Bashi. Cogió el pincel y buscó un sitio donde estampar su firma. El profesor iba a comentar algo, pero Bashi le preguntó a qué venía tanto jaleo y aseguró que el chico sabía lo que hacía, igual que una golondrina sabe encontrar su hogar. Tong cogió aire y empezó a escribir en la tela blanca con cuidado, intentando que todos los trazos fueran uniformes. Al principio iba a poner su nombre, pero en el último momento cambió de opinión y escribió el de su padre. Después de todo, él era demasiado pequeño y puede que el suyo



no valiera.

Nini cerró la casa con llave en cuanto el taxi a pedales que había contratado su familia desapareció al doblar la esquina. Tenía que hacer la colada, fregar cazuelas y sartenes y pasar la escoba y el trapo, pero todo aquello, junto con el recuerdo de las risitas ahogadas de sus hermanas cuando sus padres le ordenaron que tuviera acabadas aquellas tareas cuando ellos volvieran a casa, apenas consiguió empañar su humor. Había oído que su padre le decía a su madre que el conductor del taxi no podría pedalear en

el camino de subida a la montaña, y que tendría que ayudarlo a empujar. Su madre había contestado que les convenía pasar todo el tiempo posible allí arriba para aprovechar al máximo lo que le pagaban al conductor, así que la familia tardaría bastante en volver a casa. Además, aunque no lo acabara todo, ¿qué más daba? Aquel también era un día de fiesta para ella, un día especial para estar con Bashi. Nini llevaba a Sextita en el brazo bueno y le dijo que iban a salir a pasárselo bien. La pequeña le devolvió una mirada límpida y confiada. Cuando Nini le hizo cosquillitas bajo la suave barbilla y le preguntó si estaba preparada para el

paseo, el bebé por fin esbozó una amplia sonrisa y le mostró sus nuevos dientecitos.

El sol lucía en lo alto de un cielo azul sin un solo jirón de nube, un día perfecto para el Ching Ming. La gente salía de los callejones y se dirigía hacia el puente del Cruce, las mujeres y los niños a pie, los hombres empujando bicicletas cargadas con ofrendas y cestas de *picnic*. Nini se encaminó hacia el norte, en dirección contraria a la marea humana, aunque tenía que ir parando de vez en cuando para dejar desfilar a aquella riada de personas, algunas de las cuales chocaban frontalmente con ella sin aflojar el paso,

como si no existiera. Sextita se chupaba la mano y luego señalaba a los que pasaban por su lado con un dedito húmedo.

—Gatito, gatito —balbuceaba sin sentido.

A medio camino de casa de Bashi, Nini dobló hacia el callejón de los Gu. No esperaba que le hubieran preparado nada especial por ser el día que era. Además, aunque le suplicaran que entrara en casa y pasara unos minutos con ellos, les diría que estaba muy ocupada y que no tenía tiempo que perder. O puede que fuera más generosa e intercambiara unas palabras amables con ellos. Les contaría que había oído

que el maestro Gu había estado enfermo y que quería saber cómo se encontraba o si necesitaba algo especial del mercado que pudiera llevarle la próxima vez. Los imaginó estupefactos delante de ella, atónitos ante su garbo y su desenvoltura de joven adulta. Ella sonreiría y les diría que, si no tenían ninguna petición especial, ya pasaría a visitarlos en otro momento, cuando tuviera más tiempo. Ellos asentirían con un gesto e intentarían recuperar la voz, atormentados por el secreto deseo de retenerla un poco más; sin embargo, ella se iría de todos modos, como una hija casada con un marido rico se despide de sus sencillos padres, para quienes su

fortuna es su única alegría.

Aparte de los gorriones que daban saltitos entre las gallinas, el callejón de los Gu estaba en silencio. Nini llamó a la cancela, al principio con cierta timidez, y luego con mayor vehemencia. Al cabo de un buen rato, oyó que alguien trasteaba en el patio. El corazón se le aceleró de repente y se preparó para salir volando de allí antes de que la vieran. Sin embargo, ¿qué imagen daría sino la de una cría inútil? Insistió y volvió a llamar a la puerta, más fuerte esta vez.

La cancela se abrió. El maestro Gu, apoyado en un bastón, fulminó a Nini con la mirada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿No sabes que la gente tiene cosas más importantes que hacer que esperar a que vengan a molestarla?

Sextita señaló el bastón del anciano y se rió tontamente por algo que solo ella sabía. Nini miró al hombre, abatida. Lo había imaginado debilitado y entristecido por su enfermedad, necesitado de consuelo, pero tuvo la sensación de que el anciano que tenía delante —como muchos otros que deambulaban por el mercado o se sentaban junto a la carretera y que solo disfrutaban despoticando de un mundo que, según ellos, los había tratado mal— era un extraño que se había apoderado

del cuerpo del maestro Gu. Nini respiró hondo.

—He oído que estaba enfermo, maestro Gu —dijo poniendo a prueba su recientemente descubierta seguridad—. He venido para ver cómo se siente y por si necesita algo.

—¿Y a ti qué te importa? —contestó el anciano—. Que no espere nadie que ahora me ponga a recibir a todo aquel al que le sobre buena voluntad.

Sin darle tiempo a responder, el hombre le estampó la puerta en las narices.

Sextita, asustada, se echó a llorar y le entró hipo. Nini se quedó mirando la cancela. Sintió ganas de escupir y



renegar, su modo de enfrentarse a las humillaciones que le imponía la vida, aunque sabía que aquello ya no le reportaría la satisfacción de antes. El maestro Gu, a quien había idolatrado, admirado y deseado como padre, había quedado un peldaño por debajo de ella como persona.

Bashi parecía nervioso cuando Nini y Sextita llegaron. En la mesa les esperaban viandas de todo tipo, encargadas en el Triple Gozo, el restaurante más caro de la ciudad. Bashi se ofreció a coger el bebé, y cuando la pequeña protestó agitando las manitas, el joven le hizo muecas graciosas y aflautó la voz para cantarle una canción

sobre un caracol, lo que la asustó aún más e hizo que rompiera a llorar. Nini los hizo callar a ambos y se dirigió derecha al dormitorio. La cama de Bashi estaba recién hecha. La sábana tenía un estampado a juego con la manta y las fundas de las almohadas: un par de golondrinas acurrucadas en un sauce reverdecido.

—La fiesta es por los muertos — dijo Nini, que todavía no se había recuperado del encuentro con el maestro Gu—. ¿Creías que era por ti? —Bashi esbozó una sonrisa enigmática—. No me pongas esa sonrisita tonta —le espetó la jovencita.

Nini llevó al bebé a la otra cama,

desnuda tras la muerte de la anciana, y se sacó una cuerda del bolsillo. El colchón era mucho más pequeño que el lecho de ladrillos que tenían en casa, por lo que tuvo que doblar la cuerda hasta tres veces para poder atarla alrededor de la cintura del bebé y a uno de los postes de la cama. Bashi parecía preocupado, pero Nini lo tranquilizó: Sextita estaba acostumbrada a la cuerda. Sería un milagro que consiguiera estrangularse con ella o deshacer el nudo y caer de cabeza al suelo.

Bashi observó cómo la pequeña exploraba su nuevo territorio.

—Qué niña tan guapa —comentó.

Se arrodilló junto a la cama para

ponerse al nivel del bebé y empezó a hablar con voz chillona y a hacer muecas, que no gustaron a Sextita. Cuando la pequeña arrancó a llorar de nuevo, se levantó resignado.

—¿Y si se aburre?

—¿Por qué iba a aburrirse? — preguntó Nini—. Es lo que hace todos los días.

Muy poco convencido, Bashi fue a la cocina a por una bolsa de galletas y colocó un montoncito en cada una de las esquinas de la cama. Rebuscó en el armario y encontró un par de zapatos de seda viejos que habían sido de su abuela. Su abuela había llevado los pies vendados, así que los zapatos eran del

tamaño de la palma de un niño. Más intrigada por los zapatos que por las galletas, Sextita los cogió y empezó a morder las flores bordadas.

Nini se quedó mirando cómo Bashi se preocupaba por que la pequeña se sintiera cómoda. Al ver que perdía el tiempo de aquella manera con un bebé, pensó que a veces era un hombre de una bondad inusitada. La muchacha se fue al salón y se repantigó en una enorme silla acolchada. La solicitud de Bashi hacía que se sintiera importante; no le costaría demasiado convertirse en la señora de la casa y hacer de él su sirviente.

Bashi apareció al cabo de unos minutos.

—Tengo un regalo para ti —anunció. Nini se volvió para mirarlo. Cuando no se comportaba como un bicho raro, casi parecía guapo—. ¿Adivinas qué es?

—¿Cómo voy a adivinarlo? A saber qué tornillo se te ha aflojado —respondió ella.

—Tienes razón —admitió Bashi echándose a reír—, tardarías un millón de años en descubrirlo.

El joven se acercó a la alacena y un segundo después apareció con una caja de cartón. No era grande, pero por el modo en que la sujetaba, equilibrándola con cuidado entre las manos, Nini pensó que debía de ser algo caro o pesado, o ambas cosas, y se preguntó si podría

esconderlo de sus padres y hermanas.

Bashi dejó la caja sobre la mesa y la abrió. A continuación, se apartó a un lado y, con una profunda reverencia, invitó a Nini a acercarse, como si fuera un gran mago. La muchacha se inclinó sobre la caja y miró en su interior. No encontró ni manjares exquisitos ni joyas caras, sino un revoltijo de jirones de periódico y, en medio, una bolita gris con púas. Lo tocó con un dedo y aquella cosa rodó a un lado, pero debajo del pequeño cuerpo solo había papelotes.

—Bueno, ¿qué te parece? — preguntó Bashi.

—¿Qué es?

—Un erizo.

El joven estudió con curiosidad la expresión de Nini, que se impacientó.

—¿Qué clase de regalo es este? ¿Crees que soy una mofeta que quiere un erizo para comer?

Bashi soltó una risotada, como si hubiera oído el chiste más gracioso del mundo y, aunque la intención de ella era mantenerse seria y enfadada, no pudo por menos que echarse a reír. Cogió el erizo por las púas y lo dejó en la mesa. El animalito no se movió, estaba hecho un ovillo, con la cabeza y la suave barriga a resguardo del mundo.

—Está muerto —dijo Nini.

—Qué tontita, parece muerto porque anoche lo dejé en el cobertizo del patio.



—El joven fue a buscar un recogedor y levantó el erizo—. Verás cómo funciona —dijo, y se lo llevó a la cocina.

El fuego de la cocina de carbón rugía, por lo que aquella estancia estaba más caldeada que el resto de la casa. Bashi se quitó el jersey y se arremangó.

—Mira —dijo dejando el recogedor en el suelo, cerca de los fogones.

El erizo empezó a moverse al cabo de un rato. Al principio muy lentamente, pero luego se alargó y se acható, y la cabeza empezó a asomar por debajo del cuerpo desenroscado. Nini le miró el hocico rosáceo y los ojillos. El animalito parecía desconcertado y fruncía la nariz sin parar.

—¿Tiene hambre? —preguntó la muchacha.

—Espera y verás —contestó Bashi.

El joven dejó un plato plano con agua en el suelo, cerca del erizo, que no tardó en arrastrarse hasta el agua. Cuando la encontró, y para asombro de Nini, se la bebió casi de un trago, sin detenerse a respirar.

—¿Cómo sabías que tenía sed? —preguntó la muchacha.

—Porque lo he probado antes de que vinieras —contestó Bashi—. Si congelas un erizo y luego lo descongelas, el pobre cree que acaba de salir de la hibernación y que está sediento.

—Qué animal más tonto —comentó Nini.

Bashi sonrió y dijo que tenía otro truco que enseñarle. El joven sacó un tarro de sal del armario y le dijo que le diera la mano. Ella le tendió la buena, cerrada en un puño, de modo que Bashi fue abriéndola, dedo por dedo. Nini sintió un pequeño cosquilleo que no procedía de su mano, sino de una parte de su cuerpo que hasta ese momento no sabía que existiera. Bashi le puso un puñadito de sal en la palma.

—Ahora estate bien quieta —dijo el joven, y se inclinó para chuparle la mano.

Nini la retiró antes de que la tocara

con la lengua, y la sal se derramó sobre la encimera.

—¿Qué haces? —preguntó la muchacha.

Bashi suspiró.

—Estoy enseñándote cómo se hace el truco —contestó él—. Tienes que estar muy quieta o el erizo se asustará.

La joven miró a Bashi con recelo, pero él parecía concentrado en la demostración. Se echó un poco de sal en la palma y le pidió a Nini que no hiciera ruido. Se arrodilló junto al erizo y tendió la mano, bien estirada, hacia el inseguro animal. Al cabo de un momento, el erizo se acercó y empezó a chupar la sal de la mano de Bashi. El

animalito tenía una lengua tan pequeña que Nini no la veía, pero el joven le guiñó un ojo y sonrió como si estuvieran haciéndole cosquillas. La pequeña montañita de sal no tardó en desaparecer. El erizo se alejó, lento y satisfecho, y Nini miró a Bashi, intrigada. Él sonrió y le hizo un gesto para que esperara. Un minuto después, el animalito empezó a toser con fuerza. Nini se quedó pasmada y miró a su alrededor, aunque sabía que no había nadie más en la casa. El erizo hacía un ruido grave y angustiosamente humano, como el ataque de tos de un anciano con tisis. Nini se lo quedó mirando: no cabía duda de que era el animal el que tosía.

Bashi se volvió hacia la muchacha y se echó a reír. El animalito siguió tosiendo un minuto más, hasta que se hizo un ovillo, como si estuviera dolorido. Nini le dio un par de golpecitos y cuando se convenció de que ya no volvería a toser, se levantó.

—¿Dónde has aprendido esa gamberrada?

Bashi sonrió.

—¿Qué más da? Lo divertido es que el erizo no aprende a no acercarse a la sal.

—Y eso, ¿por qué?

El joven meditó la respuesta.

—Igual le gusta que le hagan gamberradas.

—Qué animal más tonto —dijo Nini. Cogió el ovillo de púas y volvió a dejarlo en la caja—. ¿Qué más hace, aparte de toser?

—No mucho más.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Eso es cosa tuya —contestó Bashi—. Es tu regalo.

Nini negó con la cabeza. No se le ocurría nada que hacer con el erizo y de repente, después de lo bien que se lo había pasado con Bashi, se sintió vacía.

—¿Para qué quiero un erizo? —dijo.

—Te lo puedes quedar de mascota.

—¿Por qué no te lo quedas tú? —sugirió Nini, y se acercó al dormitorio para ver cómo estaba Sextita.

El bebé había descubierto las galletas y Nini se quedó mirando cómo mordisqueaba una. Había llegado el día que la joven tanto había esperado, pero, sin saber por qué, en esos momentos estaba hecha un flan.

Bashi la siguió al dormitorio y le ofreció más galletas al bebé, pero Nini las apartó antes de que Sextita las cogiera. La niña se echó a llorar.

—¿Es que quieres que reviente? —le espetó Nini.

Bashi se rascó la cabeza. Parecía confuso ante el súbito cambio de humor de Nini.

—Tengo otra idea —dijo el joven al cabo de un momento.



—Tus ideas me aburren —contestó ella.

—Puede que esta no. Podríamos comernos el erizo. He oído decir que no hay tónico que lo supere.

—No tenemos ochenta años y no necesitamos ni ginseng ni erizos que nos alarguen la vida —repuso Nini—. ¿Quién querría comerse esa cosa tan fea, con todas esas púas?

Bashi sonrió y pidió a Nini que lo acompañara para poder enseñarle otro truco del que había oído hablar. La muchacha no sentía la más mínima curiosidad, pero cualquier cosa sería mejor que quedarse en el dormitorio con Sextita, que, después de llorar un rato

sin ganas, empezó a chuparse el puño. Nini sabía que la pequeña no tardaría en dormirse. Salió en busca de Bashi y lo encontró en el patio, cavando la tierra recién descongelada con una pala. Cuando hubo reunido una montañita, el joven vertió un poco de agua encima y amasó el barro con paciencia, como si fuera un panadero experimentado.

—¿Vas a hacer un pastel de barro con el erizo? —preguntó Nini.

—Más o menos —contestó Bashi. Entró en la casa y sacó la caja. El pobre animal seguía hecho un ovillo. El joven lo cogió y lo dejó sobre la pasta de barro—. ¿Sabes cómo cocinan los mendigos los pollos que roban? —

preguntó a Nini—. Rebozan el pollo en barro y lo ponen todo sobre brasas calientes. Cuando está asado, rompes la capa de barro y te comes la carne, que queda muy tierna. Pues he oído que puede hacerse lo mismo con un erizo.

Bashi embadurnó el erizo con barro hasta que quedó cubierto por completo. Luego lo hizo rodar sobre la pasta unas cuantas veces más y le fue dando forma de pelota.

El fuego de la cocina de carbón rugía. Bashi intentó apagarlo a soplidos, en vano; Nini, riéndose de él, cerró de golpe el regulador del tiro y el fuego fue consumiéndose en silencio hasta que no tardó en extinguirse del todo. Bashi

metió la bola de barro entre las ascuas y ambos se quedaron mirando cómo la capa exterior se secaba y se convertía en una costra en el vientre de la cocina.

—¿Y ahora qué hacemos? — preguntó Nini al cabo de un rato, tras un suspiro.

Bashi se volvió estirando las manos embarradas como si fueran garras.

—Podemos jugar al ratón y al gato —propuso el joven mostrando sus dientes amarillentos—. Voy a por ti.

Nini lanzó un chillido alegre y se alejó renqueante. Bashi la seguía, siempre dos pasos por detrás, haciendo rechinar los dientes con un gracioso ruido. Dieron vueltas por el salón hasta

que la muchacha entró en el dormitorio y se arrojó sobre la cama de Bashi, jadeando.

—No me gusta este juego —dijo con la cara enterrada en la almohada. Bashi no contestó. La muchacha rodó sobre sí misma y le sorprendió verlo junto a la cama, mirándola con una extraña sonrisa —. No te quedes ahí como un pasmarote —dijo—, piensa algo más divertido.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó Bashi.

Al principio Nini creyó que bromeaba.

—No —contestó la muchacha—, no quiero casarme contigo.

—¿Por qué no? —Bashi parecía

ofendido y decepcionado—. Deberías pensarlo antes de decidirte. Tengo dinero, tengo una casa solo para mí. Soy tu amigo, te hago reír, te trataré bien. Siempre trato bien a las mujeres, ¿sabes?

Nini lo miró. Los ojos del joven, clavados en su rostro con una seriedad que la muchacha jamás había visto en él, la pusieron nerviosa y se preguntó si su cara parecería especialmente deforme. Se volvió y le ocultó la mitad imperfecta.

—Piénsalo —insistió Bashi—. Pocos hombres querrían casarse contigo.

Nini no necesitaba que se lo recordaran, cualquiera con ojos en la

cara sabía que jamás le propondrían matrimonio. Había albergado la ciega esperanza de que Bashi no se hubiera fijado en su rostro deformado, pero, claro, era imposible que lo olvidara, igual que los demás.

—Entonces, ¿por qué quieres casarte conmigo? ¿No eres como todos?

Bashi se sentó junto a ella y le pasó un dedo por la melena. Nini no se movió, ni siquiera al ver que el joven tenía la mano manchada de barro.

—No, soy diferente —contestó Bashi—. ¿Por qué si no crees que soy tu amigo?

Nini se volvió para mirarlo y él asintió con un gesto que parecía sincero.

La muchacha se preguntó si debía confiar en él. Quizá fuera lo que decía, un hombre distinto a los demás, o tal vez no. Sin embargo, aunque estuviera engañándola, ¿qué más daba? Era su único amigo y, si la veía como a un monstruo, no parecía importarle. No tenía más opciones; en cualquier caso, Bashi no era un mal partido.

—¿Te casarías conmigo si aceptara casarme contigo? —preguntó Nini.

—Claro. ¿Para qué iba a querer a otras mujeres si aceptarás casarte conmigo?

Nini pensó que pocas mujeres querrían casarse con él y se preguntó si ella no sería también la única opción de



Bashi. Sin embargo, tanto daba lo extraño que fuera aquel hombre, en cuanto al matrimonio, ella ocupaba el último peldaño y él estaba unos escalones más arriba.

—¿Qué tendríamos que hacer si decidiéramos casarnos? ¿Cuándo tendría que irme de casa de mis padres? —preguntó Nini.

Bashi dibujó un círculo alrededor de los ojos de Nini con su dedo embarrado y luego se echó hacia atrás para ver el efecto.

—Ve al espejo y mira qué tontita pareces —contestó el joven—. Si alguien te oyera decir eso, se reiría de ti.

Nini sintió que empezaba a tirarle la piel de alrededor de los ojos.

—¿Por qué iba a reírse de mí? — preguntó.

—Porque ninguna chica debería mostrar esas ganas de casarse, aunque no pudiera esperar ni un minuto más.

—No puedo esperar ni un minuto más a irme de casa de mis padres. Odio a toda mi familia —replicó la muchacha.

El bebé balbuceó al otro lado de la cortina, como si le diera la razón. Nini se levantó de la cama y fue a echarle un vistazo. Sextita estaba gateando para alcanzar media galleta que antes le había pasado por alto. El bebé se relamió los labios con satisfacción después de

comérsela y empezó a jugar con la cuerda. Era una niña buena; mientras no tuviera hambre, sabía entretenerse sola un buen rato. Nini soltó la cortina y se sentó junto a Bashi.

—¿Crees que podría traer a Sextita conmigo si me casara contigo? —preguntó.

—¿Dos de golpe? Debo de ser un hombre con buena fortuna —contestó Bashi.

Si ella no se ocupara de Sextita, a saber qué sería de la pobre, sobre todo ahora que su madre estaba a punto de dar luz a un niño. Nini pensó que si a sus padres no les gustaba la idea, ya encontraría el modo de sacar al bebé de

la casa. Aunque ¿por qué no iban a alegrarse de deshacerse de dos hijas sin más quebraderos de cabeza? Cuantas más vueltas le daba, más convencida estaba de que Sextita era más suya que de sus padres. Incluso podría encontrarle un buen marido cuando llegara el momento. Se volvió hacia Bashi y le dio unas palmaditas en la cara para que dejara de sonreír.

—Lo digo en serio —dijo Nini—, ¿cuándo puedo irme de casa de mis padres?

—Un momento, ¿cuántos años tienes?

—Doce. Doce y medio.

—Créeme, me encantaría casarme

contigo ahora mismo, pero hay un problema: quizá eres todavía demasiado joven para casarte.

—¿Por qué?

—Porque a algunas personas tal vez no le gustará la idea.

—¿A quién? ¿Y a ellos qué les importa?

Bashi le hizo un gesto con un dedo para que guardara silencio. El joven empezó a darse golpecitos en la frente con el puño cerrado mientras Nini lo miraba atentamente. Olía raro; la muchacha arrugó la nariz para identificar el olor que inundaba la habitación.

—El erizo —dijo al fin—. Está

listo.

Bashi le puso una mano en la boca.

—No me distraigas —dijo sin retirar la palma de los labios de Nini.

El barro de las manos se había secado y la muchacha pensó en el erizo que se asaba entre las brasas. Con Bashi siempre había cosas inesperadas que la hacían feliz. Nini empezó a pensar que tal vez no fuera tan mala idea casarse con él.

—Ya lo tengo —anunció Bashi, al cabo de un momento—. ¿Has oído hablar de las niñas esposas?

—No.

—Pregúntale a la señora Hua y ella te lo explicará. A veces la gente envía a

sus hijas pequeñas a vivir con el futuro marido y su familia, y cuando dichas jovencitas son lo bastante mayores, se casan. Tal vez podrías convertirte en mi niña esposa.

—¿Y a esa gente de la que hablabas no le parecería mal?

—¿Por qué iba a parecerles mal que fueras mi niña esposa? Si tus padres no accedieran, podríamos pedirle ayuda a los Hua. Te dejarían vivir con ellos; son buenos amigos. No les importaría que te quedaras con ellos y yo podría pagarles tu manutención. ¿Así serías más feliz?

Nini lo meditó. ¿Sus padres dejarían que ella, una criada que no les costaba ni un solo yuan, se marchara por las

buenas? Aunque ¿qué podían hacer si ella insistía en irse con su marido? La gente del mercado siempre decía que una hija dispuesta a casarse tenía la determinación del agua que se vierte de un tazón: por mucho que se empeñaran los padres, jamás conseguirían recuperar esa agua. Estaba segura de que sus padres lo entenderían. Tal vez incluso celebrarían que hubiera sido capaz de encontrar marido y quizá fueran lo bastante generosos para concederle una pequeña dote.

—Vayamos a buscar a los Hua y hablemos con ellos —concluyó Nini.

—Qué chica tan impaciente —dijo Bashi—. En estos momentos están



enterrando a mi abuela. Ya iremos a verlos después, ahora tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿El erizo?

Bashi sonrió.

—Aún más importantes. ¿Has oído hablar del examen de la novia?

—No.

—La casamentera era la que solía encargarse de examinar el cuerpo de la novia y comprobar que era apta para ser una buena esposa —dijo Bashi—. En los casos de los matrimonios por amor, como el nuestro, es el marido quien lleva a cabo el examen.

Nini pensó en su cara deformada, en su mano de garra y en su pie lisiado.

¿Cabía la posibilidad de que al final la rechazara, aunque le hubiera prometido aceptarla como niña esposa?

—No te pongas nerviosa —dijo Bashi, y se acercó. La hizo levantarse y la colocó delante de él. A continuación, puso las manos en los hombros de la muchacha y metió los pulgares por debajo del viejo jersey de Nini—. Solo es esto —dijo masajeándole los omóplatos con los dedos—, ¿te hago daño?

Nini lo miró y vio que Bashi tenía una expresión seria y concentrada. La muchacha contuvo la respiración y negó con la cabeza. El joven bajó las manos y le abarcó la caja torácica con las dos.

Nini se revolvió y se echó a reír porque sintió cosquillas.

—El jersey molesta —dijo Bashi pidiéndole silencio—. ¿Por qué no te lo quitas? —Nini lo miró con recelo y el joven sonrió—. No es necesario —añadió, y metió los dedos por debajo del jersey y la camiseta interior para volver a encerrar aquel torso esquelético entre sus manos. Nini se estremeció al contacto de los dedos calientes de Bashi sobre su fría piel. El joven empezó a moverlos arriba y abajo, como si contara las costillas—. De las flacuchas —comentó—, aunque este problema es más fácil de solucionar que tener una arpía gorda.

Nini levantó la mirada hacia Bashi, que tenía la cara muy cerca de la suya. La muchacha sabía que no estaba bien que un extraño tocara a una jovencita de aquella manera, pero, después de hablar de matrimonio, Bashi había dejado de ser un extraño. A Nini le gustaba la sensación de las manos del joven sobre su piel y, aunque su cuerpo seguía estremeciéndose, como si tuviera voluntad propia, ya no estaba nerviosa. Cuando el joven volvió a bajar las manos, Nini no protestó. Bashi se detuvo unos instantes en la cintura.

—También tengo que examinarte ahí abajo —dijo con voz ronca.

—¿No crees que el erizo estará

recocado cuando terminemos? — preguntó Nini.

El aroma a carne ligeramente quemada que llegaba desde la cocina se hacía cada vez más penetrante y le sorprendió que Bashi no se hubiera percatado.

El joven no contestó, sino que la levantó en volandas y la tumbó en la cama. Nini sintió que las manos de Bashi intentaban deshacerle el nudo del cinturón, un jirón de tela largo y raído que había arrancado de una sábana vieja. Le dijo que la dejara a ella y lo apartó a un lado, con suavidad, sintiéndose azorada por primera vez delante de él. Nini desató el nudo y él la

ayudó a bajarse los pantalones y las braguitas hasta las rodillas. Al mirarlo, la muchacha vio que el joven temblaba incluso más que ella, y le preguntó si tenía frío. Él no contestó, pero tapó el cuerpo descubierto de Nini con una manta. Con un hilo de voz, Bashi le dijo que no quería que ella cogiera frío y que necesitaba una linterna para meterse allí abajo. Entonces salió de la habitación.

Nini esperó, pensando que el erizo estaría completamente quemado cuando hubieran acabado. Se preguntó qué le haría Bashi. ¿Tal vez aquellos «*asuntos de alcoba*» de los que hablaban los hombres y las mujeres en el mercado? Desconocía en qué consistían, pero

estaba convencida de que eran algo bueno, pues aunque aquellas mujeres desvergonzadas siempre fingían que no les interesaban, sus rostros sonrojados y sus risitas tontas decían lo contrario.

Estaba preguntándose por qué Bashi tardaba tanto en encontrar una linterna cuando Sextita arrancó a llorar al otro lado de la cortina.

—Estoy aquí —dijo Nini con su voz dulce, pero al ver que el bebé no se calmaba, la muchacha empezó a entonar la nana favorita de la pequeña, una canción que Nini se había inventado y que le cantaba cuando estaba de buen humor. Sextita dejó de llorar y empezó a balbucear. Nini siguió cantando, absorta

en la tonada sin letra de su creación.

A su vuelta, Bashi parecía menos aturullado.

—¿Dónde estabas? —preguntó Nini —. Has tardado mucho.

—Ah, he tenido que ir al excusado —contestó Bashi. Dirigió el haz de luz de la linterna hacia la cara de la muchacha—. La que querría cualquier detective —dijo, y se metió debajo de la manta. Los pies le quedaron colgando del borde de la cama.

Nini sintió que le separaba las piernas con delicadeza, y estaba a punto de preguntarle qué hacía allí abajo cuando un dedo tanteó el pubis con timidez. A Nini le entraron ganas de



orinar, pero se aguantó y esperó. El dedo siguió inspeccionando un poco más, con tanta delicadeza que apenas lo notaba. Al cabo de un buen rato, Bashi salió de debajo de la manta.

—Eres perfecta —dijo.

—¿Has acabado?

—Por ahora sí.

Nini estaba decepcionada. Una noche oyó los jadeos de sus padres durante largo rato y hasta un tiempo después no cayó en la cuenta de que habían estado ocupados en sus asuntos de alcoba.

—¿Por qué te ha llevado tan poco tiempo? —preguntó.

—¿El qué me ha llevado poco

tiempo?

Nini se levantó de la cama y se vistió.

—Creía que marido y mujer hacían algo más que echar un vistazo — contestó.

Bashi se la quedó mirando largo rato antes de acercarse a ella y abrazarla.

—No quería asustarte —dijo.

—¿Por qué iba a asustarme? — preguntó Nini—. Ahora somos marido y mujer, ¿no?

Bashi sonrió.

—Sí, eres la esposa perfecta y, no lo dudes, nos casaremos muy pronto.

—¿Por qué no ahora?

Bashi la miró desconcertado, sin

saber qué responder.

—Hay que celebrar una boda para ser marido y mujer —contestó al fin.

Nini se encogió de hombros: le daban igual las ceremonias. El había examinado su cuerpo y había dicho que todo estaba bien. Era lo único que le importaba a Nini, ahora que por fin había encontrado un lugar al que trasladarse. No podía esperar a que se hiciera realidad.

—¿Qué tal está el erizo? —preguntó Nini tras unos instantes.

Bashi dio un respingo, como si acabara de recordar el animal asado. Corrió a la cocina, y Nini fue tras él. La chica no se sorprendió al ver que,

cuando Bashi abrió de un golpe la pelota de barro seco, el erizo era una bola de carbón incomedible.



# TERCERA PARTE



**K**ai dio un paseo solitario hasta la plaza del centro embargada por una lánguida tristeza. A esas horas, la mayoría de la gente habría vuelto a sus casas después de pasar el día fuera, en la montaña, con la sensación de que el Ching Ming se había acabado demasiado pronto, como todos los días festivos.

Al mediodía habían ido a los juzgados a entregar al funcionario de guardia, que estaba esperándolos, una copia de la petición con las firmas

transcritas, en la que se solicitaba la apertura de una investigación sobre el juicio de Gu Shan y la restitución de la reputación de la joven a título póstumo. El funcionario, un conocido de Kai, había fingido que no la conocía y, sin mediar palabra, había firmado el formulario oficial como recibo de la petición.

La fotografía ampliada de Gu Shan permanecía intacta en el pedestal de la estatua de Mao, con los crespones negros agitándose al viento alrededor del marco. Las flores de papel que habían recogido a primera hora de la mañana habían sido transformadas en tres coronas, y destacaban en la pálida

luz como enormes crisantemos. Debajo estaba la tela blanca con más de trescientas firmas, sujetada con una piedra en cada esquina para que no saliera volando. Los vecinos, tanto los que Kai había saludado en el acto de la mañana como los que no, habían llevado ramos de flores silvestres y brotes de pino de la montaña y los habían depositado sobre la tela. Kai contempló el santuario improvisado de Gu Shan. El ayuntamiento no había emitido ninguna orden de limpieza, lo que parecía una nueva confirmación de lo que habían logrado.

Por la tarde Kai pasó por la casucha de Jialin. Sus amigos estaban allí,



felicitándose por el éxito del evento. Una mujer, que Jialin le presentó como la doctora Fan, agradeció a Kai el bonito discurso que había pronunciado. Un hombre de mediana edad asintió con la cabeza, de acuerdo con ella. A pesar de su discreción, la bibliotecaria municipal resultó ser una persona cordial que le sirvió una taza de té de un termo que había llevado. Además de Jialin y Kai, había cuatro hombres y cuatro mujeres; la señora Gu, que había regresado a casa para cuidar de su marido, era la única que faltaba en la celebración. El grupo charlaba sobre la concentración de aquella mañana y se preguntaba cuándo empezarían a tener

noticias del ayuntamiento. Jialin les recordó que debían ser pacientes, pero la irreprimible animación que se desprendía de su mirada traicionaba al joven. Les anunció que todas las emisoras británicas y estadounidenses predecían un cambio drástico en el gobierno central, y lo mismo decían en Hong Kong. Kai les confirmó la noticia y les reveló que en la capital de la provincia se estaba investigando la ejecución de Gu Shan. Llevada por la emoción, una de las mujeres abrazó a Kai y le agradeció que se hubiera unido a ellos. La locutora pensó que tal vez era una de las que habían sospechado de ella al principio, pero ahora la recibían

como a una amiga y camarada, y eso era lo único que importaba.

Jialin encendió el aparato de onda corta y encontró una emisora que radiaba un vals interpretado por un grupo de acordeones. La música impregnó la casucha de ambiente festivo, y un ingeniero cincuentón dio un paso al frente hasta el centro de la estancia y lanzó una invitación de baile. Tres de las cuatro mujeres —una contable, la profesora y la doctora Fan — protestaron entre risas. Como si lo hubieran ofendido, el ingeniero preguntó qué tenía de malo un buen baile. Kai iba a presentarse voluntaria, pero antes de dar un paso al frente, Jialin la detuvo

con un leve gesto de la cabeza. La joven se volvió y vio que la bibliotecaria salía al centro de la estancia y colocaba sus manos en las del ingeniero, que se sonrojó. El hombre le guiñó un ojo a Jialin y dirigió la danza en el reducido espacio de la casucha. Kai se fijó en que el rostro de la bibliotecaria adquiría un intenso tono carmesí, como el de una jovencita enamorada por primera vez.

Kai no había podido hablar con Jialin a solas en toda la tarde. Se preguntaba si él se sentiría tan agradecido como ella por las distracciones que el acto les había proporcionado. ¿Habrían tomado otro tipo de decisiones si cupiera la

posibilidad de plantearse un futuro juntos? Jialin había intentado ocultar su agotamiento a medida que transcurría la tarde. Kai ignoraba si a los amigos de Jialin estaban tan apenados como ella por su enfermedad.

Una mujer, cuya barriga asomaba ligeramente por debajo de una chaqueta vieja, se acercaba a la plaza. Kai la saludó con un gesto de la cabeza, pero la mujer, que se puso a leer las firmas de la tela blanca, no se percató de ello. Kai le dijo que todavía no era demasiado tarde para firmar, preguntándose si aquella mujer, como muchas otras, no habría podido escapar al control de su marido para acercarse al acto de la mañana. La

mujer se volvió hacia Kai, con la mirada llena de odio.

—Os deseo una muerte horrible a todos vosotros —dijo, sin ocultar el veneno de sus palabras.

Kai la vio escupir en el santuario antes de alejarse caminando con un ligero balanceo. La joven recordó que su padre solía decir que en este mundo había de todo, dragones y aves fénix, pero también serpientes y ratas; sin embargo, qué fácil era olvidar, tras una tarde con Jialin y sus amigos, que el mundo seguía siendo el lugar cruel y rencoroso de siempre, y que el pequeño fuego de la amistad solo daba para mantenerse caliente y no perder la

esperanza. Pensó en sus suegros, que en aquellos momentos debían de estar fuera de sí. Su madre, en quien había evitado pensar durante las últimas horas, se habría encerrado en su piso, preparándose para la ira de sus consuegros. No se atrevió a pensar en Han.

Cuando Kai entró en el piso, todas las luces estaban apagadas. Llamó a Ming-Ming, como era su costumbre, y la niñera salió sin hacer ruido de la habitación del pequeño, también a oscuras. Kai encendió la luz y la chica parpadeó, con los ojos hinchados por las lágrimas. Al preguntarle dónde estaba Ming-Ming, la jovencita no

contestó, pero miró atemorizada en dirección al cuarto de baño. Segundos después se abrió la puerta y apareció la madre de Kai, con el rostro congestionado y húmedo. Kai hizo una seña a la niñera para que las dejara solas.

—¿Dónde has estado? —preguntó la madre de Kai, cuando la niñera cerró la puerta de la habitación del niño.

—¿Dónde está Ming-Ming?

—Tus suegros se lo han llevado a su casa. Han dejado dicho que la niñera se vaya de aquí mañana por la mañana.

—¿A quién se lo han dejado dicho?

La madre de Kai clavó la vista en ella, con labios temblorosos.



—¡A quién se lo han dejado dicho!  
A tu madre. Tu madre ha tenido que hacer de tripas corazón y suplicarles a tus suegros que te perdonaran por haberte vuelto loca. Dime, Kai, ¿por qué me haces esto? Soy una vieja viuda, ¿acaso no merezco un poco de paz?

Kai se quedó viendo cómo lloraba la mujer y se dio cuenta de que no había vuelto a mirarla a los ojos desde la muerte de su padre. Hasta ahora nunca le había parecido tan extraña, con el rostro cubierto de lágrimas.

—Lo único que me consuela es que haga tanto tiempo que tu padre ya no esté con nosotros, así no ha tenido que vivir la humillación de que se le llame de

todo en casa de su propia hija, delante de su nieto y la niñera —añadió la madre de Kai entre sollozos.

—¿Qué más han dicho?

—¿De qué serviría repetir sus palabras? Lo mejor es que me lleve a la tumba todo lo que se ha dicho.

Aunque la madre de Kai siempre había sido muy dominante en casa, de todos era conocida la facilidad con que se sentía intimidada por sus superiores. No se podía esperar que alguien viviera reprimido toda su vida, le dijo su padre a Kai una vez que trató de explicarle el carácter de su madre; la mujer necesitaba dar rienda suelta a la rabia contenida. En ese momento Kai cayó en

la cuenta de que su madre había descargado todo su resentimiento en su padre, y que eso debía de ser lo que lo había matado.

—Plántales cara —dijo Kai—.  
Olvídate de mis suegros.

—Qué fácil es decir eso para ti. Han dicho que jamás nos permitirán volver a ver a Ming-Ming, ni a ti ni a mí. Dime, ¿cómo voy a olvidar una cosa así?

Kai desvió la mirada y vio algo azul sobre el mueble del televisor, recién acabado. Se inclinó y lo recogió. Era el sonajero preferido de Ming-Ming, en forma de ballena. Kai se preguntó si la niñera sabía que el niño lo había perdido o si la criatura lo había dejado

allí para jugar al escondite. Ya en otra ocasión Kai había encontrado una pequeña pelota de goma en una de sus botas, y los tres días siguientes aparecieron otros juguetes en el mismo lugar, hasta que la joven madre comprendió que el niño lo hacía aposta. Kai se preguntó cuánto tardaría Ming-Ming en escoger un zapato de sus abuelos para seguir jugando.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Quieres algo que todavía no tengas?

Nunca le habían hecho aquella pregunta. Kai negó con la cabeza y contestó que lo importante no era lo que ella quisiera.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó

la madre—. ¿Conoces la gravedad del asunto en que estamos metidas?

A Kai le sorprendió que su madre se incluyera en el destino de su hija. Sintió la tentación de consolarla, pero no la escucharía.

—Siempre has sido una buena niña —continuó lamentándose la mujer—. Nunca has desobedecido ni a tus padres, ni a tus profesores, no te has descarriado.

Kai le dijo una vez más que no se preocupara, consciente de que sus palabras eran demasiado vagas para que surtieran efecto.

—Una niña tan formalita... —repitió su madre con incredulidad.

La gente siempre le había dicho que era una suerte tener una hija que acataba las normas y que ayudaba a prosperar a sus hermanos.

Kai dejó a su madre y entró en la habitación del niño. Cuando empujó la puerta, la niñera, que lo había escuchado todo, retrocedió, con el pánico y la vergüenza reflejados en su rostro. Kai fingió no darse cuenta y le preguntó si quería ganar un dinero extra e irse a su casa a la mañana siguiente.

La chica se la quedó mirando, como si no hubiera entendido la pregunta. Kai suspiró y le dijo que lo mejor era que volviera con sus padres, al menos por el momento.

—¿Te preocupa que tus padres se enfaden contigo? Si quieres les escribiré una carta para decirles que no has hecho nada malo —dijo Kai.

—Mis padres... no saben leer.

—¿Y no puedes explicárselo tú? Diles que mandaremos a alguien a buscarte en cuanto las cosas se hayan calmado.

Kai se preguntó hasta qué punto la chica comprendía la situación, y si con aquella mentira sería suficiente para ofrecerles algo de consuelo y esperanza a sus padres y a ella.

—¿Quién cuidará de Ming-Ming? —preguntó la joven.

—Por ahora está con sus abuelos.

—Pero alguien tiene que ocuparse de él —insistió la niñera—. ¿Saben qué quiere Ming-Ming cuando llora?

—El niño estará bien.

—Nunca lo han cuidado. No lo conocen —protestó—. Querían que bebiera leche cuando solo se había hecho pipí.

A pesar de que en el cuarto de baño el agua corría tras la puerta entornada, Kai oyó llorar a su madre.

—Ming-Ming estará bien —dijo Kai—. No te preocupes por él.

La chica se miró las manos, sin replicar. Kai supuso que había herido sus sentimientos de algún modo, pero estaba demasiado cansada para pensar



qué le habría molestado de todo lo que había dicho. Contó el dinero correspondiente a la paga de un mes y le tendió los billetes. La joven no aceptó el dinero. Se desabrochó el cuello de la camisa y sacó un pequeño colgante de jade.

—¿Podría darle esto a Ming-Ming? —le pidió—. No tengo nada más.

—¿Significa algo para ti? —preguntó Kai—. No se lo entregues a un niño pequeño con tanta ligereza.

La joven apretó el colgante dentro del puño e insistió en que Ming-Ming no se dormiría si no lo tocaba.

—Se las apañará sin él —sentenció Kai.

Metió los billetes en el bolsillo de la camisa de la chica, le agradeció sus servicios y se disculpó por los trastornos que le hubieran ocasionado. La joven volvió a pedirle que le diera el colgante al bebé, para que el niño se acordara de ella.

Kai lo aceptó. La joven hizo una breve reverencia con la cabeza y luego se secó las lágrimas. Aparte de sus hermanos, Ming-Ming era el primer bebé del que se había hecho cargo. Kai se preguntó si habría otros niños en los años venideros y si las despedidas le resultarían más fáciles una vez que se hubieran convertido en una parte más de la vida de la joven.

—Y, por favor, dígales a los abuelos que a Ming-Ming le gusta que alguien le toque las orejas antes de irse a dormir —dijo la chica.

Kai miró el colgante, una piedra de jade en forma de pez. Era un adorno barato, el tallado era tosco y sin gracia, el tipo de alhaja que podía permitirse una familia de campesinos para su hija. Los padres de Han no querrían ver nada parecido cerca de Ming-Ming, pero Kai le dio las gracias y le dijo que le compraría una cadena de plata para que el niño pudiera llevarlo en la muñeca. Podía ir a visitarlos cuando quisiera y le prometió que volverían a contratarla en cuanto las aguas regresaran a su cauce.

La mentira fue lanzada y aceptada sin demasiada confianza por ambas partes. Poco después a Kai ya no le quedó nada que añadir, salvo desearle buena suerte en la vida.

Han regresó a Río Turbio la noche del Ching Ming, tras hablar con el alcalde por teléfono para anunciarle la victoria que habían estado esperando. En Pekín la situación en el gobierno central había dado un brusco giro tras una reunión a altas horas de la noche, en la que se había decidido que el muro de la democracia era un movimiento anticomunista. El hombre al que le

habían trasplantado los riñones estaba trabajando para eliminar a los partidarios y simpatizantes del muro que hubiera en la administración provincial, y se rumoreaba que o bien le concederían la dirección de la provincia o sería ascendido y trasladado al gobierno central de Pekín. A pesar de todo, el alcalde no había felicitado a Han por el trabajo realizado con demasiada efusividad. Han no comprendió la falta de entusiasmo del hombre hasta que consiguió comunicarse con sus padres por teléfono. Su madre le gritó por el auricular si sabía en qué había estado metida su mujer y le ordenó que volviera a casa de inmediato, sin

esperar respuesta.

Han ensayó su defensa por el camino: había estado fuera y no tenía ni idea de lo que Kai había hecho aquellas últimas semanas. En la conversación imaginaria suplicaba a sus padres y al alcalde que ayudaran a Kai y, cuando llegó a la puerta de su piso, creía su propia invención a pies juntillas. A pesar de que sus padres le habían mandado que primero se reuniera con ellos, Han fue derecho a casa. Ya era medianoche cuando despertó a la niñera al descubrir que su mujer no estaba en la cama. La joven, asustada por la fuerza con que Han la cogía del brazo, le dijo que la señora Wu —la madre de Kai—

había estado allí y le había pedido a Kai que fuera a casa con ella. Los padres de Han se habían llevado al niño. Han la miró muy serio, como si la joven estuviera mintiéndole, pero cuando vio que la temblorosa chica del camisón estaba a punto de echarse a llorar, le sugirió que se volviera a la cama y descansara porque tenía pensado traer a Ming-Ming de vuelta a primera hora de la mañana. La niñera repuso con un hilo de voz que entonces ella estaría de camino a casa de sus padres, ya que los de Han la habían despedido.

—Tonterías —replicó Han.

Kai y él volverían con Ming-Ming al día siguiente.

Han pensó en acercarse a casa de su suegra, pero al final decidió ir al piso de sus padres. Ambos estaban fumando en el comedor con cara de no haber dormido.

—Esa mujer que tienes por esposa nos ha arruinado la victoria —le espetó su padre en cuanto lo vio.

Han se quedó mirando sus rostros inexpresivos. A pesar del alegato en su defensa que había ensayado, nada más empezar a hablar declaró que era el único culpable por no haber descubierto antes las actividades de Kai. Sin embargo, después de lo que había pasado, ¿se les ocurría el modo de salvarla antes de que fuera demasiado



tarde?

—¿Salvarla? Lo que hay que pensar es cómo nos salvaremos nosotros —replicó la madre de Han—. Lo único que podemos hacer ahora es pararle los pies y ponernos a rezar.

—Pero es mi mujer —protestó Han.

—Mañana dejará de serlo —dijo su madre, y le hizo un gesto a su marido para que tomara la palabra.

El hombre le explicó el plan, obviamente perpetrado por la madre: Han tenía que dejar lista antes del alba una petición de divorcio, que presentaría por la mañana.

—Empieza con la demanda de divorcio. Di que tenéis discrepancias

ideológicas fundamentales, y exprímete los sesos para explicarlo con detalle; di que te has llevado una formidable sorpresa al enterarte del papel de tu mujer en la conspiración antigubernamental; que «sorpresa» significa que no tenías ni la más mínima idea del asunto hasta que alguien, no nosotros, claro está, sino alguien irrelevante, nadie importante, te ha contado que tu mujer era una de las cabecillas de la concentración y que cuando te enteraste ya era demasiado tarde para hacerla rectificar. Añade también una autocrítica sincera. Y cuando digo sincera, quiero decir sincera sin reservas, sincera al cien por

cien. Escarba en lo más hondo de tu ser y demuéstrales que lamentas tu falta de alerta política. Pide que te castiguen, esta parte es una estratagema, pídelo de tal forma que en realidad estés diciendo que el único error que has cometido ha sido casarte con la persona equivocada, y luego pide que te den la oportunidad de enmendarte. ¿Sabes qué significa eso? Di que deseas poner tu vida en manos del partido para demostrar que tu vida vale en algo.

—¿Qué le ocurrirá a Kai?

—Lo que le suceda a ella ya no nos incumbe —dijo la madre de Han—. ¿No has oído lo que ha dicho tu padre? Ha llegado el momento de tomar medidas.

Si desperdicias esta oportunidad, todos nos veremos arrastrados por su insensatez.

Han volvió a suplicar a sus padres que se replantearan la estrategia; ¿acaso querían que su nieto se convirtiera en huérfano de madre?, y rompió a llorar en mitad de la frase.

Sin decir una palabra, su madre le llevó una toalla. El joven enterró el rostro en la húmeda calidez que le proporcionaba y siguió llorando. Sus padres se lo quedaron mirando, esperando con paciencia a que se recompusiera, y cuando al fin lo hizo, la madre le pidió con voz inusualmente suave y comprensiva que pensara en las

carreras de sus padres y en su propio futuro político. Han no pudo reprimir el pensamiento fugaz de que tenía que renunciar a su mujer para ganarse el cariño de su propia madre. La mujer dijo que debía tener en cuenta el futuro de Ming-Ming, y le preguntó si quería que el niño perdiera todos sus privilegios por culpa de la estupidez de la madre. Añadió que Kai no era la única mujer del mundo, y que una vez pasada aquella crisis ya le buscarían una esposa más adecuada, más guapa y obediente, que fuera una buena madrastra. Continuó hablando de este modo hasta que Han volvió a echarse a llorar y aseguró que no podía permitir

que a Kai le sucediera aquello; su padre suspiró y le dijo a la madre que no malgastara más saliva. El hombre sacó del cajón del escritorio el borrador de una petición de divorcio que habían redactado en su nombre. La madre le dijo que solo tenía que firmarlo, sin abandonar aquel tono de voz suave y desconocido.

Han estampó su firma, totalmente abatido y abrumado por un dolor y una tristeza que jamás había sospechado que pudieran existir. Su madre le sirvió una taza de té y se la dejó al lado antes de retirarse al dormitorio con su marido para descansar un poco antes del amanecer. Han se hundió en el sofá de

sus padres. Un flamante televisor sobre un mueble artesanal de perfecta factura lo observaba como un ojo de mirada sombría e impasible. Han había imaginado una vida feliz, con tres niños, el más pequeño de ellos una niña tan guapa como Kai y malcriada por sus hermanos mayores. Si cerraba los ojos se veía con ellos al cabo de diez años, una familia adorable sentada a la mesa en la víspera de Año Nuevo, mientras a todos se les hacía la boca agua con el aroma del pescado, el pollo y el cerdo humeantes. Cuando los petardos empezaban a estallar en la calle, anunciando la proximidad de la medianoche, acompañaba a su mujer y a

los niños, todos envueltos en abrigos recién comprados, a la plaza del centro, donde sus hijos varones lanzaban los petardos con bravuconería juvenil y la niña chillaba de júbilo con la carita entre las manos de su madre.

Un rato después, ya en el piso de su suegra, Han le preguntó a Kai qué demonios quería. Sus padres le habían prohibido verla, pero él había amenazado con retirar la demanda de divorcio y, al final, habían tenido que dar su brazo a torcer y le habían permitido hablar con ella una sola vez. Cuando la madre de Kai le abrió la



puerta de madrugada, el joven leyó en aquellos ojos enrojecidos e hinchados que ella también había pasado la noche en vela.

—Por favor, sálvala —dijo la madre de Kai antes de acompañarlo a la habitación de su hija—. Kai es testaruda. Si alguna vez le pasara algo, tú serías el único en quien ella confiaría. —Han no se atrevió a mirar a la anciana a los ojos—. Tienes que ayudarla. Di a tus padres que me arrastraré hasta su puerta y les suplicaré su perdón si es eso lo que quieren que haga.

Han intentó consolar a la madre de Kai, pero se ahogó con sus propias lágrimas a media frase. La anciana le

tendió un pañuelo y se volvió para secarse los ojos. Los lazos se habían estrechado entre ellos desde que seis años atrás Han había acudido a ella para pedirle que le enseñara a cocinar los platos favoritos de Kai, algo que habían ocultado a los padres de él.

Kai estaba en la habitación de su hermana, donde siempre tenía una cama, a pesar de que ya estaba casada con Han cuando el joven lo dispuso todo para que la familia de ella se trasladara a aquel piso nuevo. Esa noche, cuando Kai y su madre habían vuelto a casa, habían encontrado una nota de Lin, la hermana pequeña de Kai, en la que decía que iba a pasar unos días en casa

de su mejor amiga y aseguraba que Kai era la última persona a la que deseaba ver en esos momentos. Lin, de veintiún años, estaba empezando a disfrutar del cortejo de los jóvenes más convenientes de la ciudad. Años atrás se avergonzaba tanto como su madre de vivir en un callejón, y había convertido eso en una fuente de desdicha. Lin tenía quince años cuando Han se casó con Kai, que vio cómo la mudanza despertaba la confianza y la alegría en su hermana.

Kai no pareció sorprenderse al ver entrar a Han y le preguntó si había visto a Ming-Ming en casa de sus padres.

—Ming-Ming está bien —contestó Han. Acercó la única silla que había en

la habitación hasta donde se sentaba Kai, a un brazo de distancia—. Ha crecido mucho desde la última vez que lo vi.

—Es lo que tienen los niños —dijo Kai—, que crecen, ¿no?

—Es un niño muy bueno —comentó Han y, sin poder evitarlo, las lágrimas empezaron a caerle en el regazo y oscurecieron su pantalón gris.

Cuando Han le informó de las medidas que iban a tomarse en Pekín, Kai recibió la noticia con más desilusión que sorpresa. La joven se preguntó si Jialin se habría enterado de algo similar por la radio y deseó estar con él esa noche. Sonrió cuando Han le

preguntó qué deseaba y no tenía. Kai contestó que había hecho lo que le dictaba su conciencia.

—¿Y Ming-Ming? —preguntó Han —. ¿No te remuerde la conciencia?

Kai dijo que no todas las mujeres habían nacido para ser buenas madres y se disculpó por primera vez en todo el día.

Cuando Han sollozó, fue como si volviera a convertirse en un niño. Ante todo era el hijito de su madre. A pesar de la carencia de dulzura femenina de la señora, la vida de la mujer siempre había girado en torno a él y se había encargado de hacerle saber que todo lo que ella había conseguido lo había

hecho por él. Han no entendía que una madre pudiera renunciar a su hijo con aquella facilidad; aquel tipo de crueldad, incomprensible para él, desmoronaba su universo. Iba a suplicarle, por su hijo y por él, pero sin tiempo de abrir la boca vio a través de las lágrimas que Kai, antes de levantarse e irse, lo miraba con lástima y asco. Lloró, por su hijo y por él, hasta que bajó la cabeza, exhausto. Medio aturdido, recordó que un día de primavera de no hacía mucho tiempo había sido la primera persona de Río Turbio en tener una cámara importada de Alemania. Llevaba dos meses saliendo con Kai y recordó cómo la miraba a

través del visor antes de apretar el disparador.

La madre de Kai entró al cabo de un rato, presa del pánico y la desesperación, y Han se apresuró a secarse la comisura de los labios. Tenía la cabeza medio embotada. La mujer le dijo que la policía acababa de llevarse a Kai y le suplicó que la ayudara porque, ahora, él era la única persona que podía salvarla.

Los rumores y las especulaciones, fruto de la información parcial y la imaginación desbordante, se apoderaron de Río Turbio a la mañana siguiente del Ching Ming. La gente se despertó con las noticias de las siete, que ya no leyó

Kai, sino un compañero suyo. Dos ingenieros jubilados, que solían pasear juntos por las mañanas, estuvieron haciendo cábalas sobre lo que podía haber sucedido. Coincidieron en que aquello podía acabar en un terremoto político. Quienes ganaran la partida se erigirían en reyes, repitieron, tal como rezaba el viejo dicho, aunque ninguno de los dos se aventuró a adivinar quiénes serían los ganadores. Ambos habían escapado indemnes de las distintas revoluciones que habían vivido. Hacía tres años que se conocían, desde que coincidieron en el depósito de cadáveres del hospital, recién enviudados; en el ocaso de sus vidas,



habían descubierto que eran irremplazables el uno para el otro. Habían discutido la situación aquellas dos últimas semanas durante sus paseos diarios, ambos convencidos de que el otro era la única persona con quien podían comentar unos temas tan delicados. Ninguno de los dos esperaba nada ni adoptaba una postura; a su edad, consideraban que el único papel que les quedaba por desempeñar en la sociedad era el de un espectador en el cine, por lo que se limitaban a sentarse y observar a distancia. Como hombres sabios que eran, ambos sabían que por cada pobre diablo que se viera arrastrado por aquello, habría otro preparado para el

ascenso. Un equilibrio de la energía social, dijo uno, y el otro asintió y añadió que, de hecho, para subir escalafones en aquel país había que utilizar a los demás de peldaños. Ninguno de los dos se molestó en cuestionar su propio pasado, ya que ambos sabían que para seguir sanos y salvos a su edad habían tenido que acumular su propia montaña de cuerpos bajo sus pies para mantenerse a flote, y esas historias ya no le interesaban a nadie. Su avanzada edad los absolvía de la vergüenza y la culpa.

En otra parte, una mujer le comentó a su marido mientras desayunaban que la locutora se había metido en un buen lío.

El marido se limitó a replicar que un simple cambio en los turnos de emisión de las noticias no significaba nada, pero la esposa insistió en que ella lo había visto venir, que de no ser por ella, él se habría dejado embaucar por el discurso de aquella mujer y habría acudido a la plaza del centro como un bobo. El marido terminó de desayunar en silencio; sin embargo, aquel gesto no fue suficiente para aplacar a su esposa, que, como algunas de sus mejores amigas, despreciaba a la mujer que leía las noticias con aquella bonita voz que dejaba a los maridos sordos a las monsergas domésticas de sus esposas.

—Hazme caso —le dijo ahogando

con su voz el boletín del locutor sobre el gran aumento de los ingresos recaudados en la ciudad de Río Turbio durante el primer trimestre—, te lo digo yo, esa mujer es una pesadilla para cualquier hombre.

En la sala de urgencias del hospital municipal, donde no había ningún moribundo ni ingresaba nadie a toda prisa para morir, un chico descansaba en la sala de recuperación y su madre dormitaba junto a la cama. El joven había participado en una pelea de bandas la noche anterior y le habían abierto la cabeza con un ladrillo. La doctora que le había dado veinticinco puntos había terminado su turno y sus

compañeras, dos mujeres que habían acudido a la concentración el día anterior, estaban junto a la ventana de la sala sin hablar. La que había firmado la petición pensaba que si al final se tomaban medidas enérgicas, se divorciaría para que su acción no afectara al ascenso de su marido a jefe de hematología. La otra mujer, más positiva por ser de natural optimista y porque decidió no firmar la petición, creía que no ocurriría nada grave, pues la ley nunca castigaba a las masas cuando se equivocaban. No comentaron nada en voz alta, aunque cuando se separaron para cumplir con sus tareas matinales, una reconfortó a la otra con

una palmadita en el hombro y con eso quedó todo dicho.

Jialin estaba reclinado sobre la almohada. Cuando su madre entró en la casucha con un desayuno tardío, el joven no se movió. La mujer había olvidado la tetera de agua caliente para el calentador, pero él no la pidió. La noche anterior, sus tres hermanos habían llegado a casa con las manos y la camisa ensangrentadas. Le habían aplastado la cabeza a un chico en una pelea de bandas y se habían enfrentado al miedo por primera vez en su vida. No habían dormido en toda la noche, ya que habían

tenido que turnarse para vigilar la cancela por si aparecían posibles enemigos con bates y ladrillos, o peor, la policía con esposas. El más pequeño de los hermanos, con quien Jialin nunca había hablado demasiado, entró en la casucha antes del alba y le pidió que cuidara de sus padres en caso de que los tres se vieran obligados a esconderse unos cuantos años.

A Jialin el dramático comportamiento del joven le pareció ridículo, pero no se lo dijo. Antes de que entrara su hermano, Jialin, con el transistor sintonizado en la emisora de Hong Kong, había oído la noticia de que la policía secreta había empezado a

realizar arrestos en Pekín.

—He oído que la gente hablaba de lo de ayer en el mercado —dijo la madre de Jialin, y dejó la comida en la mesa improvisada, hecha con un viejo tocón.

—¿Qué decían?

—Decían que el gobierno no dejará que nadie se libre de esta.

Jialin no cambió de postura.

—¿Qué más decían?

—Decían que la locutora está casada con alguien importante y que por eso no tiene nada que temer —contestó la madre de Jialin. Lo miró—. Estabas con ellos, ¿verdad?

Jialin siempre había dicho a su



familia que sus amigos lo visitaban para leer libros, pero sabía que su madre ataría cabos con facilidad.

—¿Qué más? ¿Qué más decía la gente?

—Decían que seguramente utilizó la concentración para hacerse famosa —dijo la madre de Jialin—, pero no lo entiendo. Ya lo es. ¿Para qué iba a querer ser más famosa?

—No hagas caso de los rumores —respondió Jialin—, la gente cree que sabe más de lo que sabe en realidad.

—¿Estabas con ellos o no?

—Sí...

La madre de Jialin no dijo nada, pero al cabo de un rato el joven la miró

y vio que estaba secándose las lágrimas en silencio.

—No te preocupes, mamá —la tranquilizó Jialin—, no ha ocurrido nada y la gente no hace más que dar alas a la imaginación.

—No puede haber un cielo en las alturas —aseguró la madre, enjugándose los ojos con la punta de la camisa—. Si no, ¿por qué te dieron un cerebro, si luego iban a dejar que cayeras enfermo, mientras que tus hermanos son fuertes y sanos, pero unos cabezas huecas?

—La vida les enseñará.

—¿Y qué me dices de ti? No soportaría perderte —dijo la mujer, y las lágrimas le humedecieron la pechera

de la camisa.

Jialin sonrió. Nadie ignoraba que pronto moriría, pero a él lo único que le importaba era cómo abandonaría este mundo. Su madre quería que muriera en sus brazos, quería que fuera suyo y de nadie más.

—¿Crees que habrá problemas? La gente dice muchas cosas y no sé a quién creer.

—No hagas caso de nada ni de nadie.

—¿Qué ocurrirá contigo?

Jialin negó con la cabeza. Tal vez solo era cuestión de días o de horas que alguien entrara en la casucha y le rompiera el corazón a su madre, pero no

quería compartir tal convicción con ella.

—Piénsalo, mamá, sabemos que no viviré para siempre. —La madre de Jialin volvió la cabeza hacia otro lado —. No tienes por qué estar triste. Dentro de treinta años... No, esperemos que no sea tanto tiempo. Dentro de diez años, o cinco, llamarán a tu puerta y te dirán que tu hijo Jialin fue un héroe, un precursor, un hombre valeroso con visión de futuro.

—Ojalá fueras tan poco ambicioso como tus hermanos.

—Ellos viven sus vidas en plena ignorancia, pero yo no. ¿Para qué leo libros si no es para estar a la altura de los principios por los que vale la pena luchar?

—Preferiría que no hubieras tocado un libro en toda tu vida. Ojalá no hubiera robado nunca ni uno solo para ti.

—Eso no son más que tonterías, mamá —contestó Jialin, sorprendido por su propia vehemencia—. ¿Qué otra cosa voy a dejarte? —dijo con voz suave, tras un acceso de tos—. No puedo darte nietos.

La madre de Jialin abandonó la casucha sin responder. Se dio un golpe con el marco de la puerta al salir. El joven oyó que los sollozos entrecortados de su madre desaparecían en las profundidades de la casa y tuvo que obligarse a permanecer firme e inmovible ante aquellas lágrimas.

El lunes siguiente al Ching Ming, la maestra tenía el corazón en un puño. Asignó a la clase la tarea de copiar el libro de texto y se sentó un rato tras el escritorio antes de salir al pasillo para charlar con otra profesora. Los alumnos, todavía emocionados, no pudieron permanecer callados. Los niños se pusieron a intercambiar historias sobre los espíritus y los animales salvajes que habían visto en la montaña; las niñas enseñaban los recuerdos con que les había obsequiado la naturaleza: un marcador de libros hecho con hojas verdes y flores silvestres prensadas

entre las páginas de un libro, plumas de colores vistosos, pulseras hechas con bayas secas ensartadas... Cuando la clase empezó a alborotarse demasiado, la profesora entró y golpeó la pizarra de madera con una regla. Les informó de que ahora deberían copiar todas las lecciones del libro tres veces en vez de una y que no podrían volver a casa a comer si no habían terminado.

Los niños, aterrados ante la perspectiva de tener que quedarse allí durante el descanso del mediodía, dejaron de removerse en sus bancos y se pusieron a escribir. Los lápices rascaban el papel como un millar de gusanos de seda masticando hojas de

morera. Tong contó las pocas páginas en blanco que le quedaban en el libro de ejercicios: no tenía bastantes para acabar los deberes; sin embargo, aunque dispusiera de espacio suficiente para copiar todas las palabras del mundo, ese día tenía la cabeza en otra parte. Oreja había vuelto a faltar aquella noche y las esperanzas de Tong empezaban a desvanecerse.

La noche anterior su padre le había dicho que todos los días robaban perros para comérselos y que no había que llorar por ello, que en el mundo no habría suficiente espacio si los perros, o ya puestos, los niños pequeños, no desaparecieran. La madre de Tong le



había cogido la mano mientras el padre seguía impartándole su filosofía empapada de alcohol sobre niños secuestrados y perros sacrificados. Sin embargo, cuando el padre de Tong se sumió en su sopor etílico, ella corroboró lo que Tong acababa de oír. Le dijo que le comprarían un cachorrito tras la época de apareamiento, y le propuso que también lo llamara Oreja, si eso le hacía sentirse mejor.

La idea de sustituir a su perro por otro dejó perplejo y desilusionado a Tong, pero por lo visto para los adultos era algo muy natural. El viejo Hua le había dicho lo mismo, como si todo tuviera un duplicado o fuera sustituible,

ya se tratara de una chaqueta, un perro o un niño.

Le escocían los ojos. Sería vergonzoso llorar en clase, por lo que se sorbió los mocos e intentó contener las lágrimas. Al cabo de poco empezó a dolerle el pecho. La noche anterior había pasado un buen rato llorando en silencio y las lágrimas lo habían abochornado. Se había preguntado qué pensaría de él la gente del pueblo de sus abuelos si supiera que era un niño tan blandengue. Tal vez perder a Oreja, igual que lo de domar al perro negro de Kwen y descubrir los secretos de la naturaleza en el pronóstico del tiempo, era otra prueba que debía superar para

demostrar de lo que era capaz; sin embargo, ni siquiera aquella idea consiguió aliviar la opresión que sentía en el pecho.

Al acabar las clases, Tong salió disparado al pasillo y se agachó en un rincón, pero no se sintió mejor cuando las lágrimas largamente reprimidas cayeron en el suelo de cemento. Cuando una profesora de un curso superior se topó con él y le preguntó qué le ocurría, el niño no fue capaz de articular palabra. Temblaba de la cabeza a los pies por el esfuerzo que estaba haciendo para no estallar en sollozos. La profesora se dijo en voz alta que debía de tratarse de un dolor de estómago y le

preguntó si podía volver a casa solo o si quería que lo llevara al hospital. Al principio el niño asintió, pero luego negó con la cabeza, por lo que la profesora, confundida, decidió ir en busca del conserje para que lo enviara al hospital. Tardó un poco en encontrar al hombre, que dormía detrás de una pila de leña en el sótano del colegio. No pareció gustarle que lo zarandearan para despertarlo. Cuando siguió a la maestra hasta el pasillo, el niño enfermo había desaparecido, solo quedaba un pequeño charco de lágrimas en el suelo. El conserje rezongó y secó las lágrimas con las suelas de los zapatos; así eliminó la única prueba de que la profesora no le

había mentido para interrumpir su siesta matinal.

Tong deambuló por la ciudad. Ya no valía la pena volver a peinar calles y callejones después de haber interiorizado la conclusión a la que habían llegado sus padres y el viejo Hua: si Oreja no había vuelto a casa a aquellas alturas, seguramente era porque había aterrizado en la mesa de alguien. Sin embargo, paseando bajo el claro cielo matinal, lejos del aula de techos bajos y ventanucos cubiertos de hollín, sintió que una pequeña esperanza renacía en él. Fue de manzana en manzana, intentando no mirar a los adultos a los ojos, quienes, igual que su

profesora, no parecían tener intención de pillarlo haciendo novillos. Había amas de casa y trabajadores que salían del turno de noche hablando en grupos de dos o tres personas en la calle; varios tenderos habían dejado sus altos mostradores y estaban apostados delante de su puerta, charlando tranquilamente sin quitar el ojo de cualquiera que pasara por allí, en busca de un posible cliente.

—¿Por qué no estás en el colegio a estas horas? —le gritó un anciano cuando Tong entró en un callejón. El hombre llevaba un pesado abrigo de piel de borrego y un gorro forrado de algodón, aunque estaban en plena

primavera. Se apoyaba con una mano en un bastón y con la otra, en la que llevaba un sobre, se agarraba a una valla de madera para mantener mejor el equilibrio—. Estoy hablando contigo. Son las diez de la mañana de un lunes, ¿qué haces en la calle?

Tong retrocedió un paso. Si echaba a correr, dejaría al viejo cascarrabias atrás sin ninguna dificultad, pero al haberse criado en el campo, donde la gente mayor merecía el respeto de los reyes, iba en contra de sus principios pasar por alto las preguntas de un anciano.

—¿A qué colegio vas?

—Al Estrella Roja —contestó Tong.

Se le escapó la verdad antes de que se le ocurriera una mentira.

—Entonces, ¿se puede saber por qué estás en mi callejón y no en el colegio?

—No lo sé —dijo Tong.

—¿Eso es lo que le dices a tu profesora? Escúchame bien, soy maestro. Hace dos semanas tenía niños como tú en mi clase, así que me sé todas vuestras tretas. Venga, que no tenga que volver a repetirlo, ¿se puede saber por qué estás haciendo novillos?

—Nuestra profesora dijo que teníamos que copiar todo el libro de texto antes de comer —contestó Tong en voz baja—. No me quedan suficientes hojas en el libro de ejercicios.



—¡Pero qué manera de enseñar es esa! —rezongó el hombre—. Viendo lo visto, casi es mejor que ni te acerques a un sitio así. —Tong se planteó huir del anciano que aseguraba ser profesor de escuela, pero que hablaba como un viejo gruñón analfabeto—. ¿Ahora quieres escaparte de mí? ¿Crees que no digo más que tonterías? Pues escúchame bien: conmigo podrías aprender todo los caracteres del diccionario y escribir las redacciones más espectaculares del mundo. Podrías ser más sabio que Confucio, ¿sabes quién era Confucio? En fin, no hay que esperar que hoy en día te enseñen algo en el colegio. De todas formas, se puede ser culto como

un erudito y seguir siendo más ignorante que un campesino analfabeto o un mendigo. ¿Lo entiendes?

Tong negó con la cabeza.

—Pues esto es lo que digo: que ni la verdadera inteligencia ni la sabiduría se encuentran en los libros de texto — insistió el anciano golpeando el suelo con el bastón—. Por lo que veo, cuanto más lejos estés de esa pánfila de profesora, que solo sabe llenarte la cabeza de tonterías, mejor.

Tong sonrió a su pesar.

—Venga, si quieres ser una persona buena y de provecho, ayúdame a echar esta carta al buzón.

Tong aceptó la carta que le tendía el

anciano y le sorprendió su peso. Miró el sobre, que llevaba varios sellos.

—¡No cotillees! —le gritó el hombre; luego se lo pensó y le pidió que le devolviera la carta.

—Le ayudaré, abuelo. Ahí mismo hay un buzón.

—Lo sé de sobra. Llámame maestro Gu, no soy el abuelo de nadie.

Tong le devolvió la carta al maestro Gu, que le dio unas palmaditas antes de metérsela en el bolsillo del abrigo. Tong agarró con ambas manos el brazo libre del hombre.

—Le ayudaré a caminar —dijo Tong.

—Gracias, pero no, camino la mar

de bien —contestó el maestro Gu apartando a Tong de un empujón y abriendo la marcha con el bastón.

Tong siguió al anciano por miedo a que el bastón del hombre quedara encallado en una alcantarilla. No obstante, el maestro Gu continuó adelante con paso vacilante, sin prestarle atención, como si de repente el niño hubiera dejado de existir para él. Al llegar junto al buzón, el maestro Gu repasó el horario de recogida, que estaba escrito en letra pequeña en uno de los laterales.

—¿Qué hora pone? —preguntó, después de bizquear un buen rato.

Tong se la leyó. El hombre miró la

hora en su reloj de pulsera.

—Las diez y veinte —farfulló en alto—. Entonces esperaremos.

A Tong le resultó extraño que alguien quisiera esperar al cartero. ¿No se había instalado el buzón precisamente para que la gente pudiera echar las cartas y no tener que esperar?

—¿Qué haces ahí parado? —preguntó el maestro Gu al cabo de un rato—. ¿Te ha enviado alguien para que me espíes?

Tong le dijo que creía que le había pedido que esperara, pero el maestro Gu se comportó como si hubiera olvidado sus propias palabras. El hombre echó un vistazo a la calle y luego le dio unos

golpecitos al reloj de pulsera con un dedo para que Tong lo viera.

—Quienquiera que sea el responsable de este buzón se retrasa — dijo—. Jamás creas lo que está escrito.

Nunca se le había hecho tan largo el descanso del mediodía. El maestro Gu tamborileaba los dedos sobre la mesa mientras esperaba a que su mujer terminara de comer y regresara a la ventanilla del banco. Hacia el final de la semana anterior, el colegio había enviado una solicitud para que le concedieran la jubilación anticipada por motivos de salud, y el hombre, al

comprobar que tendría derecho a tres cuartas partes de su pensión, había firmado el documento sin dudarlo un instante ni consultarlo con su mujer. Muchos jóvenes con estudios estaban regresando del campo, por lo que podía ceder su puesto, una ocupación que ya no le reportaba ninguna satisfacción, a un joven que, con el sueño de formar una familia, sobrellevaría mejor las largas horas que debería pasar entre niños alborotadores y revoltosos.

—No hace falta que esperes ahí sentado a que acabe —dijo la señora Gu—. ¿O quieres más arroz?

—Estoy bien como estoy.

La señora Gu terminó de comer. Una

vez que hubo limpiado la mesa y lavado los platos, sirvió una taza de té y la dejó junto a la mano que seguía tamborileando con los dedos.

—¿Te apetece echar una siesta? —le preguntó.

—¿No tienes que volver al trabajo?

—Sí.

—Pues ve. Puedo cuidarme solito, sin ayuda de nadie.

La señora Gu, para su desilusión, se sentó a la mesa.

—¿Qué te parece si contratamos a una chica de las montañas para que nos ayude con las tareas de casa?

—¿Es que somos ricos?

—¿O tal vez a Nini? He estado



pensando que... necesitas compañía. Y puede que también necesites ayuda — dijo la señora Gu—. Nini sería la persona ideal en muchos sentidos.

—Creía que la odiabas.

La señora Gu evitó la intensa mirada de su marido.

—Sé que he sido injusta con ella — admitió.

—Pues le conviene irse acostumbrando —dijo el maestro Gu—. No serás la única persona que la haya tratado mal.

—Pero podríamos hacer las paces con ella —insistió la mujer—, y también con su familia. El otro día vi a su madre por la calle y vuelve a estar

embarazada. Les vendrá bien un poco más de dinero.

El maestro Gu pensó en el lavado de cerebro que aquellos jóvenes camaradas le habían hecho a su esposa, cuyos deseos de obrar correctamente lo sacaron de quicio.

—¿Es que no nos vigilan ya suficientes ojos? —replicó—. No, prefiero que me dejen en paz.

—¿Y si me pasara algo? —La señora Gu lo miró y luego negó con la cabeza—. Tengo que irme a trabajar.

—Sí. Es mejor no plantear cuestiones a las que todavía no hay que dar respuesta —le dijo el maestro Gu a la espalda de su mujer.

En cuanto la señora Gu cerró la puerta tras ella, el hombre sacó la pluma estilográfica del cajón y buscó la página de la libreta donde tenía otra carta para su primera mujer a medio escribir. La releyó, pero por mucho que lo intentó no consiguió retomar el hilo argumental, que había interrumpido cuando su esposa volvió a casa para comer. Arrancó la página y la metió en el sobre, que contenía otras tres cartas, también a medias. Que decidiera ella cómo prefería ordenarlas. Empezó a escribir en otra hoja:

Hace poco que he repasado los textos budistas. No, no los

tengo delante, como podrás imaginar; los textos que me dejó mi abuelo no sobrevivieron al fuego revolucionario iniciado ni más ni menos que por mi propia hija. Sin embargo, los que he estado leyendo los llevo escritos en la memoria. Estoy convencido de que poco o nada de esto te interesa, dado tu ateísmo comunista, pero imagina por un momento a Buda sentado bajo el árbol sagrado hablándoles una vez más a sus discípulos. El, de quien se dijo que era el más sabio entre los sabios, de quien se dijo que sentía un amor

inabarcable e infinito por el mundo, ¿quién fue sino un anciano con una esperanza ciega que hablaba infatigablemente con un mundo que nunca lo entendería? Nos convertimos en prisioneros de nuestras propias creencias, un destino del que nadie escapa, y esa, mi querida amiga, es la única democracia que existe en el mundo.

El maestro Gu dejó de escribir cuando oyó que alguien entraba en el patio por la cancela, que no habían cerrado con llave. Miró por la ventana y vio a sus vecinos, la joven

revolucionaria chiflada y su marido, que se acercaban a la puerta. La mujer preguntó en voz alta si había alguien en casa. La puerta de entrada tampoco estaba cerrada y, por un instante, el maestro Gu se preguntó si le daría tiempo a atravesar la habitación sin hacer ruido y echar la llave por dentro. Sin embargo, la distancia hasta la puerta le pareció un largo y extenuante viaje. Aguantó la respiración y cerró los ojos con la esperanza de que, si permanecía en silencio un buen rato, aquella gente se desvanecería.

La pareja esperó a que alguien respondiera y a continuación la mujer comprobó si la puerta estaba cerrada. Le

dio un ligero empujón y esta se abrió con un crujido.

—Ah, está en casa —dijo la mujer con fingida sorpresa—. Oímos un ruido un poco raro y decidimos venir por si ocurría algo.

El maestro Gu contestó con frialdad que no pasaba nada en absoluto, y tapó discretamente la carta que estaba escribiendo con un periódico.

—¿Está seguro? Me han dicho que tuvo un ataque. Le ayudaremos a comprobar que todo esté bien —continuó la mujer, y le hizo un gesto a su marido, que se frotaba las manos junto a la puerta como si estuviera avergonzado, para que entrara—. ¿Está su mujer en

casa? —preguntó.

—¿Por qué tendría que decírselo?

—Solo preguntaba. No está bien que una mujer deje solo a su marido en casa.

—Está trabajando.

—Ya lo sé, pero hablo en general. Cuando usted estuvo en el hospital, vi que salía después del anochecer al menos un par de veces —dijo la mujer, y se volvió hacia su marido—. ¿Por qué no miras a ver qué era ese ruido? Tal vez se trate de un nido de ratones.

El hombre se adelantó a regañadientes y le echó un vistazo a la habitación, evitando la mirada del maestro Gu. La mujer, en cambio, no ocultaba su curiosidad mientras paseaba



por la estancia, husmeando en todos los rincones. Al maestro Gu se le acabó la paciencia al ver que su vecina levantaba la tapa de un cacharro y miraba dentro. El anciano golpeó el suelo con el bastón.

—¿Cree que somos demasiados viejos para poder encargarnos de una rata en un cacharro y que necesitamos a víboras como ustedes?

—Vamos, esas no son maneras de dirigirse a un vecino —contestó la mujer volviendo a tapar el cacharro—. Estamos aquí para ayudarle antes de que las cosas se descontrolen.

—No necesito su ayuda —aseguró el maestro Gu. Se apoyó en la mesa con

una mano y se levantó, señalando la puerta con el bastón—. Salgan de mi casa de inmediato. No traerán una orden de registro, ¿verdad?

La mujer hizo caso omiso de sus palabras y se acercó a la mesa. Levantó el periódico, descubrió la carta a medias y sonrió. Antes de que le diera tiempo a leer nada, el maestro Gu golpeó la mesa con el bastón, que hizo un crujido ensordecedor. La taza de té, que no había probado, saltó y su contenido se vertió sobre los pantalones de la mujer. El platillo cayó al suelo de cemento, pero no se rompió.

El marido agarró a la mujer para hacerla retroceder sin darle tiempo a

reaccionar; ella empalideció cuando el hombre le aseguró al maestro Gu que no tenían intención de causarle ningún daño. Al anciano le sorprendió su bonita y educada voz de barítono. Debía de ser obrero, a juzgar por el grasiento mono y la gastada camisa que llevaba. El maestro Gu cayó en la cuenta de que era la primera vez que lo oía hablar. Si cerrara los ojos, no le costaría imaginar una mente más instruida para aquella voz.

La mujer, que empezaba a recuperar el color, salió de detrás de su marido.

—¿Qué cree que hace? Estamos en una sociedad civilizada.

Tenía una voz estridente. El maestro

Gu compadeció al marido, cuya bella voz —si tuviera vida propia— seguramente no podría expresar con palabras su decepción por la falta de armonía con aquella otra, cortante y fea.

—No crea que me asustará con esas maneras de guardia rojo de su hija —dijo la mujer—. Déjeme que le diga algo: en este país la verdad no se impone mediante la violencia.

El maestro Gu, con el cuerpo sacudido por el temblor, apuntó a la cara de la mujer con el bastón.

—No venga a decir gilipolleces a mi casa —replicó articulando lentamente cada palabra.

—Qué vulgaridad para un profesor

—contestó la mujer—. Cuanto antes lo despidan, mejor para la siguiente generación.

El marido tiró de su mujer y se interpuso entre ella y el tembloroso bastón para disculparse por el malentendido. La mujer lo empujó a un lado y dijo que no tenían por qué bajar la cabeza ante la grosería de un anciano.

—Venga, pégueme. ¡Pégueme, viejo zorro contrarrevolucionario! Pégueme y lo pondremos bajo la guillotina de la justicia.

El maestro Gu miró a la mujer, que echaba espumarajos por la boca cargados de un odio cuyo origen desconocía. Tenía la edad de su hija y

tal vez no poseyera demasiados estudios, pero desde luego carecía de inteligencia. Dejó caer el bastón al suelo y se dirigió al marido.

—Joven, se lo suplico, se lo pido de hombre a hombre, se lo suplico de todo corazón: ¿por qué no le dice a su esposa que si sigue comportándose de esa manera acabará convertida en una arpía insoportable?

La mujer bufó con desdén.

—Hay que ser malo para decir una cosa así. Además, mi marido no tiene por qué enseñarme nada —dijo—. La mujer es el pilar fundamental de nuestra mansión comunista.

El maestro Gu se sentó y se puso a

escribir en un papel a grandes trazos, con una caligrafía sinuosa carente de toda belleza. «*CÁLLESE. LARGO DE AQUÍ*». Le enseñó el papel a la pareja. Había decidido no seguir gastando saliva con aquella mujer.

—¿Quién es usted para darnos órdenes? Pues ¿sabe qué?, usted y esa mujer suya son como los grillos después de la primera helada: no les queda mucho tiempo para seguir saltando.

El hombre tiró de ella y, al ver que se resistía, le dijo en voz baja que era mejor que se callara. Ella levantó la voz y le preguntó por qué. El hombre la arrastró fuera de la casa medio en volandas. El maestro Gu oyó a través de

la puerta abierta que la mujer imprecaba a su marido a gritos por su cobardía ante un simple anciano inútil. El maestro Gu reunió todas sus fuerzas para atravesar la estancia y cerrarla. Regresó a la mesa, pero las manos le temblaban demasiado para ponerse a escribir. Las visitas, por ridículamente obvias que fueran sus intenciones de enterarse de primera mano de algún secreto, auguraban peligro. Sin embargo, mientras esperaba a que la soga se tensara alrededor de su cuello, ¿qué otra cosa podía hacer salvo cerrar los ojos y creer en que si existía la posibilidad de escapar al destino esta no recaía en las manos de otros sino en la voluntad de



uno mismo?

Al amparo del oscuro firmamento crepuscular del día después del Ching Ming, diez casas fueron asaltadas y registradas. Se llevaron a cabo varios arrestos y ninguno de los sospechosos se resistió. Cuando cayó la noche se informó a la capital provincial por vía telegráfica de la primera victoria sobre la crisis anticomunista.

El alcalde y su camarilla dieron la bienvenida a un alto dirigente del partido, recién llegado de la capital provincial para hacerse cargo del asunto. Han y sus padres, a quienes antes

se consideraban los adláteres más dignos de confianza del alcalde, fueron excluidos del encuentro. Diez camiones cubiertos del ejército transportaron hasta la ciudad varias cuadrillas especiales de seguridad compuestas por policías y trabajadores de una villa situada a cientos de kilómetros de allí, formadas para asegurar la imparcialidad de la investigación y la limpieza de Río Turbio. Durante el viaje, un joven, que no hacía mucho había heredado el cargo de su padre en el Departamento de Policía, desató un nudo de la cubierta y echó un vistazo al exterior. Las estrellas plateadas del firmamento y la oscura montaña, incluso a aquella distancia, le

hicieron estremecerse como un cachorrillo. Acababa de cumplir veinte años y nunca había salido de su ciudad natal. Empezó a imaginar las historias que contaría a su regreso a la joven administrativa de recepción. Ella lo llamaría fanfarrón e insistiría en no creer ni una sola palabra, pero su sonrisa azorada revelaría todo lo contrario, una señal que solo ambos comprenderían.

La gente de Río Turbio, a pesar de los rumores y la incertidumbre, confiaba en el viejo dicho de que la ley no castigaba a las masas cuando se equivocaban. Aquella certidumbre les permitía ocuparse en sus borracheras,

sus discusiones y sus amoríos nocturnos; sus delirios de grandeza y sus humildes aspiraciones renacían de nuevo aquella noche en que los melocotoneros y los ciruelos silvestres florecían a lo largo de la ribera y su fragancia, que impregnaba la brisa primaveral, se colaba en las casas de la gente por las ventanas abiertas.

Un carpintero y su aprendiz atravesaban el puente del Cruce en dirección a las montañas. El joven empujaba una carretilla donde transportaba sus herramientas mientras observaba la brasa roja y brillante del cigarrillo que colgaba de los labios de su maestro. El carpintero había

comprado el tabaco con el dinero que les quedaba, ya que antes de ir a la ciudad se había prometido probar los cigarrillos. No era su única promesa, había hecho otras a su mujer y a los padres del aprendiz antes de dejar las montañas, pero los funcionarios que los habían contratado para hacer, entre otras cosas, tres muebles de televisor, habían desbaratado su sueño de amasar una pequeña fortuna al pagarles una retribución mínima. Entre calada y calada, el carpintero masculló que a los de la ciudad se les habían comido el corazón los perros salvajes. Puso sobre aviso a su aprendiz para que no cometiera el mismo error, pero el joven,

deslumbrado por los televisores que había visto en las casas de los funcionarios, ya se imaginaba sentado en uno de aquellos sillones, que él mismo había ayudado a construir, deleitándose con las bellas mujeres que aparecerían en la pantalla con solo apretar un botón.

Un mendigo ciego se sentó delante de la casucha de los Hua y frotó un trocito de colofonia a lo largo del arco de su violín chino de dos cuerdas. Estaba de camino entre dos ciudades cuando conoció al viejo Hua y a su mujer, quienes lo habían invitado a pasar la noche con ellos y le habían servido una buena cena. A pesar de ser la primera vez que coincidían, al

mendigo no le sorprendió que, tras una ronda, la pareja empezara a contar historias de cuando vivían en la carretera. La gente reconocía a sus iguales por disfrazados que fueran. Al final, los tres acabaron bebiendo, riendo y llorando juntos. La pareja le pidió al mendigo que dejara de ir de aquí para allá y que se quedara con ellos, y al hombre le pareció una buena idea. Sin embargo, ahora que la magia del licor de arroz se había desvanecido, el ciego sabía que se iría en cuanto amaneciera. Nunca se había quedado en ningún sitio por nadie y era demasiado tarde para cambiar. Probó el arco contra la cuerda y al violín se le escapó un suspiro,

seguido de un lamento.

El ciego detuvo el arco y prestó atención al oír que la puerta se abría. El marido roncaba dentro de la casucha. La mujer cerró la puerta con tanta delicadeza como la había abierto y se sentó junto al mendigo.

—Te he despertado —dijo el ciego.

—Sigue tocando —contestó la señora Hua.

El ciego había planeado escabullirse sin despertar a la pareja, pero ahora que tenía a la mujer sentada a su lado le debía una explicación.

—Habéis sido muy amables al invitarme a quedarme —dijo—. No soy de los que cambian a menudo de



opinión, pero me temo que deberé rechazar vuestra gentileza.

—Tienes que volver a la carretera. Lo comprendo.

—Cuando tu destino es no tener hogar, cuesta establecerse en un sitio.

—Lo sé. Ojalá nosotros también pudiéramos volver a la carretera —dijo la señora Hua—. Venga, toca algo.

El ciego asintió con la cabeza y supo que la pareja no se ofendería por su marcha. Pasó el arco lentamente sobre la cuerda y tocó una vieja canción titulada «*Despedida*», por su vieja amistad de un día.





**B**ashi estaba enamorado y eso lo tenía desconcertado. El deseo de compartir todos los minutos de su vida con Nini no provenía de su entrepierna, sino de otras partes de su cuerpo, algo para lo que le faltaba experiencia y explicación. Estuvo cavilando y la única vivencia similar que recordaba era de cuando tenía tres años, poco después de que su madre lo dejara con su abuela. El invierno de ese año había sido particularmente duro en Río Turbio y

cuando se levantaban por la mañana se encontraban las toallas heladas en el lavabo, a pesar de que su abuelo no había escatimado ni un solo céntimo en carbón. Todos los días se iban a la cama nada más acabar de cenar y Bashi a menudo se despertaba a media noche con los pies congelados. El niño lloriqueaba y la abuela, medio dormida, le cogía los piecitos y los apretaba contra su pecho, sin que la tela del camisón mediara de por medio. La suave calidez hacía que Bashi se estremeciera con un miedo y una emoción inexplicables, y se quedaba tumbado despierto, moviendo un dedito detrás de otro, imaginando sus aventuras

hasta que caía rendido.

Bashi deseaba estar junto a Nini con la misma intensidad con que en su momento había anhelado el pecho de su abuela. A veces le preocupaba que le ocurriera algo a su raíz masculina, a pesar de que esta siempre se empinaba diligentemente cuando pensaba en Nini. El problema aparecía cuando estaba a su lado, junto a un cuerpo tangible, cálido y suave. No podía desearla como quería. Lo atormentaba la comprobación prenupcial de la novia que había realizado por antojo. Lo avergonzaba el atisbo del sendero secreto que Nini le había abierto con confianza y tranquilidad, incluso con picardía. El

cabello, corto y fino, que su madre le había cortado de manera despreocupada, parecía un nido de pájaro; la barbilla puntiaguda, los brazos esqueléticos y los labios permanentemente agrietados lo empujaban a desear cogerla entre sus brazos para mecerla y cantarle con dulzura. Sin embargo, incluso aquel deseo lo ponía nervioso delante de ella. ¿Qué pensaría de él? ¿Que le faltaba más de un tornillo?

Sin embargo, Nini parecía ajena a toda aquella lucha interna. La mañana siguiente al Ching Ming había entrado en la casa con la misma naturalidad que la luz del día. Se manejaba como si hubiera crecido allí. Bashi esperaba que

en cualquier momento volviera a sacar el tema del matrimonio; el joven había hablado muy en serio cuando había realizado la comprobación prenupcial, pero sabía que casarse con una niña de doce años era más fácil de decir que de hacer. No obstante, Nini no lo presionó tal como él había temido. Estaba más parlanchina, tal vez demasiado. La niña criticó en son de burla el desorden que había en el dormitorio y, antes de que Bashi tuviera oportunidad de defenderse, se adjudicó la tarea de recogerlo todo. No pestañeó cuando descubrió los apestosos calcetines y calzoncillos debajo de la cama. Bashi protestó cuando Nini reunió toda la ropa

sucia para hacer la colada, pero la niña no le hizo caso. Le contestó que si un hombre supiera cuidar de sí mismo, ¿para qué necesitaría a una mujer?

Bashi se dijo que Nini no parecía comprender cuánto valía. No se daba los aires que se daban otras mujeres cuando se sabían cortejadas... O tal vez solo fuera una niña de gran corazón. Abrumado por su buena suerte, estaba ansioso por encontrar un amigo con quien compartir su historia de amor, pero no tenía a nadie a quien pudiera considerar como tal. Hizo un repaso mental de toda la gente que conocía y los primeros que le vinieron a la mente de manera espontánea fueron los Hua.



Cuanto más vueltas le daba, más convencido estaba de que eran las únicas personas que estarían dispuestas a ofrecerles la ayuda que Nini y él necesitaban. Aunque ¿y si eran tan anticuados que no veían con buenos ojos un matrimonio concertado por los propios jóvenes? Aquella mañana, Bashi se topó con la señora Hua en la calle. Los arrestos de la noche anterior apenas habían conseguido perturbar el día a día en Río Turbio.

—¿Fueron sus padres o los del viejo Hua quienes concertaron su matrimonio? —le preguntó Bashi.

La anciana siguió barriendo. Sabía que le hablaba alguien, pero desde que

había soñado con la muerte de su hija pequeña, Conejito, le costaba concentrarse en las conversaciones. El violinista ciego, con su llegada y luego su marcha, acompañado por sus canciones desgarradoras, le había hecho añorar los días y las noches al raso. La anciana le había propuesto a su marido dejar la casa y volver a la vida errante. Irían a visitar a sus hijas, a las casadas y a las que les habían quitado, antes de partir de este mundo. El viejo Hua no había dicho nada al principio, pero cuando ella volvió a preguntárselo, él contestó que tenía la impresión de que aquellas visitas no les harían ningún bien, ni a sus hijas ni a ellos.

—¿Señora Hua?

Bashi tocó la escoba y la mujer se lo quedó mirando. Aquel día en particular el joven le recordó más que nunca a alguien que había conocido hacía mucho tiempo. La anciana cerró los ojos, pero no consiguió identificar a la persona en cuestión en su memoria.

—¿Fue una casamentera la que habló con sus padres y con los del viejo Hua?

El joven, tan empeinado en hacerle preguntas irrelevantes, la desconcertaba... ¿Quién era la persona que volvía a la vida en el cuerpo de aquel chico?

—¿Señora Hua?

—Lo conocí cuando era una mendiga

—contestó.

—¿Quiere decir que nadie medió entre sus padres y los de él como casamentera?

—Ninguna casamentera visitaría en sus tumbas a una pareja de padres fallecidos. Mi marido es huérfano desde que tiene uso de razón.

A Bashi le complació la respuesta de la señora Hua. Él también era huérfano y Nini casi podía considerarse otro tanto. Por descontado que no necesitaban la bendición de sus padres, estuvieran vivos o muertos.

—¿Qué le parece Nini?

La señora Hua clavó la mirada en él con tanta intensidad que lo asustó. El

joven se preguntó si no habría cometido un error al sacar el tema. Quizá la anciana sospecharía y lo delataría a la policía.

La señora Hua cayó en la cuenta de que se trataba del niño flautista, aquel que una vez fue a pedirles que lo adoptaran como hijo. La anciana alzó la vista al cielo y empezó a contar. ¿En qué año había sido? El año en que su marido y ella se habían planteado por primera vez su propia muerte y la vida de sus hijas sin ellos: 1959, el año en que había empezado la hambruna, duro revés para cualquiera, pero mucho peor para los mendigos. Por entonces tenían cuatro hijas: Esplendor Matinal, de trece años;

Peonía, de diez; Loto, de ocho, e Hibisco, de siete. El niño no tenía más de doce años, un huérfano que iba de pueblo en pueblo, igual que ellos, y que mendigaba con su flauta.

—¿Sabes tocar la flauta? —preguntó la señora Hua a Bashi.

—¿Que si sé tocar qué? ¿Y quién es ese Flauta? No lo conozco. ¿Me conoce él a mí?

Aquel niño de hacía veinte años también era muy dado a la palabrería, pero con su música podía hacer llorar hasta a las piedras, tal era la tristeza que arrastraba su flauta. De igual modo, era capaz de hacer reír a un muerto en su ataúd, cuando estaba de humor. El niño

había conseguido enamorar a chicas mucho mayores que él, incluso había mujeres casadas que, cuando sus maridos estaban en las ferias o en el campo, se apostaban a la puerta de casa y le lanzaban pullas como las que las mujeres y los hombres casados se dirigían tras las puertas cerradas. A pesar de la atención que atraía, el chico acudió a la señora Hua y a su marido y les pidió que lo adoptaran. Les prometió que los llamaría *baba* y mamá y que contribuiría con su flauta a la economía familiar, pero el viejo Hua se negó. Más tarde, el hombre le comentó a su esposa que, con la flauta y aquella labia, el chico les haría pasar un infierno a sus

hijas. Ella le dio la razón, aunque no sin cierto resentimiento, y ahora el chico había vuelto a ella reencarnado en otra persona, sin su flauta; pero aun así lo había reconocido.

—¿Qué le parece Nini, señora Hua?

—¿Por qué lo preguntas, hijo?

—¿Qué le parecería si me casara con ella? —dijo Bashi—. Señora Hua, no me mire como si tuviera dos cabezas. Me asusta.

—¿Por qué quieres casarte con Nini?

—Estará mucho mejor conmigo que con sus padres —contestó Bashi—. Y sería el hombre más feliz del mundo si pudiera pasar el resto de mis días con



ella.

La señora Hua lo miró fijamente. Loto se había pasado el año posterior a la marcha del chico flautista de un humor sombrío, algo poco habitual en una niña de ocho años. De todas las hermanas, era la que le había tenido más apego; había aprendido a cantar para acompañarlo, y él decía bromeando que harían la mejor pareja de mendigos, él con su flauta y ella con su voz. Por aquel entonces, la señora Hua se preguntaba si no habrían cometido un error al rechazar al muchacho, pero el viejo Hua, ante las dudas de su mujer, negaba con la cabeza. Loto era la menos agraciada de las cuatro niñas, y el chico, con una

picardía que iba a traerle problemas, habría acabado rompiéndole el corazón. Además, añadió el viejo Hua, ¿acaso querían que su hija acabara como ellos, casada con otro mendigo y sin un techo sobre su cabeza?

—Lo digo en serio —insistió Bashi. El silencio de la señora Hua lo puso nervioso y sintió la necesidad de demostrar su valía—. La trataré bien.

—Te he visto crecer a lo largo de los años, Bashi —dijo la señora Hua—. Te conozco lo suficiente para saber que no eres una mala persona, pero cualquiera que te oiga decir una cosa así pensará que te has vuelto loco.

—¿Por qué?

—Todavía es una niña.

—Pero crecerá —replicó Bashi—.

Puedo esperar.

De hecho, ¿por qué no tenía derecho el chico a pensar en casarse con Nini? ¿Y si hubieran permitido que el joven flautista formara parte de su familia? Puede que ahora tuvieran algo más, una hija y un yerno que pudieran ocuparse de ellos cuando tuvieran que partir hacia el otro mundo, un poco de música para dar color a su apagada vida, nietos a los que querer.

—¿Quién querrá casarse con ella y tratarla bien sino yo? La quiero —dijo Bashi enderezando la espalda al tiempo que hacía tan atrevida declaración—.

No es feliz en su casa. ¿Querría ser usted mi casamentera? ¿Podría hablar con su familia en nuestro nombre? No recibirán una oferta mejor.

—Es demasiado joven —contestó la señora Hua.

—Ustedes casaron muy jóvenes a sus hijas y las entregaron a otras familias, ¿no? —insistió Bashi—. Puedo esperar a que crezca. Podría pagarles para que Nini viviera con ustedes. Solo necesito su palabra de que ella será mía.

La señora Hua miró a Bashi. La rueda de la vida, con su giro inexorable, a veces se apiadaba de los humanos. El chico había vuelto a ella para darle una segunda oportunidad, pero como madre,

como mujer, ¿cuál era la decisión correcta?

—Deja que lo hable con mi marido —contestó—. ¿Podrías pasar por casa esta tarde? Te diremos lo que hemos decidido.

Tong necesitó dar un largo paseo para reunir el valor suficiente y volver al colegio. No dejaba de imaginar a su profesora pidiéndole una explicación por lo del día anterior. Nunca conseguiría el pañuelo rojo ahora que había demostrado su poca honradez al fingir que estaba enfermo y saltarse las clases. En una ocasión la profesora

había comentado que una pequeña grieta en el fondo de un barco era capaz de hacerlo naufragar en mar abierto, y Tong se imaginaba como una pobre alma malograda encaminándose hacia una vida pecaminosa, una idea que hacía acudir las lágrimas a sus ojos. Lo primero que haría esa mañana sería admitir que había obrado mal, antes de que la grieta se ensanchara y él se convirtiera en un joven delincuente.

Sin embargo, la maestra no estaba por la labor de interrogar a Tong. Se habían cancelado las clases, desde primero hasta sexto. El director había convocado una reunión de urgencia para los profesores y todo el personal, y los

alumnos habían sido conducidos al auditorio, donde quedaron sin vigilancia. Sin nadie que pusiera orden, el griterío no tardó en inundar la sala. Los chicos de los cursos superiores se pusieron a correr como locos por los pasillos y los niños más pequeños se lanzaban aviones de papel unos a otros, aunque sin atreverse a abandonar sus asientos. Las niñas chillaban cuando los chicos tropezaban o chocaban con ellas, y algunas sacaron tiras de plástico de colores para trenzar llaveros en forma de pececitos o de loros. Nadie preguntó ni por qué ni por cuánto tiempo los habían dejado allí. Si dependiera de ellos, aquel feliz día podía eternizarse.

Tong estaba sentado entre algunos de los más callados de la clase, chicos y chicas que eran capaces de permanecer quietos en sus sillas durante horas cuando lo pedían los profesores. La niña que se sentaba junto a Tong le susurró que se avecinaba una guerra. Tong le preguntó qué guerra, pero la niña no supo qué contestarle y se limitó a añadir que había oído que su padre se lo decía a su madre. Era de las que se ruborizaban en cuanto abrían la boca, y cuando Tong la miró a la cara sonrojada, le resultó muy difícil creerla.

Media hora más tarde, el director acompañó a los profesores al auditorio, donde hizo sonar el silbato con tanta



fuerza que a todo el mundo le pareció que se le perforaba el tímpano. Los alumnos regresaron rápidamente a sus asientos y el auditorio no tardó en guardar silencio. El director subió al estrado y, como de costumbre, se aclaró la garganta varias veces antes de iniciar su discurso delante del micrófono, que crujió y amplificó el sonido.

—Un brote de epidemia contrarrevolucionaria ha sorprendido a Río Turbio desprevenida —dijo—. Quiero que comprendáis que la situación es grave y que si bajamos la guardia podríamos ser los siguientes en quedar infectados por esta enfermedad tan virulenta.

Algunos niños se removieron en sus asientos, otros tosieron y algunos otros se frotaron la nariz.

—Ha llegado el momento de limpiar nuestros corazones y almas con el desinfectante más poderoso —continuó el director golpeando el atril para recalcar cada palabra. Los corazones de los niños palpitaban al mismo son que el puño—. Todos habéis nacido bajo la bandera roja de la revolución y habéis crecido en el tarro de miel que ha provisto el partido. A veces es precisamente este privilegio la razón por la que olvidamos dar las gracias por lo felices que somos en este país. Respondedme, niños: ¿quién os ha

proporcionado una vida tan feliz?

Hubo un momento de desconcierto antes de que algunos de los alumnos de los cursos superiores respondieran.

—El Partido Comunista.

—No os oigo —dijo el director—. Contestad más alto si confiáis en vuestra respuesta.

Varios profesores se levantaron e hicieron señas a los niños, tras lo cual otras muchas voces se unieron al coro. El director necesitó varias rondas más hasta quedar completamente satisfecho con la atronadora respuesta.

—Larga vida al más grande, glorioso e infalible Partido Comunista —repitió el hombre golpeando con el

puño—. ¿Entendéis estas palabras? ¿Su significado? Significan que nuestro partido jamás se ha equivocado y jamás se equivocará, significan que cualquier cosa que hagamos no escapará al escrutinio del partido. Sé que os han enseñado a respetar a vuestros padres, pero ¿qué son ellos comparados con el partido, nuestros primeros padres? Sois hijos del partido antes que hijos de vuestros padres. El partido ama a todos por igual; no obstante, si alguien comete un error, igual que cuando lo comete un niño, el partido no dejará pasar ni a un solo infractor sin castigo. No se librárá nadie, no se tolerará ningún crimen.

Tong tenía los ojos hinchados y le

escocían. ¿Cómo había podido él, un hijo amado por el partido, hacer novillos por haber perdido una mascota? ¿Cómo había podido olvidar que estaba destinado a convertirse en héroe? La compasión lo convertiría en un inútil, como había dicho su padre. Estaba llamado a ser un niño especial y nunca más se permitiría olvidarlo. Gritó las consignas con los demás alumnos. No se oía entre las demás voces, pero estaba seguro de que la suya llegaría hasta el partido para pedir misericordia.

Tras la reunión, los alumnos formaron filas y volvieron a sus aulas respectivas. A los de los cursos superiores se les pidió que redactaran

con todo tipo de detalles lo que ellos y hasta el último miembro de su familia habían hecho el día del Ching Ming. A los niños más pequeños se les dio tiempo para pensar y recordar, mientras sus profesores se paseaban por los pasillos para reprender a cualquier chico o chica que tendiera al distraerse en clase habitualmente.

Cuando le tocó realizar su confesión en un aula aparte, Tong les contó a los profesores que su perro había desaparecido la noche anterior y que el día del Ching Ming lo había estado buscando. Tong no conocía a los dos interrogadores, sentados tras el escritorio ante unas libretas abiertas.

Los habían llamado de otro colegio, ya que el distrito escolar había ordenado que las escuelas intercambiaran el personal para que las respuestas de los niños no se vieran influenciadas de ningún modo por sus propios maestros. El más joven de los dos, una mujer de unos treinta años, tomó nota y se dispuso a preguntar.

—¿Cómo se llama tu perro?

—Oreja.

Los profesores intercambiaron una mirada.

—¿Qué nombre es ese? —preguntó el otro interrogador, un hombre de unos cincuenta años.

Tong se removió en el asiento de

adulto donde estaba sentado; los pies no le llegaban al suelo. Habían colocado la silla en medio de la habitación, delante del escritorio y las dos sillas que había detrás. Tong intentó concentrar la mirada en sus zapatos pero, como si tuvieran voluntad propia, sus ojos no tardaron en vagar hasta las cuatro piernas que se veían por debajo de la mesa que tenía enfrente. Los pantalones del hombre, de un gris verdoso, tenían dos parches de un color similar que le cubrían las rodillas. Los zapatos de piel negra de la mujer lucían unos brillantes broches metálicos en forma de mariposa. Tong no sabía cuánto tiempo seguirían interrogándolo. Aunque el director y los



profesores no habían dicho nada sobre la recogida de firmas, él sabía que era una de las cosas que debía ocultar.

—¿Quién puede corroborar que estabas buscando a tu perro? —preguntó el hombre.

—Mis padres —contestó Tong.

—¿Iban contigo cuando lo buscabas? —Tong negó con la cabeza—. Entonces, ¿qué hacían mientras tú buscabas el perro?

—No lo sé —dijo Tong—. Salí temprano. Los domingos siempre se levantan tarde.

—¿Sabes lo que hacen los domingos por la mañana? —preguntó el hombre con curiosidad.

La mujer miró la libreta, intentando ocultar una sonrisa de complicidad. Tong volvió a negar con la cabeza mientras un sudor frío le recorría la espalda.

—¿Qué hicieron después de levantarse? —insistió el hombre.

—Nada —contestó Tong.

—¿Nada? ¿Cómo no van a hacer nada dos adultos?

—Mi madre hizo algo de colada —dijo Tong, vacilante.

—Eso es algo. Y ¿luego?

—Mi *baba* arregló la cocina —dijo Tong.

No era del todo mentira. El regulador del tiro de la cocina se había

roto y su madre le había pedido muchas veces que lo arreglara antes de que por fin su padre lo hiciera la semana anterior. Era una de esas cosas que un padre haría un domingo.

—¿Qué más?

—Mi madre preparó el desayuno y la cena.

—¿La comida no? ¿Salieron ella o tu padre a comprar la comida?

—Los domingos solo hacemos dos comidas —dijo Tong—. No salieron. Se echaron una larga siesta por la tarde.

—¿Otra vez? —preguntó el hombre, con fingida incredulidad.

Tong se mordió los labios y no dijo nada. Su madre siempre decía que

dormir era el mejor modo de ahorrar energía, y así no tenían que gastar dinero en la comida los domingos, pero ¿cómo iba a contarles eso a los profesores?

—¿Tus padres salieron de casa en algún momento de la mañana? —preguntó el hombre—. Pongamos que entre las siete y las doce.

Tong negó con la cabeza. Tenía la vaga sensación de que no lo creían y que tarde o temprano informarían al colegio y a sus padres de que había mentido. ¿Qué harían con él? No podría lucir el pañuelo rojo alrededor del cuello antes de junio.

—¿Estás seguro?

—Volví a casa para desayunar y

luego dijeron que era una pérdida de tiempo seguir buscando a Oreja, así que me quedé en casa con ellos.

—¿Has encontrado a tu perro? — preguntó la profesora, mientras enroscaba el capuchón de su estilográfica y miraba la lista, preparándose para el siguiente alumno.

Tong intentó contener las lágrimas con todas sus fuerzas, pero cedió ante el miedo de ser castigado no ya por mentir, sino sobre todo por firmar con el nombre de su padre en la tela blanca. Los profesores se lo quedaron mirando un momento.

—No llores por un perro perdido — dijo la mujer—. Pídeles a tus padres que

te comprenden otro.

Tong empezó a berrear, pero no contestó. El hombre hizo un gesto con la mano para que saliera y la mujer lo acompañó fuera de la clase, dándole la mano. Por un instante estuvo a punto de confesárselo todo a la profesora, cuya palma suave y cálida lo tranquilizó un poco; sin embargo, antes de poder abrir la boca, ella le hizo una señal a la maestra de Tong para que se lo llevara y llamó en voz alta al siguiente de la lista.

Tong esperó en su silla, sin hablar con los demás niños. Nadie le preguntó por qué lloraba. Dos niñas y un niño habían vuelto sorbiéndose los mocos y sollozando antes que él, y nadie había

mostrado sorpresa o preocupación.

Ya era más de mediodía cuando el director anunció por los altavoces que había llegado el momento de tomarse un descanso de una hora para ir a comer. Dijo que no debían comentar nada ni con sus compañeros de clase ni con sus padres y que cualquiera que no acatara aquella orden tendría problemas serios.

Tong caminó despacio. Esa mañana se había fijado en la repentina aparición de un montón de orugas negras, a las que llamaban «*aguijones de álamo*». Apenas medio día después había centenares de ellas en la acera y en las paredes de los callejones. Muchas habían acabado espachurradas bajo

pisadas descuidadas o ruedas de bicicleta, y sus cuerpos y sus diminutas entrañas se secaban al sol.

Cuando Tong entró en la habitación, sus padres lo miraron unos instantes y luego retomaron su conversación.

—¿Quién sabe? —dijo su padre—, tal vez solo sea un montaje del gobierno para asustar un poco a la gente y al final la cosa quedará en nada.

Tong se sentó a la mesa, donde le esperaba un cuenco de sopa de fideos. Su madre le dijo que se diera prisa, ya que ambos tenían que volver a trabajar en media hora.

—La forma en que están llevando todo esto me tiene con el corazón en un



puño.

—Las mujeres están con el corazón en un puño por cualquier cosa —se burló el padre de Tong—. Pero si ves un gorrión espachurrado y se te sale el corazón por la boca. Hazme caso: la ley no castiga a las masas. No hace falta que te vayas muy lejos, solo tienes que pensar en cuántas personas apalearon los Guardias Rojos en 1966. Ahora que su comportamiento se considera incorrecto e ilícito, ¿has visto que algún guardia rojo haya sido castigado? No.

Tong comió lentamente. Le costaba tragar cada bocado.

—*Baba*, ¿por qué la ley no castiga a las masas? —preguntó cuando su madre

le dijo que se apresurara.

—Por fin una pregunta sobre algo que no tiene que ver con ese perro tuyo —replicó el padre de Tong.

Se oyeron unas sirenas a lo lejos. La madre de Tong soltó los palillos y prestó atención.

—Parecen los bomberos —comentó la mujer con su marido.

El hombre salió al patio y echó un vistazo.

—Se ve humo —dijo cuando entró al cabo de un minuto.

—¿Dónde es el fuego?

—Hacia el este.

Cualquier otro día Tong habría pedido permiso para ir corriendo a ver

el fuego, pero se limitó a quedarse sentado y a seguir masticando un fideo que parecía interminable. Su madre le puso una mano en la frente.

—¿Estás enfermo?

—Enfermo de amor por un perro —  
terció el padre de Tong.

Tong no contestó y se obligó a terminar de comer para que su padre no hiciera comentarios sobre sus hábitos alimenticios. Después de todo, puede que al final no pasara nada malo, como decía su padre. Aquella esperanza lo animó de camino al colegio. Aunque ¿y si se equivocaba? Los adultos no lo sabían todo, igual que cuando le dijeron que no le habría pasado nada a Oreja.

Hundido de nuevo en la miseria ante aquella idea, Tong se estremeció con la brisa primaveral. Iba arrastrando los pies, como si caminara sobre nubes de algodón.

Otros dos profesores, también de otro colegio, fueron asignados a la clase de Tong, y uno por uno los alumnos entraron para responder a las mismas preguntas por segunda vez. En esta ocasión los profesores fueron menos intimidantes y Tong se sintió capaz de mirarlos a los ojos. No encontraron nada raro en los hábitos de sueño de sus padres. Cada vez que Tong contestaba, uno de ellos le preguntaba si estaba seguro. La mujer tenía una voz tan

agradable que al niño no le costó mentir. Hacia el final del interrogatorio se sentía aliviado. Los profesores habían sido amables con él y no se habrían mostrado tan cordiales de haberlo descubierto. De hecho, aparte de buscar a Oreja, no había hecho nada grave. Cuanto más lo pensaba, menos real le parecía la firma que había estampado en la tela blanca, por lo que la petición no tardó en dejar de preocuparlo.

Para Nini fue algo nuevo descubrir que un secreto podía tener vida propia. Contar con un lugar al que poder ir algún día consumió todo el espacio de

su pecho en un abrir y cerrar de ojos, y la continua expansión hacía que le dolieran los incipientes senos. Tenía la sensación de que las extremidades, incluso la mano y la pierna buenas, se alejaban de ella y notaba que las articulaciones se soltaban y que perdía el control sobre ellas. Nini se miró en un espejo de forma oval, del tamaño de una mano, que su segunda hermana escondía debajo de la almohada. Aunque era tan pequeño que solo conseguía verse parte del rostro, la persona que se reflejaba ya no era aquel ser espantoso que ella recordaba. Ahora tenía los labios más carnosos y las mejillas más redondas, arreboladas constantemente.

No era la primera vez que algo ocupaba sus pensamientos por completo. Antes de Bashi habían sido el maestro y la señora Gu, aunque algunos deseos eran más acuciantes que otros. Nini tenía la sensación de que su cuerpo era demasiado pequeño para contener su secreto. Tenía que morderse el interior de la mejilla para que no se le escapara la noticia ante cualquier extraño con el que se cruzaba por la calle, o peor, ante su familia. Al final, creyendo que estaba a punto de explotar, Nini cogió al bebé y les dijo a Cuartita y a Quintita que se iba al mercado. Las dos niñas le suplicaron que las llevara con ella, pero Nini contestó que tenía asuntos que atender y

que no serían más que un estorbo. Para contentarlas, les dio un caramelo, que había traído de casa de Bashi. Les prometió más golosinas si se quedaban en casa y se portaban bien. Cuartita preguntó si podían jugar en el patio y le dio su palabra de que no saldrían al callejón. Nini vaciló. Las niñas cada día se parecían más entre ellas y cuando estaban juntas no necesitaban nada más. Por lo general solía dejar que salieran a jugar al patio, pero Nini decidió que esta vez no le vendría mal ejercer más autoridad, de ese modo sus favores se verían recompensados con gratitud y obediencia. Les dijo que tendría que encerrarlas en casa. No pareció hacerles



demasiada gracia, pero las niñas no protestaron. Se quedaron una junto a la otra, chupando el caramelo y mirando cómo Nini cerraba la puerta y echaba la llave por fuera.

—Te he encontrado un cuñado —le susurró Nini a Sextita una vez en la calle, con los labios pegados a la oreja del bebé.

—Luz, luz —dijo Sextita, señalando un coche de policía con las luces enfocadas hacia una calle lateral.

—A ti también te encontraré un buen marido y la gente se pondrá tan celosa que se le volverán los ojos verdes —le dijo Nini a su hermanita, imaginando la rabia incontenible de sus padres y sus

hermanas mayores.

Si Cuartita y Quintita se portaban bien, se plantearía si también las ayudaba a ellas o no. Tiró del bebé con delicadeza hasta que Sextita tuvo que volverse hacia ella y olvidar el coche de policía.

—Escucha: ¿deseas una vida mejor? Si es así, tienes que seguir a mi lado. No puedes querer a nadie más que a mí. Solo yo puedo hacerte feliz, tu hermana mayor.

—Tata —exclamó Sextita, y acercó su boquita húmeda a la mejilla de Nini.

—Tu cuñado —siguió Nini, y se sonrojó ante el nombre tan atrevido que le había dado a Bashi—. Tu hermano

mayor sabe cómo hacer reír hasta a las piedras. —El bebé balbuceó mientras repetía la palabra «*hermano*», nueva para ella—. Es rico y te dará una dote cuando te llegue la hora de casarte. No esperes que nadie más haga nada parecido por ti.

Nadie respondió de inmediato a los saludos de Nini cuando entraron en casa de Bashi. No estaba echada la llave. La joven llamó a la puerta del dormitorio, que estaba cerrada.

—Sé que estás ahí, no me tomes el pelo —dijo.

No obtuvo respuesta del interior de la habitación. Nini pegó la oreja a la puerta y oyó un susurro de ropas.

—¿Bashi? —lo llamó.

El joven contestó que esperara un segundo, con la voz atenazada por el pánico. Nini empujó la puerta y Bashi se acercó corriendo, abotonándose la bragueta con una mano.

—No sabía que ibas a venir —dijo el joven ligeramente jadeante.

Nini observó con atención el rostro sonrojado de Bashi.

—¿Quién hay ahí?

—Nadie —contestó él—. Estoy solo.

Nini le pasó a Sextita con brusquedad y entró para comprobarlo. La reacción de Bashi le pareció sospechosa e instintivamente supo que la

estaba engañando con otra mujer. Levantó la colcha revuelta de la cama, pero nadie se escondía debajo. Miró bajo la cama. El lecho de la abuela estaba vacío al otro lado de la cortina. Igual que el armario.

—¿Qué andas buscando? —preguntó Bashi con una sonrisa y el bebé sentado a horcajadas sobre sus hombros, tirándole del pelo.

—¿Estás engañándome con alguien? —preguntó Nini al no encontrar rastro alguno de otra mujer en el dormitorio.

—Claro que no —contestó Bashi.

—¿Y por qué estabas durmiendo a media mañana?

—En realidad no estaba durmiendo.

Había vuelto de dar un paseo y pensé en echarme un rato en la cama a descansar —dijo Bashi—. De hecho, estaba soñando contigo cuando has entrado.

—¿Qué idiota iba a creerte?

—Créeme. No pienso en nadie más que en ti.

Nini iba a reírse de él, pero en la intensa mirada del joven se leía cierta desesperación.

—Te creo —dijo.

—He hablado con la señora Hua.

Nini creyó que se le paraba el corazón.

—¿Qué te ha dicho?

—No ha dicho que no —contestó

Bashi.

—Pero ¿ha aceptado?

—Dijo que tenía que hablar con el viejo Hua, aunque creo que al final dirán que sí. No veo por qué no. La señora Hua estuvo a punto de besarme cuando le conté que quería casarme contigo.

—Tonterías. ¿Por qué iba a querer besarte? Es una anciana.

—¿Quieres besarme tú, jovencita?

Nini le dio un pequeño manotazo en el brazo. Bashi se hizo a un lado de un salto, lo que provocó el chillido gozoso del bebé. Nini abrió los brazos para intentar atrapar a Bashi, pero él empezó a dar saltos por la habitación mientras los tres reían sin parar.

Nini fue la primera en recuperar la

calma. Se sentó en la cama del joven, diciendo que estaba cansada. Sextita le tiró del pelo a Bashi para que siguiera dando vueltas. Este empezó a desfilar por la estancia cantando una canción sobre unos soldados que se iban al frente de Corea. La niña iba dándole palmaditas en la cabeza. Nini tarareaba al compás. Bashi bajó a Sextita y la dejó junto a Nini cuando acabó la canción. A continuación, cogió el pañuelo de Sextita, lo dobló en forma de ratoncito y empezó a jugar con los dedos haciendo que el ratón saltara sobre la niña, como si el animalito tuviera vida propia. La pequeña chilló regocijada. Nini se sobresaltó, pero luego se echó a reír.



—Qué suerte la mía, tener un par de florecillas —comentó Bashi.

Nini dejó de reír.

—¿Qué has dicho?

—Que con una sola bufonada os he hecho reír a las dos.

—No, has dicho otra cosa —insistió Nini—, ¿qué has querido decir?

Bashi se rascó la cabeza.

—¿Qué he querido decir? No lo sé.

—Mientes —dijo Nini, y sin poder evitarlo, las lágrimas acudieron a sus ojos.

Nini se avergonzó de sí misma, parecía una de aquellas mujeres de mal carácter que veía en el mercado, o su propia madre.

Sextita siguió masticando la cola del ratón de tela mientras los miraba con interés. Bashi se volvió hacia Nini, preocupado.

—¿Te duele la barriga?

—¿Qué planes has estado haciendo para la niña? —dijo Nini—. Escúchame bien: no es tuya. Se casará con el mejor hombre del mundo.

—¿Un hombre incluso mejor que yo?

—Cien veces mejor —contestó Nini, aunque empezaba a escapársele una sonrisa—. Ni se te ocurra poner los ojos en Sextita.

—¡Por todos los cielos, pero si solo es un bebé!

—No lo será siempre. Se convertirá

en una mujer y entonces sé que dejaré de gustarte, porque ella será más guapa y más joven. Dime: ¿era eso lo que habías planeado? ¿Casarte conmigo para tener algún día a Sextita?

—Te juro que no había planeado nada.

—Y cuando la niña se convierta en una jovencita...

—Soy su hermano mayor, así que la cuidaré, claro está. Escogeré un hombre cien veces mejor que yo para ella.

Sextita empezó a decir «*hermano, hermano*» sin sacarse el pañuelo de la boca.

Nini aseguró que no lo creía, intentando que no la delataran las ganas

de reír.

—Lo digo en serio. Si no, que vengan todos los ratones del mundo y me coman vivo, o que me pique un escorpión en la lengua y no pueda volver a hablar, o que se me clave una espina en la garganta y no pueda volver a tragar ni un solo grano de arroz — contestó Bashi—. Te juro que eres la única dueña de mi corazón.

Nini se volvió hacia Bashi, pero no descubrió ni un asomo de burla en su mirada.

—No hace falta que jures tanto — dijo Nini en voz baja—. Te creo.

—No, no me crees. Si tú supieras... —replicó Bashi, y suspiró hondamente

—. Nini, te quiero.

Era la primera vez que hablaba de amor, y ambos se sonrojaron.

—Lo sé, yo también te quiero — contestó Nini en un susurro, con la sensación de que no tenía ni un solo miembro en su sitio y que su cuerpo era una torpe y pesada carga.

—¿Qué? No te he oído. Dilo más alto —le pidió Bashi llevándose una mano detrás de la oreja—. ¿Qué has dicho?

Nini sonrió.

—No he dicho nada.

—Vaya, qué pena. Estoy enamorado de alguien, pero en vano.

—Eso no es verdad —protestó Nini

en voz más alta de lo que había pretendido. Bashi la miró y negó con la cabeza como si no la creyera. A Nini le entró el pánico. ¿La habría malinterpretado?—. Si no lo he dicho en serio, que el dios del rayo me parta por la mitad.

—Pues entonces que la diosa del trueno brome hasta matarme —replicó Bashi.

—No, que mi muerte sea cien veces más dolorosa que la tuya.

—Que mi muerte sea mil veces más dolorosa que la tuya.

—Yo me convertiría en tu esclava en la siguiente vida —dijo Nini.

—Yo me convertiría en una mosca

para revolotear a tu alrededor en la siguiente vida hasta que tú me aplastaras.

Ambos se quedaron callados, extasiados por el deseo mutuo de demostrar su disposición a sufrir por el otro. En medio del silencio, oyeron los balbuceos del bebé. Nini se preguntó qué ocurriría ahora que ambos sabían hasta qué punto se deseaban. Cuando Bashi le tocó la cara, fue algo natural que sus labios rozaran los de ella. Luego dejaron que el resto de sus cuerpos los arrastraran de la cama al suelo, sin hacer un solo ruido, donde se aferraron el uno al otro hasta que les dolieron los huesos.

Bashi la levantó y la dejó sobre el camastro de su abuela. Sextita los miraba, pero perdió el interés en cuanto corrieron la cortina. Se puso a gatear por la cama de Bashi, de un extremo al otro, explorando el nuevo territorio, disfrutando de la libertad de no estar atada a ningún poste. No tardó en caer rodando al suelo, pero la almohada que arrastraba con ella le sirvió para amortiguar la caída. Lloró sin demasiada convicción y luego gateó hasta la otra cama, dejó atrás la cortina en la que podría haberse enredado, rodeó un par de zapatos grandes, luego otro par, más grandes aún, y finalmente alcanzó el lugar que se había propuesto:



bajo la cama donde su hermana y su hermano mayores jadeaban inmersos en un gozo y una agonía faltos de experiencia. Recogió del suelo medio palito de ginseng y empezó a masticarlo. Al principio lo encontró dulce, pero enseguida le supo a rayos. Se lo sacó de la boca y lo arrojó tan lejos como pudo. Cayó en uno de los zapatos grandes.

—Bashi —murmuró Nini.

A escasos centímetros, Bashi miró fijamente a Nini y luego enterró la cabeza en la curva del cuello de la joven.

—Esperemos a estar casados —susurró él también—. Quiero que sepas que soy un hombre responsable.

Nini miró sus ropas desabrochadas y sonrió con timidez. Bashi le abotonó la camisa y se quedaron escuchando al bebé, que hablaba solo.

—Voy a buscar a la señora Hua y a su marido en cuanto vuelvas a casa — anunció Bashi.

—Diles que queremos casarnos mañana —contestó Nini—. A mis padres les dará igual.

—Qué afortunado soy —dijo Bashi.

—La afortunada soy yo.

Se quedaron tumbados, abrazados. De vez en cuando, uno de los dos rompía el silencio para hablar de los planes que tenían para el bebé y para ellos, de su vida futura. Al cabo de un

buen rato, Bashi miró el reloj, y volvió a mirarlo.

—Si casi es mediodía —exclamó.

Nini se volvió hacia el reloj y aguzó el oído. Todo estaba muy silencioso para la hora que era, un momento del día en que, por lo general, los escolares y los adultos regresaban a casa para comer. Se incorporó y dijo que era hora de irse. Sus movimientos eran lentos, como si su cuerpo estuviera lleno de sueños indolentes, demasiado pesados para arrastrarlos. Que esperaran sus padres y hermanas.

—¿Vendrás esta tarde? —preguntó Bashi—. Ya habré hablado con el viejo Hua y su esposa.

—Vendré después de comer —  
contestó Nini.

Le dio la espalda y se recompuso la ropa. Antes de irse, se metió una bolsa de cacahuets fritos en el bolsillo del abrigo. Dijo que eran para Cuartita y Quintita, y Bashi añadió algunos caramelos de café con leche.

Al ver salir a Nini del patio de Bashi, dos ancianas la observaron e intercambiaron una mirada entre ellas. Era la primera vez que salía por la puerta de la casa del joven a plena luz del día —solía ser prudente y entraba y salía con sigilo al amparo del crepúsculo matutino—, pero ¿qué más daba? Que a aquellas mujeres les

reconcomieran la curiosidad y los celos. Ella le pertenecía a él y él a ella, y el viejo Hua y su esposa iban a casarlos muy pronto. Ahora ya no tenía nada que temer.

La calle se veía inquietantemente desierta. El mercado estaba cerrado y casi ninguna tienda de la calle mayor había abierto. Cuando Nini pasó junto a la escuela de primaria, las puertas se abrieron y salieron corriendo niños de todas las edades. Pensó que el colegio había decidido hacer salir más tarde a los niños, y aceleró el paso. Se preguntó si le daría tiempo a llegar a casa antes que sus padres y hermanas. Puede que ni siquiera descubrieran que se había ido.

A unas cuantas manzanas de casa, Nini vio el humo que se alzaba hacia el cielo. La gente pasaba corriendo junto a ella con cuencos y cubos.

—Nini, gracias al cielo que no estás dentro —le gritó un vecino, aliviado, al verla entrar en el callejón.

Nini contempló su casa, pasto de las llamas. El humo era negro y denso en contraste con el cielo azul, y las anaranjadas lenguas de fuego, ligeras y traviesas, lamían el tejado con avidez. El vecino le gritó que se mantuviera a una distancia prudente, que sus padres estaban de camino, y también los bomberos.

Varios            escolares            avanzaron

corriendo junto a Nini. Avisaban a gritos a todo el que pasaba por allí, más emocionados que alarmados, y los adultos no tardaron en echarlos del callejón. Nini miró al vecino que se apresuraba hacia la casa y que entonces la habría olvidado, o eso esperaba ella. Estrechó al bebé contra sí y se metió en otro callejón, en dirección contraria a la que corría la gente, con el deseo de convertirse en una exhalación.

Bashi pasó dos veces por el callejón de Nini, pero ninguno de los vecinos que respondieron a la puerta supo darle pistas sobre el paradero de la familia de

Nini. Las paredes de ladrillo todavía aguantaban en pie, pero el tejado se había desplomado. La sala principal, con unos boquetes ennegrecidos donde antes estaban las dos ventanas y la puerta, le recordaron una calavera. Escupió y se reprendió por la desafortunada relación que había establecido. Una anciana que andaba removiendo las ruinas con unas tenacillas levantó la vista asustada al oír los pasos del joven. Pensando que era una vecina, Bashi intentó entablar conversación con ella y le preguntó si conocía a la familia sacudida por aquella tragedia, pero la mujer se asustó y se apresuró a alejarse con un cesto de



paja lleno de cachivaches. Bashi tardó unos instantes en comprender qué había estado haciendo la mujer y le gritó que devolviera lo que no era suyo, pero enseguida la perdió de vista.

Decidió acercarse al hospital municipal en busca de información. Alguien de allí debía de saber si las dos hermanas, tal como Nini creía, habían quedado atrapadas por el fuego. Aquella tarde, al volver de visitar a los Hua, Bashi había encontrado a Nini hecha un ovillo delante de la puerta de casa, que había cerrado con llave. Le había dicho que despertara, que traía grandes noticias, pero cuando Nini abrió los ojos, Bashi quedó atónito al comprobar

que en menos de una hora se había convertido en una extraña. El pequeño rostro de la joven siempre había sido un libro abierto: en él se leía el hambre, la rabia, la curiosidad o la determinación, pero en aquellos momentos su inexpresividad lo asustó. Sextita, al oírlo, salió gateando del cobertizo del patio y sonrió.

Nini le preguntó si todavía quería casarse con ella, una chica con mala estrella, que había asesinado a sus hermanas y había dejado a su familia sin hogar. Bashi tardó varios minutos en comprender la pregunta. Intentó pensar en algo que pudiera animarla, pero era como si aquellos ojos inexpresivos le

hubieran paralizado el cerebro. Bashi le contó que los Hua habían accedido a acogerla si sus padres aceptaban la propuesta matrimonial, aunque le transmitió la noticia con menos aplomo y alegría de lo que había imaginado. Nini contestó que podrían haber estado en el cielo, que podrían haber sido muy felices. Bashi replicó que todavía podían serlo, pero Nini negó con la cabeza y dijo que estaba siendo castigada por ser feliz. Bashi recordó el dicho favorito de su abuela y se lo recitó a la joven: el cielo era tacaño y aceptaba más de lo que solía dar. Nini dijo que el cielo era malo y Bashi contestó que, en ese caso, él iría al

infierno con ella. Tras aquello, estuvieron un rato con las manos entrelazadas contemplando a Sextita, que gateaba por el patio. Eran dos criaturas marginadas por el mundo desde el primer momento, que, en cuestión de medio día y en compañía mutua, se habían convertido en un hombre y una mujer que preferían mantenerse apartados de dicho mundo.

De camino al hospital, Bashi vio a gente desconocida que holgazaneaba por la calle en grupos de dos o tres personas. De no ser por el incendio, se habría detenido a charlar y habría tratado de entablar conversación con aquellos extraños, pero ahora Bashi los

miró con indiferencia. Aunque el mundo estuviera desmoronándose, a Nini y a él les habría dado lo mismo.

La recepcionista de urgencias se mostró igual de antipática que siempre, y al ver que era imposible sacarle ninguna información útil, Bashi pensó en los dos extraños que había visto delante del hospital.

—Un día movidito, hermanos —dijo Bashi acercándose a ellos.

Los dos hombres lo miraron de arriba abajo y no respondieron. Bashi les ofreció un cigarrillo. El más joven, no mucho mayor que Bashi, alargó una mano y luego, echando un rápido vistazo a su compañero, negó con la cabeza y

dijo que ya tenían tabaco.

—Qué lástima. Sin ánimo de ofender, pero creo que es inaceptable rechazar un cigarrillo cuando se lo ofrecen a uno. Al menos aquí, en esta ciudad.

El mayor de los dos asintió, como si se disculpara, y sacó dos cigarrillos, uno para él y otro para su compañero. El joven prendió una cerilla y encendió primero el pitillo del mayor. Cuando se volvió con la cerilla encendida, a punto ya de consumirse, y le ofreció fuego a Bashi, este negó con la cabeza.

—Bueno, ¿de dónde sois?

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber el mayor.

—Por curiosidad. Resulta que conozco a mucha gente de por aquí, pero no me suenan vuestras caras.

—¿Ah, sí? ¿A qué te dedicas? —se interesó el mayor.

Bashi se encogió de hombros.

—¿Habéis oído hablar del incendio? —preguntó.

—¿Ha habido un incendio?

—Se ha quemado una casa.

—Mala suerte —dijo el más joven.

—Entonces, ¿no habéis visto ni oído nada? Pensé que, como pasáis aquí todo el día, tal vez sabríais algo.

—¿Quién te ha dicho que nos pasamos aquí todo el día? —preguntó el más joven.

El otro carraspeó y tiró de la manga de su compañero. Bashi los miró y sonrió.

—¿Creéis que soy idiota? —dijo—. Estáis aquí por lo de la concentración, ¿no?

—¿Quién te lo ha dicho? —quisieron saber, acercándose a él, uno por cada lado.

—No soy ciego ni sordo —contestó Bashi—. Incluso podría ayudaros, si a cambio me ayudáis vosotros.

El mayor colocó una mano en el hombro de Bashi.

—Dinos lo que sepas, hermanito.

—Eh, que me haces daño —protestó Bashi—. ¿Qué queréis saber?



—Todo lo que sepas —contestó el mayor de los dos.

—Como ya os he dicho, primero tenéis que prometerme que me ayudaréis a cambio.

—Yo que tú no negociarías con estas cosas.

—¿Ah, no? ¿Queréis saber qué ha hecho esa persona? —dijo Bashi señalando a un hombre de mediana edad que había salido del hospital y estaba cruzando la calle.

El mayor de los dos miró al más joven, que asintió y atravesó la calle apretando el paso para ponerse a la altura del hombre.

—Si entras en urgencias y les

preguntas si hay ingresado algún herido por lo del incendio, te diré qué ha hecho —contestó Bashi cuando el mayor de los dos volvió a presionarlo.

—Primero dímelo.

—Entonces no me ayudarás.

—Lo haré.

Bashi lo miró fijamente antes de contestar.

—Me fiaré de tu palabra. Ese hombre, no sé cómo se llama, pero trabaja en el hospital, firmó una petición a favor de la contrarrevolucionaria. Ahora tienes que entrar y ayudarme.

El hombre no se movió.

—¿Solo eso?

—¿Qué? ¿No crees que la

información es lo bastante importante?

—Piensa un poco, hermanito. Si dejó su nombre en la petición, ¿necesitaríamos que tú nos lo dijeras?

—Entonces, ¿qué andáis buscando?

—¿Viste a alguien, pongamos, que asistiera a la concentración y que se fuera sin firmar?

De modo que era eso lo que buscaban, pensó Bashi asintiendo con una sonrisa y señalando la entrada de urgencias. El hombre lo miró y luego arrojó la colilla a la alcantarilla.

—Entraré, pero será mejor que a cambio tengas algo para mí que valga la pena.

Regresó al cabo de unos minutos y le

dijo que no había muerto nadie en el incendio, pero que esa tarde habían trasladado a dos niñas pequeñas con quemaduras de consideración a la capital provincial. Bashi imaginó los dos cuerpecitos envueltos en llamas y se estremeció.

El hombre lo miró fijamente.

—Las niñas no han muerto. No sé si eso serán buenas o malas noticias, pero lo he preguntado por si te interesaba. Tu turno.

—¿Qué quieres saber?

—Ya te lo he dicho, todo lo que sepas.

—La anciana, la madre de la contrarrevolucionaria, no sé si sabes de

quién te hablo, es una de las que mueven los hilos.

El hombre resopló, impávido.

—¿Qué más? —dijo—. Dinos algo que no sepamos.

—Vi a tanta gente que apenas recuerdo sus nombres.

—Pero recordarás alguno.

—Veamos...

Bashi pensó y empezó a recitar nombres, los de alguna gente que había visto en la concentración y los de otros que, en algún momento, no se habían portado bien con él. El hombre no parecía interesado en comprobar la veracidad de la información, así que Bashi se envalentonó un poco más y le

dio todos los nombres que recordaba de aquellos que habían acudido a la concentración; a continuación añadió los de un grupito a los que consideraba sus enemigos. El hombre los anotó en una libreta y acto seguido le pidió sus señas. El joven le facilitó su nombre y dirección.

—A tu disposición —dijo.

—Un momento —lo detuvo el hombre mayor—. ¿Por qué fuiste a la concentración?

—Para ver qué pasaba —contestó Bashi, y se despidió.

El encanto de la juventud reducía el

día a un abrir y cerrar de ojos; la soledad de la vejez estiraba un instante hasta convertirlo en una pesadilla sin fin. El maestro Gu observaba su cada vez más alargada sombra, proyectada en la pared del callejón por el sol del atardecer. El sobre que llevaba en la mano pesaba bastante, pero de repente no conseguía recordar qué le había escrito a su primera esposa. ¿Cuánto tardaban aquellas cartas en llegar al escritorio de la mujer, ser abiertas, leídas, repasadas y contestadas? Calculó el tiempo que tardaría en llegarle su respuesta, aunque los números se le escapaban.

La noche anterior dos policías se

habían llevado a su esposa. Sí, ahora recordaba haber mencionado el arresto con toda naturalidad en la última carta. La policía había llegado y había abierto la puerta de un empujón después de llamar una sola vez, y ella había salido del dormitorio y había dejado que la esposaran sin decir una palabra. El maestro Gu estaba sentado a la mesa, con la estilográfica en la mano, aunque no escribía. Ni los policías ni su esposa se habían dirigido a él en ningún momento, y había tenido la momentánea sensación de haberse vuelto transparente a voluntad. Le escribió una larga carta a su primera esposa y el embrujo de su liberación lo convirtió en el poeta que



hacía mucho tiempo había dejado de ser.

Su mujer no había vuelto, ni a la hora del desayuno ni a la de la comida, y a esas alturas, cuando la gente que volvía a casa empezaba a llenar las calles y los callejones con sus largas sombras superpuestas, el maestro Gu comprendió que tampoco volvería para la cena; de hecho, según le decía su experiencia, no volvería nunca. Todas desaparecían igual, sin ofrecerle la oportunidad de participar, ni siquiera de protestar: un buen día, su primera mujer llegó tarde de trabajar y cuando quiso darse cuenta le había dejado una demanda de divorcio escrita con su bella caligrafía junto a una tetera que él

le había preparado y que había acabado por enfriarse, intacta. Shan estaba leyendo un libro en la cama cuando la policía fue a buscarla, cerca de la hora de dormir, el momento en que habitualmente se llevaban a cabo todos los arrestos. Sacaron las esposas, y Shan se resistió y puso en duda la legalidad del arresto, pero al final se la llevaron a rastras; junto a la almohada quedó el manoseado libro. La noche anterior su mujer ni había cuestionado nada mientras la policía la informaba del arresto, ni había opuesto resistencia. Había dirigido unas palabras de disculpa a la espalda de su marido, pero ¿para qué, si su corazón ya no estaba

con él en aquella casa que habían compartido durante treinta años, sino levitando hacia un lugar lejano, listo para ocupar un altar? Todas ellas habían hecho mutis por el foro con la misma facilidad que lo habrían hecho de ser él un sueño, ni bueno ni malo, sino indiferente, lleno de detalles sin interés, del que algún día despertarían para seguir adelante con sus vidas, ajenas a la existencia de él. ¿Vacilarían en algún momento y se acordarían de él cuando entrevieran su rostro entre dos ramas o lo reconocieran en la tos de un perro viejo? ¿Estaría su mujer, donde fuera que se encontrara en esos momentos, pensando en él, en aquel viejo inválido

que no tenía nada mejor que hacer que esperar y lloriquear en el callejón? El maestro Gu intentó mantener el equilibrio apoyándose en el bastón, pero la mano le temblaba tanto que por un momento pensó que había llegado el final que aguardaba, el instante en que su cuerpo impondría su propia voluntad y lo arrojaría al arroyo antes de que la mente pudiera detenerlo.

—¿Está usted bien? —le preguntó el vecino de bella voz cuyo nombre el maestro Gu nunca se había molestado en averiguar y cuya mujer había demostrado tanto empeño en espiarlos.

El hombre detuvo la bicicleta junto a él y lo sujetó con una mano. El anciano,

en un momento de confusión, intentó zafarse y salir corriendo; sin embargo, el joven lo tenía cogido con la fuerza de una abrazadera de hierro.

—¿Quiere que lo acompañe al hospital? —le preguntó sin soltar al maestro Gu del brazo y bajándose de la bicicleta.

—Voy al buzón —contestó el anciano cuando recuperó su dignidad.

—Ya se lo llevo yo —se ofreció el hombre.

El maestro Gu negó con la cabeza. Quería oír el ruido apagado que hacía el sobre al caer dentro del receptáculo metálico. ¿Cuántos días habían transcurrido desde que envió el

primero? Volvió a contarlos, sin saber que la carta, con su nombre y dirección escritos, sería interceptada y leída primero por un extraño, igual que el resto de los voluminosos sobres que había enviado. El encargado de leerlas, un hombre mayor que él que cubría su último año en un puesto administrativo en el departamento de policía, sufría lo indecible con los pasajes casi ilegibles que le recordaban a sus padres moribundos y su retiro inminente. Podía rodear con un círculo las líneas que contenían comentarios poco favorables sobre el gobierno y armar un escándalo, pero al final, al no encontrar razón por la que causar un dolor desmesurado a un

compañero en los últimos y tristes años de su vejez, marcaba las cartas como inofensivas y permitía que continuaran su curso. Incluso a veces, cuando de noche no conseguía conciliar el sueño, se preguntaba cómo sería la mujer que leería y contestaría aquellas cartas. Le habría gustado tener que leer las remitidas a la dirección del maestro Gu, pero ese trabajo le correspondía a otro compañero, una mujer de treinta y tantos años que siempre chupaba una barra de caramelo mientras leía. El molesto ruidito de la golosina al chocar contra los dientes fastidiaba al anciano. Carecía del valor necesario para preguntarle sobre las cartas que cierta

mujer enviaba al maestro Gu, pero sentía curiosidad, y estaba casi tan ansioso como el maestro Gu esperando la respuesta de la mujer. Ninguno de los dos sabía que las cartas estaban abandonadas y sin abrir junto a otras en un despacho, y que la mujer en cuestión agonizaba a causa del cáncer y la soledad en Pekín, en un hospital para funcionarios de alto rango.

—Le acompañaré hasta el buzón — dijo el vecino.

El maestro Gu no respondió. Se zafó del joven y echó a andar, pero al cabo de unos pasos, cuando volvió a ofrecerle su ayuda, no protestó. No había comido nada desde la noche



anterior y el joven, al retroceder y encontrarlo sujetándose precariamente contra la pared, no tuvo problemas para levantarlo y colocarlo en el asiento trasero de la bicicleta.

—Voy a llevarlo al hospital, ¿de acuerdo? —dijo alzando la voz.

Sujetaba el manillar de la bicicleta con una mano y al maestro Gu con la otra, para que no se cayera.

El anciano protestó con tanta vehemencia que casi consiguió que ambos rodaran al suelo, bicicleta incluida. Enseguida apareció otro hombre para echar una mano y juntos empujaron despacio la bicicleta hasta la cancela de los Gu. El vecino la apoyó

contra la pared y ayudó al maestro Gu a bajarse, pero antes de entrar en el patio, la esposa del joven apareció de la nada.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó chascando con la lengua—. ¿No es usted el que odia a los que somos proletarios?

El maestro Gu se detuvo y tardó unos instantes en comprender que aquella mujer le hablaba a él, con unos ojos que parecían agrandarse cada vez más ante su cara de lo cerca que la tenía.

—¿Dónde está esa mujer suya? —insistió la vecina—. ¿Cree ahora en el poder del pueblo?

El otro hombre desapareció discretamente.

—Vete a casa —dijo el marido—.

No montes una escena.

—¿Por qué? —respondió la mujer —. Quiero ver cómo esa gente se pudre ante de mis ojos.

El maestro Gu tosió y la mujer se protegió la cara con la mano.

—Adelante, pase —dijo el anciano con un hilo de voz—. No falta mucho.

La mujer fue a abrir la boca, pero el marido se le adelantó.

—Vete a casa. Iré enseguida.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —protestó la mujer.

El maestro Gu, recuperado del mareo, fue soltando con delicadeza los dedos del hombre que tenían atrapado su brazo.

—Gracias, joven —dijo—. Vivo aquí, ya puede soltarme.

El vecino vaciló y la mujer se echó a reír.

—Vamos, no es tu padre, no tienes obligación de ir persiguiéndolo como un hijo devoto —exclamó ella.

El hombre finalmente se fue con su esposa, sin abrir la boca, mientras ella no dejaba de preguntarle por qué había sido tan solícito con un viejo contrarrevolucionario. El maestro Gu los siguió con la mirada desde la puerta hasta que los perdió de vista. Al cabo de un rato entró en la silenciosa casa, oscura y fría, y por un instante deseó tener una esposa parlanchina como la

del vecino. Deseó que inundara la casa con sus palabras huecas para no tener que ser él quien debiera encontrar un sentido con que llenar el vacío. Se quedó allí plantado, deseando cosas inútilmente, hasta que se rehízo. Echó agua tibia de una tetera en una taza de té y le añadió varias cucharadas de azúcar. Tenía que recuperar fuerzas para encargarse primero de lo elemental: el estómago vacío, la vejiga llena y, luego, el orinal hasta arriba. Después vendría lo demás: cómo localizar a su mujer, los trámites que tendría que resolver para verla, todo lo que ya había hecho por su hija y que ahora tendría que repetir por su mujer, aunque menos esperanzado que

diez años atrás. El maestro Gu tomó un sorbo de agua azucarada, tan dulce que casi se atraganta.

Un breve golpe de nudillos en la puerta anunció otra visita indeseada. El maestro Gu se volvió y vio a su vecino, vestido todavía con la ropa de trabajo, un mono con la parte delantera llena de manchurriones de grasa.

—Maestro Gu —dijo—, espero que disculpe la mala educación de mi mujer.

El anciano negó con la cabeza y lo invitó a sentarse junto a la mesa, con un gesto. El hombre sacó varias bolsas de papel del bolsillo. Las rompió para abrirlas y esparció el contenido sobre el papel aplanado: tofu frito, pies de cerdo

en vinagre, cacahuetes tostados y ensalada de algas espolvoreada con semillas blancas de sésamo.

—Supuse que le apetecería hablar con alguien —añadió el hombre, y le tendió una pequeña botella de licor de sorgo.

El maestro Gu miró la botella plana de grueso vidrio verde, que cabía en la palma de la mano, envuelta en un papel basto con estrellas rojas.

—Siento no tener nada que ofrecerle a cambio —dijo el maestro Gu tendiéndole unos palillos.

El hombre sacó otra botella para él.

—Maestro Gu, he venido a pedir perdón por mi mujer. Como usted dijo,

de hombre a hombre.

El anciano negó con la cabeza. En su vida de adulto nunca había compartido la mesa con alguien de la posición social de su vecino, un obrero, un miembro menos culto de la todopoderosa clase proletaria. Solo tenía un recuerdo similar de cuando era niño y había ido de visita a casa de una sirvienta. El marido era un carpintero que había perdido cuatro dedos de la mano derecha en un accidente, y el maestro Gu recordaba haberse quedado mirando los muñones mientras el hombre le servía té. El olor que desprendía aquel cuerpo era distinto al de otros hombres que conocía, literatos



y maestros de gran reputación.

—¿A qué se dedica, joven? — preguntó el maestro Gu.

—Trabajo en la fábrica de cemento —contestó—. ¿Conoce la fábrica de cemento?

El maestro Gu asintió con la cabeza mientras observaba cómo el hombre se llevaba un par de cacahuets a la boca y los masticaba ruidosamente.

—¿Cómo se llama? Por favor, disculpe a este viejo e ignorante inválido.

—Me llamo Gousheng —contestó el hombre, y luego, como justificándose, le dijo que sus padres eran analfabetos y que le habían puesto aquel nombre, las

sobras del perro, para asegurarse de que los diablos no fueran a por él.

—No hay nada de qué avergonzarse —dijo el maestro Gu—. ¿Cuántos hermanos tiene?

—Seis, pero son todo hermanas —respondió Gousheng—. Solo tuvieron buena suerte conmigo.

El maestro Gu no había deseado conscientemente tener un hijo varón, pero ahora se preguntó si no se habría equivocado. Las cosas habrían sido distintas con un hijo, habrían bebido juntos y habría hablado con él de hombre a hombre.

—Aun así, todavía tuvieron más suerte que muchas familias —dijo el

maestro Gu.

Gousheng le dio un largo trago a la botella.

—Sí, pero no tendría que soportar tanta presión si hubiera tenido un hermano.

—Usted y... su mujer... ¿no tienen hijos?

Gousheng negó con la cabeza.

—No hay bebé a la vista —contestó.

—Y usted... —el maestro Gu intentó encontrar las palabras adecuadas— ¿persevera en el intento de tener uno?

—Siempre que puedo —contestó Gousheng—. Mi mujer... Maestro Gu, por favor, no le tenga en cuenta sus groserías. En el fondo es una buena

mujer. Se siente mal por no poder tener hijos, cree que todo el mundo se burla de ella.

El maestro Gu pensó en la mujer y en las palabras que ella lanzaba como cuchillas afiladas. Le costaba verla como alguien afable, y por un instante le complació que sufriera una desesperación bien merecida, aunque el placer de la venganza no tardó en desvanecerse. Todos eran víctimas de penas infames, nadie se libraba; además, qué derecho tenía él a reírse de la mujer cuyo marido le abría su corazón, un hombre capaz de confesarse sinceramente con otro hombre.

—Me preocupa que su carácter haga

que sea más difícil tener un hijo, pero ¿cómo voy a decírselo? Es de las personas que lo quieren todo, la fama y la gloria.

El maestro Gu cogió la botella y la examinó. Gousheng le acercó la comida.

—Coma y beba —dijo—. Maestro Gu, soy un hombre que apenas sabe leer y usted es la persona más lista que conozco. Por favor, dígame si podríamos hacer algo. Me temo que mi mujer se porta muy mal con mucha gente y que estamos siendo castigados por su comportamiento.

El maestro Gu bebió con cautela de la botella y se preparó para recibir el áspero líquido.

—Desde un punto de vista científico... —respondió, pero enseguida se avergonzó de sus palabras, un vocabulario que seguramente distanciaría al hombre que le evitaba una noche solitaria—. ¿Han ido al médico? —preguntó.

—Mi mujer no quiere ir. Llevamos tres años casados. Ya es suficiente con que no pueda quedarse embarazada... Si vamos al médico todo el mundo sabrá qué nos pasa.

El maestro Gu se disponía a explicarle que tal vez ella no era la única responsable de la situación, pero ¿por qué iba a querer aliviar la vergüenza y la humillación de aquella

mujer? Tomó un trago y se llevó los cacahuetes a la boca, imitando a Gousheng.

—No existe otro modo. Siga probando, aunque ha de saber que algunas gallinas nunca ponen huevos — dijo el maestro Gu, asqueado e inmediatamente divertido con una metáfora de tan poco gusto.

Gousheng lo meditó y asintió al cabo de varios tragos.

—Entonces, ya puedo olvidarme de tener hijos —dijo—. Mis padres se opusieron a nuestro matrimonio cuando vieron su foto. Les parecía que tenía un aspecto demasiado masculino para ser una mujer.

—¿Y a usted le gustó?

—Era una de las cabecillas locales de la Liga de las Juventudes Comunistas y yo solo un obrero. ¿Cómo iba a rechazar un partido así? Hasta un ciego vería lo afortunado que había sido, sobre todo teniendo en cuenta que fue ella quien buscó al casamentero.

—¿Y cómo es que lo eligió a usted?

—preguntó el maestro Gu—. Claro, es usted un hombre apuesto —añadió sin demasiada convicción.

Gousheng negó con la cabeza.

—Dijo que quería a alguien digno de confianza, alguien de la clase proletaria, alguien que se ganara el pan con su trabajo. Pero ¿por qué narices me



escogería a mí? ¡Había muchos hombres que cumplían esos requisitos! A veces deseo que no me hubiera elegido. ¡Y pensar que podría haber tenido una esposa más obediente en vez de ser el que obedece!

El maestro Gu miró al joven, bañado en lágrimas etílicas.

—Las mujeres son impredecibles —convino el maestro Gu—. Los hombres intentan comprender la lógica por la que se rigen, pero, hágame caso, se comportan sin sentido. ¿Por qué no se divorcia de ella? Que sufra. No sufra con ella. Son todas iguales, ¡no saben cómo hacer más cómoda la vida de los hombres!

A Gousheng le sorprendió la vehemencia repentina del maestro Gu, que siguió bebiendo y hablando con energías renovadas.

—Pongamos a mi mujer como ejemplo: ¡mire dónde le han llevado sus tejemanejes!

Gousheng bebió en silencio.

—Maestro Gu, su mujer... —  
empezó a decir el joven.

—No se sienta obligado a defenderla de ninguna manera. Sé qué ha hecho.

—Seguramente solo será cómplice, como mucho —dijo Gousheng—. Es mayor, no creo que sean demasiado duros con ella.

El maestro Gu hizo caso omiso del esfuerzo de Gousheng por animarlo. Había empezado a beber a una velocidad que igualaba la del joven.

—Hágame caso, es lo peor que le ha podido suceder a esta nueva China. No me entienda mal, no me quejo de la nueva China, pero pensar en todas esas mujeres que acaban haciendo lo que quieren sin el consentimiento de sus maridos... ¡Se creen que lo saben todo, y luego se comportan como unas descerebradas! Su mujer, y perdóneme si lo ofendo, es igualita a la mía. Y también mi hija. Tal vez usted no la conozca, pero era igual que su mujer, con opiniones para todo, aunque no tenía

ni idea de qué era un ser humano respetuoso. Creen que son revolucionarias, progresistas, creen que están haciéndole un gran favor al mundo al convertirse en dueñas y señoras de sus propias vidas; sin embargo, ¿qué es la revolución sino un modo sistemático de que una especie devore a otra? Hágame caso, por mucho que lo digan por los altavoces, no es la fuerza revolucionaria lo que impulsa la historia, sino el deseo de la gente de subirse a la chepa del vecino y cagarse y mearse donde a uno le dé la gana. Los hombres no necesitan a nadie para hacer mal las cosas, pero si encima sumas a las mujeres a la ecuación, a uno se le

acaban quitando las ganas de traer criaturas a este mundo. ¿Qué tiene de bueno este mundo por lo que valga la pena traer una criatura a él? Dígame, deme una buena razón.

El maestro Gu sintió que su corazón se desparramaba sobre la mesa como los escurridizos cacahuetes que sus dedos, ahora torpes, no eran capaces de atrapar. Jamás había sentido tanta cólera contra el mundo. ¿Por qué tenía que seguir siendo respetuoso y humilde cuando le tocaba sufrir no solo por culpa de los hombres a los que odiaba, sino también de las mujeres a las que amaba? ¿Por qué tenía que amarlas desde el principio, cuando Buda había

dejado bien claro que una mujer bella no era más que un saco de huesos blancos con un disfraz? ¿Cómo iban ellas a engañarlo, esposas, amantes e hija? ¿Qué eran ellas sino criaturas enviadas para destruirlo, para que viviera y muriera rodeado de dolor?

—Maestro Gu, no levante la voz — le recomendó Gousheng en un susurro—. No es muy prudente.

El joven que se sentaba a la mesa del maestro Gu, cuyo nombre el anciano había vuelto a olvidar, intentó apartar la botella. El maestro Gu le retiró la mano, dispuesto a enfrentarse a él y al mundo exterior. El anciano dijo en voz alta que aquella era su casa y que podía hacer lo

que se le antojara. Sintió que el mundo echaba una tímida ojeada por detrás del cuerpo fornido del joven y decidió que, si volvía a asomar, le estamparía la gruesa botella verde en la cabeza. Sin embargo, cuando bajó la vista hacia su mano, no vio la botella por ninguna parte.

La voz del padre de Tong se fue apagando a mitad de una canción revolucionaria y el hombre no tardó en echarse a roncar.

—Muy poca gente sigue alegre después de beber —comentó admirada la madre de Tong, como si eso explicara

su indulgencia con el alcoholismo de su marido. Se arrodilló junto a él para aflojarle los cordones y quitarle los zapatos—. Posee la mayor virtud del borracho.

Tong se sentó en el borde de la silla y se miró las piernas, que le colgaban. Estaba esperando que su padre se desmayara en un feliz olvido. Nadie había mencionado nada sobre la firma de la petición, pero aun así Tong no las tenía todas consigo y había decidido hablar con su madre para asegurarse.

La mujer le quitó los calcetines a su marido.

—Trae un poco de agua caliente — le dijo a Tong sin levantar la vista, y al



ver que el niño no se movía, lo apremió para que se diera prisa, no fuera su padre a coger un resfriado.

Tong se arrastró hasta la tetera, en lo alto de la encimera, en cuya tapa de plástico rosa se paseaban un par de grullas. Se quedó mirando las grullas: una alargaba el cuello hacia el cielo y la otra agachaba la cabeza en busca de algo que el niño no veía. Cuando su madre volvió a apremiarlo, Tong se subió a una silla y sujetó la tetera contra el pecho, como si llevara un bebé. Al bajar de un salto, el golpetazo hizo que su madre frunciera el entrecejo. Tong sacó una palangana de debajo del lavabo con el pie. El culo de la

palangana rascó el suelo de cemento y con aquel sonido Tong se animó más de lo que lo había estado en todo el día. Fue empujando la palangana, primero con un pie y luego con el otro, como si fuera una pelota y estuviera en el patio, intentando no perderla. Uno, dos, uno, dos, contaba, hasta que casi chocó contra su madre.

La mujer cogió la palangana y repasó con cuidado el culo esmaltado antes de dirigirse a Tong.

—Tong, ya eres grandecito para saber lo que no debes hacer —dijo con desaprobación.

El niño sintió en los ojos el escozor que anunciaba las lágrimas, pero no

habría estado bien echarse a llorar. Estrechó la tetera contra sí y se preparó para el rapapolvo de su madre, aunque esta se limitó a quitársela. Tong observó cómo comprobaba la temperatura del agua con el dorso de la mano y luego la vertía sobre los enormes pies de su padre. El hombre se removió ligeramente en la silla y siguió roncando.

Le preguntó a su madre por qué se lo hacía todo.

—¿Qué pregunta es esa? —contestó la madre de Tong. Levantó la vista y, al ver el serio semblante de su hijo, sonrió y le acarició el cabello—. Cuando seas un hombre, también tendrás una buena

mujer y un buen hijo que te servirán de rodillas.

Tong no contestó. Sacó el agua al patio y la vertió en un rincón, junto a la valla. Cuando volvió a entrar, su madre estaba intentando llevar a su padre al dormitorio como podía. El hombre protestaba y agitaba los brazos, pero cuando ella tiró de él para meterlo en la cama, volvió a sumirse en su sopor alcohólico. La mujer se quedó mirándolo unos instantes y luego se volvió hacia Tong.

—¿Has terminado los deberes?

—Hoy no hay deberes —contestó

Tong.

—Y ¿cómo es eso?

Tong miró a su madre, pero ella no pareció darse cuenta.

—Ha habido reuniones de urgencia todo el día en el colegio —contestó.

—Ah, sí, ya me acuerdo —dijo ella —, por lo de la concentración.

—¿Qué pasó en el Ching Ming? —preguntó Tong, sin saber si ella adivinaría que le ocultaba un secreto.

—Es demasiado complicado para explicártelo. Son cosas de mayores.

—El director dijo que habían ocurrido cosas horribles.

—No tan malas como crees —respondió la madre de Tong—. Hay gente que piensa de una manera y gente que piensa de otra. Las personas son así.

Casi nunca se ponen de acuerdo en nada.

—¿Qué bando tiene razón?

—El bando en el que estén el director y tus profesores. Haz siempre lo que te han enseñado y así no te equivocarás.

Tong pensó en los pocos profesores que había visto el día anterior en la concentración, en el maestro sentado detrás de la petición y en un par más que hacían cola, en silencio, con las flores blancas.

—No le des demasiadas vueltas a esas tonterías —dijo la madre de Tong—. Si no te sales de la fila, nunca estarás en el lugar equivocado. Y si no haces nada malo, nunca tendrás que

temer nada, ni siquiera cuando los espíritus vengan a llamar a tu puerta a medianoche.

Tong quiso seguir preguntándole, pero antes de poder abrir la boca, alguien aporreó la cancela. La madre de Tong se echó a reír.

—Hablando del rey de Roma...  
¿Quién será a estas horas de la noche?

Tong la siguió hasta el patio y, de repente, sintió que el miedo le atenazaba la garganta. No había lugar donde esconderse salvo en la caja de cartón volcada que le servía de caseta a Oreja. Cuando su madre abrió la cancela a los brillantes haces de luz de dos linternas, Tong se metió dentro de la caja y

aguantó la respiración.

La mujer preguntó a los desconocidos qué querían y alguien respondió en voz baja. Ella dijo si no podía tratarse de un error y Tong reconoció el miedo en su voz. En tono suplicante, sostuvo que debía ser un malentendido, pero los desconocidos no atendieron a razones y uno de ellos debió de empujarla porque ella retrocedió un paso, lanzando un pequeño grito de sorpresa. Tong echó un vistazo e intentó distinguir el calzado de algodón de su madre entre las cuatro botas de cuero de los desconocidos. Dos hombres fueron hacia la casa y su madre les siguió. Les mintió y les dijo que su



marido estaba enfermo y en la cama, pero los desconocidos ignoraron sus súplicas. Entraron en la casa y poco después Tong oyó que su padre, ya despierto, hacía preguntas a los intrusos. Los hombres respondieron en voz baja y tranquila, y por mucho que Tong se esforzó, no consiguió oír lo que estaban diciendo.

—A ver si se lo dejo claro —alegó el padre de Tong—: esa mañana no me alejé ni un paso de esta casa.

Los desconocidos contestaron en un tono apenas perceptible.

—Tiene que haber un error —insistió la madre de Tong—. Les juro que somos ciudadanos que respetamos

la ley.

Tong salió de la caja y se acercó a gatas a la casa. Por la puerta abierta oyó la voz tranquila de uno de los desconocidos.

—No vamos a discutir con ustedes. Nuestro trabajo consiste en llevarlo a comisaría. Allí puede decir todo lo que quiera, pero aquí tiene la orden de arresto, ya la ha visto. Tenga en cuenta que, si no viene por las buenas, utilizaremos la fuerza para sacarlo de aquí.

—Pero, señor, ¿no puede esperar hasta mañana por la mañana? ¿Para qué lo necesitan esta noche? ¿No podrían dejarlo dormir en casa? —intervino la

madre de Tong—. Le prometemos que nos presentaremos a primera hora de la mañana para aclarar el malentendido.

Los desconocidos no contestaron y Tong imaginó el modo en que estarían mirando a su padre mientras desoían la voz de su madre. Había visto que muchos hombres se comportaban de aquella manera: ignoraban a las mujeres y a los niños, como si no existieran. Deseó que su madre fuera consciente de aquello y que dejara que su padre se encargara del asunto.

—La perspicacia de la mujer —se burló su padre—, corta como las patas de una hormiga. ¿No has oído el dicho: *«Si los espíritus quieren invitarte a*

*charlar, no puedes demorarte más de un minuto»?*

—Usted lo ha dicho —corroboró uno de los hombres, riéndose entre dientes.

—Pero ¿qué ha hecho? —musitó la madre de Tong.

—Aquí está escrito bien claro —afirmó el otro hombre—. Nadie discute una orden policial.

—No te preocupes, mujer —dijo el padre de Tong—. Parece ser que esta noche debo condescender a hacer un viaje. ¿Por qué seguimos aquí de pie malgastando nuestras vidas, hermanos?

—Eso digo yo. Es usted un hombre inteligente —concluyó uno de los

desconocidos, y a continuación se oyó algo metálico.

—¿Es necesario? —preguntó el padre de Tong—. No estoy oponiendo resistencia, precisamente.

—Lo siento. —Las esposas se cerraron—. No hacemos excepciones.

—¿Puede llevarse algo para picar? —preguntó la madre de Tong—. Por si la noche se alarga.

Los desconocidos no respondieron.

—Qué tontería eso de picar algo —dijo el padre de Tong—. Prepara un buen desayuno, que estaré aquí mañana por la mañana, en cuanto se haya aclarado el malentendido.

—¿Un té caliente antes de irte? ¿No

pasarás frío con ese abrigo? ¿Quieres que te saque el de piel de borrego?

—Se ha buscado una buena esposa —observó uno de los hombres.

—Ya sabe cómo es esto de las mujeres —dijo el padre de Tong—: cuanto peor las tratas, más dispuestas están a arrastrarse ante ti de rodillas. Deja de alborotar como un pato viejo. Que descanses, estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

Tong regresó a la caja y vio que su padre, todavía achispado, se iba con los dos hombres del uniforme negro. Llevaba las manos esposadas a la espalda, pero eso no le impedía charlar amistosamente con los dos

desconocidos, como si fueran unos hermanos de los que no hubiera tenido noticias en mucho tiempo. La tranquilidad y el aplomo de su padre aterraron a Tong. Se imaginó la sorpresa del hombre cuando le mostraran su firma en la tela blanca. ¿Estaría lo suficientemente lúcido para hacerles ver que aquella letra no era la suya? Tong se preguntó si, en ese caso, volvería a aparecer la policía con otro par de esposas para él, y la idea lo aterrorizó. Jamás le darían el pañuelo rojo de los Jóvenes Pioneros.

Después de que los dos hombres se fueran con su padre y estamparan la cancela en la cara de su madre, la mujer

se quedó como en trance y luego lo llamó. Al ver que no respondía, volvió a llamarlo alzando la voz.

Tong no contestó; aguantaba la respiración mientras el pulso le latía en las orejas con un golpeteo pesado. Vio que su madre aguzaba el oído unos instantes, y que luego entraba en la casa y volvía a llamarlo. Si se acercaba de puntillas hasta la cancela puede que le diera tiempo a salir corriendo antes de que lo atrapara. Si subía de un salto a un tren nocturno, tal vez al día siguiente ya estaría de vuelta en el pueblo de sus abuelos. Allí nadie lo culparía de nada. Allí sabían que estaba destinado a hacerse un gran nombre.



La mujer salió al patio. Continuaba llamándolo en voz baja, pero Tong advirtió su miedo. Salió a rastras de la caja y se puso en pie.

—Mamá —dijo—, estoy aquí.

Nini pensó que si se quedaba sentada muy quieta, el espíritu de la abuela de Bashi, si es que el fantasma de la anciana existía, tal vez creería que era parte del mobiliario de la casa. Nini miró los pósters —Mao estrechándole la mano al general Zhu, un niño rollizo sujetando una hermosa carpa dorada y un par de urracas azules de pico rojo intercambiando alegres gorjeos como

mensajeras de la buena suerte—, polvorientos por culpa del hollín, colgados en una pared donde apenas les daba la luz. Nini subió primero una pierna a la silla, lentamente, luego la otra y las cruzó mientras pensaba que a la anciana le disgustaría que no tuviera la casa limpia y ordenada. En el dormitorio, Sextita se removió y rezongó un poco, pero volvió a quedarse dormida al momento. Ahora eran una familia: Bashi, Nini y el bebé.

La sopa de pescado humeaba en la mesa y los dos cuencos de arroz tenían una pinta deliciosa. El tofu frito, las salchichas cocidas al vapor y las judías germinadas en vinagre, todo llamaba a

gritos a sus sonoras tripas. Era la primera vez que cenaba con Bashi y se había esmerado mucho en preparar algo especial. Cogió unos palillos, los mojó en la sopa y luego los chupó. El sabor azuzó su apetito aún más, aunque no se atrevió a probar bocado por miedo a que eso gafara la vida que a partir de entonces iba a compartir con Bashi.

Hacía un buen rato que Bashi había salido y se preguntó cuánto tardaría en volver con noticias de sus hermanas. ¿Se habría topado con sus padres o con otros adultos recelosos? ¿Le preguntarían dónde estaba? Nini movió los dedos de los pies, que estaban quedándosele dormidos, y miró el techo. Nadie la

espiaba, así que cogió los palillos y atrapó un trozo de jengibre que nadaba en la sopa de pescado. Le siguió otro trozo, y luego un bocadito de ventresca de pescado. La jugosa carne le levantó el ánimo, ¿para qué preocuparse por un futuro sobre el que no tenía control ninguno? Si de verdad existía la justicia divina, iría derecha al infierno: había destrozado la vida de Cuartita y Quintita, así que lo mejor era disfrutar de la suya lo más posible mientras estuviera a tiempo. Nini probó otro bocado, y luego otro. Cuando hubo dado cuenta de un pescado entero, envolvió las raspas en un periódico viejo y las arrojó al fuego de la estufa. El que

quedaba parecía solitario y se preguntó si no sería otra señal de desgracia, ya que los casados debían hacerlo todo en pareja.

La estufa empezó a desprender un olor extraño que le recordó el del gorro de piel de borrego de su padre cuando fue a parar al vientre de la estufa que había bajo la cama de casa. Cuartita y Quintita habían urdido aquella travesura, por razones que a Nini se le escapaban, pero fue ella la que recibió una buena zurra y la que tuvo la espalda inflamada toda una semana.

Nini removi6 las raspas que ardían con las tenacillas de hierro, pero el nauseabundo olor se intensific6. Fue al

dormitorio y empezó a rebuscar en el armario y la cómoda, pero solo encontró un viejo frasco de agua de flores que debía de haber pertenecido a la abuela de Bashi. El líquido verde se había vuelto viscoso. Desenroscó el tapón y se echó unas gotitas en la mano. El perfume acre, condensado por los años que había permanecido en el frasco, le repugnó y le provocó un estornudo.

Nini puso la mano bajo el chorro de agua del grifo un buen rato y luego se olió la palma. Ya no se notaba tanto. Se relajó un poco al encontrar media naranja junto a la almohada de Bashi. Arrancó un gajo y lo fue chupando mientras arrojaba el resto de la naranja

al fuego. Las llamas la engulleron y la estancia no tardó en inundarse de un olor más agradable.

Alguien llamó a la cancela. Nini apagó la luz, salió con sigilo de la casa y se acercó al cobertizo del patio. Los golpes de algo metálico en la fina puerta de madera asustaron a Nini. Aquella gente no tardaría en entrar, personas malas enviadas por sus padres para destruir sus esperanzas de una vida feliz, y Bashi no estaba allí para protegerla; aquella gente no tardaría en sacarla a rastras de la casa y devolverla a la cárcel que gobernaban sus padres.

—Eh, ¿qué están haciéndole a mi puerta?

Nini estuvo a punto de echarse a llorar de gratitud al oír la voz de Bashi.

—¿Es usted Lu Bashi?

—No conozco a ningún otro Lu Bashi.

—Entonces acompañenos.

—¿Adónde?

—Lo sabrá cuando lleguemos.

—Parece emocionante, pero ahora mismo no puedo acompañarles — contestó Bashi—. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Pues tendrá que aguantarse — advirtió el hombre—. Esta noche no hay nada más importante que venir con nosotros.

Se oyó un tintineo metálico.



—¿Son esposas de verdad?

Recuerdo que de pequeño tenía unas de juguete —dijo Bashi.

—Pruébelas.

—Lo siento, pero preferiría ser el que las pone —replicó Bashi—. ¿Por qué han venido?

—Usted sabrá.

—Le aseguro que no recuerdo haber hecho nada mal.

—Bueno, pues puede tratar de recordarlo cuando lleguemos a comisaría.

Nini sintió la tentación de abrir la cancela y arrastrar dentro a Bashi antes de que los hombres se dieran cuenta de su presencia. Luego echaría el cerrojo

por dentro y, cuando tiraran la puerta abajo, Bashi y ella habrían desaparecido del patio, de la casa y de aquel mundo cruel.

—Esta noche estoy ocupado. ¿Podría ir mañana por la mañana?

—Vamos a ver —rezongó uno de los hombres—, ¿sabe qué es esto? ¿Sabe leer?

—Una orden de arresto. ¿Por qué motivo?

—Bueno, vámonos ya. Nunca había visto a nadie que hablara tanto.

—Por favor, hermanos, denme una pista. ¿Es por una chica? ¿Sabéis si esto tiene algo que ver con una chica?

—¡Una chica! —Los hombres se

echaron a reír—. ¿Tanto le han sorbido el seso las poluciones nocturnas que piensa que venimos a por usted por una chica?

—Entonces no tiene nada que ver con chicas —dijo Bashi.

Nini pensó que, después de todo, a sus padres no les importaba lo suficiente para tomarse la molestia de buscarla. Tal vez incluso celebrarían la buena suerte de haberse deshecho de ella.

Los hombres volvieron a instar a Bashi para que los acompañara.

—Esperen un segundo. Camaradas, si son tan amables, ¿les importaría concederme un minuto para dejar listas un par de cosas?

—Parece un hombre, pero arma tanto jaleo como una chica —comentó uno de los hombres volviendo a agitar las esposas metálicas—. Todavía nos quedan varias casas que visitar. No tenemos toda la noche para estar perdiendo el tiempo con usted.

—Por favor, solo será un minuto. Tengo que decirle a mi abuela que no pasaré la noche en casa. Ya saben cómo son las mujeres mayores, andan todo el día preocupadas, incluso cuando no ocurre nada.

—Vamos, no nos tome el pelo. Aquí dice que es el único habitante de la casa, ¿es eso correcto?

—Para el censo, sí, pero piensen en

el espíritu de mi abuela. Ella me crió y no me dejaría aquí solo, por eso hablo con ella todos los días y le hago saber dónde estoy. Si me llevan sin que pueda informarla, ¿qué pasaría si me siguiera hasta la comisaría? ¿Y si se equivocara y les siguiera a ustedes a casa e interrumpiera el sueño de sus hijos? No digan que son de fuera y que no les preocupan esas cosas. Los espíritus viajan más rápido que cualquiera de nosotros.

Nini se estremeció en la oscuridad y levantó la vista hacia el jamón que colgaba sobre su cabeza. ¿Y si el espíritu estaba observándola? Aunque ¿qué clase de espíritu sería que no

acudía al rescate de su propio nieto? Nini rezó una oración en voz baja a la anciana y le pidió que discerniera quiénes eran sus verdaderos enemigos.

—¿Está tirándose un farol? Ya sabe que en esta nueva sociedad no tiene cabida la superstición.

—Bueno, si no me creen, llévenme ya con ustedes. El caso es que nunca se sabe. Los espíritus no leen los periódicos ni escuchan los boletines del gobierno.

—En eso tiene razón —dijo la voz que pertenecía al mayor de los dos hombres—. Démosle un minuto. No irá a ninguna parte.

—No, no iré a ninguna parte —

respondió Bashi—. Les doy mi palabra, solo tardaré un minuto.

—¿Qué dice? Nosotros entramos con usted.

—Pero mi abuela no les ha convidado.

—Seremos buenos invitados.

La cancela se abrió y tres hombres entraron en el patio. Nini, agachada detrás de una tinaja en el cobertizo, recordó que Sextita dormía profundamente en el dormitorio y el corazón empezó a palparle con fuerza.

—¿Huelen eso? —oyó que decía Bashi tras abrir la puerta.

—¿Qué es ese olor?

—El agua de flores de mi abuela —

contestó Bashi—. ¿Cuánto hacía que no lo olía? La última vez que lo usó yo todavía era un niño que salía a la calle sin pantalones.

Los hombres tosieron incómodos.

—Venga, dese prisa —dijo uno de ellos.

—¿Van a entrar conmigo? Tal vez mi abuela sabía que iban a venir y les ha preparado algo tic comer.

—Vámonos ya —ordenó uno de ellos de repente con voz cortante—. Estoy cansado de tanta tontería supersticiosa.

—¿Tiene miedo, camarada? —preguntó Bashi, pero su risa se vio interrumpida cuando uno de los hombres



tiró de él hacia atrás y lo hizo tropezar en los escalones. Bashi gritó, pero los hombres lo asieron con fuerza y lo arrastraron fuera de la casa—. Nana — llamó Bashi—, ¿has oído a estos caballeros? Esta noche no vendré a casa. No te preocupes, nana, estaré de vuelta antes de que te des cuenta. Sé buena y espérame aquí. Ni se te ocurra portarte mal y seguir a estos caballeros, ¿de acuerdo? No quiero que te pierdas.

Alguien soltó una palabrota y Bashi gritó de dolor. Nini se acuclilló en la oscuridad y se echó a llorar. Oyó que las cancelas de los vecinos crujían al abrirse y luego se cerraban. Todavía tardó unos minutos en salir del cobertizo

del patio. La luna creciente, de un tono dorado rojizo, había recorrido medio firmamento. En la puerta que daba al callejón había quedado un resquicio. Nini se acercó sin hacer ruido y echó un vistazo fuera. Los vecinos habían vuelto a sus casas, no vio ni una sola puerta abierta en todo el callejón. Nini empujó la cancela poquito a poco hasta cerrarla con sumo cuidado y se dijo que los espíritus no existían. La anciana estaba enterrada, fría bajo tierra, y no vendría a rescatar a Bashi ni se sentiría ofendida por ella. Estaban a merced de los extraños, como siempre.

El agua goteaba a un ritmo lento y dubitativo, como las gotas de lluvia que, hacía muchos años, caían en el jardín de sus abuelos, precipitándose desde la punta de las hojas del plátano hasta un pequeño charco que había debajo. Su niñera aparecería en cualquier momento y él tendría que cerrar los ojos, aunque ella siempre adivinaba si había estado llorando. Le decía que mirara la funda de la almohada y le acariciaba las pestañas húmedas con un dedo. La luz del farol rojo que llevaba la niñera en la otra mano le calentaba la cara, pero nada conseguían ahuyentar su tristeza, y

él tampoco conseguía encontrar una explicación a sus lágrimas. La oía salir del dormitorio y decirles a sus abuelos que el joven amo había vuelto a llorar, y su abuela le explicaba, sin perder jamás la paciencia, que los niños lloraban para que la tristeza que arrastraban de otras vidas se fuera con las lágrimas.

El maestro Gu pensó que era un ciclo perfecto, uno empezaba a vivir arrastrando el dolor de la vida anterior, y a medida que iba haciéndose mayor se despojaba de esa carga solo para acumular nuevos dolores para la siguiente. Fue volviendo a la realidad poco a poco y, con gran esfuerzo, encendió la lamparilla de noche.

Llevaba la camisa y la ropa interior. Habían lavado la chaqueta y los pantalones —supuso que manchados de vómito—, que estaban tendidos en la cuerda de la colada y goteaban en un pequeño charco formado en el suelo de cemento. Gousheng había dejado una tetera junto a la cama; todavía estaba caliente. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? El maestro Gu abrió la boca, pero su garganta rasposa no emitió ningún sonido. De modo que aquello era a lo que había quedado reducido, a la resaca de un anciano producida por la ilusión de seguir vivo. La supervivencia había sido su religión desde el divorcio y por ella había renunciado a la

dignidad, a la esperanza, a la rabia y a sus seres queridos; aunque, ¿adónde conducía aquella religión sino de vuelta al ciclo del que nadie podía escapar?

*«Mi gran amor, tengo la mente tan despejada como un espejo incólume bajo la luz plateada de una luna llena»*, escribió el maestro Gu, y metió la nota junto a las demás en un sobre grande. Anotó el nombre y la dirección de su primera esposa en el sobre por última vez, y luego enroscó el capuchón de la estilográfica Parker y la metió en el sobre, con las cartas.

Debajo de la cama estaba el viejo arcón de madera donde su mujer guardaba los bienes más preciados de

ambos. El maestro Gu lo arrastró fuera con gran esfuerzo. Dentro había un traje de corte occidental. La noche anterior a la que Shan y sus amigos tenían planeado aparecer para despojarlo de sus posesiones burguesas, el maestro Gu le contó a su hija que el traje había pertenecido a su abuelo y que el paraguas que había junto al traje era un recuerdo de la historia de amor de dichos abuelos. Le dijo que le estaría muy agradecido si pudiera hacer la vista gorda con las cuatro cosas que había conservado de sus padres. Shan se burló de su súplica, pero al día siguiente decidió pasar por alto el traje y el paraguas mientras arrojaba lo demás al

fuego, entre otras cosas algunas camisas de seda de su madre y la toga que el maestro Gu había llevado el día de su graduación.

El maestro Gu se abrochó el traje y se peinó; al fin y al cabo era responsabilidad de cada uno abandonar este mundo bien aseado.

La distancia hasta el buzón era mayor de lo que había imaginado y tuvo que detenerse un par de veces para recuperar el aliento. La carta le pesaba tanto como el ánimo; no se oyó nada cuando la tiró dentro del contenedor metálico.

Un perro ladró; un gato callejero maulló y otro le contestó en un tono más



estridente; un niño lloraba en una casa cercana y una madre cantaba una nana; el mundo era un lugar bello bajo el cielo primaveral, con la luna nueva rodeada de estrellas plateadas y una brisa suave que mecía los dedos invisibles de las largas ramas de los sauces. El maestro Gu escuchaba con atención. Su corazón era un pozo sin fondo; cualquier sonido, por pequeño que fuera, un suspiro, un susurro, el aleteo de las alas más etéreas, era recibido con una profunda serenidad.

—¿Adónde va?

Dos hombres detuvieron al maestro Gu cuando este abandonaba el callejón.

—Al río Turbio —contestó el

maestro Gu.

Los hombres intercambiaron una mirada y le dijeron que no tenía permiso para ir allí. El anciano preguntó por qué, pero los otros se limitaron a encogerse de hombros y contestaron que nadie podía pasear por la ciudad después de las ocho. Le indicaron el camino por donde había venido y le ordenaron que volviera a casa. Por todas partes, los obreros venidos de fuera imponían el toque de queda de forma similar.

El maestro Gu les previno, compadecido de aquella gente que vivía sumida en una fe ciega y que un día moriría sin que ninguna luz hubiera iluminado sus almas. Les dijo que un día

se era carnicero y al siguiente la carne sobre el tajo, que los cuchillos con los que ahora les cortaban el cuello a los demás un día cortarían los suyos.

Los hombres, enojados, empujaron al maestro Gu y lo amenazaron con arrestarlo. Sus bocas se abrían y cerraban con palabras vanas y advertencias inútiles. El anciano los tildó de estúpidos seres humanos. Con la resolución de llegar hasta el agua que lo arrastraría lejos de allí, los golpeó con el bastón y les ordenó que lo dejaran pasar. Los hombres no tardaron en inmovilizar al anciano contra el suelo. Frío como el hielo, una sensación de alivio lo atravesó como un susurro

mientras el hombre movía ligeramente la cabeza para que las gafas aplastadas contra la mejilla no le hicieran tanto daño.

La cada vez más apagada conciencia del maestro Gu desconocía los gritos y los aullidos de la carne torturada, amortiguados tanto por paredes como por corazones insensibles. El padre de Tong, apaleado hasta rayar en la inconsciencia, se había extraviado momentáneamente en uno de sus sueños de embriaguez en los que, tras sus párpados cálidos, su madre removía un huevo solitario; sin embargo, el *toc toc* de los palillos de bambú en el cuenco de porcelana se vio interrumpido por el

duro castigo de unas botas en su cabeza. No lejos de allí, en otra estancia, un hombre, padre de dos hijas que en su momento fueron unas de las chicas con quienes soñaba Bashi, lloraba sobre el frío suelo de cemento después de haber impreso una huella dactilar ensangrentada en la confesión que le habían puesto delante.

Como hombre precavido que era, jamás se había acercado a un panfleto, pero según la declaración inventada y sin confirmar de Bashi había acudido a la concentración con una flor blanca.

En otra sala, Bashi también lloraba mientras rodaba por el suelo y se agarraba la entrepierna con ambas

manos.

—Por favor, hermanos, por favor, tíos, por favor, abuelos, por favor, por favor —no dejaba de suplicar.

Era más insignificante que el dedo pequeño de sus pies, era más insignificante que su propio dedo, por favor, lo confesaría todo, cualquier cosa que quisieran que dijera. Sí, era un contrarrevolucionario; sí, había estado en la concentración, pero, por favor, hermanos, por favor, tíos y abuelos, recordaba todos los rostros de la gente que había visto; les daría los nombres, señalaría sus caras en las fotos que le enseñaran, por favor, por favor, que dejaran de patearle, que dejaran de

pegarle, porque él era un ser tan bajo que les ensuciaría los zapatos y las manos; por favor, lo diría todo, cualquier cosa, por favor, les contaría lo del hombre que no hablaba bien del comunismo y lo de la mujer que le había escupido a la estatua de Mao; y sí, sí, podía contárselo todo sobre un hombre que violaba y mutilaba cadáveres de mujeres y que les haría lo mismo a sus mujeres y a sus hijas si no lo detenían a tiempo.



## DOCE



**M**uchos años después, los padres de Río Turbio señalaban a Tong delante de sus hijos y algunos les decían que aquel hombre era el único culpable de la sordera, la cabeza abierta y la invalidez total de su padre; otros, intentando ser justos, añadían que, a pesar de su estupidez, el muchacho era un buen hijo que jamás había permitido que a su padre le salieran llagas por estar postrado en la cama ni había dejado que su madre sufriera bajo la



tiranía de una nuera. De día trabajaba de administrativo en el ayuntamiento y de noche leía. Leía hasta pasadas las doce, y cuando su madre se dormía, sacaba un grueso cuaderno de un cajón cerrado con llave y se ponía a escribir, aunque jamás repasaba lo que había escrito ni había nadie en su vida que le pidiera leerlo.

A pesar de lo deprimente que acabaría siendo su vida, cuando Tong entró en el despacho del director a la mañana siguiente del arresto de su padre, no vio nada más que una gran confianza, más exuberante que todas las flores juntas, más pura que el oro puro. Dio el nombre de las personas que había visto en la concentración, hombres y

mujeres de las unidades de producción de sus padres, profesores y vecinos, el viejo Hua y su esposa. Describió rostros que le eran desconocidos y prometió señalarlos si se le presentaba la oportunidad. Pondría su vida en las severas manos del partido y el pueblo, y su padre... Por favor, ¿podría el director comentar con los funcionarios que su padre no era más que un borracho?

Mientras observaba detenidamente a aquel niño de acento raro y pinta de campesino, el director pensó que Tong era una criatura caída del cielo. Se dijo que era una pizarra en blanco, lista para escribir en ella, si con rojo o con negro

ya dependía de su propio ingenio.

El director levantó el auricular del teléfono y esperó a que la mujer de voz melodiosa de la centralita lo pusiera en contacto con algún funcionario de educación del ayuntamiento. El chico estaba sentado en medio del despacho, mirándose los pies, y el hombre tuvo que hacerle un par de señas para que levantara la cabeza y así poder verlo mejor. Pensó que ahora eran grillos atados con un mismo hilo. Le temblaban las manos, aunque tenía el pecho henchido de la excitación del tahúr: el niño podía ser el contrarrevolucionario más joven de aquella tormenta política y él, el educador fracasado, vería cómo se

hundía la carrera que se había labrado con tanta diligencia; o, si era capaz de convencer a su superior de que podían convertirlo en el joven héroe que da un paso al frente para denunciar a los criminales, incluido a su propio padre, ellos, los artífices del niño-héroe, añadirían una brillante estrella a su currículum.

Durante la visita que le habían concedido a la mujer el día anterior al juicio de Jialin, este le había dicho a su madre que estaba preparado para morir por la causa y que había llegado el momento en que debía sentirse feliz por él en vez de preocuparse. La vida de algunas personas era tan liviana como

una pluma y la muerte de otras pesaba más que el monte Tai. La madre de Jialin se llevó un pañuelo a los ojos y contestó que la vida de un hijo, por trivial que fuera para el resto del mundo, era irremplazable y que cómo podía esperar de ella que celebrara la desgracia de su hijo.

Ochocientas ochenta y cinco personas, las que habían acudido a la concentración con flores blancas y las que habían sido acusadas de otro tanto por sus vecinos y enemigos, fueron investigadas y posteriormente expulsadas de sus unidades de producción. Entre ellas se encontraba una doctora del servicio de urgencias

del hospital municipal. Mientras la desgracia de la madre se apoderaba de su mente de jovencita de catorce años como un tumor maligno, la hija de la doctora se preguntó en su diario por qué el destino era tan ciego. Una joven recepcionista, que iba a casarse en un par de semanas, en el día del Trabajo, recibió una carta de su prometido en la cual este se disculpaba por lo efímero que era el amor y le deseaba la mejor de las suertes en la búsqueda de un nuevo trabajo y un nuevo marido. Un profesor de primaria se despidió de sus alumnos en clase; dos amigas de toda la vida, ambas enamoradas del profesor, empezaron a llorar. Sus lágrimas

suscitaron bastantes visitas al despacho del director y al final las convirtieron en rivales: ambas compitieron por revelar los pensamientos pecaminosos de la otra sobre un hombre de la edad de sus padres.

Varias horas después de su arresto, el viejo Hua y su mujer salieron en libertad del improvisado centro de detenciones, un campo de entrenamiento para la milicia de la localidad. Poco después, la señora Hua se enteró de que su jefe, el viejo solterón Shaokang, era quien los había ayudado. Cuando volvió a verlo, la señora Hua le dijo que le estarían eternamente agradecidos, y él contestó con voz dura que ya no había

sitio para ella en su departamento. La anciana, que seguía sin dar crédito a su buena suerte, le preguntó cómo lo había hecho. Debía de tener un contacto influyente en la administración. ¿Quién era? ¿Un hermano, un pariente o un amigo? Shaokang levantó la vista hacia la señora Hua y dijo con un tono casi suplicante que era mejor que lo olvidaran. Hasta ese momento la mujer no comprendió que existían secretos muy bien guardados en la vida de aquel solterón, una vida que el hombre había arriesgado por el bien de ella y su marido.

Nini comió, durmió y lloró durante cuatro días en casa de Bashi antes de



que la descubriera la policía. No habían ido por ella, sino para buscar pruebas inexistentes de un crimen inexistente, ya que Kwen había denunciado a Bashi como cómplice de los actos delictivos cometidos contra el cadáver de la contrarrevolucionaria ejecutada. Registraron las casas de ambos. En la casucha de Kwen, y después de matar de un disparo en la frente al perro guardián que no dejaba de gruñirles, la policía descubrió dos tarros de cristal con formaldehído donde flotaban los pechos y las partes pudendas seccionadas de una mujer. En la otra vivienda encontraron a una niña, junto con un bebé que era su hermana, que se había

encerrado intimidada por el criminal. La niña no dejaba de hablar de una boda concertada en la que nadie creyó, y poco después, cuando quisieron acompañarla fuera de la casa, empezó a gritar y a dar patadas a sus captores. El examen médico demostró que no tenía ningún problema mental y que seguía siendo virgen, y la policía no conseguía salir de su asombro ante la insistencia de la niña en el matrimonio que iba a contraer con Bashi, su secuestrador. Cuando le preguntaron por qué no había informado sobre la desaparición de sus dos hijas, el padre de Nini solo supo decir que las había olvidado por completo, pues había tenido que ocuparse de sus otras dos

hijas, que habían sufrido quemaduras en un incendio, y de su mujer, que había abortado. ¿Cómo podían unos padres olvidar a una hija?, preguntó una joven policía a sus colegas, que le contestaron que lo ocurrido a otras niñas era peor, y que sería mejor que se curtiera si quería seguir en aquel trabajo.

Las historias sobre el cadáver diseccionado de la mujer ejecutada y la niña encerrada de la que sus padres se habían desentendido y que había empezado a enamorarse de su raptor corrieron de boca en boca. Por el momento, eran los únicos temas de los que se podía hablar en Río Turbio sin miedo a represalias, y la gente empezó a

añadir detalles de cosecha propia. Las invenciones acallaban el miedo a una vida que no comprendían.

De acuerdo con la política de imponer el castigo más severo a cualquier organización o individuo que atentara contra el gobierno, se juzgó a trescientas once personas que habían firmado la petición, acusadas de ser contrarrevolucionarias, y sus condenas fueron desde los tres años de cárcel para los seguidores hasta la cadena perpetua para los cabecillas. Tras revisar los casos, los funcionarios provinciales señalaron que no servía de nada advertir a las masas si no había una sentencia de muerte de por medio. «*Es*

*preciso sacrificar un pollo para asustar a los monos traviesos y hacer que obedezcan*», recomendó por escrito un funcionario de alto rango, y algunos colegas se mostraron totalmente de acuerdo.

El silencio habría sido una sorpresa. Los sonidos que antes acompañaban al curso natural de un día cualquiera —el llanto de Ming-Ming en mitad de la noche, las bromas de Han, las quejas de su madre, la música patriótica que ponía para la ciudad, su propia voz, la lectura de las noticias para los mismos oídos desinteresados de siempre— no la

habían abandonado. Todo lo contrario, esbozaban los ruidos cotidianos: el goteo del agua, los sollozos y los susurros de otras mujeres en las celdas vecinas, el chasquido, la trampilla de la puerta por donde le pasaban la comida, sus propios pasos midiendo la superficie de su cubículo...

A nadie le sorprendió que, tras el primer día de confinamiento en la mejor casa de huéspedes de Río Turbio, Kai fuera trasladada, con las muñecas esposadas, a su celda actual. Ignoraba qué le deparaban las horas y los días que tenía por delante, aunque en cierto modo lo esperaba con impaciencia, como alguien que sobrevuela un

territorio desconocido y está deseando aterrizar en tierra firme.

Las ramificaciones imaginarias de los sonidos que una vez fueron habituales la abatían, y en las noches más silenciosas pensaba en Ming-Ming, para quien poco a poco acabaría reducida, por el padre y los abuelos de la criatura, a la nada. De toda la gente que añoraba —su madre y hermanos, Jialin, incluso Han—, Ming-Ming sería el único que no guardaría ningún recuerdo de ella una vez que hubiera pasado aquella página. Se preguntaba si Jade de Otoño había deseado, mientras esperaba la muerte sin temor, que existiera un mundo paralelo donde poder

seguir cuidando de sus hijos.

Kai empezó a cantar para distraer el dolor. Recuperaba canciones relegadas al olvido, junto a sus sueños de juventud, hacía mucho tiempo. Su voz sonaba distinta a cómo la recordaba; sin embargo, los escenarios de entonces no habían calado tanto en ella como los fríos muros de la actualidad.

Cantaba las canciones que Gu Shan debía de haber cantado durante sus largos años de prisión. «*Las flores de mayo brotan en la pradera y los pétalos rojos caen y cubren la sangre de los mártires*». Nunca se había sentido tan cercana a la gente que aparecía en aquellas canciones: al hombre y a la



mujer que contraían matrimonio minutos antes de ser ejecutados; a la hija encarcelada que le pedía a su madre que la enterrara con la lápida mirando hacia el este, para poder contemplar el amanecer; a la madre que le cantaba una nana a su hijo, a quien la policía secreta había torturado hasta la muerte ante sus ojos. Habían sido personas reales antes de convertirse en leyendas, y ahora vivían en las canciones de Kai, compartiendo sus secretos con ella, cogiéndola de la mano y acompañándola en su espera.

Muchos años después, uno de los activistas encarcelados escribiría en su autobiografía que la había oído cantar.

El activista fue liberado y rehabilitado, y por entonces hacía tiempo que las leyendas se habían adueñado de ella.

La celebración del día de los Trabajadores estuvo marcada por la denuncia pública de Wu Kai y sus cómplices por su implicación en el levantamiento contra el gobierno. Esa mañana, Tong se levantó temprano, se lavó la cara y se limpió con más cuidado que otros días detrás de las orejas. Su madre se había pasado las dos últimas noches cosiéndole unos pantalones azules y una camisa blanca. En cuanto Tong se hubo vestido, la mujer

le pasó una mano por las prendas para eliminar hasta la más mínima arruga. Iba a ser uno de los oradores del acto denunciatorio, junto con Han y otros cuantos ciudadanos modélicos de Río Turbio a quienes se concedería el título de Héroe Guardián de la China Comunista. Antes del evento, iba a tener lugar una ceremonia especial en la que Tong se convertiría en un Joven Pionero comunista. El muchacho se miró la camisa, que pronto estaría decorada con un pañuelo rojo. Cuando alzó la vista, su madre lo miraba con un sobrecogimiento y una tristeza que él no supo comprender. Le dijo que fuera un buen chico, y que su padre y ella estaban muy

orgullosos de él. Tong miró a su padre, postrado en la cama —la recuperación no había sido completa y no reconocía el rostro de su hijo—, y dijo que ganaría todos los premios y que serían los padres más felices y orgullosos del mundo.

Dos celadoras abrieron la puerta de la celda y entraron, sin mirar a Kai a los ojos. Una de ellas anunció que le traía un paquete de parte de su madre, y le tendió un fardo de ropa. Desde el arresto se había negado a ver a su madre, que había ido varias veces a visitarla. En el primer juicio, que se había llevado a cabo en completo secreto y en el que solo habían estado

presentes un puñado de funcionarios del juzgado, el juez le había dicho que era una mujer dura de corazón. No solo había traicionado al partido que le había dado de comer, sino también a su madre, a su marido y a su hijo. Kai permaneció en silencio y distante, y no le sorprendió que se repitiera el juicio, sin variaciones importantes. Cuando le leyeron la sentencia, preguntó qué miedo había que tenerle a la muerte. Se imaginó el momento en que le notificaban el mismo mensaje a Jialin, consciente de que estaba tan preparado como ella.

Kai desenrolló el fardo, lleno de ropa y zapatos nuevos que su madre

debía de haber envuelto con sus propias manos. Pensó que, para su madre, era una desgracia tener una hija como ella, y se esforzó por concentrarse en la pequeña tarea de cambiarse de ropa. No era ni hija, ni esposa, ni madre; era ella misma y seguiría siéndolo el resto del día.

A las nueve y media la acompañaron hasta un furgón policial camuflado. Los brazos, fuertemente atados a la espalda, se le empezaban a dormir. Los funcionarios, dos hombres y dos mujeres, guardaban silencio. El portavoz de los cuatro, unos diez años mayor que los demás, se mostró casi amable cuando le dijo que no debía pronunciar

ningún discurso antirrevolucionario durante el acto denunciatorio.

Casi por curiosidad, Kai preguntó por qué no le cortaban las cuerdas vocales para asegurarse de que obedecía, como habían hecho con Gu Shan. Por sus rostros inexpresivos, los tres funcionarios más jóvenes parecían no saber de qué hablaba. Kai se fijó en el mayor de ellos cuando el furgón se puso en marcha. El hombre había apartado la mirada de sus ojos clavados en él, pero al cabo de un rato respondió que todos los presos merecían un trato civilizado y que si debía llevarse a cabo algún procedimiento especial, se haría por consideración humanitaria.

Cuando llegaron al estadio del Viento del Este, a tenor de las consignas lanzadas a gritos y su propia experiencia, Kai adivinó que la ceremonia debía de haber alcanzado el clímax. Al salir al escenario, comprendió que habían conducido a sus camaradas hasta allí antes que a ella y que las consignas anteriores debían de estar dirigidas a ellos. Todos llevaban los brazos atados y cada uno tenía dos oficiales a sus espaldas. Kai no tuvo oportunidad de intercambiar una mirada con ellos cuando la empujaron al centro. Una vez que el público por fin se hubo calmado, una voz femenina informó del crimen que habían cometido los



contrarrevolucionarios.

Kai escuchó con atención a la nueva locutora, que poseía una voz tan perfecta como lo había sido la suya. Un jovencito con un ligero acento aldeano salió al escenario y leyó un texto en voz alta. Le siguieron varios jóvenes que habían contribuido en mayor o menor medida a limpiar Río Turbio de sus enemigos más peligrosos. Han fue el último; habló de la dura disyuntiva y posterior concienciación al descubrir que su ex mujer era una de las cabecillas del levantamiento contra su madre patria.

Durante la lectura de las condenas Kai se llevó la primera sorpresa del día. Anunciaron la suya en último lugar, la

única sentencia de muerte de las diez que se leyeron. La señora Gu se puso a gritar que Kai era demasiado joven para morir y se derrumbó antes de que la sacaran a rastras del escenario. Fue entonces cuando Kai comprendió que habían ocultado su sentencia al resto de sus compañeros, bien para crear la mayor conmoción posible o bien por puro protocolo. A pesar de los esfuerzos de los dos oficiales por mantenerle la cabeza agachada, Kai consiguió levantar la vista hacia Jialin, que se había vuelto hacia ella con una extraña mirada anhelante tras los cristales de las gafas. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, sacaron a Jialin del

escenario a empujones. Kai fue la última a la que se llevaron y en ese momento le vino a la memoria una redacción que su padre le había escrito cuando ella estaba en quinto. *«El hombre que sueña con la revolución nunca es un alma solitaria»*, recordó que se titulaba, y al cerrar los ojos casi consiguió verla, anunciada como la ganadora del concurso provincial; las perfectas palabras de su padre escritas en una caligrafía no tan perfecta, la suya.

El viejo Hua y su esposa abandonaron Río Turbio la noche anterior a la celebración del día de los

Trabajadores. En la ciudad, y en cualquier otra parte del mundo, casi no les quedaba nada a lo que sentirse apegados, y la esperanza de recuperar la libertad que conllevaba la vida de mendigo les había levantado el corazón. Nini acompañaba a la pareja de mendigos; repudiada por sus padres, les había suplicado que la llevaran con ellos. La señora Hua pensó que ya no importaba que no recordara el rostro de sus hijas, Nini sería la última de ellas. Ignoraban que la niña había cogido todo el dinero encontrado en el arcón de Bashi y que lo había escondido en sus calcetines. Los fajos de billetes le rozaban las plantas de los pies, que

habían acabado encallecidas después de tenerlas cubiertas de ampollas durante muchos días, pero nadie había sospechado de su cojera.

Nini pensó que, con el dinero que llevaba en los calcetines, cuidaría de la pareja cuando fueran demasiado viejos para trabajar. No había razón ninguna para quedarse en Río Turbio, aunque sabía que volvería al cabo de diecisiete años, cuando Bashi hubiera cumplido condena por raptar a una niña y abusar de ella. Había intentado visitarlo en una ocasión, pero los guardias le habían dicho que solo admitían a familiares. No valía la pena tratar de hacerles comprender que ella era su niña esposa;

no valía la pena tratar de explicarle nada a nadie, ni siquiera a los Hua. Lo único que tenía que hacer era contar los días y los años que quedaban.

Kwen fue sentenciado a siete años de prisión por violar y mutilar el cadáver de una mujer. La mañana del día de los Trabajadores, cuando la música y las consignas lanzadas a gritos por los altavoces saltaron los altos muros de la prisión, Kwen le hizo un gesto a Bashi, que había estado hecho un ovillo en su estrecho camastro, para que prestara atención. Los compañeros de celda los habían golpeado una y otra vez, tanto por ser los recién llegados como por haber cometido crímenes relacionados

con mujeres. Se les consideraba los más infames entre los infames. A Kwen no parecían importarle las palizas, y no pasaría mucho tiempo antes de que se convirtiera en su organizador, pero ahora, mientras trasladaban a Kai en el furgón policial hasta isla Joroba, tanto Kwen como Bashi apenas podían moverse por culpa de las heridas recientes. Kwen preguntó a Bashi si se acordaba del día en que se habían hecho amigos gracias al cuerpo de la mujer. Le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo que no pusiera esa cara de susto, y tuvo a bien recordarle que las puertas del paraíso eran estrechas y solo admitían el paso de un héroe a la vez,

pero quienes iban al infierno siempre viajaban en parejas, de la mano.





# Agradecimientos

**M**i más sentido agradecimiento a: Elizabeth McCracken y Edward Carey, quienes proporcionaron sol, agua y mucho amor a la novela cuando solo era una semilla; a Richard Abate, Chen Reis, Katherine Bell, Jebediah Reed, Barbara Bryan, Timothy O'Sullivan, John Hopper y Ben George por leer y releer el manuscrito; a la Fundación Lannan y a la Fundación Whiting por su generoso apoyo; a Andrew Wylie, Sarah Chalfant y Scott Meyers por su arduo trabajo; a Mitzi Angel y Kate Medina por su capacidad

de análisis.

Y también a: Brigid Hughes y Aviya Kushner por su amistad, que ensancha mi pequeño mundo; a James Alan McPherson y Amy Leach por sus mentes maravillosas; a Vincent y James por evitar que su madre viva únicamente de palabras; y a Dapeng por hacer los mapas y las cortinas, por conservar los recuerdos y por su amor.

Al señor William Trevor por las historias y la esperanza.

**FIN**



**YIYUN LI** (Pekín, 1972)  
reside en  
Estados Unidos desde 1996. Ha  
obtenido un título universitario del *Iowa  
Writers' Workshop* y otro en ensayo  
creativo por la Universidad de Iowa.  
Sus relatos y artículos han aparecido en  
publicaciones como *The New Yorker*,

*The Paris Review* o *Zoetrope: All-Story*.

*Las puertas del paraíso* es su debut como novelista y fue premiada con la Medalla de Oro de California en la categoría de Ficción y finalista del premio IMPAC de Dublín.